

Aunque la mayoría de sus novelas se centran en torno a un estilo de vida rural aquí la novela se desarrolla en Christiania (Oslo). El argumento trata de un grupo de amigos y escritores que viven en un mundo lleno de escasez de dinero y de infidelidades.

En la obra de Knut Hamsun, escritor galardonado con el Premio Nobel de Literatura y máximo exponente de la novelística noruega, cabe distinguir dos facetas, a menudo combinadas en las novelas de la última época: la vena dramática y la pintura realista y satírica de las pequeñas ciudades de su país. *Tierra nueva* responde a esta segunda característica y en sus páginas se respira una atmósfera saturada de cordialidad y optimismo.

Knut Hamsun

Tierra nueva

Título original: *Ny Jord*

Knut Hamsun, 1893

Traducción: José Ramón Pérez Bances

CAPÍTULO I

Por oriente, por donde sale el sol, se extiende una franja metálica de delicada calidad. La ciudad comienza a despertar; aquí y allí se percibe ya el rodar lejano de los carros que vienen del campo, grandes y pesados, carros rústicos que traen cosas al mercado: heno, carne y leña. Por las calles, los carros hacen bastante ruido, pues aún hiela un poco por las noches. Estamos a fines de marzo.

En el puerto no se percibe aún el menor ruido. Acá y allá se divisa un marinero soñoliento sobre la cubierta de algún barco; los patrones, a medio vestir, asoman la cabeza por sus camarotes y miran qué tiempo hace, mientras el mar calla, sosegado y tranquilo. Comienzan a abrirse los almacenes, en los que se ven grandes pilas y montones de cajones, sacos y toneles. Pasan hombres arrastrando cables y carretillas, bostezando, medio dormidos; comienzan las operaciones de carga y descarga de los barcos.

En las calles se van abriendo puertas, una tras otra; los aprendices barren las tiendas y sacuden el polvo de los mostradores.

En la gran casa de comercio H. Henriksen, el hijo está ya sentado ante su mesa y hojea la correspondencia.

Un joven atraviesa con paso cansado y soñoliento la plaza de la estación; viene de una cervecería, donde ha estado con unos amigos, y está dando un paseo antes de acostarse. Junto al parque de los bomberos, encuentra a un conocido, que viene también de una reunión, y se saludan.

—¿Ya estás levantado, Ojén? —dice el primero.

—Sí; es decir, no me he acostado todavía —responde el otro.

—Yo tampoco —replica el primero—. Buenas noches.

Y sigue su camino, sonriéndose de haber dado las buenas noches en pleno día. Es un muchacho que promete mucho, y que se había dado a conocer de pronto dos años antes con la publicación de un gran drama lírico. Ahora todo el mundo conoce a Irgens, que así se llama. Lleva zapatos de charol y es guapo; tiene un pelo negro y brillante, y un bigote de guías retorcidas.

Irgens va atravesando los distintos mercados. Le divierte, en su calidad de trasnochador, ver a los campesinos que llegan uno tras otro con sus carros, ocupando todas las calles de la ciudad. El sol de primavera ha tostado sus rostros; llevan al cuello gruesas

bufandas de lana, y sus manos son recias y sucias. Al ver al paseante se apresuran a ofrecerle sus ganados, y hasta llaman de lejos al joven de veinticuatro años, sin familia, un lírico que camina indiferente, para distraerse.

El sol va ascendiendo. Todo está ya en movimiento, y el ruido aumenta. Comienza en las fábricas, en los arsenales, en los talleres, en los aserraderos; se mezcla con el estrépito de los carros y las voces humanas; de vez en cuando se ve cortado por la sirena de un barco, cuyo grito estridente perfora el aire como un lamento; finalmente, desemboca concentrado en las grandes plazas, en el mercado, hasta que la ciudad entera está envuelta en un inmenso clamor.

Y en medio del ajetreo véase a los ordenanzas de Telégrafos con las carteras, en que, transmiten avisos y comunicaciones de todos los países del mundo. La grande y maravillosa poesía del comercio penetra en la ciudad; florece el trigo en la India y el café en Java, y los mercados españoles piden pescado, mucho pescado, para la Cuaresma.

Son ya las ocho, e Irgens se dispone a irse a su casa. Al pasar por delante de la casa H. Henriksen, se decide a entrar un momento. El hijo de la casa, un hombre joven, está atareado en su mesa. A pesar de que su piel es morena, tiene grandes ojos azules; un rizo desordenado le cae sobre la frente. Es alto, recio, bastante reservado, y parece tener unos treinta años. Sus amigos le estiman mucho, porque con frecuencia los ayuda con dinero y también con diversos comestibles de la despensa de su padre.

—Buenos días —dice Irgens.

El otro contesta, sorprendido:

—¿Eres tú? ¿Estás levantado a estas horas?

—Sí; es decir, no me he acostado todavía.

—Eso es otra cosa; yo estoy aquí desde las cinco, y he teleografiado ya a tres países.

—Ya sabes que a mí el comercio me es indiferente. Sólo quiero preguntarte una cosa, Henriksen: ¿tienes por ahí una copa?

Los dos amigos salen del despacho, atraviesan la tienda y bajan al sótano. Ole Henriksen saca apresuradamente una botella; tiene prisa, porque su padre puede llegar de un momento a otro. El padre es viejo; pero se procura no obrar contra su voluntad.

Irgens bebe y dice:

—¿Puedo llevarme a casa el resto?

Ole asiente con la cabeza.

Al volver a la tienda, Henriksen abre uno de los cajones del mostrador, e Irgens, que comprende lo que significa, mete mano y saca algo, que se mete en la boca. Es café tostado, para el aliento.

CAPITULO II

A las dos, la gente pasea arriba y abajo en grandes bandadas por la avenida. Se habla y se ríe; los conocidos se saludan, cambian sonrisas, se hacen signos de inteligencia. En el aire flotan el humo de los pitillos y los velos de las señoras. Por la calle abajo se mueve una confusión de guantes y pañuelos claros, y circulan coches con caballeros y señoras pomposamente ataviados.

En la «esquina» se ha apostado un grupo de hombres jóvenes. Es una «peña» de amigos: un par de artistas, un par de escritores, un comerciante, un indefinible. Su indumentaria es variadísima; algunos han arrinconado ya el gabán; otros llevan subidos los cuellos de los abrigos, como si hiciera mucho frío. Todo el mundo conoce la «peña».

Según pasa el tiempo, se acercan al grupo otras personas, mientras algunos de los primeros se van. Últimamente quedan un pintor joven, regordete, llamado Milde, y un actor de nariz remangada y atiplada voz, aparte de Irgens y el abogado Grande, de la prestigiosa familia de los Grande. Pero el personaje más importante del corro es, sin duda, Paulsberg, Lars Paulsberg, el autor de media docena de novelas y de una obra científica acerca del perdón de los pecados. Veíase claramente que se le tributaba una consideración especial.

El actor se abrocha el abrigo hacia arriba; tiene frío.

—Este aire de primavera es demasiado cortante —dice.

—A mí me ocurre exactamente lo contrario —advierte el abogado—. Me siento lleno de vida; mi sangre entona un himno de caza.

Y aquel joven chiquito y un poco inclinado hacia delante, se yergue mientras habla, mirando a Paulsberg.

—Mira este —dijo irónicamente el cómico—. El enano se nos hace el gigante.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada, hombre, nada. Pero sería gracioso que tú fueras a cazar con los zapatos de charol y la chistera.

—¡Hay que tomar nota, señores! El histrión se ha vuelto ocurrente.

Continuaron conversando. Hablaban con facilidad de todo; las palabras les salían sin esfuerzo; les brotaban a cada paso frases ingeniosas, y tenían siempre pronta la respuesta.

Comenzaron a hablar de política, comentando la cuestión candente, la de las relaciones de Noruega con Suecia y la eventual ruptura de la unión entre ambos países. Citaban palabras de los parlamentarios más en boga; proponían poner fuego al palacio y proclamar al día siguiente la República. El pintor amenazó con el alzamiento de los obreros.

—¿Sabéis lo que me ha dicho en confianza el Presidente? Que no aceptaría nunca un «pastel», aun a riesgo de que la unión se doblase o se rompiese. Estas fueron sus palabras. Y el que conozca al Presidente...

El que no decía nada era Paulsberg, y como a los amigos les interesaba mucho saber su opinión, el abogado se atrevió a preguntar:

—¿Y tú no dices nada, Paulsberg?

Paulsberg hablaba pocas veces; casi siempre había vivido solo, dedicado al estudio y escribiendo obras; carecía de la agilidad de sus compañeros para la conversación. Se sonrió benévolo y replicó:

—¿Qué queréis que diga? Siempre pedís un sí o un no categórico.

Lo que hizo que los demás se sonriesen.

—Por lo demás —añadió Paulsberg—, me voy a casa a ver a mi mujer.

Y se fue. Era su costumbre: marcharse sin más, después de anunciar que se iba.

Pero una vez que Paulsberg se había marchado, los demás podían irse también: seguir allí no tenía ya objeto. El actor saludó y desapareció, pudiendo verse cómo apretaba el paso para alcanzar a Paulsberg. El pintor se envolvió en el abrigo, sin abrochárselo, y dijo:

—¡Qué débil me siento! ¡Si tuviera dinero para un almuerzo decente!

—Tienes que procurar cazar a un tendero —replicó Irgens—. Esta mañana le he sacado a uno una botella de coñac.

Se alejaron juntos.

—Quisiera saber lo que Paulsberg quería decir con su respuesta —dijo el abogado—. «Siempre pedís un sí o un no categórico», sin duda quería significar algo.

—Sin duda —confirmó el pintor—. ¿Notaste cómo se reía al decirlo? Probablemente, se burlaba de algo.

Pausa.

Milde continuó:

—¿Qué falta nos hacen en Noruega unas cuantas cabezas como Paulsberg!

—¿Para qué las querías? —preguntó Irgens, un poco irritado.

Milde se le quedó mirando; miró luego al abogado, y prorrumpió en una carcajada de asombro.

—¿Lo has oído, Grande? Pregunta para qué queremos en Noruega cabezas como la de Paulsberg.

—E insisto en ello. ¿Para qué...? —replicó Irgens.

Grande no se reía tampoco, y el pintor Milde no comprendía que no se riesen los otros. En vista de ello, y para desviar la conversación, comenzó a hablar de otra cosa.

—¿De modo que le has sacado coñac a un tendero? Eso quiere decir que tienes coñac.

—¿Para qué son necesarias esas cabezas? Aprecio tanto a Paulsberg, que lo considero capaz de hacerlo todo por sí mismo —prosiguió Irgens con embozada ironía.

Milde no esperaba semejante salida; no podía contradecir en esto a Irgens; así que, asintiendo con la cabeza, dijo:

—Así es; ahora que yo creía que las cosas irían más de prisa si tuviera alguien que le ayudase. Compañeros de lucha quiero decir. Pero, por lo demás, opino lo mismo que tú.

Cerca de Grand, tuvieron la fortuna de encontrarse con Tidemand, un tendero también, un hombre de negocios importante, jefe de una prestigiosa casa.

—¿Has almorzado ya? —le gritó el pintor.

—Algunas veces —respondió Tidemand.

—No digas tonterías. ¿Me convidas en Grand?

—Bueno; pero primero deja que os salude.

Se acordó subir un momento a casa de Irgens, para probar el coñac; luego irían a Grand. Tidemand y el abogado echaron a andar adelante.

—Oye, está bien que tengamos estos tenderos —dijo el pintor a Irgens—. Para ciertas cosas son muy útiles.

Irgens respondió con un encogimiento de hombros que podía significar todo lo que se quisiera.

—Y no les resulta uno molesto; al contrario. Con tratarles con un poco de amabilidad, tan conformes. ¿No es una gran cosa esto?

El abogado se había detenido, aguardando.

—Antes de que nos olvidemos. Hay que acordar algo en firme para lo de Ojén.

En efecto; ya casi lo habían olvidado; Sí, había que organizar algo con motivo de la marcha de Ojén.

La cosa era que el escritor Ojén, que había escrito dos novelas, traducidas al alemán, estaba un poco cansado y débil de los nervios. En vista de ello, los amigos se habían reunido para enviar a Ojén a la montaña. Dentro de una semana emprendería el viaje; el dinero estaba ya reunido. Lo mismo Ole Henriksen que Tidemand se habían mostrado muy generosos. Ya sólo faltaba organizar una fiesta íntima de despedida.

—Pero ¿dónde la vamos a celebrar? —preguntó el pintor—. En tu casa, Grande. Tú tienes un piso bastante capaz.

A Grande no le pareció mal la propuesta; se podría hacer en su casa; ya hablaría con su mujer. Se decidió invitar a Paulsberg y a su mujer. Con Tidemand y la suya, y con Ole Henriksen, había que contar, desde luego.

—Convidad a quien os parezca, pero al histrión Norem no lo quiero en mi casa —dijo el abogado—. Se emborracha de un modo repugnante. Mi mujer no lo consentiría; estoy seguro.

Entonces no podía celebrarse la fiesta en casa de Grande, pues no era posible echar a un lado a Norem. Cuando todos estaban desorientados, Milde ofreció su estudio.

La idea fue bien acogida. Era una ocurrencia magnífica; no podía hallarse un local más a propósito; el estudio era grande y completamente desamueblado, con dos habitaciones laterales muy cómodas.

Quedó, pues, decidido: en el estudio de Milde. La batalla se daría dentro de un par de días.

Los cuatro señores subieron a casa de Irgens, bebieron una copa de coñac y luego se fueron. El abogado dijo que se marchaba a casa; se sentía un poco molesto; el arreglo del estudio no le agradaba. No; lo mejor sería no ir. Por lo menos, ahora se despidió y se fue.

—¿Vendrás con nosotros, Irgens? —preguntó Tidemand.

Irgens no dijo que no, no rechazó abiertamente aquella invitación. Sin embargo, no le hacía muy feliz comer en Grand, y además Milde le molestaba con sus familiaridades; pero acaso se librase de ellos después de comer.

Por lo demás, a esto le ayudó el propio Tidemand; tan pronto como terminaron, pagó y se despidió, diciendo que tenía que hacer.

CAPITULO III

Tidemand se encaminó hacia el gran almacén de la casa H. Henriksen, donde sabía que Ole solía estar a aquellas horas.

Tidemand pasaba de los treinta y comenzaba a grisear en las sienes. Tenía negros el pelo y la barba y unos ojos castaños de expresión cansada. Cuando estaba sentado sin decir nada, ensimismado, se alzaban y se bajaban sus párpados como si tuviera sueño.

Estaba casado y tenía dos hijos; cuatro años llevaba casado. Su matrimonio había empezado muy bien y así continuaba, aunque extrañaba a las gentes que siguiese en tan buena armonía. El mismo Tidemand no disimulaba el asombro que le producía que su mujer le quisiese. Había estado demasiado tiempo soltero, había viajado demasiado, había vivido mucho en hoteles; él mismo lo decía. Le gustaba tocar el timbre; pedía las comidas fuera de las horas acostumbradas, cuando buenamente le ocurría. Y Tidemand, refiriendo estas cosas, gustaba de descender a detalles; por ejemplo, no podía soportar que su mujer le sirviese la sopa. Por muy buena voluntad que tuviese, ¿cómo iba a saber la cantidad de sopa que quería?

Su mujer, Hanka, era una muchacha de veintidós años, con temperamento de artista, llena de amor a la vida, alegre y decidida como un chico. Hanka tenía grandes condiciones y ardientes entusiasmos; era recibida con algazara en todas las reuniones de la juventud, en salones o en cafés. Para la vida doméstica y para la cocina no tenía grandes disposiciones; pero ¿qué iba a hacer?, no había nacido para eso. También la desesperaba haber tenido un niño cada dos años; ella, que era todavía una niña llena de vida y de caprichos. Durante algún tiempo se dominó; pero últimamente llegó a pasar las noches en claro, llorando. Finalmente, el año anterior habían llegado a una inteligencia los esposos, y Hanka no necesitaba hacerse violencia desde entonces.

Tidemand entró en el almacén. Atravesó el local, saludando a los dependientes, y miró por el ventanillo al despacho.

Ole estaba dentro. Estaba repasando una cuenta. Al darse cuenta de su presencia, dejó aquella sobre la mesa y salió al encuentro de su amigo.

Los dos hombres se conocían de la niñez, habían estado juntos en la Universidad y habían compartido los más bellos días. Esta amistad no se entibió al hacerse colegas y competidores.

En una ocasión, Tidemand admiraba un pequeño balandro de recreo, propiedad de Ole Henriksen. Ocurrió esto unos dos años antes, cuando se supo que la casa Tidemand

había sufrido una pérdida considerable en un negocio de exportación de pescado. El balandro estaba anclado muy cerca y llamaba la atención por su elegancia y su belleza.

Tidemand le dijo a su amigo:

—Te aseguro que no he visto nunca un juguete tan lindo como el tuyo.

Ole respondió modestamente:

—Pues, seguramente, si me decido a venderlo, no me dan mil coronas.

—Yo te las doy —ofreció Tidemand.

Pausa. Ole se sonreía.

—¿Lo pagas ahora? —preguntó.

—Sí; casualmente las llevo encima.

Y Tidemand se metió la mano en el bolsillo y pagó el dinero.

La escena ocurría en el almacén y la presenciaban todos los empleados, que se reían, cuchicheaban y hacían gestos de asombro. El trato quedó cerrado.

Un par de días después, Ole abordó a Tidemand y le dijo:

—¿No me darías el balandro por dos mil coronas?

Tidemand replicó:

—¿Tienes ahí el dinero?

—Sí, casualmente.

—Venga —dijo Tidemand.

Y el balandro volvió a poder de Ole.

Tidemand había venido a ver a Ole para pasar un rato con él; los dos amigos no eran ya niños; se trataban uno a otro con la mayor cortesía, lo que no afectaba a la sinceridad de su cariño.

Ole cogió el sombrero y el bastón de Tidemand, que puso sobre el pupitre, mientras le ofrecía asiento en un sofá pequeño.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó.

—Gracias, no quiero nada —replicó Tidemand—. Vengo de comer en Grand ahora mismo.

Ole sacó una caja de puros habanos e insistió:

—¿Un vasito? ¿Uno de 1812?

—Bueno, eso sí lo tomaré. Pero tendrás que ir a buscarlo a la bodega; no te molestes.

—Parece mentira que hables de molestias.

Ole subió una botella de la bodega. La botella estaba cubierta de polvo espeso. El vino estaba frío. Ole dijo:

—¡A tu salud, Andrés!

Bebieron ambos. Se produjo una pausa.

—Propiamente venía a felicitarte —dijo Tidemand—. Nunca he logrado yo realizar una operación semejante.

Y así era, en efecto: Ole Henriksen había hecho una operación afortunada; pero él mismo decía que el mérito no era suyo, que había sido un golpe de suerte.

Y si había algún mérito, era de la casa. La operación la debía a su agente de Londres.

El caso era el siguiente.

A consecuencia de un accidente, el cargamento de café de un barco había caído al agua, siendo luego recogido. Se secó el café y lo llevaron a Londres; pero olía mal y resultaba invendible. El dueño intentó mil remedios, empleó diversos colores, azul de Berlín, índigo, amarillo de cromo, vitriolo de cobre. Pero no logró nada y tuvo que sacarlo a subasta. El agente de H. Henriksen asistió a la subasta y se quedó con el cargamento por un precio irrisorio.

Ole Henriksen fue a Londres, empezó a manipular el café, volvió a lavarlo y lo dejó secar por segunda vez. Por fin hizo tostar el cargamento y empaquetarlo en grandes toneles de cinc, que mandó cerrar herméticamente. Estos toneles estuvieron un mes sin tocar, luego fueron transportados a Noruega y metidos en el almacén. Se abrió tonel por tonel y se vendió todo perfectamente: el café estaba como si no hubiese ocurrido nada. La casa Henriksen ganó enormes sumas en el negocio.

Tidemand dijo:

—No lo he sabido hasta hace un par de días, y te aseguro que me ha enorgullecido.

—Mi única intervención consistió en que se me ocurrió tostar el café y dejarlo exudar. Lo demás...

—¿Esperarías ansioso el resultado?

—Sí, no puedo negarlo.

—¿Y qué decía tu padre?

—Se enteró después que estaba todo hecho. No, no se le podía decir nada; creo que me habría echado de casa, me habría desheredado... ¡Ja, ja...!

Tidemand se le quedó mirando.

—Eso está muy bien, Ole. Pero si quieres que la mitad del honor del negocio corresponda a la casa, a tu padre, no digas al mismo tiempo que tu padre no supo nada hasta después.

—Bueno, no hablemos más.

Entró un ordenanza con una pizarra llena de cuentas. Al mismo tiempo llamaron al teléfono.

—Perdona un momento, Andrés... Probablemente no será más que una orden. ¡Diga!

Ole escribió la orden, llamó y se la entregó a un empleado.

—Te estoy estorbando —dijo Tidemand—. Ya tienes ahí dos pizarras; vamos a coger una cada uno; yo te ayudo.

Y sin esperar la respuesta se puso a ello. Estos signos y rúbricas los entendía a maravilla e hizo la cuenta sobre un trocito de papel. Trabajaban uno a cada lado del pupitre, y de vez en cuando se decían una broma.

—Bien; pero no olvidemos los vasos.

—No; tienes razón.

—Te aseguro que es el día más agradable que he pasado desde hace mucho tiempo —dijo Ole.

—¿De veras? Iba a decir lo mismo. Pues, como te decía, vengo de Grand, pero... ¡Ah, se me olvidaba! Tengo una invitación para ti; el jueves lo pasaremos juntos. La

despedida de Ojén, ¿sabes? Asistirá bastante gente.

—¿Y dónde va a ser?

—En el estudio de Milde. Suponemos que vendrás.

—Claro que sí.

Volvieron al pupitre y se pusieron de nuevo a trabajar.

—¿Te acuerdas de cuando éramos chicos y nos sentamos juntos en la escuela? —dijo Tidemand—. Entonces no teníamos barba, ¿verdad? ¡Parece mentira! Me acuerdo como si fuera hace dos meses.

Ole dejó la pluma. Había terminado ya.

—Quería decirte una cosa..., pero no me lo tomes a mal, ni te ofendas, Andrés... Prueba, prueba el vino, anda. Traeré otra botella. Este no es vino para personas extrañas.

Y salió de la estancia. Tenía un aire totalmente confuso.

«¿Qué le pasará?», pensó Tidemand.

Ole volvió con una botella llena de telarañas y la descorchó.

—No sé cómo es —dijo oliendo el vaso—. Pruébalo: es realmente... Creo que te gustará. He olvidado de qué año, pero es añejo.

Tidemand lo olió a su vez, lo paladeó, posó el vaso y se quedó mirando a Ole.

—¿Verdad que no es malo?

—¡Qué ha de ser! —replicó Tidemand—. Pero no debías haberlo sacado por mí, Ole.

—¡Vamos! ¡Qué cosas dices! Por una botella de vino.

Pausa.

—¿No ibas a decirme algo? —preguntó Tidemand.

—Sí; es decir, propiamente no, pero... —Ole se levantó y cerró la puerta—. Pensaba que acaso no supieras nada de las cosas que se dicen por ahí para desacreditarte.

—¿Para desacreditarme? ¿Y qué es lo que se dice?

—Bueno, en último término, no hay por qué hacer caso del qué dirán. Dicen que tienes abandonada a tu mujer, que comes en el restaurante y la dejas que siga su camino, mientras tú haces tu capricho. Claro que después de todo... Pero vamos a ver. ¿Por qué comes fuera de casa y pasas tanto tiempo en restaurantes? No es que te lo reproche, pero... Bueno, pues eso es todo... ¿Sabes que este vino no es despreciable? Bebe otro poco, si no te desagrada...

Los ojos de Tidemand brillaban y miraban concentrados. Se levantó, dio un par de paseos por la habitación y volvió a sentarse en el sofá.

—No me extraña que la gente hable así —dijo—, puesto que yo mismo he hecho todo lo posible por fomentar esa murmuración. Por lo demás, me es indiferente.

Se encogió de hombros y volvió a levantarse. Paseando por la habitación y con la vista fija en la lejanía, seguía murmurando que le era indiferente.

—Pero, querido Andrés, ya te he dicho que eran murmuraciones de las que no tienes por qué hacer caso.

—No es cierto que yo tenga abandonada a Hanka —siguió diciendo Tidemand—. Es sencillamente que quería dejarla en paz. Tengo que dejarle hacer lo que quiera; así lo hemos convenido. Si no me deja. —Mientras prosigue, se sienta y luego se levanta y se vuelve a sentar con breves intervalos; está muy excitado—. A ti puedo contártelo, Ole; es la primera vez que lo hago; no volveré a repetírselo a nadie. Pero quiero que sepas que si como en los restaurantes no es por capricho. Es porque no sé qué hacer en casa. Hanka no está; no hay nada que comer; no hay nadie en las habitaciones. Amistosamente hemos ordenado así nuestra convivencia. ¿Comprendes ahora por qué voy a restaurantes? No soy dueño de mí mismo; voy al restaurante; allí encuentro a mis conocidos; a veces está ella también; nos saludamos y comemos en la misma mesa. ¡Dime qué quieres que vaya a hacer a mi casa! Hanka está en Grand; a veces nos sentamos en una mesa, uno frente a otro, y nos alargamos un vaso, una botella. «Ten la bondad, Andrés —me dice a lo mejor—; pide también un vaso para Milde». Y, como es natural, pido un vaso para Milde. Lo hago con gusto y hasta me ruborizo al hacerlo. «No te he visto en todo el día —me sigue diciendo—. Hoy te fuiste muy temprano. ¡Ya veis qué marido tengo!», dice a los concurrentes. Y se ríe gozosa. A mí me agrada oír la bromear, y bromeo también. ¿Quién puede esperar a que termines de arreglarte, teniendo una oficina con cinco empleados? Pero la verdad es que hace dos días que no la he visto. ¿Comprendes por qué voy a los restaurantes? Quiero verla y saludar a los amigos, que tan agradablemente me ayudan a matar el tiempo. Ahora que, desde luego, todo esto es fruto del acuerdo mutuo; no vayas a figurarte... A mí me parece excelente el arreglo. Se acostumbra uno a todo.

Ole escuchaba con la boca abierta, y dijo lleno de asombro:

—¿Esa es la situación? No creía que hubieseis llegado a tal extremo.

—¿Y qué tiene de particular? ¿Es tan raro que le guste reunirse con la «peña»? Son

todos gente conocida: sólo escritores y artistas, gente dé valer e ingenio. Hay que reconocer, Ole, que son muy distintos de nosotros, y que a nosotros también nos gusta su trato. ¿A qué extremo, dices? No; entiéndelo bien, no hemos llegado a ningún extremo. La cosa marcha muy bien. Yo no podía ir a comer a casa puntualmente y me iba a un restaurante. Hanka no iba a comer sola...; por consiguiente, se iba también al restaurante. Es verdad que no vamos todos los días al mismo sitio. Pero ¿qué importa?

Pausa. Tidemand deja caer la cabeza entre las manos. Ole pregunta:

—Pero ¿quién empezó el juego? ¿De quién partió la iniciativa?

—¿Crees que pude haber sido yo? ¿Me crees capaz de decirle a mi mujer: «Hanka, vete a un restaurante, para que cuando venga a comer encuentre la casa vacía»? Pero, por lo demás, no creas que me encuentre a disgusto; no, no es eso... ¿Qué te parece el que ni siquiera tenga aspecto de mujer casada? ¿A que no tienes nada que objetar? No creas; he hablado con ella del asunto; le he hecho reflexiones: una mujer casada, la casa, el hogar. Pero ella me replicó: «¿Casada dices? ¡No seas exagerado!». ¿Qué te parece? ¿Encontrar exagerado eso?

Por esa razón no se lo he vuelto a repetir; no está casada; allá ella. De vez en cuando para en la misma casa que yo; vamos a ver a los niños; entramos y salimos, nos separamos y volvemos a juntarnos. Después de todo, no tiene nada de particular, y si a ella le agrada...

—¡Pero eso es ridículo! —interrumpió Ole, sin poder dominarse—. No comprendo cómo... ¿Es que cree que tú eres un guiñapo que puede tirar a su antojo? ¿Por qué no se lo has dicho así?

—Claro que se lo he dicho. Sólo que ella respondía diciendo que quería divorciarse. Por dos veces. ¿Qué querías que hiciese? No tengo la fortuna de resignarme así, desde luego, al divorcio; más tarde, con el tiempo, será posible. ¿Decirle categóricamente mi pensamiento y se acabó? ¡Pero si quería marcharse! Me lo dijo abiertamente, y comprendí que era verdad. Por dos veces. ¿No me entiendes?

—Voy entendiendo, sí.

Permanecieron un rato en silencio. Luego Ole preguntó a media voz:

—¿Es que acaso tu mujer tiene...? Vamos, si quiere a otro.

—¡Naturalmente! —respondió Tidemand—. Así es como ocurren estas cosas...

—¿Y no sabes quién es?

—¿No iba a saberlo? Pero no te lo digo, no te lo diré nunca... Además, ya se me ha olvidado... ¿Y por qué había de saberlo? Esas cosas no pueden saberse. Puede que no quiera a nadie. ¿Crees acaso que tengo celos? No lo creas; yo sé dominarme

perfectamente... En resumen: no es que, como dice la gente, quiera a otro; no es más que un capricho suyo. Probablemente un día vendrá a decirme que quiere reanudar nuestra vida de antes. No creas que es imposible: la conozco bien. Desde hace algún tiempo quiere a los niños. ¿Por qué no vienes a vernos algún día...? ¿Te acuerdas de cuando nos casamos?

—Sí.

—No estaba mal la novia, ¿verdad? ¿A que no estaba mal...? Pero habías de verla desde que ha empezado a tomarles cariño a los niños. Es indescriptible. Hay que verla con el vestido negro de terciopelo... En serio: tienes que venir a vemos un día.

—Sí que iré.

—Ahora me acuerdo de que probablemente Hanka estará hoy en casa; voy a pasar por allí, a ver si se le ocurre algo.

Los dos amigos vaciaron sus vasos y quedaron contemplándose.

—Espero que se irá arreglando todo —dijo Ole.

—Sí, sí, de seguro —replicó Tidemand—. Y gracias, muchísimas gracias. Siempre has sido un buen amigo.

Hace mucho tiempo que no he pasado una hora tan agradable.

—Entonces vuelve por aquí a menudo. Ya sabes que verte es un placer para mí.

—Sí, sí, vendré. ¡Pero oye! —Y Tidemand se detuvo en la puerta, volviéndose—. De esto ni una palabra, ¿verdad? El jueves como si no hubiera pasado nada, ¿sabes?

Y dicho esto, salió.

CAPITULO IV

La noche desciende sobre la ciudad. Las oficinas interrumpen el trabajo, se cierran las tiendas y se apagan las luces. Sin embargo, jefes de pelo gris se encierran en los despachos, encienden luz, sacan papeles, hojean librotos muy gruesos, apuntan un número, repasan una suma, cavilan. Mientras trabajan así perciben el ruido ininterrumpido de los vapores que cargan y descargan hasta bien entrada la noche.

Dan las diez, las once. Los cafés están atestados y las calles llenas. Pasean por ellos gentes de todas condiciones, con sus mejores atavíos, que charlan, miran a las muchachas o desaparecen en una cervecería. En los puestos, los cocheros espían la menor indicación de un transeúnte, hablan de los caballos y encienden, sin saber qué hacer, sus cortas pipas.

Pasa una mujer, una hija de la noche, conocida de todos; la siguen un marinero y un señor de chistera, que caminan apresuradamente, pues cada uno de ellos quiere alcanzar antes que el otro a la muchacha. Pasan luego dos mozalbetes; van hablando a gritos, con el pitillo en la boca y las manos en los bolsillos. Luego, otra mujer, y a continuación dos señores que corren por alcanzarla, en competencia.

Mas en este instante todos los relojes de la ciudad van dando, uno tras otro, las doce. Se vacían los cafés, y los *music-hall* vomitan vaharadas de gente, humean calor y cerveza. En los muelles chirrían aún las grúas, y pasan por las calles los coches de alquiler. En los despachos profundos, los jefes han terminado con sus papeles y sus cavilaciones, cogen su sombrero, apagan la luz y se marchan a casa.

También de Grand salen los últimos parroquianos, una «peña» de gente joven y alegre, que ha esperado hasta el último momento. Con los cuellos de los abrigos subidos, el bastón bajo el brazo y los sombreros un tanto ladeados, van caminando por la calle; hablan alto, canturrean la última canción y chistan a una muchacha solitaria y abandonada con boa y velo blanco.

Van andando en dirección a la Universidad. Hablan de literatura y política y, a pesar de que todos están de acuerdo, charlan con el mayor acaloramiento. ¿Es que Noruega no tiene derecho a la independencia? ¿No ha de ser un país soberano? ¡Qué esperen! El Presidente ha prometido hacerse cargo de la cuestión, y además se acercan las elecciones... Todos estaban conformes en que las elecciones resolverían el problema.

Al llegar a la Universidad, tres de los amigos se despiden y cada cual se marcha por su camino. Los demás dan todavía unas vueltas, se paran delante de Grand y siguen cambiando impresiones.

Finalmente, quedan solos Milde y Ojén. Milde persiste en su ardor.

—Te lo aseguro. Si la Cámara cede esta vez, desde luego me marchó a Australia. Ya nada me queda que hacer aquí.

Ojén es joven y muy nervioso; su rostro pequeño, que parece de una muchacha, es pálido y de aire cansado; entorna los ojos como un miope, a pesar de que ve perfectamente, y su voz es suave y débil.

—No comprendo cómo os pueden interesar esas cosas. A mí me son perfectamente indiferentes.

Inició Un leve encogimiento de hombros. La política le fastidiaba. Tenía unos hombros caídos, como los de las mujeres.

—Bueno; no quiero entretenerte más —dijo Milde—. A propósito: ¿has escrito algo últimamente?

—Sí —repuso Ojén, animándose en seguida—, un par de poemas en prosa. Pero hasta que esté en Torahus no podré ponerme a trabajar en serio. Tienes razón: aquí en la ciudad ya no se puede estar.

—Claro que sí; ahora que yo quería decir en todo el país... Espero que no lo olvidarás... El jueves, en mi estudio... Dime, viejo amigo, ¿tendrías una corona suelta en el bolsillo?

Ojén se desabrocha y saca una corona.

—Gracias, viejo amigo. De manera que el jueves. Procura venir un poco antes para ayudarme a disponer el estudio. ¡Vamos! ¡Gabán con forro de seda! ¡Y no te he pedido más que una miserable corona! ¡Perdóname si te he ofendido!

Ojén se sonríe, y replica, sin recoger el chiste:

—No creo que tenga nada de particular. Me parece que ya no hay más que abrigos con forro de seda.

—Pero oye, chico: ¿qué te ha costado? —dice Milde, tocando el abrigo.

—¿Sabes que no me acuerdo? Los números se me olvidan siempre; nunca han sido mi fuerte. Las facturas de los sastres las olvido en seguida.

—Muy práctico, chico; extraordinariamente práctico. ¿De manera que no las pagas?

—No; ese cuidado lo encomiendo a la Providencia. Claro que si alguna vez llego a ser rico... Pero mejor si te vas; quiero estar solo.

—Claro que sí. Buenas noches. Pero escucha, en serio. Si te queda otra corona...

Ojén vuelve a desabrocharse.

—¡Gracias, ¿eh?, muchas gracias! ¡Qué poetas estos! Por ejemplo, ¿adónde vas tú ahora?

—Daré unas vueltas por aquí, contemplando las casas. No podría dormir, y me entretengo contando las ventanas. Y no creas, a veces no es tan estúpido como parece. Hasta puede constituir un verdadero placer dejar descansar los ojos en cuadros, en líneas puras. Pero de esto no entiendes una palabra.

—No vayas a creer; sí que lo entiendo. Pero vamos..., las personas, ¿no? Las personas también. Carne y sangre, ¿no es eso? También tienen su interés...

—Para mí, no; para vergüenza mía te confieso que la gente me aburre atrocemente. ¿No te has fijado en una de estas calles solitarias...? ¿No has visto la belleza que puede haber en ellas?

—¡Ya lo creo! No te vayas a figurar que soy ciego. La belleza, el encanto de una calle solitaria... Cedo cada cosa a su tiempo... Pero no quiero entretenerme más. Hasta el jueves.

Saludó Milde, dio la vuelta y desapareció calle arriba. Ojén siguió a solas el paseo. Pocos minutos bastaron para que se convenciese de que no había perdido todo interés por los hombres; se había mentido a sí mismo. A la primera prostituta callejera que le llamó, le dio las dos coronas que le quedaban, y siguió su camino en silencio. No habló ni una palabra. Su silueta, exigua y nerviosa, desapareció antes de que la muchacha le hubiera podido dar las gracias.

Por fin ha callado todo: en el puerto ha cesado el chirrido de las poleas; la ciudad está dormida. A lo lejos, no se sabía dónde, se oía el paso apagado de una persona que caminaba sola. Las llamas tiemblan en los faroles; dos guardias están parados charlando, y de vez en cuando dan patadas en el suelo porque se les enfrían los pies.

Así toda la noche. Acá y allá pasos humanos en la lejanía, y de vez en cuando un guardia que golpea el suelo con los pies para quitarse el frío.

CAPITULO V

Era una habitación espaciosa de paredes azules, con dos ventanales anchos. En el centro, una estufa pequeña con tubos sujetos por alambres que pendían del techo. Había gran cantidad de dibujos y abanicos pintados clavados a las paredes y apoyados en ellas varios cuadros con marcos. Olor de pintura, sillas rotas, humo de tabaco, pinceles, tubos de colores, los abrigos de los invitados esparcidos acá y allá y una vieja bañera de goma llena de clavos y hierros. En el caballete, retirado a un rincón, un gran retrato de Paulsberg, a medio terminar. Tal aspecto presentaba el estudio de Milde el día de la cena de despedida a Ojén.

Cuando llegó Ole Henriksen, a eso de las nueve, estaban ya reunidos todos los invitados, incluso Tidemand y su mujer; eran, en total, diez o doce personas. Las tres lámparas que alumbraban la estancia, provistas de espesas pantallas, no daban demasiada claridad en aquel ambiente denso de humo de tabaco. Seguramente esta penumbra era obra de Hanka. Entre los concurrentes había dos muchachos barbilampiños, dos poetas jóvenes, que acababan de terminar su carrera. Los dos estaban pelados al rape; uno de ellos traía una brújula, pendiente de la cadena del reloj. Eran compañeros de Ojén, admiradores y discípulos suyos; ambos hacían poesías.

Estaban también un señor de *Las Noticias*, el periodista Gregersen, el literato del periódico, que prestaba a sus amigos grandes servicios y publicaba en el periódico noticias acerca de ellos. Paulsberg le trataba con la mayor consideración, y estaba hablando con él sobre su serie de artículos *Nuevos literatos*, que encontraba admirables, y el periodista, halagado por el elogio, respondía satisfecho y gozoso. Tenía la costumbre de pronunciar mal adrede las palabras, para producir efectos cómicos.

—Es bastante difícil el tema de esos artículos —dijo—. Hay que hablar de un sinfín de escritores; un verdadero «coas».

Este «coas» excita la hilaridad de Paulsberg, y ambos siguen hablando en la mejor armonía.

El abogado Grande y su mujer no habían aparecido.

—¿De modo que Grande no viene? —preguntó Hanka, sin mentar a la mujer.

—Está incomodado —respondió Milde, chocando el vaso de Norem—. No quería alternar con Norem.

Reina gran animación; se habla, se bebe y el estrépito es considerable. Este estudio

de Milde era un local magnífico; al entrar, se recibía la sensación de que podía hacerse y decirse lo que se quisiera.

Hanka está sentada en el sofá, con Ojén al lado. Frente a ella, al otro lado de la mesa, Irgens. La luz de la lámpara cae sobre su pecho flaco. Hanka apenas le mira.

Hanka lleva puesto su vestido de terciopelo; tiene ojos verdes; el labio superior es algo corto y deja ver los dientes blancos. La cara es fresca y blanca; la hermosa frente no está tapada por el cabello. En las manos, plegadas sobre el pecho, chispean dos anillos. Respira fuerte y dice, dirigiéndose al otro lado de la mesa:

—Irgens, ¡qué calor hace aquí!

Irgens se levanta y se dispone a abrir una ventana. Pero ahora protesta otra voz, la de la señora de Paulsberg:

—No, nada de abrir ventanas; no podría soportarlo. Basta con alejarse del sofá; al otro lado de la habitación se está más fresco.

Hanka se levanta del sofá. Tiene movimientos lentos; en pie, parece una muchacha joven, con sus hombros osados. Al pasar se mira al espejo; no huele a perfume. Coge tranquilamente del brazo a su marido y pasea con él arriba y abajo, mientras en las mesas se bebe y se charla.

Tidemand habla con viveza, aunque un poco forzadamente, de su cargamento de trigo, de una elevación de los derechos de Aduanas, De pronto se inclina un poco hacia su mujer y dice:

—Estoy muy contento hoy. Pero perdóname, querida, esto no te interesa... ¿Has visto a Ida antes de salir? ¿Verdad que estaba encantadora con el vestidito blanco? Cuando llegue la primavera y nos vayamos al campo, volveremos a empujar su cochecito.

—¡Oh, qué ganas tengo de verme allá afuera! —respondió Hanka con viveza también—. Debes mandar que arreglen las praderas y los árboles. ¡Qué hermoso va a estar todo aquello!

Tidemand, que esperaba la primavera con tanta ansiedad como ella, ha dado orden de que dispongan la casa de campo, aunque aún no ha llegado abril. Le encanta la alegría de su mujer y oprime su brazo; sus ojos negros chispean.

—Hoy me siento contento de veras, Hanka. Ya verás cómo se arregla todo.

—Sí, sí... Pero ¿qué es lo que se tiene que arreglar?

—No, nada —replica su marido, que baja la vista y prosigue—: El negocio marcha muy bien; he recibido cinco órdenes de compra.

¡Pero qué tontería había dicho! Era ya la segunda torpeza que cometía, aburriendo a su mujer con estas conversaciones de negocios. Sólo que Hanka le soportaba con paciencia, y nadie hubiera podido responder más amablemente.

—¿De veras? Está muy bien.

Estas dulces palabras le alentaron; se sintió rebosante de gratitud y quiso demostrarla; así que, sonriendo, con los ojos húmedos, dijo con voz contenida:

—Con ese motivo quisiera regalarte algo. Una especie de recuerdo. Si tuvieras especial predilección por alguna cosa...

Hanka alzó los ojos hacia él.

—¡Por Dios, querido amigo! Pero, en fin, si quieres puedes regalarme un par de cientos de coronas. Gracias, muchas gracias.

En esto se fijó en la vieja bañera de goma llena de clavos y trozos de hierro y se fue llena de curiosidad hacia ella.

—Pero ¿qué es esto? —exclama. Suelta el brazo de su marido y, cogiendo con precaución la bañera, la coloca sobre la mesa—. ¿Qué es esto, Milde?

Revuelve con sus blancos dedos en aquella confusión, llama a Irgens, encuentra un objeto extraño tras otro y los va mostrando, preguntando acerca de cada uno de ellos.

—A ver: ¿quién me explica qué es esto?

Ha encontrado un mango de paraguas, que echa en seguida a un lado. Luego tropieza con un rizo envuelto en un pedazo de papel.

—¡Aquí hay pelo! ¡Ved!

A esto se aproxima el propio Milde.

—¡Deje usted tranquilo el rizo! —dice, quitándose el puro de la boca—. ¿Cómo habrá venido a parar ahí? ¿Habéis visto nunca nada semejante? ¡El pelo de mi último amor, si se me permite la expresión!

Esta exclamación produjo la general algazara de la concurrencia. El periodista grita:

—¿Habéis visto la colección de corsés de Milde? ¡Saca los corsés, Milde!

Milde obedece resignado; entra en una habitación de al lado y vuelve con un envoltorio; al desenvolverlo, comienzan a salir corsés blancos y oscuros; los blancos, un poco agrisados. La señora Paulsberg exclama maravillada:

—Pero... ¡si son corsés usados!

—¡Ja, ja! ¡Claro que son usados! Pues, de no ser así, no figurarían en la colección de Milde. ¿Qué valor de «afectación» tendrían no siendo usados?

Y el periodista rompió a reír, encantado de haber trabucado una palabra más.

El obeso Milde, entretanto, luego de envolver sus corsés, dijo:

—Es mi especialidad. Pero ¿por qué me miráis como pasmados? Son mis propios corsés; los he usado yo mismo. ¿No lo comprendéis? Cuando empecé a engordar, creí que, a fuerza de apretarme... Pero no me sirvió de nada.

Paulsberg movió la cabeza y chocó su vaso con el de Norem.

—A tu salud, Norem. ¿Por qué Grande no quiere reunirse contigo?

—Dios sabe —replicó Norem, ya medio bebido—. ¿Has visto nada tan absurdo? No le he ofendido ni en sueños.

—Sí, desde hace algún tiempo empieza a darse importancia.

Y Norem exclamó encantado:

—Ya lo oís. Paulsberg dice también que Grande empieza a darse importancia. ¡Ahí lo tenéis!

Todos se muestran de acuerdo. Rara vez se le oían a Paulsberg tantas palabras. Manteníase atento e indescifrable y escuchaba la conversación sin mezclarse en ella. Poseía el respeto de todos, e Irgens era el único que osaba hacerle frente.

—No comprendo por qué Paulsberg ha de decidir en semejantes cosas —dijo.

Todos le miraron asombrados. ¿Conque Paulsberg no podía decidir? ¿Quién, entonces?

—Irgens —respondió Paulsberg con cómica seriedad.

Irgens clavó la vista en él y ambos quedaron mirándose frente a frente, hasta que Hanka los separó, se sentó entre los dos y comenzó a hablar con Ojén.

—Oíd —exclamó al poco rato—. Ojén va a leemos sus últimas obras: un par de poemas en prosa.

Todos se sentaron, disponiéndose a escuchar.

Ojén había traído los poemas en prosa: los sacó del bolsillo y pudo verse que sus manos temblaban.

—Pero habéis de ser condescendientes —dijo.

A lo que rieron los dos estudiantes, los poetas de las cabezas rapadas; y uno de ellos dijo, lleno de admiración:

—Pues si usted necesita condescendencia, ¿qué iba a ser de nosotros?

—¡Chist! ¡Silencio!

—Esta se titula *Condenado a muerte* —dijo Ojén; y rompió a leer:

He pensado a menudo que si mi más secreto crimen se descubriese...

—¡Silencio!

—¡Silencio, sí!

... entonces sería condenado a muerte.

Y me estaría en la cárcel sabiendo que en el momento de la ejecución iba a mostrarme tranquilo y superior.

Subiría las escaleras del patíbulo sonriendo, y humildemente pediría permiso para decir unas palabras.

Y hablaría. Exhortaría a todos a que sacasen enseñanzas provechosas de mi muerte. El discurso brotaría de mi corazón y saldrían de mi boca lenguas de fuego cuando, al terminar, me despidiese...

Ahora se ha descubierto mi crimen más secreto.

Se ha descubierto.

He sido condenado a muerte... Y he pasado tanto tiempo en la cárcel, que mis fuerzas están quebrantadas.

Voy subiendo los escalones del patíbulo, pero brilla el sol y se asoman lágrimas a mis ojos. Pues de estar tanto tiempo en la cárcel me siento débil. Y además brilla el sol; hace nueve meses que no lo he visto, y nueve meses que no he oído cantar a ningún pájaro.

Me sonríó para encubrir que lloro, y les pido permiso a mis guardianes para decir

unas palabras.

Pero no me lo permiten.

Sin embargo, quiero hablar, no para mostrar valor, sino porque quisiera decir unas palabras salidas del corazón antes de morir, para no morir en silencio; unas palabras limpias que no puedan dañar a ningún alma. Un par de palabras apresuradas, antes de que vengan y me cierren la boca: Amigos, ved cómo brilla el sol de Dios...

Y comienzo, en efecto; pero no puedo hablar.

¿Tengo miedo? ¿Me abandona el valor? No, no tengo miedo. Pero estoy débil y no puedo hablar, porque veo por última vez el sol de Dios y sus árboles.

¿Qué viene por allí? ¿Un jinete con una bandera blanca?

¡Silencio, corazón; no tiembles!

No, es una mujer con un velo blanco; una mujer hermosa, de mi edad; también ella lleva el cuello desnudo como yo.

Y no lo comprendo; pero también el velo blanco me hace llorar, porque estoy débil y porque el velo blanco flamea sobre el fondo del follaje de los árboles. ¡Es tan hermoso verlo flamear al sol! Pero dentro de un instante ya no lo veré.

Acaso sí; acaso cuando haya volado mi cabeza podré ver un momento con mis ojos la bóveda radiante del cielo. No sería imposible, si mantengo los ojos bien abiertos al caer el hacha. Y así lo último que vea será el cielo.

Pero ¿me están poniendo una venda en los ojos? ¿Acaso me los tapan porque estoy débil y lloro? ¡Oh! Todo se ha oscurecido, me he quedado ciego y ni siquiera puedo contar los hilos de la venda.

¡Qué error el mío, cuando esperaba poder alzar el rostro y ver la radiante bóveda del cielo! Me inclinan la cabeza, me meten el cuello en una argolla. Y no puedo ver nada a través de la venda.

Debajo de mí hay un cajoncito; no puedo verlo, pero sé que está destinado a recoger mi cabeza.

En derredor sólo noche, oscuridad tenebrosa. Guiño los ojos y creo que veo aún; en mis dedos me queda también vida y yo amo la vida. Si me quitasen la venda, podría ver algo, podría contemplar los granos de trigo que hay en el fondo del cajón, tan pequeñitos.

»Silencio y tinieblas. Un silencio anheloso de la muchedumbre.

¡Dios de misericordia! ¡Compadécete de mí; quítame la venda! ¡Dios de misericordia! Soy tu mísera criatura, ¡quítame la venda!

Se había hecho el silencio en el estudio. Ojén bebió de su vaso. Milde, que no había entendido una palabra, se arañaba una mancha que tenía en el chaleco, chocó su vaso contra el del periodista y susurró:

—¡Salud!

Hanka fue la primera que habló; sonrió a Ojén y dijo:

—¡Bien. Ojén! ¡Cómo tiembla lo que usted escribe! El silencio anheloso de la muchedumbre... ¡Cómo se percibe! Me parece muy bien.

A todos les pareció bien, y Ojén se sintió conmovido. Le estaba muy bien a su carita joven la satisfacción.

—No es más que una impresión —dijo. Le hubiera gustado oír el juicio particular de Paulsberg, pero Paulsberg callaba.

—Pero ¿cómo elige usted esa forma? ¿Esos poemas en prosa? Claro que está muy bien, pero...

—Es mi manera de sentir —replicó Ojén—. La novela no me dice nada; en mí, todo es poesía. Con o sin rima, pero poesía. Y en los últimos tiempos no hago versos rimados.

—Pero ¿qué clase de nerviosidad es la de usted? —dijo Hanka con su dulce voz—. Es triste verle tan excitado; tiene usted que procurar ponerse bueno.

—Voy a tratar de explicarle mi nerviosidad... Me siento de pronto abatido, convulso, casi deshecho. No puedo andar sobre alfombras, pues cuando dejo caer algo, ya no lo vuelvo a encontrar. No lo oigo caer, y no se me ocurre buscarlo. ¿Puede usted figurarse nada más terrible que pensar qué allá está caído y allí seguirá? Por eso me angustia pisar alfombras; procuro concentrarme y meto las manos en los bolsillos. Veo si están bien sujetos los botones del chaleco para que no se caiga ninguno, y me vuelvo constantemente a ver si he perdido algo... Luego hay otras cosas que me atormentan; ocurrencias peregrinas que uno tiene. Pongo un vaso de agua en el canto de la mesa, y me figuro que he hecho una apuesta con alguien por una suma fabulosa. Luego empiezo a soplar el vaso. Si cae, he perdido; he perdido una cantidad tan grande, que estoy arruinado para toda la vida; pero si no cae, he ganado, y puedo comprar un palacio a la orilla del Mediterráneo. Lo mismo me pasa cuando subo una escalera que no conozco: si son dieciséis escalones, he ganado; si son dieciocho, he perdido. Luego vienen otras cosas más complicadas: ¿y si la escalera tuviese, contra toda previsión, veinte escalones? ¿Gano o pierdo? Se entabla discusión; no cedo, y la cosa acaba en un pleito, que naturalmente,

pierdo... No se ría usted; son cosas que hacen sufrir. Pero estos son los casos de menor importancia; déjeme citar otros dos ejemplos: Supóngase usted que en el cuarto vecino alguien canta el verso único de una sola canción; lo canta incesantemente; acaba y vuelve a empezar; ¿no es para volverse loco de impaciencia? Pues donde yo vivo hay un sastre que, mientras cose, canta así el eterno verso de una canción, siempre la misma. Bueno. Hay un momento en que ya no se puede soportar, y, furioso, uno se marcha. Pero en la calle le aguarda un nuevo tormento. Encuentra a un conocido cualquiera, con quien entabla conversación. De pronto, así hablando, se le ocurre algo agradable, alguna cosa que le van a dar, acerca de la cual quiere seguir pensando, para regocijarse a sus anchas. Pero sucede que mientras está hablando con la persona aquella, se olvida por entero del pensamiento agradable, y luego no puede recordarlo. Ahí tiene la angustia, el dolor: lo atormenta a uno el pensar que ha perdido aquel delicioso goce, aquel goce tan dulce, que sin trabajo y sin gastos hubiera venido a nosotros.

—Sí que es singular... Pero ahora en el campo, en los pinares, pasará todo eso —dijo Hanka en tono maternal.

Milde se mostró de acuerdo.

—Es cierto. Y piensa en nosotros cuando estés en tu reino.

—Por allá arriba encontrarás a Bondesen —dijo el periodista—. Vive allí, cultiva la abogacía y se dedica a la política. Es un mozo endiablado el tal Bondesen. En las próximas elecciones seguramente saldrá diputado.

Durante este tiempo Ole Henriksen había permanecido sentado en una silla, hablando sosegadamente con el vecino, o callando y fumando pitillos. Conocía también Torahus, y le indicó a Ojén que hiciese una visita a una casa de las cercanías. Se iba hasta ella en barca; a ambos lados, espesos bosques de pinos. La casa lucía en el borde del bosque como palacete de mármol.

—¿De dónde sabes eso? —preguntó Irgens, asombrado de oír hablar así a Ole Henriksen.

—He ido allí de paseo algunas veces —respondió Ole un poco confuso—. Éramos dos: un compañero de academia y yo. En la casa nos daban leche.

—¡Salud, señor académico! —exclamó el periodista, burlón.

—Debes ir allá —prosiguió Ole Henriksen—. El dueño y su familia son extraordinariamente amables. Además, por si se te ocurre enamorarte, tienen una hija joven —añadió, sonriéndose.

—No; eso sí que no. A Ojén podrán reprochársele otras cosas; pero a las mujeres las deja tranquilas —dijo Norem, bonachón y bebido.

—¡Salud, señor académico! —gritó de nuevo el periodista.

Ole Henriksen le miró.

—¿Te refieres a mí?

—Claro que me refiero a ti, naturalmente. ¿No has estudiado en una academia? ¡Pues eres académico!

También al periodista le había hecho efecto el vino.

—Yo no he ido más que a la Academia de Comercio.

—Ya, ya sé que eres comerciante. Pero no hay por qué avergonzarse. ¿Verdad, Tidemand? ¿Hay que avergonzarse de ser comerciante? Yo sostengo decididamente que no. ¿Tengo razón?

Tidemand no respondió. El periodista se aferraba estúpidamente a su pregunta, y fruncía el entrecejo, concentrándose en ella, para no olvidar lo que había preguntado. Comenzaba a encolerizarse, y pedía respuesta con voces destempladas.

Hanka dijo, de pronto, con voz serena:

—¡Bueno! Silencio ahora; Ojén va a leer el segundo poema.

Paulsberg e Irgens hicieron una mueca fugitiva; pero nadie objetó nada; Paulsberg hasta asintió con la cabeza, para animar al lector. Cuando se hizo un poco de silencio, se levantó Ojén, se echó un poco atrás, y dijo:

—Este lo sé de memoria. Lleva por título *El poder del amor*.

Íbamos en el tren por una comarca desconocidas desconocida para mí; desconocida para ella. Nosotros, ella y yo, éramos también desconocidos: no nos habíamos visto nunca.

»¿Por qué estará tan callada? —pensé.

Me incliné hacia ella, y le dije, con el corazón palpitante:

—¿Tiene usted algún motivo de tristeza, señorita? ¿Ha dejado usted en el sitio de dónde viene un amigo, un amigo muy bueno?

—¡Oh, sí! —replicó ella—. Un amigo muy bueno.

—¿Y ahora ya no podrá usted olvidar a ese amigo? —pregunté yo.

Guardó silencio. No me había mirado aún a la cara.

—¿Me deja usted tocar la trenza de su pelo? —dije yo—. ¡Qué magnífica trenza! ¡Qué deliciosa!

—Mi amigo la ha besado —replicó, y apartó mi mano.

—Perdóneme —dije, y mi corazón palpitaba cada vez más fuerte—. ¿No podré siquiera ver su sortija? Es de oro muy claro y de una singular belleza. Quisiera verla de cerca.

Pero también a esta petición respondió negativamente, replicando:

—Me la ha dado mi amigo.

Y se apartó aún más de mí.

Transcurre un rato. El tren corre monótono; el camino es largo y fatigoso. No tenemos nada que hacer, más que escuchar el ruido de las ruedas. Cruza una locomotora; suena como si hierro y hierro entrechocasen; y yo me estremezco; pero ella no, pues sin duda no piensa más que en su amigo. Y el tren sigue su marcha.

En esto, por primera vez me mira a la cara; sus ojos son completamente azules.

—¿Por qué se pone tan oscuro? —pregunta.

—Nos acercamos a un túnel —respondí.

Y atravesamos el túnel.

Transcurre otro rato. Impaciente, vuelve a mirarme, y dice:

—Me parece que vuelve a ponerse oscuro.

—Estamos en el segundo túnel; hay tres —respondí—. Tengo un plano. ¿Quiere usted verlo?

—Tengo miedo —dice ella, y se aproxima.

No respondí. Ella preguntó, sonriendo:

—¿Tres túneles, dice usted? ¿Hay otro después de este?

»—Sí; queda otro.

Entramos en el túnel, y siento que está muy cerca de mí, tan cerca que su mano toca

mi mano. Al fin se hace la luz, y salimos.

Transcurre un cuarto de hora. Ahora está tan cerca de mí, tan cerca que su mano toca mi mano. Al fin se hace la luz, y salimos.

Transcurre un cuarto de hora. Ahora está tan cerca de mí, que siento el calor de su cuerpo.

—Puede usted tocar la trenza de mis cabellos —dice ella—, y puede usted mirar tranquilamente mi sortija. Aquí la tiene usted.

»Cojo en mi mano la trenza, pero no la sortija, pues se la había dado su amigo. Se rio, y no volvió a ofrecérmela.

—Tiene usted unos ojos muy ardientes. ¡Y qué dientes tan blancos! —dijo ella, muy confusa—. Tengo mucho miedo del último túnel; cójame la mano cuando llegue. No; no me coja la mano; lo decía en broma. Pero, hábleme.

Prometí hacer lo que quisiera.

A los pocos momentos rompió a reír, y dijo:

—No tenía miedo de los otros túneles; de este, sí.

Me miró a la cara, para ver lo que contestaba, y yo dije:

—Este es también el más largo; es infinitamente largo.

Su confusión había llegado al máximo.

—No es cierto; ya no hay más túneles —exclamó—. Se burla usted de mí; ya no hay más túneles.

—Sí, hay; queda el último: mire usted.

Y le enseñé el plano; pero ella no quería ver ni oír nada.

—No, no; no queda ninguno; se lo digo a usted; no queda ninguno... Pero, hábleme, hábleme si viene alguno —añadió.

Echó atrás la cabeza, cerró los ojos. Sonreía.

En esto pita el tren; me asomo a la ventanilla; nos acercamos a la boca negra del túnel. Me acuerdo de que he prometido hablarle. Me inclino hacia ella, y siento en la oscuridad que sus brazos rodean mi cuello.

—Hábleme, hábleme; tengo miedo —susurra, palpitante—. ¿Por qué no me habla usted?

Percibía las palpitaciones de su corazón, y acercando mi boca a su oído, le dije:

»—Pero ¿olvida usted a su amigo?

Me oyó convulsa, tembló, y en el mismo momento soltó mi cuello, me apartó con ambas manos, y se tendió en el asiento. Yo me aparté también. En la oscuridad comenzó a sollozar.

»Este era el poder del amor» —terminó Ojén.

Otra vez se hizo el silencio en el estudio. Milde estaba boquiabierto, esperando la continuación.

—Bueno, sigue —dijo, disponiéndose a oír el desenlace—. Pero ¿ya has acabado? ¿Y a qué viene todo eso? En mi vida he visto nada tan absurdo. Mira, chico; esas cosas que hacéis ahora los jóvenes no son para mí. Olvídense usted de su amigo. No se olvide usted de su amigo. Pero, hombre de Dios...

Los señores estallaron en francas carcajadas. La impresión quedó destruida.

El poeta de la brújula en el colgante se levantó engallado, señaló a Milde, y exclamó:

—Este caballero no tiene la menor idea de lo que es la poesía moderna.

—¿Poesía moderna? Bueno; si quiere usted llamar poesía moderna a esto... Pero yo tenía entendido que todas las cosas han de tener un desenlace.

Ojén había palidecido de coraje.

—No tiene ni asomos de comprensión para mi estilo nuevo —dijo el pobre hombre, excitado y tembloroso—. Por lo demás, te falta pulimento, Milde; de ti no podía esperarse otra cosa.

Sólo entonces pareció comprender el grueso Milde lo que había hecho; difícilmente habría esperado que sus palabras produjesen aquel efecto.

—¿Conque me falta pulimento? —respondió, sin incomodarse—. Bueno; ahora empezaremos a ponemos groseros. Por lo menos, no he querido ofenderte, Ojén. ¿Crees que no me ha gustado la poesía? ¡Ya lo creo! Quería decir solamente que era algo incorpóreo, etéreo, ¿sabes? Entiéndeme bien: muy bonita; extraordinariamente deliciosa, en

una palabra; de lo mejor que has hecho. ¿No se te puede gastar una broma?

Pero ya de nada servían los esfuerzos de Milde. Se había roto el encanto, y todos comenzaron a gritar y a reír con estrépito. En medio de la algarabía, Norem abrió una ventana, y se puso a cantar hacia la calle.

Para consolar un poco a Ojén, Hanka le puso una mano en el hombro, prometiéndole que iría a despedirle a la estación. Irían todos. ¿Cuándo pensaba marcharse?

—¿Verdad que sí? —preguntó, dirigiéndose a Ole Henriksen—. ¿Iremos todos a la estación a despedir a Ojén?

Ole dio una inesperada respuesta, que asombró a la propia Hanka: no sólo iría a la estación, sino que acompañaría a Ojén a Torahus. Se le había ocurrido en aquel momento; le gustaba la excursión, y hasta tenía unos asuntillos allá arriba... Y tan en serio lo tomaba, que cogió a Ojén por la solapa y se puso de acuerdo con él respecto al día.

El periodista bebió con la señora Paulsberg, y como había corriente, se sentaron en el sofá y empezaron a contarse historietas divertidas. La señora Paulsberg sabía una historia de Grande el abogado y una de las hijas del pastor B. Pero cuando se aproximaba el momento decisivo, se interrumpió.

El periodista, muy interesado en la narración, preguntó ansioso:

—¿Y entonces...?

—Espere un momento —respondió ella, riendo—. Déjeme tiempo para ponerme colorada.

Y riéndose en voz alta, llegó al punto decisivo.

En este momento, Norem se apartó de la ventana riendo; se le había ocurrido una diversión, y gritó a grandes voces, que hicieron retemblar el estudio:

—¡Silencio! Estaos quietos, y veréis. Abrid la otra ventana, y mirad a la calle, Al lado del farol hay un chico, un vendedor de periódicos. ¡Fijaos ahora! ¿Tienes una corona, Ole?

Cogió la corona, la sujetó con las manos inseguras en las tenazas y la calentó a la luz de la lámpara. El silencio era tan completo, que podía oírse la voz del vendedor pregonando en la calle el periódico.

—¡Fijaos ahora! —repitió Norem—. Poneos a la ventana y esperad un momento.

Se acercó a la ventana con algún trabajo, y gritó al vendedor:

—Oye, chico: aquí tienes una corona. Ponte debajo de la ventana y atrápala.

La corona sonó en el pavimento de la calle. El chico se apresuró a cogerla; pero la soltó en seguida, lanzando maldiciones furibundas.

—Oíd cómo chilla —dijo Norem, desternillándose de risa—. Mirad cómo se lame los dedos. Pero, oye, chico: ¿no quieres coger la corona? Ahí la tienes.

El muchacho miró hacia la ventana, rechinando los dientes.

—¡Pero si está quemando! —dijo.

—¿Quemando? ¡Ja, ja, ja...! ¿Conque quemando? Bueno, en serio: ¿quieres la corona o bajo yo mismo a recogerla?

Ante esta amenaza, el chico cogió entre los periódicos, como pudo, la corona incandescente, y se apartó con ella. Fue en vano que Norem le gritase: «¡Quítate la gorra y da las gracias!». Masculló un par de interjecciones fuertes en dirección a la ventana y siguió lamiéndose los dedos. E inmediatamente, temeroso de que se la quitaran, echó a correr con todas sus fuerzas. Norem llamó un par de veces a los guardias.

Esta fue la última ocurrencia feliz del alegre actor aquella noche; al poco tiempo cayó en un rincón del estudio y se durmió dulcemente.

—¿Sabe alguien qué hora es? —preguntó la señora Paulsberg.

—A mí no me lo pregunte —respondió Gregersen, el periodista, tocándose, riendo, los bolsillos del chaleco—. Ya ha pasado tiempo desde que no tengo reloj.

Por fin, resultó que era la una.

A eso de la una y media, Hanka e Irgens habían desaparecido. Irgens le había pedido café tostado a Milde, y ya no se le había vuelto a ver. Pero la ausencia de ambos no produjo sensación alguna; hablando con Ole Henriksen acerca de la excursión a Torahus.

—Pero ¿tienes tiempo para eso? —le preguntaba.

—Me lo tomaré —replicó Ole—. Por lo demás, luego te diré una cosa.

En la mesa de Paulsberg se discutía acerca de la situación del país. Milde repitió que estaba decidido a irse a Australia. Ahora que afortunadamente, esta vez la Cámara no se disolvería sin haber hecho algo memorable.

—A mí me es igual que haga una cosa u otra —dijo el periodista de *Las Noticias*—. Tal como están las cosas, Noruega es un país perdido. Somos pobres en todo: en fuerza, en vida política. ¡Qué tristeza contemplar esta decadencia general! ¡Por ejemplo, los

miserables restos que quedan de aquella vida espiritual que flameaba tan alto, cuyo resplandor, por el año setenta, llegó a subir al cielo! Estoy cansado de decadencia; no me siento bien más que en un ambiente de vida espiritual intensa.

Todo el mundo se había quedado mirando al periodista. ¿Qué le pasaba a aquel hombre tan animoso? Su borrachera se había aplacado; hablaba con bastante limpieza y sin retorcer ni una sola palabra. ¿Adónde iba a parar? Pero cuando el gran socarrón llegó a aquello de que estaba harto de decadencia y no se sentía a gusto más que en un ambiente de vida espiritual intensa, los concurrentes rompieron en una carcajada unánime, dándose cuenta de la burla. Aquel diablo de Gregersen los había burlado. ¡Los miserables restos de vida espiritual! ¿Pues no contaba Noruega con Paulsberg e Irgens y Ojén, y los dos poetas del pelo rapado, y todo un enjambre de talentos nuevos de primer orden?

El periodista se secó el sudor de la frente y se puso también a reír. Era general la opinión de que aquel hombre guardaba un tesoro considerable, que aún no había consumido en su periódico. Algún día sorprendería a todos con un libro, con alguna historia extraordinaria.

Paulsberg se rio forzosamente. En realidad, sentíase bastante ofendido de que en toda la noche no se hubiera mencionado ninguna de sus novelas, ni siquiera su libro sobre el perdón de los pecados. Por eso, cuando el periodista solicitó su opinión sobre la vida espiritual noruega en conjunto, replicó brevemente:

—En alguno de mis libros creo haber tratado ya este asunto.

Claro, claro, pensándolo un poco, se acordaba... Naturalmente. En efecto. Un pasaje de alguna de sus obras. La señora Paulsberg podía citar el pasaje y hasta la página.

Pero Paulsberg quería marcharse.

—Vendré mañana a «posar», Milde —dijo, dirigiendo una mirada al caballete.

Se levantó, vació el vaso y se puso a buscar el abrigo. Su mujer se levantó igualmente, y dio las buenas noches, estrechando a todos enérgicamente la mano. En la puerta se encontraron a Hanka e Irgens, y les dieron brevemente las buenas noches.

Desde aquel instante creció la animación y subió el tono; los que quedaban se pusieron a beber afanosamente, y hasta los poetas jóvenes trincaron de lo lindo, y comenzaron a hablar de Baudelaire con ojos enrojecidos.

Había cesado toda etiqueta. Milde pidió que Irgens le explicase para qué le había pedido café tostado. ¿No se le habría ocurrido besar a Hanka? ¡Cualquiera se fiaba de él...! Tidemand lo oyó, y se rio como los demás: más alto que ninguno.

—Tienes razón: el pillo este no es de fiar...

Tidemand estaba más sereno que nunca.

Con ocasión del café tostado, el periodista se puso a hablar del mal olor del aliento en general. Hablaba muy alto, volviéndose a todos. ¿De dónde venía el mal olor del aliento? De las muelas cariadas, ¡ja, ja!; las muelas cariadas, que apestaban toda la boca. Y a continuación se puso a explicar con todo lujo de detalles por qué las muelas cariadas apestaban toda la boca.

Se hablaba desembarazadamente, en un tono libre, y pronto comenzaron las frases gruesas. Se convino en que la hipocresía era la maldición de Noruega: los padres preferían que sus hijas se perdiesen por ignorancia antes de abrirles a tiempo los ojos.

—Debía haber empleados públicos encargados de gritar por las calles frases deshonestas, para que las muchachas conociesen a tiempo las cosas de la vida. ¿Qué... rezongas ahí, Tidemand?

No; Tidemand no rezongaba nada, ni Ole Henriksen tampoco. ¡Lo de los empleados públicos era una idea verdaderamente original! ¡Ja, ja!

Milde se llevó aparte a Tidemand.

—La cosa es como sigue: ¿tendrás encima un par de coronas, por casualidad? —preguntó.

¡Ya lo creo! Tidemand no estaba aún totalmente desprovisto de bienes.

—¿Cuánto? ¿Te bastará uno de cincuenta?

—Gracias; gracias, viejo amigo; te lo devolveré —dijo Milde muy serio—. Te lo devolveré a la primera ocasión... Eres un hombre cabal. Precisamente, anteaayer sostenía yo que vosotros los comerciantes erais unos hombres singulares; así lo dije, con esas mismas palabras. ¡He aquí mi mano!

Finalmente, Hanka se puso en pie para irse. Clareaba el día. Su marido estaba cerca de ella.

—Está bien, Hanka; vámonos —dijo.

Y le presentó el brazo.

Ella le miró, y dijo:

—Gracias, amigo mío; ya tengo compañía.

Transcurrió un instante antes de que Tidemand pudiera dominarse.

—Entonces... —dijo sonriendo—. Es igual, únicamente...

Se fue a la ventana y se quedó allí en pie.

Hanka fue dándoles a todos las buenas noches. Al llegar a Irgens, susurró con fuego:

—De modo que mañana a las tres.

Retuvo largo rato en las suyas la mano de Ojén, y le preguntó que cuándo se iba. ¿No se habría olvidado de escribir a Torahus pidiendo alojamiento? Bueno; ya está. Estos poetas olvidan siempre lo más importante. Mañana tenía que telegrafiar. Adiós. Y que le sentara bien. Hasta el último instante se mostró maternal.

Salió, acompañada del periodista.

CAPITULO VI

—¿Qué es lo que tenías que decirme, Ole? —dijo Tidemand.

—Escucha. Te asombrabas de que quisiera acompañar a Ojén a Torahus. Dije, para acabar, que tenía algo que hacer allí; pero no es cierto. No conozco allí a nadie, fuera de la familia Lynnum. No quiero darle más importancia de la que tiene. La casa la he visitado, en efecto, una vez, y no puedes figurarte nada más ridículo; llegamos allí en una excursión a pie, y nos dieron leche; luego he encontrado a la familia aquí, en la ciudad, el otoño pasado, y ahora en invierno. Es una familia numerosa; en total, y contando al profesor, siete; la hija mayor se llama Ágata. Más adelante te contaré más cosas de esa gente. Ágata tiene ahora diecinueve años, y... no es que seamos novios, no; en el último tiempo sólo hemos cambiado un par de cartas. Pero no sé adónde podremos llegar. ¿Qué te parece?

El asombro de Tidemand fue enorme. Se quedó parado en seco.

—Pero no tenía la menor idea. No me has dicho ni una palabra.

—No; ni hubiera estado bien. Es tan joven... Y, además, pudiera darse el caso de que hubiera cambiado de opinión en el intervalo... Por lo demás, tienes que verla; tengo un retrato suyo; propiamente, no me lo ha dado, ¿sabes?; casi se lo he quitado; pero...

Se pararon un momento, mirando la fotografía.

—¡Simpática! —dijo Tidemand.

—¿Verdad que sí? Me alegro de que te lo parezca. Estoy seguro de que te agradará.

Dieron unos pasos.

—¡Pues, suerte! —dijo Tidemand, volviendo a pararse,

—Gracias.

Y tras una pausa agregó:

—Puedo darte las gracias, porque casi es cosa resuelta. Me voy allá arriba para traerla.

Estaban próximos a la plaza de la estación, cuando Tidemand se quedó mirando muy fijo en línea recta y susurró:

—¿No es mi mujer la que va allí?

—Ella es, sí —respondió Ole en voz baja—. Me había fijado en esa señora que iba delante de nosotros. Pero hasta ahora no había caído en quién era.

Hanka se iba sola a casa: el periodista no la había acompañado.

—¡Gracias a Dios! —exclamó involuntariamente Tidemand—. Me había dicho que tenía compañía, y ahí la tienes sola. Pero, oye: ¿por qué me habrá dicho que tenía compañía?

—Esas cosas no deben preocuparte —replicó Ole—. No tendría ganas de ir acompañada ni de ti, ni de mí, ni de otro. Nada tiene de particular que estuviese en ese estado de ánimo. Las mujeres jóvenes tienen caprichos de esos: como nosotros.

—Sí, en efecto; tienes razón.

Y con esto Tidemand se dio por satisfecho; se sentía dichoso de que su mujer fuese sola y directamente a casa. Por eso dijo con nerviosa alegría:

—¿Sabes una cosa? Después de un par de palabras que hemos cambiado hoy en casa de Milde, me parece que las cosas vuelven a encarrilarse. Hasta se ha interesado por el negocio, informándose de la cuestión de los aranceles rusos. Hubieras debido ver cómo se alegraba de nuestro veraneo en el campo. Sí; la cosa marcha adelante y cada día presenta mejor aspecto.

—¡Ya lo ves! Sería triste que fuese de otro modo.

Pausa.

—Pero hay una cosa que me asombra —prosiguió Tidemand con cierto esfuerzo—. Hace poco me hablaba un día de lo que podría hacer una persona como ella en la vida, y decía que necesitaba tener una profesión, algo en que ocuparse. Eso me asombra un poco, lo confieso; una mujer con dos hijos y una casa... Además, de algún tiempo a esta parte ha vuelto a firmar con su apellido de soltera: Lange, Hanka Lange Tidemand.

Hanka se había parado ante la puerta, esperando evidentemente a su marido. Le llamó sonriendo y pidiéndole que se apresurase un poco, que estaba a punto de helarse. Y en son de broma, les amenazó con el dedo, preguntando:

—¿Qué cavilan los dos hombres de negocios? ¿Cómo está el trigo y cómo van esos aranceles?

Tidemand respondió en el mismo tono: ¿Qué había hecho del periodista? ¿De modo que no quería compañía ninguna, ni la de su marido siquiera? Un caprichito, ¿verdad? ¿Y cómo había tenido la crueldad de abandonar al pobre Gregersen, borracho como estaba,

para que fuese tambaleándose por las calles? Eso era no tener corazón...

Una semana después. Ole volvía de su excursión a Torahus. Ojén se había quedado allá arriba, y Ole trajo consigo a una muchacha joven, su novia, Ágata Lynnum. Con ellos venía además un tercero, un hombre muy singular.

CAPÍTULO VII

El 5 de abril regresó Ole Henriksen de Torahus. Inmediatamente introdujo a su novia en la «peña» y la presentó a sus amigos; pasaba con ella el día entero.

A Irgens y a Grande, el abogado, no se los había presentado porque no los había encontrado aún.

Ágata era joven y rubia, tenía un busto muy lleno y andaba muy erguida. Su cabello claro y su tendencia a sonreír a menudo le prestaban un resplandor infantil; pero había una circunstancia que le daba un aire singular: en la mejilla izquierda tenía un hoyuelo y en la derecha no tenía ninguno. ¿Verdad que era chocante que un lado de la cara fuese distinto del otro?

Lo que veía y oía en la ciudad le producía tal sensación que pasaba el día entero en constante regocijo. La «peña» estaba también encantada de ella, y todos la trataban con la mayor amabilidad; Hanka, la primera vez que se la presentaron, la abrazó por el talle y la besó.

Se pasaba horas con Ole en el negocio; miraba en todos los singulares cajones que había en la tienda; probaba en la bodega los rancios vinos añejos y la divertía mucho hojear los grandes libros comerciales. Pero donde más le gustaba estar era abajo, en el almacén, donde hacía tanto fresco y olía tan exóticamente, con el perfume de los productos del Sur. Desde la ventana veía el puerto, los barcos, la carga y descarga de mercancías. Frente al almacén flotaba un balandro de recreo, con mástil dorado; este balandro le pertenecía: se lo había regalado Ole; era propiedad suya real y efectiva, con arreglo a todos los requisitos legales. Hasta su antiguo nombre de *Veritas* había sido cambiado por el de *Ágata*. Y poseía papeles que así lo atestiguaban.

En el despacho, pizarra sobre pizarra, las cuentas suben cada día un poco, las sumas se van haciendo enormes.

Estamos en primavera, en la rica estación que antecede al verano y el comercio alienta y hace retemblar el mundo entero con impetuosa violencia.

Mientras Ole suma y anota, Ágata, del otro lado del pupitre, se entretiene también a su modo. Muchas veces no comprende cómo se las arregla Ole para poner en orden tanta cifra sin confundir las sumas; ella ha intentado hacerlo, pero no lo ha conseguido. Lo único que se le puede confiar es el registro en el libro de los innumerables pedidos, y aun esto lo hace lentamente y con precauciones.

Ole la mira y dice de pronto:

—Pero ¡qué pequeñas son tus manos, Ágata! Si no son nada. No comprendo cómo te puedes manejar con ellas.

Con esto basta. Ágata tira la pluma y corre al otro lado del pupitre, y ambos están alegres y juguetones, hasta que llega otra pizarra.

—¡Mujercita mía! —dice él, mirándola con arrobo—. ¡Mujercita mía!

Pasa el tiempo. Por fin se ha terminado el trabajo, y Ole dice, al paso que cierra el libro:

—Bueno; ahora tengo que ir a telegrafiar. ¿Quieres venir conmigo?

—Claro que sí —responde ella.

Y sale con él, saltarina y jubilosa.

Por el camino se le ocurre a Ole que aún no ha presentado su novia a Irgens. Era preciso que lo conociese; todo el mundo decía que era un hombre de talento extraordinario y un gran valer. Podían ir a «Grand»; acaso lo encontrarían allí.

Se fueron a «Grand», y en una de las últimas mesas encontraron a Irgens, que estaba con Milde y con Norem.

—¡Ahí está! —exclamó Ole.

Irgens le tendió la mano izquierda, sin levantarse. Entornó levemente los ojos y dirigió la vista a Ágata.

—Ágata, aquí tienes al poeta Irgens —presentó Ole, no sin vanagloriarse un tanto de su buena amistad con el poeta—. Mi novia, la señorita Ágata Lynnum.

Irgens se levanta y se inclina profundamente. Mira a Ágata con fijeza, y ella, en pie, le mira a su vez; sin duda se admiraba de que el poeta Irgens fuese de aquella manera. Hacía dos años que había leído su libro, el drama lírico, que tanta celebridad había alcanzado, y creía que el maestro era ya un hombre de edad.

—¡Enhorabuena! —dijo al fin Irgens, estrechando la mano de Ole.

Se sentaron a la mesa; les sirvieron un vaso de cerveza y comenzó la conversación, muy animada por cierto. Hasta Irgens se volvió comunicativo y locuaz. Se dirigió a Ágata y le preguntó si había estado ya antes en la capital, si había ido al teatro, al «Tívoli»; si había leído tal o cual libro y si había estado en la Exposición de Pintura.

—¡Cómo es eso! Pero, señorita, la Exposición tiene usted que verla a todo trance. Si no tiene usted nadie mejor que se la enseñe, para mí será un placer...

Lo menos diez minutos hablaron uno con otro. Ágata respondía rápidamente a lo que le preguntaba, riendo con frecuencia y abandonándose de vez en cuando, inclinando a un lado la cabeza para preguntar por tal o cual cosa que no conocía. Sus ojos estaban muy abiertos, y no manifestaba asomos de confusión.

Al poco rato, Ole llamó al camarero; tenía que irse a Telégrafos. Ágata se puso también en pie. Pero Milde dijo:

—No necesita irse, señorita. Ole, puedes volver después que hayas teleografiado.

—Bien; si quieres, quédate, que ya vendré a recogerte —asintió Ole, cogiendo el sombrero.

Ella le miró y preguntó casi susurrante:

—¿No sería mejor que me fuera contigo?

—¡Ah! ¡Naturalmente! Como tú quieras.

Ole pagó la consumición.

—Oye —dijo Milde—, ¿quieres tener la bondad de pagar también lo nuestro? Hoy no estamos precisamente en la opulencia.

Y se sonrió, mirando a Ágata.

Ole pagó, se despidió y salió con Ágata del brazo.

Los tres amigos los siguieron con la vista.

—¡Es extraordinaria! —murmuró Irgens con sincera admiración.

—¿Os habéis fijado en la muchacha?

—¡Que si nos hemos fijado! ¿Comprendéis que una mujer tan hermosa pueda ser para Ole?

Milde se mostró de acuerdo con el actor. Era incomprendible. ¿Qué se figuraba el tendero?

—¡Silencio! No habléis tan alto. Se han quedado parados en la puerta.

Allí se habían tropezado con el abogado y hubo, como es natural, la consiguiente

presentación. Tampoco se pudo evitar un poco de conversación. Se sentaron un instante, pero se veía que esperaban el momento de irse.

Al fin se fueron, en efecto.

En aquel momento se levantó un hombre de una de las últimas mesas y se acercó a la puerta. Tendría unos cuarenta años, una barba que empezaba a grisear y ojos negros; el traje estaba bastante usado, y era un poco calvo.

Se fue derecho al abogado, saludó y dijo:

—¿Tiene usted inconveniente en que me siente a su mesa? He visto que hablaba usted con Ole Henriksen, de manera que le conoce. Yo conozco a la señorita Lynnum, que le ha sido presentada. Soy profesor en su casa. Me apellido Coldewin.

Había en el desconocido algo que excitó la curiosidad del pequeño y fino abogado. Le hizo en seguida sitio y hasta le ofreció un cigarro.

—Vengo a la capital de vez en cuando, con largos intervalos —dijo Coldewin—. Vivo siempre en el campo; los últimos años, sin embargo, los he pasado en el extranjero, y ando todo el día viendo los cambios grandes y pequeños que se han efectuado. La ciudad crece de día en día; es un placer ir al puerto y ver el tráfico.

Hablaba a media voz, agradable y tranquilo, aunque sus ojos llameaban de vez en cuando.

El abogado le escuchaba y respondía sí o no. En efecto, no podía negarse que la ciudad prosperaba; iban a poner tranvías eléctricos, se asfaltarían varias calles y el último censo acusaba un crecimiento considerable de la población... Por lo demás, debía de ser incómodo pasarse la vida en el campo. ¿No? ¿Ni siquiera en invierno? ¿Con la oscuridad y la nieve?

De ningún modo. La vida del campo era magnífica. Nieve del Señor por todas partes, liebres, conejos y zorros. Nieve blanca, blanquísima. Ahora que, sin duda, el verano era más hermoso... Y en la ciudad, ¿qué era lo que más interesaba? ¿Cómo andaba, por ejemplo, la política?

—La situación es grave —replicó el abogado—. Pero podemos contar con la Cámara. Algunos jefes han dicho su última palabra. Si las señales no mienten, ahora va a ir en serio.

—Si las señales no mienten...

—Parece que tiene usted dudas —dijo el abogado riendo.

—Sólo pienso que no hay que fiarse demasiado de los políticos, que pueden

arrepentirse, como ha sucedido otras veces.

Coldewin bebió un sorbo de cerveza.

—¿Se refiere usted a algún caso particular cuando duda usted de los jefes políticos, a un caso en que hayan faltado a su palabra?

—¡Ya lo creo! Bastantes veces. Y no hay que extrañarse, es una vieja ley. Al llegar a cierta edad, los jefes se paran y hasta retroceden. Por eso es necesario que se alce la juventud, para empujarlos o para aniquilarlos.

Se abrió en esto la puerta y entró Lars Paulsberg, quien saludó al abogado. Grande le indicó una silla en su mesa, pero Paulsberg dijo moviendo la cabeza:

—Gracias. Vengo en busca de Milde. Hoy no ha dado una pincelada en mi retrato.

—Está en el rincón —respondió el abogado. Y volviéndose hacia Coldewin explicó—: Este es uno de nuestros jóvenes más eminentes, el director de todos ellos, pudiéramos decir, el de mayor autoridad, Lars Paulsberg. ¿Le conoce usted? ¡Oh, si todos fuesen como él...!

Sí. Coldewin le conocía. ¿De modo que aquel era Paulsberg? Se notaba que era un hombre de viso, pues la gente le miraba y lo seguía con la vista... Sí; escritores había bastantes: eso era indiscutible.

—Precisamente a Torahus llegó uno antes de marcharme yo. Creo que se llama Esteban Ojén; he leído dos libros suyos. Decía que era muy nervioso y que estaba lleno de nuevos planes literarios. Traía un gabán con forro de seda; pero, por lo demás, no se daba gran importancia. La gente tenía curiosidad por verlo, y él se comportaba modestamente. Estuve con él una noche; había escrito toda su pechera: versos, un poema en prosa. Me contó que por la mañana se había sentido en buena disposición, y como no tenía papel a mano, había escrito en la pechera. Nos pidió que no se lo tomásemos a mal, porque las otras dos camisas que tenía estaban sucias y se veía obligado a llevar aquella. Nos leyó algunas cosas: impresiones, hacía buen efecto.

El abogado no sabía bien si lo decía en serio o en broma, pues al llegar a este punto se sonrió por primera vez; pero, sin duda, sería en serio.

—Sí, Ojén es uno de nuestros jóvenes más notables —dijo—. Ya empieza a hacer escuela en Alemania. No cabe duda de que su poesía tiene novedad.

—También a mí me ha dado esa impresión, en efecto... Acaso un poco pueril, un poco falto de concentración; pero, por lo demás...

Luego el abogado le preguntó si conocía a Irgens.

Sí, lo conocía. Había escrito poco, ¿verdad?

—No escribe para las masas —replicó el abogado—. Sólo escribe para los escogidos. Pero el que le conoce sabe que guarda infinitas poesías magníficas. Es un verdadero maestro. Allí está sentado en el rincón. ¿Quiere usted que le presente? Le conozco mucho.

Coldewin replicó que ahora no, pero que en otra ocasión tendría mucho gusto en conocerlo a él, a Paulsberg y a los demás.

—¿De modo que este es Paulsberg? —repitió—. Sí; se ve por la gente que es un hombre notable. Ole Henriksen no producía tanto efecto. A propósito: se casará ahora, ¿verdad?

—Eso parece... Pero diga usted: ¿le gusta a usted ser profesor particular? ¿No es un trabajo molesto?

—¡Oh, no! —replicó Coldewin riendo—. Depende de las gentes con quienes se tropieza. Cuando se tiene la fortuna de dar con gente buena, es agradable. Claro que es una posición modesta, pero, sin embargo..., no la cambiaría, aunque me ofreciesen una mejor.

—¿Es usted estudiante?

—Estudiante de Teología. Desgraciadamente, un antiguo estudiante.

Y Coldewin tornó a sonreírse.

Charlaron un rato todavía; contaron cada uno un par de historias de profesores de universidad y volvieron a la situación política.

De pronto, Coldewin interrumpió:

—Ahora me acuerdo... ¿No sabe usted adónde iba Ole Henriksen?

—A Telégrafos. Tenía que poner unos telegramas —dijo Grande.

—Gracias, muchas gracias. Perdonará que haya caído sobre usted de este modo. Ha sido usted muy amable conmigo.

—Si se queda usted algún tiempo, espero que volveremos a encontrarnos —replicó el abogado, benévolo.

Coldewin se fue directamente a Telégrafos. Primero dio unas vueltas calle arriba y calle abajo. Luego entró, subió las escaleras y miró a través de la puerta de cristales. Después se volvió, tornó a la calle y se fue camino del puerto.

Al llegar al almacén de la casa Henriksen comenzó a pasear arriba y abajo, mirando por la ventanilla del despacho si había alguien dentro. Sus ojos no se apartaban de la ventana, como si necesariamente tuviese que ver a Henriksen y no supiera si estaba o no en el almacén.

CAPÍTULO VIII

Irgens estaba en la habitación, trabajando. Se hallaba de muy buen humor. El hombre de quien nadie sospechaba que trabajase pulía solícitamente unas pruebas que tenía ante sí. ¿Quién lo hubiera pensado? Era de aquellas personas que hablan de su trabajo lo menos posible; se estaba muy calladito y nadie comprendía de qué vivía. Hacía ya casi dos años que había aparecido su libro; desde entonces no había publicado nada, y nadie sabía que escribiese. Tenía muchas, muchas deudas. Para que no le estorbasen había cerrado la puerta por dentro: con tal secreto trabajaba. Cuando tuvo las pruebas terminadas se levantó; se asomó a la ventana. Era un hermoso día; hacía un tiempo claro y luminoso. A las tres iba a acompañar a Ágata a la Exposición de Pintura, y se regocijaba pensando en ello; era una verdadera fiesta oír la fresca ingenuidad de sus exclamaciones. Había aparecido como una revelación jubilosa; evocaba el primer trino primaveral.

Fuera, lucía el sol y el cielo estaba claro. En los árboles cantaba ya, aquí y allá, un ruiseñor: el primer trino de la primavera.

Llamaron a la puerta. Tuvo un primer impulso de esconder las pruebas, pero las dejó y fue a abrir, pues conocía la manera de llamar; era Hanka, que daba los golpes recios y lentos. Volvióse de espaldas a la puerta y aguardó en pie.

Hanka entró y, luego de cerrar la puerta, se deslizó hacia él. Sonrióse, se inclinó un poco y le miró a los ojos.

—No soy yo —dijo—. Has de saberlo.

Por lo demás, mostraba evidentes señales de confusión y se había puesto colorada.

Traía un vestido gris de lana, y con el escote desnudo y un cuello de encajes tenía un aire muy juvenil. Las mangas estaban entreabiertas por las muñecas, como si se hubiera olvidado abrocharlas.

Irgens respondió:

—¿Conque no eres tú? Es lo mismo; seas quien fueres, no puedes estar más bonita... ¡Y con qué magnífico tiempo vienes!

Se sentaron a la mesa. Él puso ante ella unas pruebas sin proferir palabra; ella palmoteo jubilosa y exclamó:

—¡Ya lo ves, ya lo ves! ¡Si lo sabía! ¡Qué extraordinario eres!

Y no se cansaba de admirarlo. En seguida dio rienda suelta a su entusiasmo.

¡Qué hubiese terminado tan rápidamente! Caería como una bomba, pues nadie tenía la menor sospecha; todo el mundo creía que no trabajaba. ¡En el mundo entero no había una criatura tan dichosa como ella...! Secretamente introdujo un sobre cerrado entre las pruebas y se llevó a Irgens de la mesa; hablaba incesantemente.

Se sentaron en el sofá; a él se le contagió la alegría. El entusiasmo de la mujer le arrastró y le hizo cariñoso de pura gratitud. ¡Cómo le quería! ¡Cómo se sacrificaba por él! La abrazó con fuego, la besó una y otra vez y la estrechó contra su pecho. Esta escena duró varios minutos.

—¡Qué contenta estoy! —susurró ella—. Ya sabía que tenía que ocurrir algo bueno; mientras subía la escalera me sentía tan feliz que era como si me abrazasen. ¡No, no; sé prudente...! Ten cuidado... ¡La puerta!

El sol iba ascendiendo; los ruiseñores cantaban con estrepitosa algarabía. El primer trino de la primavera, volvió a pensar. ¡Y qué sonidos más ingenuos los de estas criaturas de Dios!

—¡Pero qué claridad hay aquí! —dijo ella—. En ningún sitio está tan claro.

—¿Lo crees? —preguntó él, sonriente.

Se acercó a la ventana y se puso a quitarse las hilachas de lana gris que el vestido de ella había dejado en su traje. Hanka se echó atrás en el sofá, con la mirada clavada en el suelo, y puso en orden Su pelo. En cada una de sus manos chispeaba una sortija.

Pero él no podía estarse tan tranquilo en la ventana.

Hanka levantó la vista y lo notó. Además, estaba tan extraordinariamente hermosa arreglándose así el pelo... Irgens se aproximó y la besó apasionadamente.

—No me beses —dijo ella—. Ten cuidado. ¡Mira aquí! Es la primavera.

Le enseñó un rasguño chiquitito, fresco, como una cortadura, en el labio de abajo. Él le preguntó si le dolía, y ella replicó que no, que no era por eso, pero que temía contagiárselo.

De pronto le dijo:

—Oye. ¿Puedes venir esta tarde al «Tívoli»? Hay ópera. ¿No podíamos vernos allí? Si no, es muy aburrido.

Irgens recordó que tenía que ir a la Exposición de Pintura; luego no sabía lo que iba a pasar; de modo que valía más no prometer nada.

—No —respondió Irgens—, no podré. Probablemente no podré ir. Tengo cita con Ole Henriksen.

—¿De veras no puedes? Piénsalo. Me harías tan dichosa y te lo agradecería tanto...

—Pero ¿qué vas a hacer en el «Tívoli»? ¡Bah!

—¡Si dan ópera! —exclamó ella.

—Bueno, ¿y qué? Para mí eso no vale nada. Pero, naturalmente, como tú quieras.

—No, Irgens; no como yo quiera —le replicó ella entristecida—. ¡Lo dices en un tono tan indiferente...! A mí me gustaría mucho ir a la ópera, lo confieso, pero... ¿Adónde vas esta tarde? ¡Dios mío! Soy como un péndulo. Me muevo de un lado para otro, pero siempre vuelvo a una misma dirección. No pienso más que en ti.

Su desasosegado corazoncito temblaba casi de emoción. Él la miró tiernamente. ¡Cómo le quería! ¡Y qué bondad y qué desinterés! Pero no había remedio; únicamente prometió hacer lo posible por ir al teatro más tarde.

Hanka había salido. Irgens se metió las pruebas en el bolsillo y se puso el sombrero. ¿No había olvidado nada? Las pruebas, que eran lo importante, las llevaba consigo. ¡A ver qué diría la gente cuando su nuevo libro apareciese como una bomba! También él se proponía optar a la pensión del legado. Pero sin que nadie, ni siquiera Hanka, lo supiese. Presentaría la solicitud el último día, sin recomendaciones ni intrigas; sin más recomendación que su libro. ¡A ver si le daban el premio! Conocía a todos sus competidores, desde Ojén a Milde, y ninguno le causaba temor; si tuviera dinero, se lo dejaría a ellos, pero...

Mientras caminaba calle abajo, iba limpiándose cuidadosamente el traje, en el que quedaban aún hilos del vestido de Hanka; ¡era realmente antipático aquel vestido con tanta lana! Se deslizó rápidamente en la imprenta con las pruebas; cuando salía ya el regente le dio un sobre cerrado que había entre ellas, e Irgens se volvió desde la puerta. ¡Cómo! ¿Un sobre cerrado? ¡Ah, sí! Se había olvidado de abrirlo. Conocía el sobre y lo abrió en seguida; miró el contenido y enarcó las cejas muy satisfecho. Luego se puso el sombrero y salió. Y, sin que diese ninguna importancia aparente, se guardó el sobre, tal como estaba, en el bolsillo.

Ole y Ágata estaban, como de costumbre, en el almacén. Ella cosía y bordaba unos almohadones chiquitos, como almohadones de muñecas, para el camarote del *Ágata*. Irgens puso la mejilla contra uno de ellos, cerró los ojos y dijo:

—¡Buenas noches!

—Vais a ir a la Exposición, ¿verdad? —dijo Ole riendo—. Mi novia no ha hablado de otra cosa en todo el día.

—¿No puedes venir con nosotros? —preguntó ella.

No, no podía ir. Precisamente estos días estaba abrumado de trabajo.

—¡Idos!; no me molestéis más. Divertíos mucho...

Era la hora del paseo. Irgens propuso atravesadlo. Así oírían un poco de música.

—¿Le gusta a usted la música?

Ágata llevaba un vestido oscuro con franjas negras y azules, y una capa con forro de seda roja. El vestido, estrecho, se ceñía a su cuerpo sin hacer ni una arruga; en el cuello no llevaba nada; de cuando en cuando se echaba la capa atrás y se veía el rojo vivo del forro...

No; desgraciadamente, no era muy aficionada a la música. Le gustaba oírla, pero entendía muy poco.

—Lo mismo me ocurre a mí —repuso vivamente Irgens—. Es curioso. ¿De modo que a usted también le pasa? Si he de decir la verdad, entiendo poquísimo de música, y, sin embargo, vengo aquí todos los días a pasear. Es necesario que le vean a uno en todas partes. Si no, se sumerge y le olvidan.

—¿Olvidar? —preguntó ella, y le miró con admiración—. Pero a usted no le olvidarían.

—Probablemente —respondió él—. ¿Por qué no habían de olvidarme?

A lo que ella respondió muy sencillamente:

—Porque es usted demasiado conocido para eso.

—¿Conocido? No se fíe usted demasiado. Completamente desconocido, claro está que no soy; pero, no obstante... No crea usted que es cosa fácil destacarse entre tanta gente. Unos le tienen envidia, otros le odian, otros hacen lo peor que pueden hacer en contra nuestra. Por lo que a eso toca, crea usted...

—Parece que la gente le conoce a usted y que le conoce para bien —dijo ella—. No podemos dar dos pasos sin que alguien murmure algo respecto a usted al oído de otro; lo estoy oyendo constantemente.

De pronto se detuvo.

—Y no crea usted. Me desconcierta un poco. Ahora acabo de oírlo otra vez —dijo riendo—. No estoy acostumbrada a esto, se lo aseguro; preferiría que nos fuésemos a la Exposición.

Él se rio de muy buena gana, gozoso con las palabras de Ágata. ¡Qué agradable era con su aire ingenuo y fresco! Respondió;

—Vámonos entonces. Se acostumbra uno a que la gente cuchichee a su paso. ¡Si encuentran placer en eso!...

Por su parte, él ni siquiera lo notaba ya; no le hacía efecto. Además, hoy la gente no sólo cuchicheaba sobre él, sino sobre ella; podía creerlo; las miradas eran para ella. No podía caer así, en una ciudad como esta, una mujer como ella, sin producir sensación.

Irgens no tenía intención de decirle cumplimientos; pensaba lo que decía y, sin embargo, Ágata parecía no creerle.

Entretanto, la música tocaba una obertura de Cherubini.

—Este ruido me parece completamente innecesario —dijo Irgens en broma.

Ella se rio; le hacían reír a menudo sus ocurrencias, y esta risa, esta boca fresca, aquel hoyuelo en una de las mejillas, aquella manera de ser infantil, animaban y estimulaban cada vez más a Irgens; hasta su nariz, que de perfil era un tanto irregular, y además un poquito grande, le enamoraba casi. No siempre eran las más bonitas las narices griegas y romanas. Dependía de la forma de la cara; no había reglas absolutas en materia de nariz.

Irgens hablaba sobre todas las cosas posibles, y el tiempo iba transcurriendo; no en vano era el poeta que había mostrado que podía interesar a aquella a quien se dirigía el hombre refinado de palabras escogidas. Ágata le escuchaba atentamente; él trataba de hacerla reír y volvió al tema de la música, y se puso a hablar de la ópera y de cómo no podía soportarla. Siempre que había ido a la Ópera le había tocado estar detrás de una espalda de señora con corsé muy saliente. Se había visto precisado a ver aquella espalda durante tres, cuatro entreactos. Y luego, la ópera misma; los instrumentos de metal junto a los oídos y el pobre cantante dando gritos para apagarlos. Primero aparecía un señor gesticulando y cantando; venía luego otro que no quería quedarse atrás, y hacía lo propio; después un tercero, un cuarto, hombres y mujeres, largos desfiles, un ejército, y todos contaban cantando sus cuitas, moviendo los brazos como aspas de molino y entornando los ojos.

No, no era exagerado. Lloraban con música, sollozaban con música; con música rechinaban los dientes; estornudaban y se desvanecían con música, mientras el director ordenaba toda aquella algarabía con su batuta de marfil... Sí, sí; riase cuanto quiera, pero es así. De pronto, el director parecía quedarse rígido de espanto ante aquella algarabía infernal que él mismo había conjurado, y movía su batuta para indicar que ahora venía otra cosa. Y aparecía un coro.

Bueno; el coro podía pasar. No adoptaba un aire tan desgarrador, al menos. Pero en esto surge, en medio del coro, un personaje que todo lo descompone: un príncipe. El

príncipe cantaba un «solo», y cuando el príncipe canta un «solo», el coro, por cortesía, tiene que callarse, ¿verdad? ¡Pero qué espectáculo el de aquel señor, más o menos gordo, que se pone en medio de todos y empieza a gritar y a lamentarse! Se volvía uno loco, y entraban ganas de gritarle que se callase, que estaba molestando a los del coro, que también querían cantar un poquito...

Irgens no estaba descontento, pues conseguía lo que buscaba, es decir, que Ágata se riese incesantemente y estuviese encantada de su conversación. ¡Con qué arte exponía todo aquello, y qué color y vida le prestaba!

Finalmente, llegaron a la Exposición, vieron lo que había que ver, hablando de los cuadros mientras recorrían las salas. Ágata preguntaba; y su acompañante respondía; Irgens lo sabía todo y contaba anécdotas de los pintores. También aquí se encontraron con gentes que juntaban las cabezas, cuchicheando al pasar ellos, y los seguían con la vista; pero Irgens apenas miraba a los lados: tan indiferente era a la sensación que producía. Sólo saludó un par de veces.

Cuando, al cabo de una hora, se dispusieron a abandonar el local, apareció tras ellos una cabeza gris, bastante calva, que salía de un rincón, y les persiguió hasta que pasaron la puerta, con una mirada profunda y ardiente.

En la calle preguntó Irgens:

—No sé... ¿No tendrá usted que volver a casa ya?

—Claro que sí —respondió ella.

Él le pidió repetidas veces que se quedase un rato más; pero Ágata insistió sonriendo en que tenía que irse a casa. No había manera de convencerla de lo contrario e Irgens tuvo que resignarse. Pero ¿repetirían el paseo otra vez, no es cierto? Aún quedaban los museos, que ella no había visto; él se sentiría muy dichoso sirviéndole de guía.

—Estoy mirando su manera de andar —dijo él—. Es lo más perfecto que he visto en mi vida.

Ágata se sonrojó y se le quedó mirando.

—Esto no lo puede usted decir en serio —dijo sonriendo—. He pasado toda mi vida en un bosque.

—Me es igual que me crea, Ágata. Pero es usted una criatura excepcional y en vano busco una palabra que pudiera designarla. Todo el día estoy preocupado con esa idea. Me recuerda usted al primer trino, al primer sonido cálido de la primavera. Ya sabe usted; ese estremecimiento Delicioso que se apodera de nosotros cuando se ha derretido la nieve y volvemos a ver el sol y los pájaros. Pero no es esto sólo lo que hay en usted. No doy con la palabra, y eso que dicen que soy poeta.

—¡Por Dios! ¡No he oído nunca nada tan desatinado! —exclamó ella riéndose—. ¿Conque a todo eso me parezco? ¡Ojalá!, porque sería muy bonito. ¡Pero lo dudo un poco!

—Tendría que ser una palabra al mismo tiempo bonita y precisa —prosiguió él caviloso—. Ha llegado usted a la ciudad como surgida del azul de las montañas; es usted una sonrisa del sol, y por eso la palabra habría de recordar el bosque, oler a bosque... Nada, no se me ocurre.

Habían llegado. Se detuvieron y se dieron la mano.

—Muchas gracias —dijo ella—. ¿No quiere usted subir conmigo? Ole está en casa, seguramente.

—No, no... Pero, oiga usted, Ágata. Me gustaría venir a buscarla pronto para llevarla a algún museo. ¿Será posible?

—Sí —respondió ella—. Es usted muy amable. Pero antes tengo que saber... Adiós, y muchas gracias.

Y entró en la casa.

CAPITULO IX

Irgens siguió calle arriba, a la ventura, sin saber qué camino tomar. Podía ir al Tívoli; sí, no sólo tenía tiempo, sino que necesitaba aún matar una hora, pues era temprano. Se tocó el bolsillo; tenía el sobre y el dinero; por consiguiente, podía irse a Grand.

Pero, precisamente al llegar a la puerta, le llamó Gregersen, el periodista. No le agradaba gran cosa aquel tipo, que, además, acababa de publicar dos noticias sobre Paulsberg. ¡Cómo podía humillarse a este género de actividad! Decían que poseía gran cantidad de fuerzas sin gastar, que seguramente mostraría algún día... Bueno, cada cual tiene sus quebraderos; ¿qué le importan a uno los de los demás? Lo cierto es que a Irgens no le gustaba estar al lado del periodista.

De mala gana se acercó a la mesa, en la que estaban también Milde, Grande el abogado y Coldewin. Esperaban a Paulsberg. Hablaban de la situación política, que empezaba a nublarse, porque un par de miembros importantes de la Cámara se habían mostrado vacilantes. Con este motivo, Milde repitió que Noruega era un país inhabitable.

El periodista contó que ahora lo del hambre en Rusia iba en serio; ya no podía mantenerse en secreto. Cierta que los periódicos rusos habían desmentido enérgicamente al corresponsal de *The Times*, pero el rumor continuaba.

—He recibido carta de Ojén —dijo Milde—. Volverá dentro de poco; no se encuentra a gusto allá arriba.

Todo esto le era extraordinariamente indiferente a Irgens y decidió marcharse en seguida. Coldewin era el único que no decía nada, contentándose con pasear de uno a otro sus ojos negros. Cuando le presentaron a Irgens, murmuró un par de frases corrientes, volvió a sentarse y siguió callado.

—¿Te vas ya?

—Sí; tengo que ir a casa a mudarme; voy al teatro. Hasta la vista, señores.

Y se fue.

—Ahí tiene usted a Irgens —dijo el abogado a Coldewin.

—Ya, ya —respondió este sonriendo—. Veo aquí en la ciudad tantas cosas notables, que la cabeza me da vueltas. Hoy he estado en la Exposición de Pintura... Por lo demás, veo que nuestros poetas se han refinado mucho; he visto a un par de ellos, tan atildados y

tan domesticados; me parece que ya no tienen el ímpetu agresivo de antes.

—¿Y para qué lo quieren? Eso ya ha pasado de moda.

—Sí, puede ser.

Coldewin volvió al silencio.

—Ya no vivimos en la edad heroica, buen amigo —dijo bostezando el periodista, al otro lado de la mesa—. Pero ¿dónde se ha metido Paulsberg?

Cuando al fin llegó Paulsberg le hicieron sitio apresuradamente; el periodista se puso lo más cerca posible de él, y quiso saber lo que pensaba acerca de la situación. ¿Qué le parecía, y qué es lo que había que hacer?

Paulsberg, reservado y lacónico, como siempre, expuso una opinión a medias, un fragmento de opinión. ¿Qué había que hacer? Había que intentar vivir, aunque se pasasen al enemigo un par de genios del Storthing. Por lo demás, se proponía publicar una serie de artículos, a ver si servían de algo. La Cámara no se quedaría sin un palmetazo serio.

—¿De modo que una serie de artículos? Eso sí que haría efecto. Pero no hay que ser demasiado suave, ¿eh? ¡Duro con ellos, Paulsberg!

—Vamos, hombre; Paulsberg sabe mejor que tú hasta dónde debe llegar —dijo Milde, conteniendo en sus límites al impetuoso periodista—. Déjale ese cuidado.

—¡Naturalmente! ¡No faltaba más! —repuso el periodista—. No era mi intención mezclarle en eso.

Gregersen se sintió un poco vejado, pero Paulsberg lo calmó, diciéndole.

—Muchas gracias por tus noticias, Gregersen. Afortunadamente, no nos pierdes de vista; si no fuera por esto, las gentes no sabrían siquiera que existíamos los escritores.

El abogado invitó a tomar más cerveza.

—Estoy esperando a mi mujer —explicó Paulsberg—. Ha ido a casa de Ole Henriksen a pedirle cien coronas prestadas. Todo el mundo habla del hambre en Rusia, y aquí... Y no es que diga que he pasado hambre...

Milde se volvió a Coldewin, que estaba sentado a su lado, y le dijo:

—No estaría mal que en el campo se supiese cómo trata Noruega a sus grandes hombres.

Coldewin paseó la mirada de uno a otro.

—En efecto —dijo—, es triste. Pero... —a poco añadió—: Ahora que allá arriba tampoco nos va muy bien. También hay que bregar de firme con la vida.

—Pero oiga usted, señor. Hay alguna diferencia, me parece a mí, entre un genio y un labrador. ¿O no lo cree usted? ¿Cuál es su manera de ver?

—Allá arriba se tiene más en cuenta la ley universal, según la cual aquel que no sabe arreglárselas, sucumbe —respondió Coldewin—. Por ejemplo, la gente no se casa cuando no tiene el dinero necesario. Y se reputa vergonzoso no tener dinero y vivir a expensas de otros.

Todas las miradas se fijaron en aquel hombre calvo. Hasta Paulsberg se puso el monóculo que llevaba pendiente de un cordón, lo contempló un momento y dijo luego:

—¿Qué clase de fenómeno es este?

La palabra salvadora produjo la hilaridad de los amigos. ¡Extraordinario! ¡Ja, ja, ja! Paulsberg había preguntado qué clase de fenómeno era aquel. Rarísimas veces hablaba tanto Paulsberg. Coldewin permanecía casi impasible, como si no hubiera dicho nada; no se reía con los demás. Sobrevino una pausa. Paulsberg miró por la ventana hacia afuera, se movió un poco y murmuró:

—No puedo trabajar con este tiempo. La luz del sol me para en medio de mi trabajo. Esto y en una minuciosa descripción de un tiempo lluvioso y no puedo seguir adelante.

Y siguió maldiciendo al tiempo.

En aquel momento, el abogado cometió la imprudencia de decir:

—Pues escriba usted sobre la luz del sol.

Hacía tiempo que Paulsberg había dicho en el estudio de Milde la frase exacta: el abogado se daba demasiada importancia desde hacía algún tiempo. Tenía razón: el abogado iba resultando insoportable, y se le hacía un servicio poniendo freno a sus pretensiones.

—Hablas como quien eres —dijo el periodista irritado.

Grande se guardó tranquilamente el palmetazo y no rechistó. Pero, al poco tiempo, se puso en pie, abrochándose la americana.

—¿Ninguno de vosotros llevará el mismo camino que yo? —preguntó, para disimular su turbación.

Y como nadie respondiese, pagó, dijo adiós y se fue.

Se pidió otra ronda de cerveza. Finalmente, llegó la señora Paulsberg, acompañada

de Ole Henriksen y su novia.

Coldewin se apartó todo lo posible y fue a dar a otra mesa.

—Teníamos que acompañar a tu mujer —dijo Ole sonriente, por vía de saludo—. No íbamos a dejarla venir sola.

Y le dio a Paulsberg una palmada cariñosa en el hombro.

Al ver a Coldewin, Ágata prorrumpió en una exclamación de alegría, yéndose en seguida hacia él. Pero ¿dónde diablos se metía? Lo había buscado por la calle, y todos los días le hablaba de él a Ole. No podía comprender cómo se vendía tan caro. De casa le habían escrito, y todos mandaban recuerdos para él. Pero ¿cómo había desaparecido así de pronto?

Coldewin tartamudeó unas cuantas excusas sumarias.

Había que ver tantas cosas que llamaban su atención: exposiciones, museos, Tívoli, el Storthing... Los periódicos, tal o cual conferencia, conocidos antiguos a quienes tenía que visitar... Y, además, no quería molestar a una pareja de novios. Se rio bondadoso. Sus labios temblaban levemente y hablaba con la cabeza baja.

Ole vino a su vez a saludarle, y le dirigió los mismos reproches, a los cuales respondió con las mismas disculpas. Además, mañana iría a verlos; ya lo tenía decidido. A no ser que molestase.

¿Cómo molestar? ¿Él? ¿Cómo podía ocurrírsele semejante cosa?

Trajeron otra ronda de cerveza, y la conversación se animó. La señora Paulsberg cruzó una pierna sobre otra, cogiendo el vaso con toda la mano, como acostumbrara hacer. El periodista la tomó en seguida por su cuenta. Ole seguía hablando con Coldewin.

—Se encuentra usted a gusto en el café, ¿verdad? ¡Gente interesante, esta! Ahí está Paulsberg, ya lo sabrá usted.

—Sí, lo sé, sí. Es el tercero de nuestros escritores que conozco. Sin duda será deficiencia mía; pero no me produce gran efecto ninguno de ellos.

—¿De veras? Es que no los conoce usted bastante.

—A ellos, no; pero conozco lo que han escrito. Y encuentro que no son los que se elevan a las cimas solitarias. Pero, sin duda, es incomprensión mía. Paulsberg hasta huele a perfume.

—¿De veras? Un capricho. A gente de esa valía hay que tolerarle las originalidades.

—Ahora, que se tratan con el mayor respeto unos a otros —prosiguió Coldewin, sin preocuparse de lo que le respondían—. Hablan de todo, y de todo muy bien.

—¿Verdad que sí?

—Y usted, ¿qué tal? ¿Los negocios marchan?

—Vamos marchando. Precisamente, ahora tenemos un pequeño negocio con el Brasil, del que creo que saldrá algo. Es verdad; recuerdo que a usted le interesan también los negocios. Si quiere usted, venga mañana, y le enseñaré algunas cosas. Estaremos los tres: usted, Ágata y yo; tres viejos conocidos.

—Gracias; será muy agradable.

—Me pareció haber oído mi nombre —dijo Ágata acercándose a ellos—. Sí, sí; lo he oído muy claro; no me cuentes historias. Además, yo también quisiera charlar un rato con el señor Coldewin; tú ya llevas demasiado tiempo aquí sentado.

Y cogiendo la silla de Ole, se sentó.

—Puede creerlo. De casa no hacen más que preguntar por usted. Mamá me pide que me informe de cómo le va en el hotel, de si necesita algo. Pero siempre que he estado allí había salido usted. Ayer estuve dos veces.

Otra vez temblaron los labios de Coldewin, quien, con la vista fija en el suelo, replicó:

—¡Por Dios, Ágata! Pero ¿cómo puede usted perder el tiempo en eso? No necesita usted preocuparse de mí; estoy muy a gusto en el hotel. Y usted, ¿lo pasa bien? Claro; no hace falta preguntarlo.

—Sí; lo paso muy bien, y hasta me divierto. Pero ¿puede usted comprenderlo? ¡Hay momentos en que echo de menos mi casa! ¿Se lo explica usted?

—Eso es cosa de los primeros tiempos... Pero sí que será extraño no verla a usted más en su casa... Un poco extraño, vamos...

—Entiendo que sí. Sólo que iré a menudo allá.

—Se va usted a casar pronto, ¿verdad?

Ahora fue Ágata la que se mostró conmovida; sonrió forzosamente, y replicó:

—No, no, no sé; todavía no hemos hablado de eso.

Pero, de pronto, no pudo contenerse, y susurró con labios temblorosos:

—Oiga usted, Coldewin. Habla usted hoy de un modo extraño, que casi me hace llorar.

—Pero, querida Ágata, yo...

—No parece sino que casarme es como si me muriera. Y no es eso.

Coldewin adoptó en seguida un tono más alegre.

—¡Por Dios! Pues sí que tendría gracia. ¡Ja, ja! Hace usted que me ría. Pero tiene usted razón; la entristezco con mi charla. Era en su madre en quien pensaba, en ella sola... Y ¡qué!, ¿ya ha terminado usted los almohadones para el balandro?

—Sí —respondió Ágata, distraída.

—Y en el Storthing, ¿ha estado usted? No, claro; tiene muchas cosas en que pensar. En cambio, yo he ido todos los días; ahora que no tengo otra cosa que hacer.

—Oiga usted —dijo ella de pronto—: No sé si tendré ocasión de darle las buenas noches al marchar; por eso se las doy ahora.

Le tendió la mano.

—Y no se olvide usted de venir mañana... ¡No le olvido nunca, nunca! ¿Oye usted?

Soltó su mano y se puso en pie.

Coldewin se quedó un instante aniquilado, rígido, sin movimiento; pero fue sólo un instante. Oyó que alguien preguntaba:

—¿Qué les pasa a la señorita y a Coldewin?

Vio también que Ágata estaba a punto de replicar, y de pronto intervino:

—Le doy la mano a Ágata como promesa de que iré mañana.

Esto lo dijo con la mayor indiferencia posible, y hasta sonriendo.

—Sí, cuidado con faltar —oyó que decía la voz de Ole—. Pero, Ágata, ya va siendo tiempo de irse a casa.

Ole se metió la mano en el bolsillo para pagar, y el periodista le imitó; pero Milde le dio con el codo, y dijo en voz alta:

—Deja hacer a Ole Henriksen. ¿Verdad, Ole, que tú pagas por todos?

—Con mucho gusto —replicó Ole.

Al llegar a la puerta, le alcanzó Lars Paulsberg, que había salido tras él.

—No quiero que te vayas sin estrechar mi mano. Mi mujer me ha dicho que nos habías prestado unas coronas.

Ole y Ágata salieron.

Al poco rato se levantó también Coldewin, se inclinó ante cada uno de los concurrentes, y abandonó el café. Tras él oyó carcajadas y percibió varias veces la palabra «fenómeno». Entró en el primer portal que encontró al paso, y sacó de su cartera un trocito de cinta con los colores de Noruega, cuidadosamente envuelta en un papel. Besó la cinta, la contempló un momento, y volvió a besarla, enternecido por una emoción honda y callada.

CAPITULO X

Todas las mañanas, Ole, después de tomar el café, solía dar un paseo hacia los almacenes. Se levantaba temprano, y antes del desayuno había rendido ya una buena cantidad de trabajo. Ahora Ágata le hacía compañía. Quería que la despertasen cuando él, y sus manecitas prestaban también algún servicio. Ole Henriksen trabajaba con mayor placer que nunca. Su padre, el buen viejo, apenas hacía nada; pero a la noche no podía pasar sin revisar cuidadosamente los libros, lo que hacía con gran parsimonia; y a medianoche, realizada esta faena, se iba a acostar.

Ole trabajaba por dos, y manejar estos hilos, que conocía desde su infancia, era para él un verdadero juego de niños. Ágata no le estorbaba. Su alegría llenaba el despacho, y cuanto hacía ella sumía a Ole en un mar de delicias. Se perdía en ella, jugaban como niños, y se sentía inundado de ternura por aquella muchacha, que ni siquiera estaba del todo desarrollada. Cuando había gente delante, se ponía muy serio; sí, señor, aquella niña era su novia; le llevaba tantos y cuantos años, y por eso tenía que ser el más razonable. En cambio, a solas, daba de lado a su seriedad, y se convertía en un chiquillo como ella. Sumergido en los libros y papeles, la miraba con disimulo, arrebatado por aquella figura grácil, enamorado hasta el desvarío de su sonrisa jubilosa. ¡Qué emoción cuando Ágata, después de mirarle un rato, se levantaba de pronto y le susurraba!: «A ti es a quien yo quiero, ¿verdad?».

En cambio, otras veces se pasaba largos ratos con la vista clavada en el suelo, pensando en algo que humedecía sus ojos, acaso en algún recuerdo, en algún viejo recuerdo...

Finalmente, Ole le preguntaba qué le parecía, que si se casaban pronto. Y al verla cómo se sonrojaba hasta el cuello, se arrepentía de habérselo preguntado tan crudamente; podían aplazarlo; ella misma fijaría el plazo; de ningún modo le pedía respuesta ahora...

A pesar de lo cual, ella respondía:

—Cuando tú quieras.

Y, levantándose, le ponía las manos en los hombros, y repetía:

—Cuando tú quieras.

—Sí, Ágata; pero tú eres la que debes fijar el día.

—¿Que yo he de fijar?... Mejor será que lo fijes tú. Ole.

—Bueno, ya veremos —decía él—. No vayas a tener miedo.

Entonces ella rompía en una carcajada. ¿Miedo? ¡Qué ocurrencia! Y se apretaba mimosa contra él, murmurando:

—Cuando tú quieras, ¿sabes?

—¡Qué deliciosa criatura!...

Llamaron a la puerta, y entró Irgens; venía a proponer una visita al Museo de Escultura. Ole dijo, chancero:

—Oye, has escogido justamente esta hora para que no pueda ir con vosotros; ya lo veo, ya.

—Pero, hombre, tenemos que ir cuando esté abierto el Museo —replicó Irgens con viveza.

Ole se rio de buena gana.

—¡Y qué rabioso se pone! ¡Ja, ja! ¡Cómo te lo he hecho creer, Irgens!

Ágata se arregló, y se fueron. Al llegar a la puerta, grito Ole:

—Ven pronto, Ágata, ¿eh? Ya sabes que vamos al Tívoli con los Tidemand.

En la calle, Irgens dijo, mirando al reloj:

—Es un poco temprano todavía. Si no le parece mal, vamos a dar un paseo hasta el Palacio.

Y, en efecto, se encaminaron hacia el Palacio. En el paseo tocaba la música, y había mucha gente. Como la vez anterior, Irgens hablaba con ingenio de una porción de cosas, y Ágata charlaba también, se reía y escuchaba curiosa las palabras del poeta. De cuando en cuando una frase muy oportuna la hacía prorrumpir en una exclamación de gozo. No podía menos de mirar la cara de su compañero, que le gustaba, con el bigote rizado y la boca expresiva, un poco grande. Hoy llevaba un traje nuevo, azul, muy elegante, con camisa de seda y guantes grises.

Al pasar por delante de una iglesia preguntó Irgens si acostumbraba ir. Ella respondió que sí, añadiendo:

—¿Y usted?

No; él no iba muy a menudo.

Eso estaba mal hecho.

Él se inclinó, sonriendo. ¿De veras? En su disculpa debía aducir que en una ocasión había sido herida su sensibilidad en una iglesia, aunque, en realidad, por una pequeñez. Había entrado en el momento del sermón. El predicador era excelente, tenía elocuencia y hablaba con verdadera unción. Pero, en mitad de un párrafo brillante, lleno de saber y emoción, había equivocado terriblemente una palabra. ¡Y esto con una voz tonante y amenazadora! Allí estaba el buen pastor iluminado por la más clara de las luces, sin saber dónde meterse. «¡Le aseguro a usted que me hizo una impresión...!».

Sus palabras parecían sinceras. ¿Y por qué no había de conmoverse un alma sensible y refinada por una equivocación cómica?

Al pasar por delante del Storthing, Irgens indicó con un movimiento de cabeza el viejo coloso de piedra, y dijo:

—Ahí está la Cámara. ¿Ha estado usted?

—No; todavía no.

Bueno, no había perdido nada. El espectáculo no era muy divertido. Traición en toda la línea. Graves padres de la patria que se llenaban la boca de frases gruesas y, al llegar el momento de la acción, temblaban ante Suecia, ante aquel viejo poder que se alzaba amenazador, atemorizando a aquellas pobres gentes. ¡Oh, si él fuera diputado!

¡Con qué orgullo varonil dijo estas palabras! Ella le miró, y dijo:

—¡Cómo se acalora usted!

—Perdóneme; me acaloro siempre que se trata de nuestra independencia —replicó él—. Espero que no habré herido sus opiniones personales... ¿No? Tanto mejor.

Llegaron al Palacio y se adentraron por el parque, olvidados del tiempo y de la hora. Él había comenzado a referir una historia que había leído en los periódicos: una escena ante un tribunal.

Un hombre es acusado de asesinato, y confiesa su delito. Se buscan atenuantes, y el Jurado declara que no hay atenuantes. Bueno. Cadena perpetua. En esto, en el público se alza una voz: es la amante del asesino, que grita: «Ha confesado; pero ha atestiguado falsamente en contra suya; no es él el autor. Vosotros, los que le conocéis, decid: ¿cómo es posible que Enrique sea un asesino?». Además, había circunstancias atenuantes; era imposible que se cumpliera tal condena. El hecho no fue premeditado. «¡No, no; Enrique no es el autor! Decid los que le conocéis que no ha sido él; no comprendo por qué calláis...». Finalmente, tuvieron que llevársela. Aquello era amor.

Ágata se había conmovido. ¡Qué hermoso, qué hermoso y qué triste! Tuvieron que

llevarse. ¿Y nada más? ¡Qué dolor!

—Ahora, que acaso haya un poco de exageración —dijo él—. Un amor semejante no se encuentra a todas horas.

Pero ¿habría un amor así?

Acaso sí; acaso en la isla de los bienaventurados... Esta evocación despertó en él al poeta, y en seguida se puso a describir la isla. El lugar de aquel amor era verde y callado cuando llegaron los amantes. Un hombre y una mujer de la misma edad; ella, rubia, esbelta, resplandeciente como un velo blanco al lado de él, moreno. Se habían hipnotizado mutuamente, eran dos almas que se habían sonreído contemplándose con amoroso asombro; que, calladas y sonrientes, se habían saludado, se habían abrazado. Y las lejanas montañas azules miraban extasiadas aquella sonrisa y aquel amor...

De pronto, paró en seco.

—¡Perdone usted! Me estoy poniendo en ridículo —dijo—. Vamos a sentarnos en este banco.

Se sentaron. El sol iba hundiéndose cada vez más. Allá, abajo, en la ciudad un reloj dio una hora. Irgens siguió hablando animadamente, medio soñador, medio apasionado. En el verano se proponía ir al campo, vivir en una cabaña a la orilla del mar, y por las noches salir en una barca. ¡Figúrese usted, en la noche quieta y misteriosa...! Pero le pareció que Ágata empezaba a intranquilizarse pensando en la hora, y para retenerla, siguió:

—No vaya usted a creer que hablo siempre de estas fantasías. El que ahora lo haga es culpa suya; sí, culpa suya. Me produce usted un efecto indescriptible; el tenerla cerca me enajena. Y ya sé lo que es: la claridad y el júbilo que hay en su cara; y cuando tuerce usted a un lado la cabeza, entonces... la miró a usted desde un punto de vista estético, ¿sabe?

Ágata le había lanzado una ojeada rápida, y por eso se había apresurado a explicar que la contemplaba estéticamente. Ella no pareció entenderlo del todo; no se daba cuenta exacta de por qué había hecho tal aclaración, y ya se disponía a decir algo, cuando Irgens tomó la palabra de nuevo, y prosiguió, riendo:

—Espero que no la habré aburrido mucho con mi charla. Si así fuera, tan pronto como nos separemos, me tiro al mar. No se ría, porque... Por lo demás, no crea, le sentaba a usted muy bien ese mohín de disgusto. Sí, sí; bien vi su mirada rápida. Y si me permite usted expresarme una vez más estéticamente, la diré que... durante un momento parecía usted un ciervo que alza la cabeza venteando.

—Pero oiga usted —replicó ella, mientras se levantaba—: ¿Qué hora es? ¡Usted está un poco loco! Vamos, vámonos en seguida. Si tengo yo la culpa de que usted haya hablado tanto, seguramente tiene usted la culpa de que yo le haya escuchado y me haya olvidado de la hora.

Abandonaron el parque, y subieron apresuradamente cerro arriba.

Cuando se encaminaron al Museo de Escultura, dijo él que acaso fuese ya tarde para verlo. ¿Por qué no habían de dejarlo para otro día? ¿Qué respondía a eso?

Ella se detuvo, y reflexionó un momento. Luego se echó a reír, y dijo:

—Pero es preciso que entremos. ¿No ve usted que tenemos que haber estado allí? Sería una vergüenza.

Y siguieron andando.

El hecho de que quedase con él para mitigar un tanto aquella vergüenza, el considerar que así había entre ambos un secreto, le causó a Irgens vivo placer. Quiso seguir hablando para entretenerla, pero ella había perdido todo interés. No le escuchaba siquiera, pensando sólo en apretar el paso, para llegar antes de que se hubiese cerrado el museo. Subió corriendo la escalera y penetró en la sala sin reparar en la gente, echando acá y allá una mirada para poder ver las obras más notables.

—¿Dónde está Laocoonte? ¡Pronto! ¡Quiero verlo!

Y salió disparada en su busca. Pero luego se informaron de que aún les quedaban diez minutos, y tomaron la cosa con más calma.

Hubo un instante en que Ágata creyó ver en un rincón la sombría mirada de Coldewin fija en ella; pero al acercarse para comprobarlo, los ojos desaparecieron súbitamente, y ya no volvió a pensar más en ello.

—¡Lástima que no tengamos más tiempo! —dijo varias veces, parándose a contemplar ya una, ya otra estatua.

Al terminar de recorrer el primer piso, llegó la hora de cerrar, y tuvieron que irse. Camino de casa volvió a hablar con Irgens, y parecía tan contenta como antes. En la puerta le dio la mano, y por dos veces las gracias. Él le rogó que le perdonase por no haberle dejado ver con calma el museo; pero ella replicó sonriendo que, de todas maneras, lo había pasado muy agradablemente. Sin embargo, frunció un poquitín el entrecejo.

—Hasta luego en el Tívoli —dijo Irgens, saludando.

—¿Va usted también? —respondió ella, asombrada.

—Me lo han pedido; están allí algunos de mis camaradas.

Ágata no sabía que Hanka le había escrito un billete pidiéndole encarecidamente que fuese, y se contentó con responder:

—¡Ah, vamos! —entrando en seguida en la casa. Halló a Ole esperándola; le echó los brazos al cuello, y exclamó con gozosa alegría:

—¡Qué hermosura el Laocoonte... y todo lo demás! Nos faltó tiempo para verlo todo, para verlo con detenimiento. Pero me acompañarás otro día, ¿verdad que sí? Prométeme que irás. Quiero que lo veamos juntos.

Cuando, más tarde, salieron juntos en busca de los Tidemand para ir al Tívoli, dijo de pronto Ágata:

—¡Qué lástima que no seas tú también poeta, Ole! Él se la quedó mirando, desconcertado.

—¿Lo crees así? —dijo—. ¿Me querrías más?

Y súbitamente, Ágata comprendió qué lamentable imprudencia había cometido. En realidad, no pensaba lo que había dicho; era una ocurrencia de momento, completamente infundada, y sintió agudos remordimientos por lo que se le había escapado; hubiera dado cualquier cosa por poder borrar aquellas palabras. Se detuvo, abrazó fuertemente a su novio en mitad de la calle, y exclamó, para salvarse:

—¿Y puedes creer eso? ¿Puedes tomarlo en serio? ¿De veras te lo he hecho creer? ¡Ja, ja, ja! Pero, oye: no lo crees, ¿verdad? ¡Por Dios, Ole, no quería decir eso! Fue una tontería dicha sin pensar. Es estúpido que lo haya dicho; pero ¡no creerás que lo he pensado ni por un solo instante! Respóndeme; dime si lo crees; quiero saberlo.

—No; no lo creo, no —respondió Ole, acariciándole una mejilla—; no lo creo, nena querida. ¡Pero cómo te excitas así por una pequeñez! Aunque lo hubieras pensado así, ¿qué importa? Anda, vamos, locuela; no podemos estarnos aquí parados abrazándonos en medio de la calle.

Siguieron. Ella le estaba íntimamente agradecida por haberlo tomado con tanta calma. ¡Era tan bueno! ¡Cómo le quería, Señor, cómo le quería!

Pero esta breve escena había de ser decisiva para su comportamiento durante toda la noche.

CAPÍTULO XI

Después de la función se reunieron en el restaurante. Estaba casi toda la peña, incluso Paulsberg y su mujer. Más tarde llegó Grande, el abogado, trayendo consigo a Coldewin, que se resistía con todas sus fuerzas. El abogado se había tropezado con él delante del Tívoli, y se le había metido en la cabeza traerlo.

Como de costumbre, se había hablado de todas las cosas divinas y humanas, de libros y arte, de los hombres y de Dios; se había rozado la cuestión del feminismo, y también la política. Desgraciadamente, los artículos de Paulsberg en *Las Noticias* no habían producido ningún efecto decisivo sobre el Storthing, que, por sesenta y cinco votos contra cuarenta y cuatro, había resuelto aplazar la cuestión. Milde declaró que emigraría inmediatamente a Australia.

—Pero ¿y el retrato de Paulsberg que estás pintando? —objetó Norem, el actor.

—Bien, ¿y qué? En un par de días puede estar terminado.

Pero tácitamente se había convenido que el retrato no estaría terminado hasta después de la Exposición, para no exponerlo con la turbamulta de los demás cuadros. Así fue que al oír Paulsberg que Milde podía acabarlo en un par de días, replicó breve y autoritario:

—Por ahora no puedo «posar»; estoy trabajando.

Y la cosa quedó así.

Hanka tenía a Ágata a su lado. Al entrar, la había llamado en seguida:

—Siéntese a mi lado, bonita; venga usted aquí con su hoyuelo.

Y al mismo tiempo le había susurrado a Irgens:

—¿Verdad que es encantadora?

Hanka llevaba hoy también su vestido de lana gris y un cuello de encajes; la garganta completamente desnuda. La primavera comenzaba a hacer efecto en ella, y le daba un aspecto doliente; tenía los labios agrietados, los humedecía constantemente con la lengua y, al reírse, su boca hacía una mueca forzada.

Le dijo a Ágata que dentro de poco se iría a su casa de campo, adonde esperaba que

fuese. Comerían fresas, recogerían heno y se tenderían en la hierba. De pronto se volvió hacia su marido y, por encima de la mesa, le dijo:

—Antes que se me olvide: ¿puedes darme cien coronas?

—Más valía que lo hubieses olvidado —respondió, bondadoso, Tidemand. Se veía que estaba encantado, y prosiguió en tono de chanza—: No os caséis, amigos; es una broma muy cara. ¿Otra vez cien coronas?

Y le entregó a su mujer un billete; ella le dio las gracias.

—Pero ¿qué vas a hacer con ellas? —preguntó el marido, bromeando.

—No quiero decírtelo —replicó ella. Y cortó la conversación, volviéndose de nuevo a Ágata.

En este momento fue cuando apareció en la puerta el abogado, arrastrando a Coldewin.

—Claro que tiene usted que entrar —dijo, obstinado, Grande—. No me ha pasado nunca nada semejante; tengo gusto en beber un vaso de cerveza con usted. ¡Eh! Ayudadme a entrar a este hombre.

Pero cuando Coldewin hubo visto la concurrencia allí congregada, se soltó vivamente y desapareció.

La mañana mencionada había visitado a Ole Henriksen y había prometido volver, pero desde entonces no había quien le hubiera echado la vista encima. El abogado explicó:

—Lo encontré ahí fuera; me dio lástima de verle tan solo; pero...

Ágata se levantó apresuradamente y abandonó su sitio. Salió precipitadamente, y en la escalera alcanzó a Coldewin. Se les oyó hablar animadamente, y al fin aparecieron ambos.

—Perdonen ustedes —dijo Coldewin—. El señor Grande ha tenido la bondad de traerme aquí; pero yo no sabía que había otras personas..., que había una sociedad numerosa —corrigió.

El abogado se echó a reír.

—¿Una sociedad numerosa en un restaurante? Siéntese, hombre, beba y diviértase. ¿Qué quiere usted tomar?

Coldewin se tranquilizó; y este hombre calvo y de pelo gris, de ordinario reservado y silencioso, comenzó a participar en la conversación. Parecía haber cambiado mucho

desde que estaba en la ciudad; hasta sabía replicar a los ataques, cosa que nadie hubiera esperado de él. El periodista Gregersen derivó la conversación hacia la política; quería conocer la opinión de Paulsberg. ¿Qué iba a pasar? ¿Qué actitud debía adoptarse?

—¿Qué actitud hay que adoptar ante un hecho? Hay que tomarlo como toman los hombres esas cosas —replicó Paulsberg.

En aquel momento, Grande le preguntó a Coldewin:

—¿Ha estado usted hoy en Storthing?

—Sí.

—Entonces, ya conoce usted el resultado. ¿Qué opinión le merece?

—Eso no puedo decirlo tan fácilmente —replicó sonriendo el aludido.

—No habrá seguido la cuestión desde el principio; lleva poco tiempo aquí —observó benévola la señora Paulsberg.

—¿Que si la ha seguido...? ¡Ya lo creo que la ha seguido! De eso puede usted estar segura —exclamó el abogado—. He hablado con él varias veces del asunto.

Siguió el debate; Milde y el periodista gritaban en competencia, pidiendo la dimisión del Gobierno; otros se pusieron a hablar de la ópera sueca que acababan de oír, y resultaba que ni uno solo dejaba de entender de música. Finalmente volvieron a la política.

—¿De manera, señor Coldewin, que lo que ha pasado hoy no le ha producido gran emoción? —preguntó Paulsberg, queriendo mostrar a su vez condescendencia—. Pues yo he de confesar, para vergüenza mía, que me he pasado la tarde protestando y maldiciendo.

—¿De veras? —replicó Coldewin.

—Pero ¿no oye usted que Paulsberg le pregunta si no ha sentido usted ninguna conmoción? —preguntó secamente el periodista.

Coldewin se sonrió reposadamente y murmuró:

—¿Conmoción? Claro que esas cosas no dejan de despertar sentimientos. Pero precisamente esta decisión de hoy no debe coger de nuevas a nadie. A mi entender, no es más que una última formalidad.

—¡Ah! ¿Es usted pesimista?

—No, no; eso no.

Pausa.

Paulsberg esperaba que Coldewin dijera algo más; pero no dijo nada. Luego trajeron cerveza con unos bocadillos, y después café. Coldewin aprovechó la ocasión para arrojar una ojeada a los concurrentes; de pronto se encontró con la mirada de Ágata, que se posaba serena sobre él, y esto le conmovió de tal manera que, sin previo exordio, rompió a hablar:

—¿Es cierto que les ha parecido a ustedes tan inesperada la resolución de hoy? —Y como recibiera una respuesta semiafirmativa, hubo de proseguir para explicarse un poco—: A mí me parece que está en perfecta consonancia con el estado de ánimo del país en general. La gente se ha dicho: «La autonomía de que disfrutamos nos ha traído cierta libertad. Vamos a disfrutarla». Y se echaron a descansar.

Todos se mostraron de acuerdo con esto, y hasta Paulsberg inclinó la cabeza, asintiendo; acaso aquel fenómeno rural no fuese tan tonto. Luego el abogado consiguió que volviese a hablar, preguntándole:

—Cuando le encontré a usted por primera vez en Grand afirmó que no se debía olvidar nada, olvidar nunca, perdonar nunca. ¿No. es cierto?

—En efecto. Ustedes, los jóvenes, debieran recordar siempre el desengaño sufrido, no olvidarlo nunca. Han depositado ustedes su confianza en un hombre, y este hombre les ha defraudado; no lo olviden jamás. No; no debe perdonarle nunca; hay que vengarse. En una ocasión vi en un país católico, en Francia, cómo se martirizaba a dos caballos de un coche. El coche se había atascado y el cochero golpeaba furioso a los caballos con el látigo; luego, cada vez más rabioso, ya les daba con la fusta. Pero los caballos resbalaban en el pavimento, a pesar de sus esfuerzos, y aquel hombre, frenético porque se había congregado un gran gentío, se apeó del coche y comenzó a pegarles, ciego, buscando los sitios más dolorosos. Yo intenté coger al cochero, pero la gente que formaba corro me lo impidió; no tenía un revólver para disparárselo, y comencé a pedir al cielo los más terribles castigos para el desalmado. Junto a mí había una mujer. Con voz dulce me dijo: «Caballero, ¿cómo puede usted desear esas cosas? Dios es misericordioso, y lo perdona todo». Yo me volví a ella, la miré sin decir palabra, la miré y le escupí en la cara...

Esto produjo un extraordinario regocijo en la peña.

—¿En la cara? ¿Y qué pasó? ¡Vaya una situación! ¿Pudo usted escapar?

—No; me detuvieron. Pero lo que yo quería decir era esto: no hay que perdonar. Hay que devolver un favor con otro mayor; pero una maldad hay que vengarla... Lo que ha pasado hoy en el Storthing está en íntima conexión con nuestra manera de ser general. Perdonamos; olvidamos la traición de nuestros directores y disculpamos su debilidad y sus vacilaciones en los momentos decisivos. Ahora debiera alzarse la juventud noruega, la fuerza y la cólera. Pero, a fuerza de salmos y moral cuáquera, les hemos inoculado el ideal de la paz perenne, les hemos habituado a la dulzura y la tolerancia, loando a los más suaves y apacibles. Y ahí está el resultado; ahí están esos muchachos de seis pies de altura que

toman biberón y se deslían en dulzura. Y, si les pegáis en una mejilla, os ofrecen la otra, metiéndose los puños en el bolsillo...

El discurso de Coldewin había logrado bastante atención y todos le miraban. Mostraba la misma tranquilidad de siempre y decía sus palabras sin arrebatos; flameaban sus ojos; sus manos, que, con su habitual desmaña, apretaba convulso, temblaban, pero ni un momento elevó el tono de su voz. Por lo demás, su aspecto no era muy brillante. Con el movimiento, el cuello y la corbata se habían torcido completamente hacia un lado, y no se daba la menor cuenta. Su barba, ya gris, le caía encima del pecho.

El periodista asintió y le dijo a su vecino:

—No está mal. Es casi de los nuestros.

Paulsberg observó risueño y siempre benévolo:

—Por mi parte ya he dicho que me había pasado el día maldiciendo; así es que también he contribuido a fomentar la indignación de la juventud.

Grande estaba muy orgulloso de haber traído a Coldewin, y una vez más le contó a Milde en qué circunstancias lo había atrapado:

—Me figuraba que esto no iba a estar muy animado, cuando veo al hombre delante del Tívoli; estaba solo y me dio lástima...

Milde le interrumpió; dijo, dirigiéndose a Coldewin:

—Habla usted de la situación en que hemos caído. Si es que cree usted que esa blandura y esa falta de acometividad son generales, se equivoca...

Coldewin le interrumpió sonriendo:

—No; no creo eso.

—Entonces, ¿qué es lo que cree? No se puede acusar de debilidad a una juventud como la nuestra, en la que florecen tantos talentos. Precisamente nunca ha habido tantos jóvenes de valor como ahora.

Y hasta el actor Norem, que había estado calladito en su rincón, bebiéndose un vaso tras otro, confirmó:

—En efecto, nunca los ha habido.

—¿Talentos? Bueno; en realidad, esa es otra cuestión —replicó Coldewin—. Pero ¿cree usted que hay en nuestra juventud talentos que prometan cosas tan extraordinarias?

—¡Ja, ja! Pregunta si... ¿De modo, señor Coldewin, que no hay gente de valer en Noruega? Sí, tiene usted razón, no hay nada, no...

Milde se rio irónicamente y se volvió a Irgens, que no había dicho una palabra:

—Irgens, no tenemos el menor porvenir. El fenómeno nos condena a la insignificancia.

Al ver el giro que tomaba la discusión, Hanka intervino para apaciguar los ánimos. Sin duda no le habían entendido bien; el señor Coldewin explicaría la cosa.

—Además, ¿no podéis oír la opinión ajena sin enfureceros? Debía usted avergonzarse, Milde.

Paulsberg intervino también condescendiente:

—De manera que no tiene usted gran confianza en nuestro escaso talento, ¿eh?

Coldewin replicó:

—¿Confianza? No puedo negar que, en mi opinión, estamos en un período de decadencia, y me refiero especialmente a los jóvenes. Hemos comenzado a retroceder paso a paso; nuestro nivel desciende cada día. Los jóvenes no exigen ya gran cosa, ni de sí mismos, ni de los demás; se conforman con lo pequeño y lo motejan de grande; no se necesita gran cosa hoy para ser tomado en consideración. Esto es lo que quería decir.

—Pero, hombre de Dios, ¿qué dice usted de nuestros poetas de nuestros escritores jóvenes? —gritó de pronto Gregersen, presa de la mayor excitación—. ¿De nuestros escritores, digo! ¿Ha leído usted algo de ellos? ¿Se ha tropezado usted alguna vez, por ejemplo, con el nombre de Paulsberg o con el de Irgens?

El periodista estaba frenético.

Ágata contemplaba asombrada a su antiguo profesor. No podía comprender que aquel hombre, que eludía siempre la polémica, que cedía al encontrar contradicción, ahora tuviera constantemente pronta la réplica a todas las objeciones. Sin alterarse, respondió:

—Les ruego que no tomen a mal lo que digo. Concedo que no debía hablar aquí, entre personas mucho más capacitadas que yo; pero, si he de decir lo que pienso, tengo que afirmar que tampoco de nuestros escritores puede esperarse gran cosa. No hay en esto una medida general; todo es cuestión de opinión, y la mía es distinta de la de ustedes. ¡Qué le vamos a hacer! Yo creo que nuestros escritores no se elevan sobre el nivel general: al parecer, no tienen suficiente fuerza para ello. No es culpa suya, es cierto; pero que no quieran parecer más de lo que son. Es terrible que hayamos perdido la medida de lo grande para convertir en grande lo pequeño. Dirijan ustedes una ojeada a nuestra juventud; vean lo que son nuestros escritores; trabajan, es cierto, y hay que reconocer que aspiran a subir a lo

alto, pero no lo logran. ¡Y qué poco manirroto son con su talento! ¡Con qué parsimonia lo administran! Verso a verso, trabajosamente, va saliendo hoy un libro, mañana otro... No dilapidan, no; no tiran el dinero a la calle. ¡Qué diferencia, en comparación con los antiguos! Aquellos estaban tan ricamente dotados, que su riqueza desbordaba, y con un magnífico y genial descuido tiraban a puñados los ducados por la ventana. Ahora no; nuestros escritores son chicos ordenados y razonables. No esperéis de ellos esta munificencia generosa, este ímpetu triunfal, hijo de la fuerza y el genio.

Ágata no le quitaba ojo. Él la miró y sus ojos se encontraron, y una fugitiva sonrisa calurosa se asomó a los labios de la joven, que había oído sus palabras. Quería que Ole viese lo poco que lamentaba que él no fuese poeta. Coldewin se sintió poseído de gratitud por aquella sonrisa, y poco le importaba que los demás vociferasen, y chillasen y le dirigiesen preguntas groseras: ¿Qué casta de fenómeno era él para hablar con tal aire de superioridad? ¿Qué hazañas asombrosas había realizado? Ya podía dejar su incógnito. ¿Quién era? Que dijese su nombre para que todos lo saludaran rendidos.

El más sereno era Irgens; se retorció altivo el bigote y miraba de cuando en cuando el reloj para indicar cuánto le aburría la escena. Y, después de mirar a Coldewin, le susurró a Hanka con malevolencia:

—Me parece que el hombre no peca de limpio. Mire usted qué pechera y qué cuello, o como llame a eso. Antes le vi guardarse en el bolsillo una colilla de puro. A lo mejor tendrá en el mismo bolsillo un peine viejo. ¡Qué asco!

En medio de la barahúnda, Coldewin conservaba su expresión plácida, y, con la mirada clavada en un punto de la mesa, oía tranquilamente las observaciones de la concurrencia. El periodista le preguntó si no se avergonzaba de lo que había dicho.

—Déjele en paz —le interrumpió Paulsberg—. ¿Cómo puede usted molestar a un individuo así?

—Siento mucho haberles molestado a ustedes —replicó Coldewin—. Pero no debían tomar tan a mal que otros sean de distinta opinión que ustedes en alguna cosa. Eso puede pasar. —Y se sonrió.

—¿De modo que Noruega ofrece un aspecto muy sombrío? —dijo medio riéndose el periodista—. No hay talentos, no hay juventud. No hay más que un estado general. ¡Ja, ja! ¡Dios sabe adónde iremos a parar! ¡Y nosotros que creíamos que la gente debía estima y respeto a nuestros escritores jóvenes!

Coldewin le clavó sus ojos negros.

—Y la gente lo hace —replicó—. En ese punto no creo que haya queja. Al hombre que ha publicado un par de libros se le pone en los cuernos de la luna, y se le admira mucho más que a un gran hombre de negocios o a un técnico de talento. Acaso en ningún país del mundo se dé tanta importancia como en Noruega a los escritores. Como acaso me

concederán ustedes, no tenemos hombres de Estado, pero los escritores hacen política, y la hacen admirablemente. Quizá hayan notado que nuestra ciencia no está muy floreciente; pero ¡qué importa!; con el imperio cada vez mayor de la intuición, los escritores pueden desempeñar con lucimiento el papel de hombres de ciencia. Seguramente no se habrá escapado a vuestra atención el hecho de que en toda nuestra historia no hayamos tenido ni un solo pensador; pero consolémonos; los escritores hacen también ahora este oficio, y al público le parece muy bien. No; es injusto lamentarse de la falta de estima de nuestros compatriotas por los escritores.

Paulsberg, que en sus obras había mostrado repetidamente ser un filósofo y un pensador de altura, se sonreía, jugando con el cordón de su monóculo y contemplando al hombre aquel. Pero como Coldewin, para cerrar su perorata, añadiese algunas palabras diciendo que él creía en la juventud dedicada a las cosas prácticas de la vida, por ejemplo, en los comerciantes jóvenes de talento, sonó una carcajada estruendosa, y el periodista y Paulsberg gritaban que aquello era admirable, algo inaudito y graciosísimo. ¿Talento comercial? ¿Qué era eso?

—Sí; a mi modo de ver hay realmente gentes de valer entre nuestra juventud comercial, y les aconsejo que consagren un poco de atención a esta circunstancia. Se construyen barcos, se abren mercados, se realizan operaciones complicadas en colosales proporciones...

Las risas e interrupciones festivas no le dejaron acabar, a pesar de que la consideración a la presencia de Ole y Tidemand contenía un tanto el alboroto. Los dos amigos habían escuchado en silencio; al final estaban un poco desconcertados, sin saber que actitud tomar; sin embargo, ocultaron lo mejor posible su confusión y se pusieron a hablar en voz baja. De pronto cuchicheó Tidemand:

—¿Puedo ir mañana a hablar contigo, Ole? Se trata de un asunto de negocios. ¿Te molestaría si fuese por allí, a eso de las diez? Bien; gracias.

Al otro extremo de la mesa donde estaba Milde se había empezado a hablar de vinos de calidad. Milde entendía mucho de vinos y contendía vivamente con el abogado, a pesar de que este, de la gran familia de los Grande, decía estar habituado desde su infancia a los buenos vinos.

—Desde hace algún tiempo te das una importancia insoportable —dijo Milde.

El abogado le arrojó una mirada y murmuró:

—¡Un don Nadie como el pintor al óleo Milde pretendiendo entender de vinos!

Luego se empezó a hablar de la pensión y del premio. Irgens no hizo el menor gesto cuando oyó decir a Milde que el que más lo merecía era Ojén. Por lo demás, le parecía singular que Milde le desease tan de corazón el premio a Ojén; él lo solicitaba también, y necesitaba dinero tanto como el que más. Para Irgens resultaba muy difícil entender esta

actitud.

Había desaparecido de pronto el interés por Coldewin. Nadie reparaba ya en él, y sólo Hanka le dirigió por cortesía unas palabras, a las que respondió; luego no volvió a decir esta boca es mía. Es realmente extraño que no se diese cuenta de cómo llevaba el cuello; le bastaba tirar un poco de la corbata a un lado para ponerlo en orden, pero no lo hacía.

Al poco rato se despidió Paulsberg. Antes de irse llamó aparte al periodista y le dijo:

—Me harías un favor si publicases en tu periódico la noticia de que estoy casi a la mitad de mi nuevo libro. Acaso le interese al público saberlo.

En seguida se levantaron también Milde y el abogado, no sin despertar antes a Norem, que había acabado por dormirse, y medio lograron ponerle en pie. Comenzó en seguida a hablar; la última parte de la conversación no la había oído. ¿Qué había pasado? ¡Oh! Estaba allí también Hanka. Se alegraba mucho de verla. ¿Cómo no había venido antes?

Sus amigos le cogieron y fueron sacándole del local.

—¡Desbandada general, por lo que veo! —dijo Irgens, descontento.

Había intentado acercarse a Ágata, pero no lo había logrado ni una vez; ella había evitado sentarse a su lado. Más tarde advirtió que se interesaba por la charla estúpida de Coldewin sobre la juventud y los poetas. ¿Qué significaba esto? En conjunto, la noche no había sido nada agradable. Hanka tenía los labios tan agrietados que no podía reírse, y con la señora Paulsberg no era cosa de entrar en coloquio. Una noche perdida, y ahora se iba todo el mundo; ni siquiera quedaba el recurso de restablecer el humor con media hora de charla íntima.

Irgens se prometió hacer pagar a la «peña» la superioridad con que creía poder tratarle. Acaso ya en la semana entrante llegase su hora...

Delante del «Tívoli» se disolvió el grupo. Hanka y Ágata se fueron juntas calle arriba.

CAPITULO XII

A la mañana siguiente, a las diez, apareció Tidemand en el despacho de Henriksen. Ole trabajaba en su pupitre.

Como había dicho, la visita de Tidemand tenía un objeto puramente comercial. Hablaba a media voz, casi cuchicheando, y exhibió un telegrama de complicado texto; donde decía «subiendo uno», había que leer diez, y donde decía «baja U. S.», había que leer paralización en el mar Negro y en el Danubio y alza en Norteamérica. El telegrama era del representante de Tidemand en Arkángel.

Ole se dio cuenta en seguida de lo que este telegrama significaba. Dentro de muy poco Rusia prohibiría la exportación de trigo por el hambre que reinaba en el Imperio de los zares, porque la cosecha se presentaba con mal cariz. Vendrían tiempos difíciles; el trigo se pondría por las nubes, y había que proveerse mientras aún fuera tiempo. Norteamérica había husmeado ya algo y, a pesar de las rectificaciones del Gobierno ruso en la Prensa inglesa, el trigo americano subía a diario, sin que se supiera adónde iba a llegar.

Tidemand venía a proponerle a Ole un negocio de centeno americano, que aún podía hacerse. Podían realizarlo en común, y sería un golpe genial, introduciendo en Noruega una cantidad de centeno que bastaría a proveerla durante un año. Pero la cosa urgía, pues también el centeno estaba en alza y en Rusia apenas se podía encontrar ya.

Ole comenzó a pasear arriba y abajo caviloso; sentía tal preocupación, que se había olvidado de ofrecerle a Tidemand un refresco y un cigarro. El negocio le atraía, pero de momento tenía demasiado dinero invertido en otras cosas. El negocio del Brasil lo había paralizado, y no podía esperar que empezase a dar rendimiento hasta después de transcurrido el verano.

—Pero en el negocio se puede ganar mucho dinero —dijo Tidemand.

Sin duda alguna; y no era eso lo que hacía vacilar a Ole. Es que, desgraciadamente, no estaba en condiciones de emprenderlo. Explicó su situación, añadiendo que de momento no se atrevía a aventurarse más. Pero la especulación le interesaba, haciendo que chispeasen sus ojos. Pidió detalles excitado, cogió un papel para hacer un cálculo y volvió a repasar detenidamente el telegrama.

Finalmente, bajó la cabeza y declaró que no podía tomar parte en el negocio.

—Claro está que puedo hacerlo también solo —dijo Tidemand—; pero tendré que tomar menos cantidad. Me hubiera gustado tenerte a mi lado; me habría sentido más

seguro. Ahora que, naturalmente, no debes comprometerte a más de lo que permiten tus fuerzas. Voy a telegrafiar. Dame un telegrama.

Lo redactó y se lo pasó a Ole.

—Así. Creo que se entenderá.

Ole retrocedió un paso.

—¡Tanto! —exclamó—. Mira que es una orden muy crecida.

—Sí que lo es. Pero confío en el buen resultado —repuso tranquilamente Tidemand.

E incapaz de dominar la emoción que súbitamente le inundó, murmuró, mirando fijamente a lo lejos:

—Además, ahora me es indiferente todo.

Ole se le quedó mirando.

—No, no digas eso, Andrés; no hables así. A pesar de todo, no debes perder la esperanza. No hay motivo para ello. ¿Verdad que no?

—¡Qué sé yo...! Bueno, no hablemos de eso... Ya veremos cómo se presentan las cosas.

Tidemand se guardó el telegrama en el bolsillo.

—Es verdad —asintió Ole.

—Me hubiera alegrado mucho que fuéramos juntos en este negocio, Ole. Sólo puedo decirte que también estoy comprometido por otro lado. Pero, en fin, no hay más remedio que echar el barco al mar. Esperemos que cuando pase la tormenta venga una respetable cantidad de dinero. ¿No lo crees tú así?

—Sin duda alguna —replicó Ole—. Puedes estar completamente seguro.

—De todos modos, aunque fracasase, no me vería reducido al último extremo. Y Dios me libre de ello, tanto por mí como por los míos.

—Pero, por vía de seguridad, ¿no podrías...? Por lo demás, aguarda un momento y perdona que ni siquiera te haya ofrecido un cigarro. No, si ya sé que te gusta fumar ion cigarro mientras conversas; se me había pasado. Siéntate un momento, haz el favor; vengo en seguida.

Tidemand comprendió que Ole iba a buscar a la bodega el acostumbrado vino y le

llamó, pero Ole no le oyó; y al poco tiempo venía con una botella llena de telarañas. Como solían, se sentaron en el sofá y chocaron las copas.

—Pero escucha una cosa —prosiguió Ole—. ¿Has pensado bien todos los detalles del negocio? No es que quiera adoctrinarte, ¿sabes?, pero...

—Creo haberlo calculado todo —respondió Tidemand—. El plazo es de tres días, y a la entrega. Comprar, hay que comprar inmediatamente; de lo contrario, no tiene sentido. Ni siquiera me he olvidado de tomar en consideración el probable cambio de presidente en las nuevas elecciones.

—Pero ¿no podrías precaverte, limitando la orden de compra, por ejemplo, no comprando si pasa de ciento doce?

—No creo. Fíjate en que si Rusia cierra la frontera, ni siquiera ciento quince, ni ciento veinte es mucho. En cambio, si no cierra, ya es mucho ciento. ¿Qué digo? Hasta noventa es demasiado. De todos modos, viene la catástrofe.

—Pero, Andrés, no debes arriesgarlo así todo de un golpe. En tu lugar, yo limitaría la orden.

—Ya está decidido, y así queda. Si viene mal, ¡qué hemos de hacerle! De todos modos, sin nada no quedaré.

Y la emoción de antes volvió a adueñarse de Tidemand, que murmuró:

—Además, empieza a serme todo indiferente.

Se puso rápidamente en pie para ocultar su turbación; estuvo un rato de pie en la ventana mirando afuera y luego se volvió hacia Ole, sonriendo:

—Creo que este negocio me va a traer la suerte; tengo un presentimiento. Y ya sabes lo que significa un presentimiento para nosotros los hombres de negocios; lo arreglamos todo sin temor.

—Bien; bebamos una copa porque todo salga a la medida de tu deseo.

Bebieron.

—Y en lo demás, ¿cómo va? —preguntó Ole.

—No creas —se apresuró a contestar Tidemand—. Tampoco eso presenta mal aspecto, no. En casa la cosa está, poco más o menos, como antes.

—¿De modo que por ahora no ha habido modificación?

—Bueno..., no... Pero tengo que irme va.

Tidemand se levantó. Ole le acompañó hasta la puerta y dijo:

—No te desanimes de esa manera, Andrés; te lo ruego. No quiero volver a oírte decir que todo té es indiferente... Muchas gracias por tu visita.

Pero Tidemand no se iba. Había puesto la mano en la puerta y sus ojos corrían nerviosos por el despacho de un objeto a otro.

—No es raro que algunas veces pierda el humor —dijo—. De momento no me va bien; hago todo lo posible por poner las cosas en orden, pero no lo consigo todo lo aprisa que quisiera. En fin, ya se arreglará todo. A Dios gracias, creo que la situación ha mejorado algo.

—Tu mujer, ¿para ahora más en casa? Se me había figurado que...

—Desde hace algún tiempo, Hanka es realmente una buena madre, y yo estoy contentísimo, porque eso nos acerca más que nada. Ahora está dedicada a proveer a los chicos de vestidos para el verano. Confecciona cosas extraordinarias; yo no he visto nunca nada semejante: vestidos azules y blancos y rojos. Por allí andan todos esparcidos. Por otra parte, sigue sin considerarse como casada, y firma siempre con su apellido: Lange... Aunque eso acaso no sea más que un capricho suyo; y siempre añade Tidemand: no lo olvida nunca. Tú mismo viste ayer cómo me pedía cien coronas. Eso me satisface, y no lo mencionaría si tú no lo hubieras presenciado. Por lo demás, ese era el tercer billete de cien coronas que me pedía en el transcurso de dos días. ¡Espero que no interpretarás mal el sentido de lo que estoy diciendo! ¡No lo interpretes mal, querido amigo! Pero ¿por qué me pide dinero delante de la gente? Como si quisiera despertar la impresión de que sólo de ese modo consigue que le dé algo. Gasta mucho dinero, y no creo que sea para ella, no; estoy seguro de que no es para ella. Hanka no es derrochadora; es que lo regala a alguien. En ocasiones le doy mucho dinero varias veces a la semana; a menudo se lo doy al salir, y cuando vuelve, ya no tiene un céntimo, a pesar de que no ha comprado nada. Pero después de todo, no importa. Mientras haya dinero..., lo mío es suyo también. Un día, en broma, le pregunté si quería arruinarme, si quería reducirme a la mendicidad. Te aseguro que no era más que una broma, y luego de decírselo me eché a reír. Pues, nada, lo tomó en serio y me dijo que si no me parecía bien, que abandonaría la casa: el divorcio, chico. Le dije que me arrepentía de la broma y que me perdonase. No se me hubiera ocurrido jamás que ella quisiera arruinarme. «Querido Andrés, ¿no podríamos separarnos?», me preguntó ella entonces. No sé lo que respondí; pero no tiene tampoco importancia. Pues, en seguida me pidió mi llave de casa, porque se le había perdido la suya. Le di la llave y le pedí que se olvidara, lo que hizo muy amablemente, diciéndome que yo era un niño grande... Ayer, al volver a casa, la encontré trabajando en los vestidos de los niños; se puso a enseñármelo todo, y, al sacar un pañuelo, salió con él una corbata de caballero. Yo hice como que no la veía, pero me di cuenta de que no era de las mías, y hasta la reconocí... Has de entenderme bien, Ole: no es que la reconociera tan exactamente que pudiera decir a quién pertenecía. Y acaso pudiera ser una de mis corbatas, de las que ya no uso. Siempre me ha ocurrido no

conocer mis propias corbatas..., tan poco me fijo en ellas... Bien; de todos modos, como te decía, la cosa va mejorando. Y si mi gran sorpresa sale bien, acaso traiga consigo la felicidad. Sería magnífico poder hacerle ver que no soy un imbécil.

Los dos amigos hablaron todavía unos instantes; luego Tidemand se fue camino de Telégrafos. Iba lleno de esperanza. Se adelantaría a la crisis y, cuando nadie tuviera centeno, él se hallaría en posesión de una cantidad enorme. ¿Por qué no había de resultar bien? Se sentía ligero como un chico y evitaba los encuentros con los conocidos que podían detenerle.

A los cinco días se recibió, en efecto, en el Ministerio del Exterior, un telegrama comunicando que, en vista del hambre que reinaba en el país, y de que la cosecha se presentaba con malos auspicios, el Gobierno ruso se veía obligado a prohibir la exportación de centeno, trigo, maíz y cebada por todos los puertos de Rusia y Finlandia.

Tidemand había calculado bien.

CAPITULO XIII

Había aparecido el libro de Irgens. Aquella alma selecta, que a nadie confiaba sus empresas, había publicado, con asombro de todos, un lindo tomo de poesías, precisamente en pleno florecer de primavera. ¡Qué sorpresa! Cierto que ya hacía dos años que su drama había visto la luz del mundo, pero ahora podían ver sus detractores que no había estado ocioso todo el tiempo. Una tras otra había ido concibiendo sus poesías; las había escrito, guardándolas en su cajón, y cuando el rimero de cuartillas fue bastante considerable, las había dado a la imprenta.

Su libro estaba ya en los escaparates de las librerías; el público se ocupaba de él; había producido una sensación considerable. Las mujeres quedaban encantadas de los versos de encendido amor que había en la última colección. Pero también figuraban en ellas frases llenas de energía y masculinidad, poesías al Derecho, a la Libertad, a los reyes. Hasta se atrevía a hablar de los reyes con palabras duras. Pero tampoco esta vez se daba Irgens por enterado de que le admiraba la ciudad cuando atravesaba el paseo. ¡Qué le mirasen asombrados, si les parecía bien! A él le era totalmente indiferente la notoriedad.

—Hay que confesar que eres hábil como tú solo —le dijo en la calle Norem, el actor—. Procuras pasar inadvertido, no dices una palabra, y de pronto arrojas esa bomba. Y luego otra vez como si no pasara nada. Pocos podrán imitarte.

Grande, el abogado, se sonrió y dijo:

—Sin embargo, tienes enemigos, Irgens. Hoy precisamente he hablado con una persona que niega que sea asombroso el que al cabo de dos años y medio hayas producido otro libro chiquito.

A lo que Irgens dio esta altiva respuesta:

—Tengo a honor escribir poco. Lo que importa no es la cantidad.

A pesar de lo cual se informó a renglón seguido de quién pudiera ser semejante enemigo. No es que tuviese gran curiosidad, y todo el mundo sabía cuán poco le importaba la opinión de la gente, pero... ¿no sería Paulsberg?

No, no era Paulsberg.

Irgens siguió preguntando, pero Grande, haciéndose el interesante, se negaba a decir el nombre; guardaba el secreto, divirtiéndose en mortificar a Irgens.

—Ya se ve que no eres tan insensible como parece —dijo, riéndose a carcajadas.

Irgens murmuró despectivamente:

—¡Bah...! ¡Tonterías!

Y, sin embargo, era evidente que le preocupaba aquel hombre, aquel enemigo, que quería rebajar su éxito. Pero ¿si no era Paulsberg, quién podía ser? ¿Quién podía ser, que hubiese hecho algo grande en los últimos dos años y medio? De pronto se le ocurrió una idea y dijo despectivamente:

—Como te he dicho, no me interesa saber el nombre; pero en el caso de que fuera ese paleta de Coldewin...

¿Cómo es posible, Grande, que repitas lo que dice ese hombre? Un sujeto que lleva en el mismo bolsillo del chaleco un peine sucio y una colilla de puro... Bueno, tengo quehacer. Hasta otro rato.

E Irgens siguió su camino. Quería dar un paseo por el muelle para sosegar. Estas conversaciones, más o menos estúpidas, acerca de su libro, resultaban insoportables. ¡Hasta llegaban a hablar de si dos años y medio de trabajo, y a querer medir la poesía cuantitativamente! Entonces su libro no era gran cosa. Por el tamaño, no podía competir con las novelas de Paulsberg.

Al llegar al muelle divisó en un rincón la cabeza de Coldewin; estaba medio escondido, al amparo de un montón de cajones. Irgens siguió la dirección de su mirada, pero no le vio objetivo alguno; sin duda, el viejo chiflado aquel estaba allí pensando en algo, en alguna idea insensata, y tenía un aspecto muy cómico, con los ojos clavados en el vacío, sumergido en sus pensamientos. Su mirada se perdía en línea recta y al final del almacén. Su abstracción era completa; no parpadeaba ni se daba cuenta de lo que ocurría en derredor. De primera intención, Irgens tuvo el propósito de dirigirse a él para preguntarle si encontraría en casa a Ole Henriksen; luego podía hablarle de su libro y preguntarle lo que le parecía. La cosa podía ser divertida; acaso el sujeto tuviera que confesar que juzgaba al peso la poesía. Pero luego lo pensó mejor. ¿Qué interés podía tener lo que aquel hombre pensase en materia de poesía?

Irgens llegó al extremo del muelle; al volver, Coldewin estaba aún en el mismo sitio. Irgens pasó por delante de él, atravesó la calle y quiso volver a la ciudad. En el mismo instante salían Ole Henriksen y Ágata del almacén, y lo vieron.

—¡Buenos días, Irgens! —exclamó Ole, y le tendió las manos—. Me alegro de que nos encontremos. Y muchas gracias por el libro que nos has enviado. Eres incomparable; asombras hasta a tus más íntimos amigos; tu libro es la obra de un maestro.

Ole siguió hablando sin detenerse, alegre y radiante del trabajo del otro; tan pronto admiraba este verso como aquel, y le dio repetidamente las gracias.

—Ágata y yo lo hemos leído con el corazón palpitante —dijo—. Ágata me parece que hasta ha llorado un poquito... Sí, no lo niegues, Ágata. Tampoco es cosa para avergonzarse... Escucha, Irgens; acompáñame a Telégrafos; tengo que hacer allí. Y luego, si quieres, vamos al restaurante. Además, tengo una pequeña sorpresa para vosotros.

Ágata no decía nada.

—¿No podíais esperarme aquí un rato, paseando, mientras yo telegrafío? —preguntó—. Pero no os impacientéis si tardo algo. Quiero ver si puedo comunicar con un barco que está en Arendal...

Y Ole desapareció escaleras arriba; Irgens le siguió con la vista.

—Oiga usted. ¿Puedo darle también las gracias por el libro? —dijo Ágata inmediatamente dándole la mano... Hablaba muy bajo—. No puede usted figurarse lo que me ha gustado.

—¿De veras le ha gustado? ¡No sabe usted el bien que me hace oírlo! —respondió él lleno de gratitud.

Que hubiera esperado a que Ole se fuese para felicitarle, le parecía un rasgo encantador y lleno de delicadeza; ahora lo hacía más efusiva y más confiada, y sus palabras adquirirían para él una significación más honda. Le dijo lo que más la había conmovido; la maravillosa *Poesía* a la vida. No había leído nada tan hermoso. Pero como si temiese haberse expresado con tanto calor, que sus elogios pudieran ser mal interpretados, añadió en un tono más frío que Ole estaba tan entusiasmado como ella. La mayor parte del libro se lo había leído él en voz alta.

Irgens hizo un leve mohín.

—¿Le gustaba que la leyesen en voz alta? ¿Le gustaba, de veras?

Ágata había evitado de intento mezclar, en la conversación el nombre de Ole. Aquella tarde había vuelto a hablar de la fecha de la boda, y una vez más la había dejado a su discreción. Probablemente sería en Otoño, cuando Ole regresase de su viaje a Inglaterra. Ole era la bondad misma; no se cansaba de ejercitar con ella por modos diversos su paciencia ni de mostrar el contento que le producía. Aquella tarde, luego de resuelto el punto de la boda, había añadido:

—Y, entretanto, debíamos ocuparnos de vez en cuando de que en casa haya cosas que hacer.

Y ella, sin poderlo evitar, se había puesto colorada; era, realmente, una vergüenza que no hubiera empezado aún a preocuparse de cosas útiles, limitándose a darle conversación en la oficina. Podía empezar por cosas pequeñas, había dicho Ole; pensar en el arreglo de la casa, darse idea de las nuevas cosas que deseaba tener... Sí, tenía razón él;

ni un momento había pensado en la casa futura: no había hecho más que revolotear por el almacén. Y al reconocerlo se había declarado que no servía para nada ni tenía ninguna experiencia. Pero Ole la había estrechado en sus brazos, la había sentado en el sofá y la había consolado, diciéndole que sólo era una joven, una niña encantadora; pero ya tendría más años; tenía vida sobrada ante sí. Todo esto tan tiernamente, que había acabado por llorar mirándola como a una niña.

—Por lo demás —dijo de pronto Irgens—, ya sé que a usted no le importamos mucho los poetas. Por una razón o por otra, no le inspiramos interés.

Ella se le quedó mirando.

—¿Cómo dice usted eso?

—Me parece que así es. Acuérdesse de aquella tarde en el «Tívoli», en que su amigo profesor tronaba tan despiadadamente contra nosotros, míseros poetas. Parecía que usted estaba conforme con todo lo que decía.

—¡Que yo...! ¡Si no dije una palabra! Se equivoca usted si cree...

Pausa.

—Yo me alegro en el alma de haberla encontrado —dijo Irgens todo lo indiferente que le fue posible—. Con sólo verla a usted se me alegra el alma. Debe de ser magnífico poseer el don de sumir a los demás en una especie de dicha con sólo mostrarse.

Lo dijo de tal modo, que había que creerlo; por absurdo que pareciese, era sincero, y por eso ella respondió medio sonriéndose:

—Pobre de usted si no tuviera más que a mí para alegrarle el alma.

Dijo esto sin intención de causarle pena; tal como se le ocurrió, sin malicia ninguna. Pero al ver que Irgens bajaba la cabeza murmurando: «¡Ya, ya comprendo!», se dio cuenta de que podía darse otra interpretación a sus palabras, y añadió apresuradamente:

—Porque a mí no me ve usted siempre. Además, que este verano me iré al campo, y hasta el otoño no volveré a la ciudad.

Irgens se paró en seco.

—¿Se va usted al campo?

—Sí, con la señora de Tidemand. Hemos acordado que pasaré el verano en su quinta.

Irgens se quedó callado y estuvo cavilando un rato.

—¿Es seguro que los Tidemand se van al campo? —preguntó—. A mí se me figura que aún no está decidido.

Ágata insistió en que sí estaba decidido. Siguieron paseando.

—He aquí un bien que me está vedado —dijo él sonriéndose melancólicamente—. No poder ir al campo.

—¿No? ¿Y por qué?

Ágata se arrepintió en seguida de su pregunta; ¿cómo no se había dado cuenta de que no podía ir por falta de recursos? ¡Siempre había de ser tan torpe! Y apresuradamente dijo un par de frases sin sentido para ahorrarle la respuesta.

—Cuando quiero irme al campo, pido prestada una lancha y remo un par de horas hasta la isla de enfrente —siguió Irgens con la misma sonrisa melancólica—. Con un poco de imaginación puede uno figurarse en plena naturaleza.

—¿A la isla? —respondió ella poniendo atención—. Es verdad: no he estado nunca. ¿Es bonito aquello?

—Sí; en muchos sitios, admirablemente hermoso —replicó él—. Yo la conozco al dedillo. Si usted quisiera que la llevase alguna vez...

No era una nueva frase de cortesía: era una súplica; ella lo entendió perfectamente. Sin embargo, respondió que no podía prometerlo, que sin duda sería interesante, pero...

Pausa.

—Allí he escrito muchas de mis poesías —prosiguió él—. Le enseñaría los sitios; ¡me produciría usted un placer tan grande, Ágata!

Ella callaba.

—Hágalo —dijo él de pronto, haciendo ademán de cogerle una mano.

En el mismo momento apareció Ole Henriksen. Irgens estaba aún en la misma postura, con la mano extendida.

—¡Hágalo! —susurró él.

Ella le miró rápidamente de soslayo.

—Sí —murmuró a su vez.

Ole se dirigió a ellos. No había podido comunicar con el barco. Y propuso irse en

seguida al restaurante. Además, traía una sorpresa para ella: el último trabajo de Ojén. Ahora lo iba a oír.

CAPÍTULO XIV

En el restaurante estaban, en una mesa, varios de los amigos de la «peña» conversando animadamente. Estaba también entre ellos Tidemand, satisfecho y gozoso. Desde que la fortuna había empezado a favorecerle en su gran negocio del centeno, no le abandonaba nunca una sonrisa dichosa, y ni un momento se le veía malhumorado. El centeno pedido iba llegando, y Tidemand contemplaba orgulloso aquellos enormes montones de sacos, que eran la riqueza.

Al entrar Ole, le dijo Gregersen, el periodista:

—¡Qué aire de satisfacción traes hoy, Ole! ¿Qué te pasa?

—Nada grave; no os vayáis a figurar —repuso Ole—. Me ha escrito Ojén y me envía su último trabajo; ¿queréis oírlo?

—Que te ha enviado su... ¿A ti te ha enviado un manuscrito? —preguntó Milde muy asombrado—. En mi vida he oído nada tan absurdo.

—Vaya, vaya; no personalicemos —advirtió el abogado.

Ole no replicó.

—Perdona, Ole. Pero ¿por qué te lo ha enviado a ti? —repitió Milde, obstinado.

Irgens miró furtivamente a Ágata; estaba hablando con Hanka, y parecía no atender más que a medias. Irgens se volvió a Milde y le declaró secamente que había ciertas confianzas que ni con el mayor amigo podían tomarse.

Milde rompió en una estrepitosa carcajada. Pero ¿qué les pasaba? ¿A quién había ofendido? No había tenido intención de molestar a nadie. Únicamente le había parecido algo cómico que... Bueno, bueno; no era cómico...

Ole sacó el manuscrito.

—Es una cosa extraña —dijo—. Se titula *Viejos recuerdos*.

—Trae; yo lo leeré —dijo rápidamente el actor Norem, extendiendo la mano—. Debo de entender un poco de leer, ¿verdad?

Ole le dio el manuscrito. Norem comenzó a leer.

«Jehová está muy ocupado; Jehová tiene mucho quehacer. Una noche en que me fui al bosque vi a Jehová. Descendió a mí cuando yo oraba en tierra.

»Yo oraba en la noche, y el bosque estaba en silencio. La noche era algo *inaprehensible* e incomprensible; era como un gran silencio, en lo que lo incomprensible respiraba y vivía callado.

»En esto, descendió a mí Jehová.

»Al descender, retrocedió el aire en derredor suyo, y se alzaron incontables bandadas de pájaros, y yo mismo tuve que asirme fuertemente a la tierra, y a los árboles y a las piedras.

»—¿Me llamas? —preguntó Jehová.

»—Te llamo en mi necesidad —respondí.

»Y Jehová habló:

»—¿Quieres saber qué es lo que has de elegir en la vida, si la Belleza, el Amor o la Verdad?

»Y añadió:

»—¿Quieres saberlo?

»Mas cuando preguntó: “¿Quieres saberlo?”, no respondí: callé, pues Él conocía mis pensamientos.

»Entonces Jehová tocó mis ojos, y vi.

»Vi una mujer muy alta, que se destacaba sobre el cielo. No traía ropaje alguno, y al moverse, sus miembros temblaban como seda blanca; y no traía ropaje alguno.

»Y destacaba sobre el cielo como una salida de sol, como una aurora; y brotaba de ella una luz roja; una luz de color de sangre la rodeaba.

»Y era alta y blanca, y sus ojos como dos flores azules que acariciaban suavemente mi alma cuando me miraba; y me habló pidiéndome que fuera hacia ella; y su voz era dulce y transparente, como irisaciones del mar.

»Me alcé de la tierra y tendí hacia ella mis brazos; y al tenderlos insistió en que fuera; y sus miembros tenían un perfume enajenador. Y me alcé hacia ella, y le ofrecí mi boca, y se cerraron mis ojos.

»Pero cuando los abrí, la mujer se había trocado en una vieja. Era vieja en años, y

sus miembros habían sufrido los rigores de la edad, y apenas le quedaba vida. Y el cielo se ofrecía oscuro a la noche, y la mujer no tenía cabellos. La miré y no la reconocí, ni reconocí tampoco al cielo, hasta que la mujer hubo desaparecido.

»—Era la Belleza —dijo Jehová—. La Belleza desaparece. Yo soy Jehová.

»Y Jehová tocó de nuevo mis ojos, y vi.

»En lo alto de un palacio vi una terraza. Dos personas había en la terraza, y eran ambas jóvenes y llenas de alegría. Y el sol iluminaba el palacio, y la terraza, y las dos personas jóvenes; e iluminaba también el abismo profundo que se abría a los pies del palacio. Y las personas eran dos: un hombre y una mujer en la flor de la vida, y ambos se desleían en palabras dulcísimas y en transportes de pasión.

»—¿Puedes oír lo que dice esta flor que ves en mi pecho? —dijo él.

»Y se recostó en la verja de la terraza, y habló:

»—Esta flor que tú me diste respira y murmura; ¿lo oyes? ¡Amada mía, reina, Alvilde, Alvilde!

»Y ella sonrió y bajó la vista, y cogiendo su mano, la puso sobre el corazón, y contestó:

»—Y tú, ¿oyes lo que te dice mi corazón? Mi corazón Vuela hacia ti y vibra conmovido por ti. Mi corazón estalla de júbilo: “¡Amado, estoy silencioso para ti, y cuando me miras desfallezco, amado!”.

»Y se apoyó en la verja de la terraza, y el amor hacía que su pecho respirase anhelante. Pero allá abajo, muy hondo, acechaba el abismo y el camino pedregoso. Y él señaló al abismo, y dijo:

»—¡Di una palabra no más, y me precipito!

»Y volvió a hablar:

»—Tira tu velo abajo, y lo sigo.

»Y se alzó su pecho, y puso las manos en la terraza, presto al salto.

»Yo di entonces un grito, y cerré los ojos...

»Pero al abrirlos, volví a ver a la pareja y ambos tenían más años y estaban en la plenitud de sus fuerzas. Y ya no se decían nada, sino que se ocultaban su pensamiento. Y el cielo era gris, y ambos subían por la escalinata blanca del palacio; y en los ojos fríos de ella había indiferencia y hasta odio. Y al mirar por tercera vez, vi que la mirada de él estaba

cargada de cólera, y que su cabello era gris como el cielo gris.

»Y mientras subían la escalinata del palacio, a ella, un escalón más abajo, se le cayó de la mano un guante y dijo con voz temblorosa:

»—Querido: se me ha caído el guante; recógemelo.

»Y él siguió andando, y llamó a un criado para que lo recogiese.

»—Era el Amor —dijo Jehová—. El Amor pasa. Yo soy Jehová.

»Y Jehová tocó mis ojos por última vez, y yo vi,

»Vi una ciudad, y en ella una plaza, y en la plaza un cadalso. Y al escuchar percibí un rumor hirviente de voces, y vi que había congregada mucha gente que hablaba y rechinaba los dientes de gozo. Y vi a un hombre que venía atado con correas; un delincuente; y el delincuente atado era un señor de altivo porte y ojos como estrellas. Pero el hombre traía una capa llena de agujeros, y sus pies pisaban desnudos sobre la tierra; apenas había quedado nada de sus vestidos, y su capa estaba desgarrada y raída.

»Y escuché y percibí una voz, y miré y vi que era el delincuente el que hablaba con gran energía. Y le mandaron que callase; pero siguió hablando; daba testimonio, y no sentía temor cuando le mandaban callar. Y como siguiera hablando, acosóle la muchedumbre, y le cerró la boca; y como al quedar mudo señalase al cielo y al sol, y señalase luego a su propio corazón, aún caliente, cayó de rodillas y plegó las manos, y prestó mudo testimonio de su causa.

»Y miré al delincuente y a sus ojos, que lucían como estrellas, y vi que la muchedumbre le empujaba al cadalso. Y al volver a mirar, vi un hacha por el aire, y escuchando percibí el rumor del hacha que caía, y un grito de alegría unánime de la muchedumbre.

»Y rodó por el suelo la cabeza del delincuente, y la muchedumbre acudió y la levantó en alto, cogida por los cabellos.

»Y la cabeza del delincuente siguió hablando todavía, y daba testimonio en voz clara y distinta. Y la cabeza del delincuente no había enmudecido ni en la muerte.

»Pero la muchedumbre cayó sobre la cabeza del delincuente, y la levantó en alto, asiéndola de la lengua. Y la lengua quedó vencida, y calló; y la lengua no volvió a proferir palabra. Pero los ojos seguían siendo como estrellas, como estrellas fúlgidas, que todos podían ver...»Y Jehová habló:

»—Era la Verdad. Y la Verdad sigue dando testimonio, aun cuando le han cortado la cabeza, y cuando le han atado la lengua fulgen sus ojos como estrellas. Yo soy Jehová.

»Cuando Jehová hubo hablado, caí postrado rostro en tierra, y no hablé, sino que guardé silencio, sumido en mil pensamientos. Y pensé que la Belleza era hermosa antes de desaparecer, y dulce el Amor antes de extinguirse; y pensé que la Verdad era perenne como las estrellas eternas, y pensé estremecido en la Verdad.

»Y Jehová habló:

»—¿Querías saber lo que habías de escoger en la vida?». —Y luego prosiguió:

»—¿Has elegido?

»Yo seguía postrado rostro en tierra, y respondí, henchido de pensamientos:

»—La Belleza era hermosa y dulce el Amor, y la Verdad como las estrellas perennes.

»Y Jehová habló una vez más, y dijo:

»—¿Has elegido?

»Y mis pensamientos eran un tumulto, y mis pensamientos mantenían enconada pugna; y respondí:

»—La Belleza era como una aurora.

»Y dicho esto, susurré:

»—El Amor era también dulce, y lucía como una estrellita en mi alma.

»Pero entonces sentí los ojos de Jehová fijos en mí, y los ojos de Jehová leían en mi pensamiento. Y por tercera vez, dijo Jehová:

»—¿Has elegido?

»Y al preguntarme por tercera vez “¿Has elegido?”, mis ojos se desorbitaron de espanto y desfalleció toda mi fuerza. Y, pues, preguntaba por última vez “¿Has elegido?”, volví a pensar en la Belleza y en el Amor, y pensando en ambos, respondí a Jehová:

»—Elijo la Verdad.

»...Pero el tumulto de mis pensamientos no se ha aplacado...».

—Esto era —concluyó Norem.

Callaron todos un momento; y luego el periodista dijo con una sonrisa:

—Callo, esperando lo que va a decir Milde.

Milde se negó a hablar; ¿por qué había de negarse? Al contrario; tenía que hacer una observación: ¿Había alguien que pudiera explicarle el significado de todo aquello? Él admiraba a Ojén tan sinceramente como el que más, pero... ¿Había algún sentido en lo que Jehová decía y volvía a decir? Deseaba que se le respondiese.

—Oiga usted, Milde, ¿por qué le tiene usted tan mala voluntad a Ojén? —dijo Hanka—. Viejos recuerdos... ¿No lo ha entendido usted? Yo lo encuentro delicado y lleno de evocación. He sentido la belleza del conjunto; no me lo eche usted a perder.

Y volviéndose a Ágata, preguntó:

—¿No le ha parecido también bonito?

—¡Querida Hanka! —exclamó Milde—. ¿Conque quiero mal a Ojén? ¿No digo que deseo que el premio se lo lleve él y no yo? Pero no puedo con estas nuevas tendencias y con todas estas historias. Viejos recuerdos... Muy bien; pero ¿dónde está el sentido de todo ello? Él no ha hablado con Jehová, de cierto; eso es pura invención. Y, además, ¿por qué no podía escoger la Belleza, y el Amor, y la Verdad? ¡Yo lo hubiera hecho! Pero, repito, ¿dónde está el sentido?

—Precisamente eso es lo característico: no tiene ningún sentido determinado —replicó Ole Henriksen—. El propio Ojén lo declara así en su carta. Dice que el efecto está en el ritmo...

—¡Ah, vamos...! El hombre es el mismo en todas partes; esa es la cosa. Ni la montaña, ni el aire del bosque, ni la leche de cabras le hacen el menor efecto. Por lo demás, sigo sin comprender por qué Ojén te ha enviado a ti el manuscrito; ahora, que si es una ofensa preguntarlo...

—Tampoco sé por qué me lo ha enviado a mí precisamente —asintió Ole Henriksen—. Dice que quiere convencerme de que trabaja. Por lo demás, va a volver en seguida; ya no resiste más allá arriba.

Milde se sonrió.

—En efecto; no le queda ya mucho dinero, lo que no es de extrañar —replicó Ole guardándose el manuscrito en el bolsillo—. A mí me parece, dígame lo que se diga, que el poema es admirable.

—Bueno, bueno. Mira, amigo Ole; no hables de literatura, haz el favor —le interrumpió Milde.

Y como hasta él mismo comprendió que esto, en presencia de Agata, era demasiado fuerte, se apresuró a añadir:

—Quiero decir que es aburrido pasarse el día hablando de literatura. Vamos a cambiar de conversación y a hablar de la pesca, del aceite o de la política de ferrocarriles... Tú has comprado una cantidad enorme de centeno, Tidemand.

Tidemand levantó la cabeza sonriente. Sí; había querido dar un golpe. Ahora todo dependía de cómo fuese la cosecha en Rusia; si era mediana, el negocio no era muy brillante; si llovía aún...

—Ha empezado a llover —dijo el periodista—. Los periódicos ingleses dicen que en algunas comarcas ha caído ya bastante agua. Y escucha: ¿vendes ya centeno?

Tidemand vendería si se lo pagaban a su precio. Como es natural, había comprado para vender.

Milde se había sentado junto a Paulsberg y le cuchicheaba al oído. El poema en prosa de Ojén le había inquietado un tanto. No le cegaba la pasión, y reconocía que había algo en su competidor.

—Ya sabes que no me gusta hablar de los compañeros en estas materias —replicó Paulsberg—. Por lo demás, he estado varias veces en el Ministerio y he dicho lo que pensaba; espero que lo tengan en cuenta.

—Claro, claro; no era por eso... Bueno; hay que acabar pronto tu retrato. ¿Puedes «posar» mañana?

Paulsberg asintió, y luego chocó su vaso con el del periodista y cortó la conversación.

Irgens había ido perdiendo poco a poco su buen humor. Le mortificaba que no se hablase de su libro. ¿No era lo más natural? Paulsberg no había pronunciado la menor palabra que pudiese dar a entender que le gustaba el libro; sin duda, se figuraba que le iba a preguntar su opinión. Pues se equivocaba: Irgens era demasiado orgulloso y podía pasarse sin el parecer de Paulsberg.

Se levantó.

—¿Se va usted, Irgens? —preguntó Hanka.

Irgens se aproximó, les dio a Ágata y a ella las buenas noches, saludó de paso con una inclinación de cabeza al resto de la sociedad, y salió del restaurante.

Cuando sólo había andado unos pasos oyó que le llamaban por su nombre. Hanka venía corriendo tras él; había dejado el sombrero y el abrigo en el café. Sólo quería darle las buenas noches. ¿No le parece bien?

Y Hanka se reía muy dichosa.

—Apenas te he visto desde la aparición de tu libro. ¡Oh, cada una de sus palabras ha sido un goce para mí! —dijo juntando las manos, arrobada, mientras caminaban.

Al mismo tiempo, para estar más cerca de él, deslizó una mano en el bolsillo de su abrigo. Irgens notó que dejaba en él un sobre. Era la Hanka de siempre, tan buena y tan afectuosa.

—¡Qué versos, qué versos! —repetía.

Él no pudo contenerse más; esta admiración calurosa le hacía un bien indecible. Quiso remunerárselo de algún modo, mostrarle en cuánto la estimaba, y en un raptó de expansión le confió que se había presentado para la pensión, y le pidió su parecer. Sí, la había solicitado calladamente, sin buscar una sola recomendación; se había limitado a enviar su libro. ¿Bastaría?

Hanka calló un momento, conmovida.

—Te ha ido mal —dijo—. Has pasado privaciones. ¿Cómo no has acudido a mí?

Él respondió, riendo:

—¿Para qué están ahí las pensiones? Pero no creas que solicito la pensión porque me haya ido mal. ¿Por qué no ha de pedirse cuando no se humilla uno? Y si pienso en mis competidores, me parece que no seré el último. ¿Qué te parece?

Ella se sonrió, y le dijo:

—No, no serás el último.

Él se acercó a ella, y le susurró:

—Bueno, Hanka; no debes seguir más; da la vuelta y déjame que te acompañe... Mientras te tengo a ti, la vida es soportable; pero cuando tú te marchas todo se pone negro. ¡No, no lo puedo resistir!

—Si no me voy mas que a la casa de campo.

—Sí —replicó él—; pero eso basta. Estamos separados; yo no puedo salir de la ciudad. ¿Cuándo te vas?

—Dentro de una semana, creo.

—¡Si no te marchases, Hanka...! —suplicó él, parándose.

Pausa. Hanka reflexionaba.

—¿Te alegrarías mucho que me quedase? —preguntó—. ¿Sí? Pues me quedo. Me quedo, sí. Lo malo es por los niños; pero no importa. En el fondo, también me alegro.

Habían llegado ya a la puerta del restaurante.

—Buenas noches —dijo él, transportado—. Gracias, Hanka. ¿Cuándo nos veremos? No puedo vivir sin ti.

CAPITULO XV

Tres días más tarde recibió Irgens un billete de Hanka. Paseó por la ciudad, encontró algunos conocidos y se reunió con ellos; como de costumbre, hablaba poco, pero estaba del mejor humor. Había visto el retrato de Paulsberg expuesto en el escaparate de un comercio del centro por el que pasaba todo el mundo. El retrato era expresivo y estaba pintado con soltura. Paulsberg, sentado en una silla, erguía su figura distinguida, que olía a perfume, y las gentes cuchicheaban y se admiraban, preguntándose si era aquella la silla en que había escrito sus obras. Todos los periódicos publicaron artículos elogiosos del retrato.

Irgens estaba sentado en una mesa del restaurante, y oía distraído lo que decían sus camaradas. Tidemand seguía muy satisfecho; sus esperanzas aumentaban de día en día; la lluvia rusa no le había desalentado. El centeno no había empezado aún a subir; pero ya subiría. De pronto, Irgens aguzó el oído. Tidemand hablaba de su veraneo.

—Este verano no iremos al campo —dijo—. Hanka cree. Le he dicho a mi mujer claramente que si quería veranear tenía que hacerlo sin mí. En vista de eso ella tampoco quiere salir.

En esto se abrió la puerta y entró Milde. El obeso optimista resplandecía de júbilo, y completamente señoreado por la alegre nueva, gritó ya desde lejos:

—¡Dadme la enhorabuena! ¡Me ha tocado la lotería! Figuraos que el Ministerio, en su inescrutable sabiduría, ha decidido adjudicarme la pensión.

—¿A ti?

—Sí; a mí —dijo Milde, y se dejó caer sin aliento en una silla—. ¿Os quedáis boquiabiertos? Lo mismo me ocurrió a mí; puedo decir que yo no tengo la culpa: he sido el primer sorprendido.

—¿De modo que te han dado a ti la pensión? —dijo Irgens lentamente.

Milde asintió.

—¿Puedes comprenderlo? Os la he quitado a todos. Porque, al parecer, tú también la habías solicitado, Irgens.

Se hizo un gran silencio. Nadie esperaba semejante solución, y todos cavilaban cómo podía haber sido. No se había oído nunca nada parecido. ¡Le habían dado la pensión a Milde!

—¡Pues enhorabuena, chico! —dijo Tidemand, tendiéndole la mano.

—No vale la pena —replicó Milde—. Nada de ceremonias. Pero oye, Tidemand: tienes que prestarme algún dinero; voy a convidaros. Te lo devolveré en cuanto me paguen la pensión.

Irgens miró de pronto al reloj, como si le ocurriese algo, y se levantó.

—Pues enhorabuena igualmente —dijo—. Siento tener que marcharme ahora... Y oye: mi solicitud no es para que me dieran la pensión —explicó, para salvar lo que todavía podía salvarse—. Otro día te lo explicaré.

En la puerta se tropezó con Gregersen, el periodista, que gritaba confirmando la noticia. No cabía duda. Milde era el agraciado.

Irgens tomó el camino de su casa. ¿Conque Milde era el favorecido? ¡Para que se viese el tino con que Noruega recompensa el talento! Él les había arrojado a la cara a estas pobres almas su tesoro lírico, y ni siquiera se dieron cuenta de que aquello era poesía, algo exquisito, puro caviar. ¿Y a quién le posponían? ¡A Milde! ¡Al pintor al óleo Milde, coleccionista de corsés!

—¡Si al menos hubiera sido Ojén! Pues Ojén trabajaba con empeño, tenía dotes extraordinarias y hacía cosas bonitas. En su despecho, llegó a pensar en si no sería conveniente protestar públicamente en nombre de Ojén. Pero no; la gente creería que era por envidia a Milde.

Demasiado veía él que todo aquello era obra de Paulsberg. ¡Bonita combinación! Milde pinta el retrato de Paulsberg, y Paulsberg, en justa compensación, interpone sus buenos oficios en favor de Milde. ¡Qué asco! Pero ¿tenía tanta influencia Paulsberg? ¿Qué importancia tenía su obra? Un par de novelas con arreglo al procedimiento del año 70 y un trabajo de aficionado sobre un tema de catecismo como el del *perdón de los pecados*. Pero Paulsberg había sabido amañarse las simpatías de la Prensa; esto le había convertido en una personalidad, y ahora se veía lo que pesaba la opinión. ¡Oh! ¡Era un aldeano ladino! Sabía por dónde se andaba y por qué permitía las atenciones de Gregersen a su mujer. ¡Qué cosa más repugnante!

No; Irgens no recurría jamás a semejantes maniobras; pero esperaba poder llegar sin necesidad de ellas. Tenía un arma: la pluma; ya verían quién era él.

Irgens se metió en su cuarto y cerró la puerta tras sí. Tenía mucho tiempo antes de que llegase Hanka, y quería tratar de recobrar su equilibrio. La noticia súbita de que se le había escapado la pensión le había excitado de tal modo que durante un buen rato no pudo escribir, aunque se lo propuso varias veces. Saltó furioso de la silla y empezó a pasear arriba y abajo, pálido de cólera. Ya sabría cobrarse aquella derrota; de ahora en adelante, no volvería a salir de su pluma una palabra suave.

Finalmente, tras un par de horas de vanos esfuerzos, logró sentarse a la mesa y hallar expresión para su estado de ánimo. Escribió un verso tras otro, mordiéndose los labios.

Al cabo de algún tiempo llegó Hanka.

Entró, como de costumbre, bastante aprisa, llevándose la mano al corazón, que le palpitaba de haber subido corriendo la escalera y sonriendo confusa de verse allí. No obstante las muchas veces que había estado en aquella habitación, en el primer instante se encontraba siempre avergonzada, y decía, sin duda para infundirse valor:

—¿Vive aquí el señor Irgens?

Pero Irgens no estaba para chanzas; lo comprendió en seguida, y se preguntó qué le habría pasado. Cuando él le comunicó la triste noticia, Hanka se sintió también profundamente indignada. ¡Qué injusticia! ¡Qué escándalo! ¿Le habían dado la pensión a Milde?

—Como pago del retrato de Paulsberg —dijo Irgens—. Pero, en fin, ya está; no lo tomes tan a pechos. También yo lo perdono.

—Sí; lo llevas con mucha dignidad; no me explico cómo puedes...

—Me ha amargado un tanto; pero humillarme, no.

—No lo comprendo —dijo ella—. No, no lo comprendo. ¿Has acompañado a la solicitud tu último libro?

—¡Claro que sí...! ¡Bah...! ¡Mi libro! Es exactamente como si no hubiera publicado ningún libro; no mete mucho ruido, no; hasta hoy nadie se ha ocupado de él.

E irritado porque no hubiera sido mencionado su libro en un solo periódico, se mordió los labios y se puso a pasear por la habitación. Pero en lo sucesivo cambiaría de tono; ¡ya verían si su pluma sabía levantar ronchas!

Cogió la cuartilla escrita que tenía sobre la mesa y dijo:

—Aquí hay unos versos; acabo de escribirlos; todavía no se ha secado la tinta.

—¡Oh! ¡Léemelos! —suplicó ella.

Se sentaron en el sofá, y él leyó aquella docena de versos en un tono completamente nuevo en él; versos rebosantes de amargura y encono. Cuando hubo terminado, preguntó:

—¿Qué te parece? ¿Crees que harán efecto? En adelante escribiré siempre así. Mis versos serán tajantes e hirientes.

Ella replicó, apenada:

—No te dejes arrastrar de ese modo. Vuelve en ti. Tú vales más que ellos, infinitamente más.

Él, entonces, dio rienda suelta a su amargura. Se había formado frente a él la conjuración del silencio. Él era incapaz de descender a ciertos medios; despreciaba las intrigas, y aquí estaba abandonado de todos. Su libro está en las librerías, se lee con entusiasmo, pero qué importa; nadie habla de él, y los periódicos no se dignan mencionarlo.

Por primera vez, sí, por primera vez tuvo Hanka entonces el sentimiento de que su héroe y poeta no mostraba la superioridad de otras veces, y se estremeció viendo que no soportaba el desengaño con su acostumbrado orgullo. Le miró con detenimiento. La desgracia que le había herido le había puesto pálido; su boca estaba contraída, y la excitación hacía palpar las ventanas de su nariz.

Como para acabar de acentuar la impresión que ella experimentaba, dijo Irgens:

—Oye: podías prestarme un gran servicio interesando a Gregersen por mi libro, a ver si al fin alguien habla de él.

Y como Hanka clavase sobre su rostro una mirada investigadora, añadió:

—Sin pedírselo directamente, claro está; sin forzarle; sólo una indicación, una leve indicación.

¿Era Irgens aquel? Pero en seguida recordó Hanka en qué situación realmente penosa se encontraba: estaba solo y tenía frente a sí una conspiración; esto le disculpaba completamente. Además, debió haber dado ella por sí misma aquel paso con Gregersen, ahorrándole a su poeta la humillación de tener que pedírselo. Sí; hablaría en seguida con Gregersen; era una vergüenza que no hubiese pensado ya en ello.

Irgens le dio calurosamente las gracias. Se sentaron ambos en el sofá y permanecieron, callados. Hasta que ella dijo:

—¡Chico, lo que estuvo a punto de ocurrirme con la corbata roja! ¿Te acuerdas? La corbata roja que me diste una vez. No pasó nada al fin, pero él la vio.

—¿La vio? ¿Cómo eres tan imprudente? ¿Qué dijo?

—No dijo nada. Nunca dice nada. La traía en el pecho, y al sacar el pañuelo se me cayó. Pero no hablemos más de eso... ¿Cuándo te vuelvo a ver?

Irgens cogió su mano y la acarició, conmovido por aquella ternura inalterable. ¡Qué dicha la suya poder contar con aquella mujer! ¡La única persona en el mundo que estaba siempre a su lado!

Luego le preguntó si no salía a veranear. No, no salía; y sinceramente refirió cómo había cambiado la decisión de su marido: no le había costado mucho trabajo; ahora que los niños...

—Sí, sí —respondió Irgens.

Y súbitamente le cuchicheó al oído:

—¿Has cerrado la puerta al entrar?

Ella le miró, bajó los ojos y susurró:

—Sí.

CAPÍTULO XVI

La mañana de aquel 17 de mayo cantaban los pájaros en todas las frondas de la ciudad. La ciudad va despertando poco a poco; aquí se sube una persiana, allí se iza una bandera; es día festivo, y es 17 de mayo^[1].

Están cerrados todos los comercios; los niños de las escuelas tienen vacaciones; calla el ruido de fábricas y astilleros. Sólo hay algún estrépito en el muelle. Los barcos que se disponen a partir lanzan al aire espesas columnas de humo y cargan las últimas cajas. Sólo en el puerto hay vida.

Corre por las calles, con la cabeza baja, un perro sin dueño, que rastrea una huella y sólo de ella se preocupa. De pronto se para, da un brinco y husmea. Ha encontrado a una chiquilla que vende periódicos, llenos de libertad noruega y de política clamorosa. La niña corre de puerta en puerta, y todo su cuerpo es una convulsión; es una niña enclenque y débil y tiene el baile de San Vito.

Un carbonero que ha trabajado por la noche camina cansado, negro y sediento, con la pala al hombro, hacia su casa, y el cuerpo recio, marchando entre colgaduras y banderas, da la impresión de un único músculo de trabajo. En una esquina se tropieza con un señorito que sale de su casa; huele a perfume, y su paso es un poco vacilante; la americana va forrada de seda. Se para en el umbral a encender un pitillo y se pierde calle abajo.

El señorito tiene una cara chica y redonda como la de una muchacha, muy pálida y muy fina. Es joven, y promete mucho: es Ojén, el poeta, a quien siguen los escritores de la generación más reciente. Ha vuelto de la montaña, adonde había ido a reponerse, y desde que está en la ciudad sus amigos le traen en constante fiesta. Al doblar una esquina se encuentra con un hombre a quien le parece conocer. Se para, y el hombre se para asimismo.

—Perdone usted; creo que nos hemos visto en alguna parte —dice Ojén cortésmente.

El hombre se sonríe, y replica:

—Sí, en Torahus; pasamos una tarde juntos.

—Ahora recuerdo; usted es Coldewin. ¡Ya me parecía que...! ¿Cómo está usted?

—Bien, muy bien... Pero ¿cómo levantado a estas horas?

—¿Levantado...? Le diré a usted: en realidad, no me he acostado todavía.

—¡Ah, vamos!

—Desde que he vuelto a la ciudad me paso las noches en claro; mis amigos no me dejan en paz. He vuelto a mi elemento. La ciudad es una cosa maravillosa, amigo Coldewin. No hay nada como la ciudad. Mire usted estas casas, estas líneas rectas. ¡Oh, la montaña! No, no. Este es mi elemento.

—¿Y cómo le ha ido a usted por allí arriba? ¿Se ha curado usted de su nerviosidad?

—No me he curado, no. Pero ¿sabe usted? Esa nerviosidad forma parte integrante de mí. El médico dice lo mismo. ¡Qué le vamos a hacer!

—¿Conque ha estado usted en la montaña y se ha comprobado que su nerviosidad es crónica? ¡Pobre talento joven, cargado con tal debilidad!

Ojén se quedó confuso. Coldewin le miró a la cara; a poco se sonrió y siguió hablando como si no hubiera pasado nada. ¿De modo que no le gustaba el campo? ¿Y no creía que la estancia en la montaña había hecho bien a su talento? ¿Tampoco?

—No; en absoluto, no. Además, no creo que mi talento necesitase refrescarse.

—¡Hombre, eso no!

—Sin embargo, he trabajado durante esas semanas, lo que tiene un mérito entre aquellas gentes tan cómicas. Usted las conoce. No podían comprender, por ejemplo, que mis trajes estuvieran forrados de seda; miraban mis botas de charol como si quisieran esculpirlas; no se habrían imaginado nunca que pudiera haber tales extravagancias. Sin duda, me trataban con gran respeto... Bueno; perdone usted que le deje. Celebro mucho haberle encontrado. Me voy a casa, a ver si duermo un poco.

Y se fue.

Coldewin le gritó:

—¡Pero hoy es el diecisiete de mayo!

Ojén se volvió, y dijo asombrado:

—Bueno, ¿y qué?

Ante aquella respuesta, Coldewin movió la cabeza y se sonrió:

—No, nada. Quería saber únicamente si usted se acordaba. Y ya veo que se acuerda muy bien.

—¡Claro! —dijo Ojén—. No se olvidan tan fácilmente las cosas que le enseñan a

uno de chico.

Y siguió su camino.

Coldewin le siguió un rato con la vista y luego echó a andar también. Esperaba que la ciudad despertase y empezara la manifestación. En la solapa izquierda llevaba una cinta de seda, sujeta con un alfiler para no perderla.

Anduvo un rato por la ciudad y luego se fue hacia el muelle. Los barcos estaban empavesados y las banderas vibraban en el aire. Coldewin respiró fuerte y se paró un rato a gozar del espectáculo. El olor de carbón y brea, de vino y frutas, de pescado y especias; el estrépito de máquinas y hombres; la canción de un marinero joven que limpiaba vinos zapatos en cubierta, todo esto le produjo una alegría tan viva que casi asomaron lágrimas a sus ojos. ¡Qué energía representaba aquel movimiento! ¡Qué barcos! En el horizonte llameaba el sol naciente. Allá lejos se balanceaba el balandro de Ágata.

Estuvo un rato perdido en la contemplación de barcos y banderas, hombres y mercancías. Pero pasaba el tiempo. Al mirar el reloj, vio que había llegado ya el momento, y se apresuró a volver para no perder ningún detalle del desfile.

Hacia las tres, algunos de los amigos de la «peña» se habían instalado en la «esquina» para ver pasar las banderas. Ninguno tomaba parte en la manifestación. Uno de ellos dijo:

—Mirad: ahí va Coldewin.

Se le veía tan pronto al lado de una como de otra bandera, como si quisiera no perder contacto con ninguna, y marcaba el paso con el mayor entusiasmo. Grande, el abogado, se destacó del grupo y se agregó a la manifestación, acercándose a Coldewin; en seguida comenzaron a hablar.

—Y ¿dónde está la joven Noruega? —preguntó Coldewin—. ¿Por qué no vienen los poetas, los artistas? Temen que dañe a su talento, y se equivocan.

Coldewin hablaba más agriamente que de costumbre, aunque siempre sin alzar la voz. De pronto abordó el tema de la mujer. Era una desdicha que las mujeres se preocupasen cada vez menos de tener un hogar, con hijos y marido. Querían ser independientes, y se matriculaban en una Escuela de Comercio. Y, en efecto, terminaban sus estudios, y si tenían suerte obtenían una colocación con veinte coronas de sueldo al mes. Magnífico, ¿verdad? Pero la habitación y la comida les costaban veintisiete. ¡Famosa independencia!

—Pero las mujeres no tienen la culpa de que su trabajo se pague peor que el de los hombres —objetó el abogado.

Bueno, bueno, la objeción era ya antigua... Pero, en fin, lo peor del caso era que por

este camino se iba a la disolución del hogar. Había visto aquí, en la ciudad, que mucha gente se pasaba la vida en cafés y restaurantes. Y, claro, todo está ligado. Las mujeres no tenían hoy ni la verdadera ambición ni la verdadera ternura. Sólo pensaban en divertirse, y se pasaban la vida en los cafés. Antes, la mujer se ocupaba de su hogar; ahora, su vida estaba descentrada, y todo les da igual...

En este momento sonó un ¡viva!, en la manifestación, al que respondieron algunas voces. Coldewin se puso a dar vivas con todas las fuerzas de sus pulmones, aunque no había oído a quién vitoreaban. Miraba furioso a las filas y agitaba el sombrero para excitar a la gente a que gritase.

—Esta gente no quiere tomarse ni siquiera el trabajo de gritar los vivas —dijo—; los dice tan bajo, que apenas se les oye. ¡Ayúdeme usted, a ver si animamos un poco todo esto!

Al abogado le divertía aquel entusiasmo, y se puso a gritar también, contribuyendo a hacer flamear un momento aquel viva que se apagaba.

—¡Otra vez! —dijo Coldewin con los ojos chispeantes.

Y de nuevo el viva fue resonando en las filas.

El abogado se sonrió.

—Pero ¿cómo puede usted conservar este entusiasmo?

Coldewin le miró un momento y respondió muy serio:

—Todos debíamos ser capaces de este entusiasmo. Si se alzase un clamor tonante en la ciudad al paso de la bandera noruega, acaso cobrarán fuerza nuestros débiles diputados. Y si se hubiera usted tomado la molestia de bajar al muelle esta mañana, al ver la vida que allí hay, sentiría usted que Noruega merece nuestros vivas...

El abogado divisó a Ojén en una acera, y aprovechó la ocasión para decir adiós a Coldewin y marcharse.

Ojén estaba con el actor Norem y con los dos poetas de las cabezas rapadas. Ambos llevaban ya trajes grises de primavera, que, sin embargo, eran aún del año anterior. Ambos llevaban también unos bastones extraordinariamente gruesos, en los que se apoyaban de veras al andar.

—¿Hablabas con Coldewin? —le dijo Ojén al abogado—. ¿Qué te contaba?

—Muchas cosas. El hombre no es tonto, aunque está un poco tocado. Ve las cosas al revés. Y a veces es entretenido. Hubieras debido oírle una noche en el Tívoli. Al principio nos hizo pasar un buen rato, pero luego se descarriló... Ahora le ha dado la manía por decir que el hogar está disuelto; la gente está en los cafés, la gente no está en casa; la gente pasa

la vida en el restaurante...

—Tonterías. Yo me le encontré la otra mañana al irme a casa. —Nos saludamos—. ¿Cómo va? ¡Celebro tanto!, etc. Pero en el curso de la conversación se le ocurre al hombre decir que yo tenía una debilidad crónica, y ¡claro!, hube de explicarle que esa debilidad crónica no me había impedido escribir allá arriba, en los bosques, un poema en prosa bastante largo... ¿Has oído el poema, Grande? Se lo envié a Ole para justificarme un poco al pedirle dinero para el viaje.

—¡Ya lo creo que lo he oído! ¡Estupendo, magnífico! Todos lo encontramos magnífico.

—¿Verdad que sí? Tiene cierta sonoridad, ¿no? Vivía inquieto hasta que lo escribí. Me ha costado un trabajo extraordinario.

—No comprendo por qué os esforzáis —exclamó Norem con indolente tono—. Yo, a Dios gracias, llevo cinco meses sin hacer un papel.

—Tú estás en otro caso —dijo Ojén—; nosotros necesitamos producir constantemente para sostenemos.

E hizo un movimiento para ajustarse bien el abrigo sobre sus estrechos hombros caídos.

Una niña muy chiquitina salía en aquel instante de la puerta de una casa. Iba empujando un cochecito, y al llegar a la calle, este volcó. La chiquilla se puso a gritar y palmotear de júbilo, y Ojén tuvo casi que saltar por encima del cochecito para poder seguir.

—Tengo que confesar que me sorprendió un poco que no me concedieran la pensión —dijo—. En este país es inútil esforzarse.

Uno de los poetas de la cabeza rapada, el que llevaba una brújula pendiente de la cadena del reloj, cobró ánimo para decir:

—¿No es esa la costumbre entre nosotros? Ahora que los animales están protegidos, ya sólo se puede maltratar a los hombres de talento.

Y el poeta de la cabeza rapada se atrevió a sonreír levemente ante aquella ocurrencia.

—¿Venís a Grand? —preguntó perentoria y secamente Norem—. Necesito un vaso de vino.

—Prefiero quedarme solo un rato —respondió Ojén, abatido de pensar en la pensión—. Iré más tarde por allí. Hasta luego.

Y volviendo a subirse el cuello de la americana, desapareció calle arriba, perdido en cavilaciones. La gente que le conocía se apartaba a su paso; tuvo que dar un rodeo al pasar junto al cochecito, que seguía tumbado en mitad del camino.

CAPITULO XVII

Ágata, ya dispuesta para el paseo en bote, se ponía los guantes.

No le había costado trabajo decidir la excursión. Ole no había formulado ningún reparo; tan sólo advirtió a Ágata que tuviera cuidado de no acatarrarse. Todavía estábamos a primeros de junio.

Irgens se ponía también los guantes.

—Sed prudentes, os lo repito —insistió Ole.

Y sin más, se fueron.

Hacía un tiempo apacible, caliente y luminoso; en el cielo no se advertía ni una nube, Irgens lo tenía todo preparado; el bote estaba alquilado, esperándolos, y no había sino subir a él.

De intento comenzó hablando indiferente de diversas cosas; hasta se puso a tararear una canción; con este proceder pretendía olvidar que había dado su consentimiento para este paseo con un «sí» que era casi un acto de sumisión.

Ágata recobró su tranquilidad oyéndole decir generalidades sobre el viento y el tiempo. En el momento en que iban a abandonar el puerto, Ágata atisbó a Coldewin, medio escondido entre unas cajas. Se puso en pie, y saltando del bote gritó:

—¡Coldewin! ¡Buenos días!

Coldewin no pudo permanecer oculto; salió de entre las cajas y saludó.

Ella le tendió la mano. ¿Dónde había andado metido durante todo aquel tiempo? ¿Por qué no se dejaba ver? La cosa empezaba ya a ser chocante.

Él tartamudeó una excusa; habló de un trabajo, de una biblioteca, de unas traducciones muy importantes...

Pero ella, interrumpiéndole, le preguntó dónde vivía. Había ido a verle al hotel, y allí le dijeron que se había mudado, no sabían dónde; luego le había visto el 17 de mayo; iba en el desfile, mientras ella estaba sentada en Grand; si no, lo hubiera llamado.

De pronto Ágata le preguntó en seco cuándo volvía a Torahus.

Él respondió vagamente que aún no lo sabía; mientras no terminase aquel trabajo de la biblioteca...

Al menos, ella exigía que le prometiese verla antes de marcharse. ¿Lo prometía? Bueno. Y de pronto preguntó:

—Oiga usted: el diecisiete de mayo, ¿no llevaba usted una cinta en el ojal? —y Ágata señaló con el dedo a la solapa de su americana.

Claro que sí; una cinta con los colores nacionales. En semejante día había que llevarla. ¿No se acordaba de que el año anterior le había regalado una? Había querido que la ostentase para pronunciar ante los campesinos el discurso del 17 de mayo, y se la había regalado.

Ágata recordó, preguntando:

—¿Pero era aquella?

—Sí; era la misma —respondió él—: La encontré; la tenía casualmente, y revolviendo cosas, por casualidad...

—¿Sabe usted? Yo pensé si sería mi cinta, ¡y me alegré tanto de pensarlo...! —dijo Ágata a media voz, bajando la cabeza.

En esto, Irgens preguntó desde el bote si no iba.

—No —respondió Ágata sin pensarlo.

Ni siquiera volvió la cabeza. ¡Era una verdadera niña! Pero luego, cuando se dio cuenta de lo que había respondido, le gritó a Irgens, muy desconcertada:

—Aguarde usted un momento, un segundo nada más.

Luego se volvió a Coldewin:

—Me hubiera gustado seguir charlando con usted, pero no tengo tiempo; voy a dar un paseo por la isla; vamos a la isla. Querido... ¡No, no lo comprendo!

Y con una transición brusca, le tendió la mano a Coldewin, diciéndole:

—Bueno; al fin, se arreglará todo. ¿No lo cree usted también? Siento no tener más tiempo. Adiós. ¿Vendrá usted a vernos uno de estos días?

Y se fue corriendo hacia el bote. Al llegar, se excusó con Irgens por haberle hecho aguardar.

Irgens se puso a remar. Traía una camisa nueva, de seda; una camisa completamente distinta, lo que le hacía mucha gracia a Ágata. Hablaron de la vida del mar, de grandes viajes, del extranjero, y parecía que la conversación iba a seguir en aquel tono. Él tenía un aspecto melancólico. Ella llevó la conversación a su último libro, y él preguntó muy admirado si aún lo recordaba. Sería la única.

—¿En qué tono más amargo lo dice usted!

Le pidió que no le hablase del libro y, presa de gran agitación, comenzó a remar con más ímpetu. Ella le observaba, sentada frente a él. Al cabo de un rato dijo Irgens, ya tranquilo:

—¿-Es verdad, domo he oído decir, que este verano no va usted al campo?

—No, no voy; los Tidemand han cambiado de idea.

—¿Es lástima! Lo siento por usted.

Y apoyándose fuertemente sobre los remos, agregó de pronto:

—Pero, por lo que a mí toca, me alegro; se lo digo sinceramente.

Pausa.

—Vamos, reme usted con más fuerza; si no, no vamos a llegar nunca —dijo ella—. ¿Cree usted que seguirá necesitándome para que le mejore de cuando en cuando el humor? —Y se rio con una risa clara—. Por lo demás, si estuviera en el puesto de usted, me quitaría los guantes; vea, se le están descosiendo por todas partes.

Él siguió inmediatamente, y replicó:

—En su lugar, no traería guantes, porque estaría orgulloso de mis manos.

—Adulaciones no, ¡vaya...! Ahora que es cierto que los guantes son muy incómodos trayendo anillos.

Y se quitó los guantes.

—¿Qué manitas más pequeñas tiene usted! —dijo él. Al llegar, Ágata saltó de un brinco al embarcadero. Los árboles le encantaron; hacía una eternidad que no había visto un bosque; aquellos árboles gruesos eran como los de su casa. Aspiró con delicia el fuerte perfume de los pinos, y miraba como a antiguos conocidos a piedras y árboles.

—Pero ¿aquí hay gente? —preguntó.

Irgens se sonrió.

—Sí, esto no es una selva virgen, desgraciadamente. Pero ¿esperaba usted que no habría gente?

—Sí, creí que no habría nadie. Pero vamos a dar una vuelta. ¡Qué árboles tan magníficos!

Anduvieron un buen rato recorriendo la isla; vieron lo que había que ver y tomaron un refresco en un puesto. La gente se fijaba en ellos como siempre; se veía que Irgens era conocido; y Ágata, al notarlo, dijo casi con expresión de respeto:

—¡También aquí le conocen!

—Sí, algunos —respondió él—. No estamos tan lejos de la ciudad. Y, además, es natural que el público conozca a los escritores.

Ágata estaba radiante. El movimiento y el aire le habían teñido de un rojo suave las mejillas, la boca, las orejas y hasta la nariz; los ojos fulgían como ojos pueriles.

—Me asombré un momento de ver aquí tanta gente —dijo ella—, pero era pensando en usted. Usted me ha referido que había escrito aquí algunas de sus poesías, y creí que eso no se podía hacer con tanto ruido y tanto movimiento.

¡Se acordaba... cómo se acordaba! La miró enternecido y replicó que, en efecto, tenía razón; no se podía escribir teniendo en derredor gente que molestase. Pero había en la isla un rinconcito donde casi nunca se veía a nadie; al otro lado. ¿No la molestaría ir allá?

Se pusieron en marcha.

Era, en efecto, un rincón sosegado, un claro en el bosque, cercado por árboles y maleza. Se sentaron.

—¿Aquí sentado ha escrito usted? —dijo ella—. ¡Qué raro me parece! ¿Aquí mismo se sentaba usted?

—Sí, poco más o menos —respondió él sonriendo—. ¿Sabe que es un placer tropezar con un interés tan vivo como el suyo? ¡Tiene una frescura que refresca!

—¿Y cómo se hace para escribir? ¿Vienen solas las ideas?

—Sí, vienen solas. Se enamora uno o recibe una emoción fuerte, y vienen. Luego, el que nuestras palabras odien o amen depende de que en nuestro corazón haya odio o amor. Muchas veces se atasca uno y le falta la palabra para designar, por ejemplo, la posición de la mano, o la dulce alegría que produce oír una risa...; por ejemplo, ¿sabe usted...?

Ella no respondió y se quedó cavilando; tenía las manos una sobre otra y miraba a lo lejos. El sol caía lentamente; corría un estremecimiento por las hojas de los árboles; todo

estaba en silencio.

—Oiga usted el rumor lejano de la ciudad —dijo él.

—Sí —respondió ella en voz baja.

La contemplaba arrobado; veía el movimiento del seno; escudriñaba la cara con aquellos hoyuelos deliciosos; la nariz, bastante gruesa e irregular, le producía un efecto singular, que hacía hervir la sangre en sus venas. Se acercó más a ella y dijo balbuciente:

—Esta es la isla de los Bienaventurados; se pone el sol; estamos aquí sentados; el mundo entero está lejos de nosotros; sencillamente, mi sueño. ¿La molesta que hable? Está usted ensimismada... Ágata, no puedo contenerme más y me entrego a usted. Siento como si estuviera a sus pies, a pesar de estar a su lado...

Esta repentina transición, el temblor de las palabras, la proximidad de Irgens, produjeron en Ágata una paralización breve y estúpida; le miró un momento sin poder articular una sola palabra. Luego comenzaron a encenderse sus mejillas; hizo ademán de levantarse, diciendo al mismo tiempo:

—¿Quiere usted que nos vayamos, Irgens?

—No —respondió él—. No se vaya.

Y sujetándola por el vestido, le pasó un brazo por el talle y la retuvo. Ella, muy encendida, se defendió, riendo desconcertada, mientras hacía esfuerzos para apartar el brazo.

—Está usted loco —repetía incesantemente—; está usted loco, Irgens.

—Oiga usted; al menos, déjeme decirle una cosa —suplicó él.

—¿Qué quiere usted decir? —respondió ella; y volvió, en efecto, la cabeza, poniéndose a escuchar.

Entonces él comenzó a hablar con palabras apresuradas e inconexas; temblaba en su voz la agitación de su corazón; estaba henchido de ternura. No quería decirle nada; sólo quería contarle lo infinitamente que la quería; decirle que nunca había sentido nada semejante. Podía creerlo; esta pasión había ido alimentándose y creciendo poco a poco en su corazón, desde la primera vez que la había visto; había luchado para mantenerla en sus justos límites, pero era una lucha imposible y además era demasiado dulce ceder. Ahora ya había terminado la lucha; estaba completamente desarmado.

—¡Por Dios, Ágata, déjeme oír al menos algunas palabras de perdón de sus labios! No crea usted que hago declaraciones de amor a todo el mundo; tengo una naturaleza reservada, no sé si para bien o para mal. Por eso comprenderá usted que cuando le he dicho

lo que le he dicho es porque necesitaba decirlo. ¿No lo comprende? Me está usted destrozando el corazón...

Ella seguía con el busto vuelto hacia él y había clavado en él sus ojos; había abandonado sus manos en la de Irgens, que seguía teniéndola abrazada por el talle. De pronto se puso en pie; él seguía teniéndola abrazada, pero ella no parecía ya sentirlo; cogió los guantes que tenía al lado y dijo con los labios temblorosos:

—No, Irgens, no debía usted haber dicho eso. ¿Verdad que no? No quisiera haberlo oído...

—No; no debía haberlo hecho, no debía haberlo hecho.

Él se le quedó mirando fijamente. También sus labios temblaban un poco.

—Ágata, ¿qué hubiera hecho si un amor vehemente se apoderara de usted, si se impusiera a su razón y la dejase a ciegas? Creo...

—¡Sí, pero no diga usted más! —interrumpió ella—. Le comprendo a usted, pero... Y además, no puedo, no puedo escucharle.

Se dio cuenta de que su brazo la abrazaba aún; se apartó y se volvió a poner en pie.

Estaba todavía tan confusa que no sabía qué hacer; se quedó en pie con los ojos bajos; ni siquiera se atrevió a sacudir las hierbecitas adheridas a su vestido. Se levantó, pero no hizo ademán alguno de irse, sino que siguió allí inmóvil.

—Querido Irgens, le agradecería en el alma que no le contase esto a nadie —dijo ella—. ¡Tengo un miedo!

Y no siga usted ocupándose de mí. No creía que yo le importase nada. Bueno: sí, creía que usted me quería un poco, había empezado a creérmelo; pero no creía que fuese tanto. «¿Cómo va a quererme?», pensaba... Pero, si usted quiere, me iré a pasar una temporada a casa...

La ingenuidad de Ágata le conmovió hasta humedecerle los ojos. Su charla tan extrañamente dulce, la nobleza de sus palabras, su actitud, tan natural, tan sin artificio, era lo que más le impresionaba; su amor hervía en él cada vez con más ímpetu. No, no, hada de Torahus: a ninguna parte. ¡Quédese usted aquí! Ya procuraría dominarse, se dominaría; pero marcharse, ¡no! Aunque se volviera loco, aunque se le hiciese pedazos el corazón, prefería tenerla aquí.

Continuó hablando mientras le quitaba las hierbecitas del traje. Tenía que perdonarle; él no era como los otros: era un poeta; sabría morir cuando llegase el momento. No tendría de qué acusarse; pero irse, no... ¿Y no habría en ella algo, aunque fuese lo más chiquito, que hablase contra este viaje? No, claro que no; no es que él se hiciese ilusiones...

Pausa.

Él esperaba que ella hablase, que le contradijese un poco, acaso que dijera que le resultaría difícil marchar a Torahus. Pero Ágata callaba. ¿Es que le era completamente indiferente? ¡Imposible! Esta idea empezó a atormentarle; se sintió herido, ofendido, casi víctima de una injusticia. Repitió su pregunta: ¿no había en ella una chispita de reconocimiento por todo el amor que le profesaba?

—No me pregunte nada. ¿Qué cree que diría Ole si oyera esto?

¿Ole? Irgens no había pensado en él ni un instante. ¿Es que iba a tener que entrar en competencia con Ole Henriksen? Esto era ridículo; no podía creer que ella lo pensara en serio. Ole era una buena persona; compraba y vendía, andaba por el mundo con su paso de tendero, pagaba las cuentas e iba aumentando el patrimonio. ¿Es que ella daba importancia al dinero? ¡Quién sabe! Acaso en aquella cabecita rubia hubiera un rinconcito oculto que se interesase por el dinero, aunque pudiera parecer imposible.

Irgens calló un momento. Comenzaban a atormentarle los celos; Ole era capaz de atraerla; hasta puede que le prefiriese; tenía los ojos azules y un aspecto varonil.

—¿Ole? —dijo él—. Lo que pueda decir Ole me es indiferente. Ole no existe para mí. A quien quiero es a usted.

Ella sintió un leve estremecimiento y palideció.

—No sea usted malo —dijo ella—. Eso no debe decirlo. ¿Dice usted que me quiere? Bueno; pues no me lo vuelva a decir.

—Sólo una palabra, Ágata. ¿De veras le soy a usted completamente indiferente?

Había puesto la mano sobre su brazo, y Ágata tuvo que mirarle. Era demasiado vehemente, no se dominaba como decía; así no era simpático.

—No puede usted dirigirme esa pregunta —replicó ella—. Yo quiero a Ole; ya lo sabe usted.

El sol se hundía más y más. La isla estaba casi desierta; sólo de vez en cuando se veía algún paseante retrasado, que cruzaba por el camino que por tierra conducía a la ciudad. Irgens no volvió a preguntar nada más; callaba, y si decía algo, eran las palabras puramente indispensables. Ágata trató en vano de entablar conversación; ella misma tenía bastante que hacer con mantener en calma su corazón agitado, de lo que él no se daba cuenta, ocupado con sus propias cavilaciones.

Cuando llegaron al bote, dijo él:

—Acaso prefiera usted regresar sola a la ciudad. Puede ser que encontremos todavía

un coche.

—No, Irgens; no sea usted malo —replicó ella.

Ya no podía mantener secos los ojos y se esforzaba en pensar en cosas indiferentes para cobrar bríos; volvía Ja cabeza para mirar la isla que habían abandonado, seguía con la vista un pájaro que volaba por sobre el *fiord*.

Con ojos húmedos preguntó:

—¿Qué es aquello? ¿Es agua aquello negro?

—No —respondió él—; es prado, pradera verde; está en la sombra; el rocío es lo que la hace tan negra.

—¡Y yo que creía que era agua!

Pero como ya no podía decirse más de aquella pradera verde que estaba en la sombra, se fue derecha al asunto y dijo:

—¡Oiga usted, Irgens! ¿Quiere usted que hablemos?

—Con mucho gusto —replicó él—. Digamos, por ejemplo, nuestra opinión sobre aquellas nubes blancas que hay en el cielo. Parecen grandes pecas...

A ella le pareció que su tono era frío, helado; sin embargo, dijo sonriéndose:

—A mí me parecen más bien copos de lana.

—Puede ser —dijo él—. No confío en encontrar ahora las expresiones justas; me siento un poco perezoso. Sea usted buena y tenga condescendencia conmigo, ¿quiere? No; no se figure usted que estoy próximo a morir...; no crea, no me muero fácilmente, pero...

Comenzó a remar con brío; se iban acercando al embarcadero. Saltó él primero y la tendió la mano para que bajase. Ambos estaban aún sin guantes; la mano caliente de ella descansó en la de Irgens y aprovechó la ocasión para darle las gracias.

—Y yo le suplico que me perdone el haberla molestado con las preocupaciones de mi corazón —dijo él—. Perdóneme usted.

Y sin aguardar respuesta, Irgens se quitó el sombrero, volvió a saltar al bote y rompió a remar *fiord* adentro.

Ella se había quedado en pie en el embarcadero; vio volver al bote y sintió deseos de llamarle, de preguntarle adonde iba, pero no lo hizo. Él vio cómo su nuca rubia desaparecía camino de la ciudad.

CAPITULO XVIII

Tidemand seguía satisfecho del curso que habían tomado las cosas. No daba gran valor a los rumores según los cuales la lluvia abundante en Rusia había mejorado las posibilidades de la nueva cosecha. Había llovido, sin duda; pero el hecho era que la frontera rusa seguía absolutamente cerrada; ni un saco de grano podía sacarse de Rusia, ni aun pagándolo a peso de oro. Así, pues, Tidemand mantenía firmes los precios; de vez en cuando vendía algún saco de centeno, pero su enorme provisión no disminuía apenas nada. Para que pudiera haber un despacho de consideración tenía que venir un pánico. No había prisa, además; la hora no había llegado. ¡Esperad a que venga el invierno!

Y Tidemand dejaba correr los días. Como de costumbre, recibía de continuo visitas de naveros, de agentes de todas clases. Le traían todo género de propuestas, tenía que tomar acciones, era preciso su nombre. No podía hacerse nada sin la colaboración del comercio, y con preferencia se recurría a los comerciantes jóvenes, a los emprendedores, que tenían dinero y planes y dominaban la profesión. Sus nombres habían de figurar en todas las empresas: en el tranvía eléctrico, en el nuevo teatro, en una fábrica de aserrar madera. Tanto Tidemand como Ole Henriksen eran a modo de accionistas sobrentendidos.

Precisamente en aquel momento Ole Henriksen llegaba a ver a Tidemand, para hablarle una vez más de la nueva fábrica de aserrar maderas, que tan bien estaría en Torahus. De aquella empresa tenía que salir algo grande indudablemente, aprovechando los bosques inmensos. Había que ir pensando en comenzar por la primavera.

Ole Henriksen parecía bastante fatigado. Tenía demasiado trabajo y poca ayuda. Para irse ahora a Inglaterra veíase forzado a dar poderes a su primer dependiente y a iniciarle un poco en los secretos de la casa. Con Ágata el trabajo le resultaba ligero; estaba siempre con él y le ayudaba cuanto podía; pero llevaba un par de días malucha y había tenido que guardar cama. Ole la echaba de menos y se daba cuenta de lo que era para él su presencia. Por cierto que se le olvidaba; para el domingo próximo tenían planeada una excursión en el balandro. Tidemand tenía que ser de la partida; siete u ocho personas; tomarían café y acaso desembarcaren en alguna isleta.

—Pero ¿estás seguro de que Ágata se habrá puesto buena para entonces? —preguntó Tidemand.

—No es una enfermedad propiamente —replicó Ole—. Un poco de malestar, dolor de cabeza. El doctor ha dicho que ya mañana podrá levantarse.

—Entonces, si no es más que eso... Pero ¿qué iba a decirte? ¡Ah, sí! ¿Quieres tomarte la molestia de invitar tú mismo a Hanka? Yo no estoy seguro de decidirla.

Y por lo que hace a la fábrica de aserrar maderas convendría que esperásemos un año todavía. Depende un poco del precio de la madera... Por lo demás, ten cuidado. Acaso sea demasiado pronto para la excursión; en esta época del año puede ser peligrosa.

Después que hubo invitado también a Hanka, Ole se fue a casa. Le dio que cavilar un poco la frase de Tidemand de que aquellas excursiones podían ser peligrosas en una estación tan temprana... Tidemand lo había dicho acentuándolo ligeramente, y Ole se le había quedado mirando.

Al ir a entrar en su casa se encontró a la puerta con Coldewin. Ambos se quedaron parados y estuvieron mirándose un momento.

Finalmente, Coldewin se quitó el sombrero y dijo un tanto confuso:

—He equivocado la casa; por lo que veo aquí no vive sin duda ningún Ellingsen. Buscaba a un antiguo conocido, a cierto Ellingsen. No es posible encontrar en casa a nadie aquí en la ciudad; se pasan el día en los cafés; he buscado por todas partes. Perdone usted por lo demás... ¿De manera que vive usted aquí, señor Henriksen? Es curioso que viva usted aquí precisamente... ¿Qué tal Agata?

—Pero ¿no ha estado usted a verla? —preguntó Ole.

Fijándose en él, advirtió que Coldewin debía de haber sufrido una emoción reciente, pues sus ojos estaban enrojecidos y húmedos.

—¿A verla? No, por Dios; ¿cómo iba yo...? Me había parado casualmente y leía la placa al llegar usted... ¿Está usted bien, señor Henriksen? ¿Y Ágata?

—Ágata ha estado un poco malucha. ¿No quiere usted subir? Venga usted a verla.

—No, no, gracias; ahora, no. Tengo que ver si encuentro a ese hombre; es una cosa urgente.

Coldewin saludó y bajó unos escalones. De pronto se volvió y dijo:

—¿De modo que no es nada de cuidado lo de Ágata? Me parece que hace ya varios días que no la veo. A usted le he visto un par de veces en la calle; pero a ella no.

—No; no es nada de cuidado; mañana se levanta ya. Un enfriamiento.

—Perdone usted mi curiosidad indiscreta —dijo Coldewin, recobrada ya su habitual tranquilidad—. Es que quería escribir hoy a su casa, ¿sabe usted?

Coldewin se quitó nuevamente el sombrero y se fue.

Ole encontró a su novia ya levantada en la habitación; estaba leyendo. Al entrar él

tiró el libro sobre la mesa, salió corriendo a su encuentro y le dijo que ya estaba completamente sana, que le tomara el pulso si quería, que ya no tenía fiebre alguna. ¡Cómo se alegraba pensando en el domingo! Ole le repitió sus recomendaciones: que tenía que andar con cuidado, que tenía que arrojarse bien para la excursión. Tidemand decía también que en aquella época del año había que tener precaución.

—¡Y fíjate en que tienes que actuar de ama de casa! —dijo él alegremente—. ¡Mujercita mía, mujercita mía!

Luego le preguntó qué libro estaba leyendo.

—¡Ah! No eran más que las poesías de Irgens —respondió ella.

—No digas eso de las poesías de Irgens. Tú también las encuentras bonitas, ¿verdad?

—Sí; pero ya las había leído una vez; por eso digo: nada más que las poesías de Irgens... ¿Ama de casa, dices? ¡Dios sabe cómo me las entenderé! ¿Será muy complicado atender a tanta gente?

—¿Estás loca? No, una cosa muy sencilla. Café, un desayuno... ¡Ah! Escucha: me he encontrado a Coldewin en la escalera. Buscaba a un señor, y no ha habido manera de hacerle entrar.

—¿Le has convidado para la excursión? —exclamó Ágata.

Y se puso muy triste al saber que Ole se había olvidado de hacerlo, hasta que le prometió hacer todo lo posible por encontrar a Coldewin durante el curso de la semana.

El sábado, ya tarde, llamó Tidemand en casa de los Henriksen, pidiendo hablar con Ole. No, no quería entrar, era muy tarde; se trataba de una pequeñez que tenía que decirle a Ole.

Salió este, y en seguida se dio cuenta de que algo grave sucedía. Preguntó si salían o si bajaban al despacho. Tidemand respondió que le era indiferente, y bajaron entonces al despacho.

Tidemand puso un telegrama sobre la mesa y dijo con voz apagada:

—No he tenido suerte con mi negocio del trigo. El grano tiene en este momento su precio normal, y Rusia ha abierto la frontera a la exportación.

En efecto, Rusia había suspendido la prohibición de exportar trigo. La cosecha se presentaba con buenos auspicios, y esto, junto con la cantidad de grano almacenado de años anteriores, había hecho inútil la medida de precaución del Gobierno ruso.

Ole estuvo un momento callado. El golpe era terrible. En el primer momento cruzaron por su cabeza todo género de suposiciones. ¿Y si el telegrama fuese falso? Pero luego vio la firma del agente, una persona de reconocido crédito, y comprendió que no había duda. ¿No era inaudito aquello? El Gobierno de un país que se había burlado de sí mismo con sus maniobras suicidas...

El reloj de pared seguía tranquilo e impasible su tictac persistente.

—El telegrama, ¿te merece confianza? —dijo Ole finalmente.

—Sí; desgraciadamente, el telegrama es de toda confianza —repuso Tidemand—. Mi agente me telegrafió ayer dos veces: «¡Venda, venda!». Vendí, en efecto, lo poco que podía venderse; vendí con pérdida, por debajo del precio del día. Ayer he perdido enormemente.

—Bueno; pero no te apresures. Déjanos reflexionar tranquilamente. ¿Y por qué no has venido ayer a verme? No lo hubiera creído de ti, Andrés.

—Tampoco hoy hubiera debido venir con esta embajada, pero...

—Bueno, entendámonos —le interrumpió Ole—. Quiero ayudarte en cuanto pueda, ¿entiendes? Y no puedo tan poco.

Pausa.

—¡Gracias, amigo; gracias por todo! Ya sabía yo que podía contar contigo. Me gustaría que te hicieras cargo de algunas de mis cosas..., de aquellas en que no hay ningún riesgo: acciones y cosas semejantes.

—No. Esas puede tomártelas cualquiera. Yo me hago cargo sencillamente de una parte del centeno. A los papeles les pondremos fecha de anteayer, a causa de mi padre.

Tidemand movió la cabeza.

—¡Nunca, de ningún modo! —dijo—. ¿Crees que he dejado de ser comerciante? No gano nada en arrastrarte conmigo.

Ole le miró y vio cómo palpitaban sus sienas.

—¡No digas tonterías! —dijo con amargura—. ¿Crees que es tan fácil arrastrarme? —Y con cara roja gritó—: ¡Yo te haré ver que no es tan fácil arrastrarme!

Pero Tidemand permanecía inalterable, sin que la irritación de Ole le moviese a ceder. Se daba cuenta de la intención de su amigo y comprendía que aquella jactancia era para ayudarle. Además, el centeno empezaría a bajar desde el día siguiente con una rapidez enorme; ni a un enemigo era lícito venderle el centeno al precio de anteayer.

—Pero ¿qué quieres entonces? ¿Vas a suspender pagos, acaso? —preguntó Ole con calor.

—No —replicó Tidemand—. No creo que necesite llegar a eso. El hielo que he enviado a Inglaterra será una ayuda, no muy grande, claro; pero en estos momentos todo es dinero para mí. Provisionalmente reduciré mis negocios. Venderé lo que pueda para reunir algún numerario. Iba a preguntarte si tú... Como ahora te vas a casar... Porque a nosotros no nos hace falta en realidad...

—Pero ¿de qué hablas?

—He pensado que, puesto que te vas a casar, podías comprarme mi casa de campo.

—¿Tu casa de campo? ¿En serio quieres venderla?

—Tengo que venderla.

Pausa. Ole notó que la seguridad de Tidemand vacilaba.

—Bien —dijo al cabo de un instante—. Me quedo con la casa, en la inteligencia de que en cuanto quieras recobrarla te la vuelvo a vender. Tengo el presentimiento de que el plazo no será eterno.

—Eso nadie puede saberlo. En todo caso, ahora hago lo que debo y lo que puedo hacer. Me alegro de que te quedes con la casa; ya verás qué hermoso es aquello... Bueno; esto me proporcionará algún alivio; ya veremos. Espero que no tendré que cerrar; eso sería grave. Y sobre todo por los niños.

Ole reiteró sus ofertas de auxilio.

—Gracias, no puede ser —dijo Tidemand—. Ya ves que acepto cuanto es posible aceptar. Pero la pérdida es siempre pérdida, y aunque pueda salvarme sin quiebra, de todos modos quedo en la pobreza. A estas horas no sé si tengo un céntimo... Ha sido una suerte que no te hubieras comprometido tú en el negocio. Ha sido una suerte enorme... Bueno, ya veremos.

Pausa.

—¿Sabe algo tu mujer? —preguntó Ole.

—No; se lo contaré después de la excursión.

—¿Después de la excursión? La excursión ya no se celebrará.

—Te ruego que sí se celebre —dijo Tidemand—. ¡Hanka se ha alegrado tanto, está tan contenta pensando en ella! Al contrario: quería pedirte que mañana no dejes entrever

nada, que aparezcas como si no hubiera pasado nada. Y, como es natural, ni una palabra alusiva a mi desgracia.

Tidemand se guardó el telegrama en el bolsillo y cogió el sombrero.

—Perdóname, Ole, que haya venido a darte este mal rato. Si algún día vuelvo a estar en situación..., acaso no llegue a estarlo nunca..., pero si llegara, a ti tendría que agradecértelo.

—¡Por Dios, no hables así! Entre nosotros dos no es necesario... Por lo demás, acaso exageras tu situación; yo no lo sé, es claro, pero...

—Al menos, lo del hielo marcha muy bien. Claro que no son más que pequeñeces, pero todo ayuda. Y si la casa pasa a tus manos... Sí, Ole, sí; si me fuera absolutamente preciso, aceptaría dinero tuyo. Bien; buenas noches.

—No tendrás que cerrar, Andrés; te lo aseguro —le gritó Ole mientras se iba.

CAPÍTULO XIX

En el muelle estaba reunido un grupo de hombres y mujeres; era la sociedad que iba a hacer la excursión en el y *achí* de Ágata; sólo se esperaba a los Paulsberg, que aún no habían llegado. Irgens estaba ya impaciente y propuso enviar a un marinero a casa de los Paulsberg a ver si los traía. Cuando, al fin, llegaron, subieron a bordo los excursionistas, y el y *achí* se internó en el *fiord*.

Tidemand iba al timón. Actuaban de marineros un par de dependientes de Ole. Ole había organizado muy bien la excursión, proveyéndola con largueza de selectas provisiones; había pensado en todo; ni aun el café tostado para Irgens se había echado en olvido. No había conseguido dar con Coldewin, y a Gregersen no había querido invitarlo; podía haber visto fácilmente un telegrama de Rusia.

Tidemand no decía palabra, y tenía aspecto de haber pasado la noche en claro. Al preguntarle Ole que cómo, le iba, respondió sonriendo que medianamente. Por lo demás, insistió en que le dejaran ir al timón.

Hanka iba sentada en la parte anterior; su cara respiraba frescura; se había arrojado sobre los hombros, negligentemente, el abrigo de pieles, y Milde la cumplimentó por lo bien que le sentaba aquella actitud.

—¡Lástima que no sea ya hora de beber! —dijo, riéndose en alta voz.

Ole sacó en seguida botellas y vasos. Atendía a todo el mundo; a Tidemand le pidió varias veces que le dejase remplazarlo al timón, pero su amigo se negó a ello. Era una obra de beneficencia dejarle allí, explicó. Así no necesitaba hablar, y hoy no tenía ganas de conversación.

—Bien; pero no te desanimas. ¿Sabes algo más?

—La confirmación tan sólo. Mañana se sabrá oficialmente. Pero tranquilízate: esta noche he echado mis cuentas y sé lo que tengo que hacer. Espero que podré salvarme, en parte.

A proa, la animación aumentaba. Ojén se había mareado y bebía para reaccionar; no podía tenerse en pie, se sentía abatidísimo.

—Me alegro de verle de regreso, Ojén —dijo Hanka para consolarle—. Sigue usted con su carita de muchacha, pero no está tan pálida como antes.

—Perdone —corrigió inflexible la señora Paulsberg—; pero yo no le he visto nunca tan pálido.

Esta alusión al mareo del poeta provocó la hilaridad general. Hanka siguió impertérrita; conocía el último trabajo de Torahus, la poesía de los viejos recuerdos. Había que conceder que no había perdido el tiempo en el campo.

—Pero mi última poesía no la ha oído usted aún —dijo Ojén con voz débil—; es egipcia y se desarrolla en un sepulcro.

Y enfermo y desfallecido como estaba, se puso a buscar la poesía en todos los bolsillos. ¿Dónde la había echado? Por la mañana la había cogido para traerla, pensando que acaso alguien deseara oírla. ¿La habría perdido?

Hanka procuró tranquilizarlo. No; la habría dejado en casa; ya vería cómo la encontraba sobre la mesa. Y siguió haciendo lo posible por disipar las ideas sombrías del poeta. ¿A que se sentía más a gusto en la ciudad que en el campo?

Eso sí. Apenas se había encontrado en las calles y había visto sus líneas rectas que se cruzaban, su cerebro había vuelto a funcionar y había concebido la poesía egipcia en prosa... Pero ¿la habría perdido?

En esto, Milde comenzó a hacer grandes encomios de Ojén. Al fin, había logrado sentir su poesía. E Irgens, que escuchaba aquel sorprendente elogio, se inclinó hacia Hanka y dijo a media voz:

—¿Se da usted cuenta? Ahora que ya le han dado la pensión, Milde no tiene que temer nada de Ojén.

Y se rio amargamente, mordiéndose los labios.

Hanka lo miró a la cara. ¡Con qué amargura hablaba siempre, y qué mal le sentaba aquel tono! Si se diera cuenta, no torcería así la boca ni fulminaría aquellas miradas de encono. Por lo demás, durante todo el tiempo guardó su silencio habitual. A Ágata no le dirigió ni una vez la palabra, y procedió como si no estuviera presente. Ágata se sentía molesta. ¿Qué le había hecho? ¿Podía haber obrado de otro modo? ¿Por qué no lo comprendía?

El café estaba ya preparado, pero por consideración a Ojén, que seguía mareado, se decidió no tomarlo hasta que se llegase a alguna de las islas. Por fin desembarcaron. Reinaba una alegría contagiosa. Ágata distribuía el café. Milde brindó por ella.

—¿No has traído champaña, Ole? —preguntó.

Apareció el champaña, se llenaron las copas y se bebieron con gran estrépito. Milde, que estaba de un humor excelente, propuso que se corchase la botella y que fuera echada al

mar con un papel dentro en que estuviesen escritos los nombres de todos los presentes.

La idea agradó, y todos escribieron su nombre, con excepción de Paulsberg, que se negó decididamente, alegando que un hombre que escribía tanto como él no podía escribir por diversión. Dicho lo cual se levantó y se internó a solas por la isla.

—Bueno, pues yo escribiré su nombre —dijo Milde, asiendo el lápiz.

Pero la señora Paulsberg exclamó, indignada:

—¿Qué va usted a hacer? Espero que se guardará usted muy mucho. Paulsberg ha dicho que no quiere que su nombre figure en la lista, y eso debe bastar.

Milde se apresuró a disculparse. Tenía razón; había sido una ocurrencia estúpida suponer que Paulsberg pudiera prestarse... Por lo demás, sin el nombre de Paulsberg ya no tenía objeto la lista. Y consultó la opinión de los demás. Pero Irgens, que ya no podía aguantar más, rompió en una risotada sarcástica:

—¡Es delicioso este señor pensionado!

Señor pensionado. No podía olvidar lo de la pensión.

—¿Sabes una cosa? —gritó Milde descompuesto—. Que te estás haciendo insoportable.

Irgens se hizo el asombrado:

—¡Hombre! Me parece notar en el tono de tus palabras que te ha desagradado lo que he dicho.

Hanka intervino para apaciguar los ánimos.

¿Estaba bien pelearse así en una excursión? No, no estaba bien. Si no hacían las paces, habría que echarlos al agua.

Irgens calló inmediatamente; ni siquiera murmuró entre dientes, como solía por costumbre cuando estaba irritado. Hanka lo contempló cavilosa. ¡Cómo había cambiado su héroe y poeta en pocas semanas! ¡Qué apagados sus ojos! El bigote caía desfallecido; su cara había perdido frescura y encanto. Pero en seguida recordó los desengaños, las preocupaciones que le asediaban, la pensión que no había logrado, el libro contra el que se había formado una conjuración de silencio. Se inclinó sobre Ágata y dijo:

—A Irgens se le ha agriado el carácter. ¿Lo ha notado usted? Pero ya se le pasará.

Hanka quería disculparse. En su bondad decía lo que tantas veces le había dicho Irgens a solas: había que tener respeto de una irritación como la suya. Años y años

trabajando y el país, el Estado, no le ayudaban.

—Tiene usted, razón —confirmó Ágata.

De pronto vio la muchacha que no había sido para él lo que debía; lo había tratado duramente; lo había rechazado sin necesidad. De buena gana hubiera retirado lo hecho, pero ya no tenía remedio.

En aquel momento volvió Paulsberg del paseo solitario y dijo que ya era tiempo de pensar en irse a casa. El cielo presentaba mal cariz; podía llover en cualquier momento. Además, el sol casi se había puesto ya y hacía mucho aire.

Ágata fue ofreciendo otra ronda de tazas de café. Sin que se notara, se inclinó sobre Irgens y preguntó:

—¿Y usted, señor Irgens?

El tono casi suplicante con que le hablaba hizo que él levantase la cabeza. Le dio las gracias, pero se sonrió asombrado, al ver el aspecto jubiloso de la muchacha, que apenas podía sostener en sus manos la bandeja, y le dijo:

—Tome usted un poco.

Él volvió a mirarla, y dijo:

—No, no; gracias.

Durante el regreso, Irgens parecía otro. Hablaba, entretenía a las señoras y hasta se ocupaba del pobre Ojén, que se sentía muy mal. Hanka tenía un aspecto gozoso, y ostentaba una alegría de niña; por un rápido tránsito de pensamiento, se dijo de pronto a sí misma que no se olvidaría de pedirle aquella tarde cien o doscientas coronas a su marido.

También al regreso se encargó Tidemand del timón, sin que hubiera manera de hacérselo soltar; atendía a las olas y a la vela y no habló una palabra. Tenía buen aspecto con la caña en la mano; le sentaba bien el cabello, ligeramente gris, y su figura se movía con desembarazo en el aire. Su mujer le gritó una vez si tenía frío, atención que le pareció inaudita, por lo cual hizo como si no la hubiese oído.

—No me oye —dijo ella sonriendo—. ¿Tienes frío, Andrés?

—¿Frío? No —respondió él.

Y pronto estuvieron en el embarcadero.

Apenas echaron pie a tierra, Ojén pidió un coche. Tenía que irse en seguida a casa para ver sus poesías. No estaría tranquilo hasta que lo luciera. Pero acaso pudiera reunirse

con ellos más tarde. ¿Irían al restaurante?

Se miraron interrogativos, sin saber qué decidir. Al fin, Ole dijo que, por su parte, se iba a casa; pensaba en Tidemand y se decía que si alguien necesitaba reposo era él. Hanka se acordó del dinero que tenía que pedir y acompañó a su marido. La sociedad se dispersó al llegar a casa de Tidemand.

Hanka acometió la cosa directamente, aun antes de que su marido hubiese abierto la puerta.

—¿Quieres tener la bondad de darme cien coronas?

—¿Cien coronas? Sí. Sin duda. Pero ¿quieres acompañarme al despacho? No llevo dinero encima.

Entraron en el despacho.

Él le tendió el rojo billete. Su mano temblaba fuertemente.

—Aquí está —dijo.

—Gracias. Pero ¿cómo tiembles así? —preguntó ella.

—Será de haber manejado el timón todo el día... Pero escucha, tengo que comunicarte una noticia agradable, Hanka. Me has pedido muchas veces el divorcio; pues bien, ahora estoy dispuesto a ello. Divorciémonos.

Ella apenas daba crédito a sus oídos. ¿Consentía su marido en el divorcio? Le miró. Estaba extraordinariamente pálido y con la vista baja. Ambos estaban en pie, uno a cada lado del pupitre.

Tidemand prosiguió:

—Las circunstancias me obligan a ello. Mi negocio de centeno ha acabado mal, y si no doy quiebra, por lo menos soy un pobre, acaso tenga que cerrar; ni más ni menos. Pero no soy bastante rico para mantener nuestro tren de vida actual y no quiero serte gravoso.

Hanka oía aquellas palabras como un ruido lejano. En el primer momento experimentó un vago sentimiento de alegría; era libre de todo lo que pesaba sobre ella desde hacía tanto tiempo; volvía a ser Hanka Lange, como en tiempos de soltera. La noticia de que su esposo estaba en quiebra no la conmovió gran cosa; acaso no necesitase ni cerrar; no tenía capital, pero tampoco quedaba en la calle; peor podía haber sido.

—Entonces... —dijo solamente—. Entonces...

Pausa.

Tidemand había recobrado su calma y tenía el mismo aspecto tranquilo que en el balandro, cuando empuñaba la caña del timón; su mirada se clavaba en su mujer. ¡De modo que ella no decía que no; persistía en su resolución! Bien; tampoco podía esperarse otra cosa.

—No tengo nada más que decirte, Hanka —dijo luego.

Su voz tenía una serenidad desusada, y sonaba casi imperiosa, y entonces se le ocurrió que aquella voz no le había hablado desde hacía tres años; una voz de un poder extraordinario.

—¿Quieres, pues? —preguntó Hanka—. ¿De modo que vamos a separarnos? Bien, bien; pero... habrás reflexionado, y no lo harás solamente para complacerme.

—Claro que lo hago por complacerte. Me lo has pedido tantas veces y yo me he resistido, desgraciadamente, hasta hoy.

Y sin rencor añadió:

—Te ruego que me perdones por haberte hecho perder tanto tiempo a mi lado.

Ella puso atención.

—¿A tu lado? ¿Perder tiempo a tu lado?

—¿No? Al menos el último año.

—No entiendo lo que quieres decir —dijo ella bastante impaciente.

Pero él no atendió ni respondió tampoco. ¿No le había estado pidiendo incesantemente el divorcio? Había perdido, pues, tiempo. Tidemand se abrochó la americana y con perfecta serenidad de ánimo trazó una cruz en su libro de notas.

No se le escapó a Hanka este dominio de sí mismo, que antes no había notado nunca en él. Por eso dijo:

—Me parece que has cambiado...

—Sí, envejece uno, pero...

—No, no me entiendes —interrumpió ella.

Entonces Tidemand, lentamente y mirándola a los ojos, habló:

—¡Ojalá tú me hubieras comprendido a mí tan bien como yo a ti, Hanka! Acaso entonces nuestra unión no hubiera terminado así... Bien. Hay que tomar las cosas como

son. En todo caso, yo no veo otro remedio.

Se abrochó otra vez la americana como cuando quería irse y dijo:

—Y por lo que toca al dinero...

—Aquí tienes el dinero, amigo mío —dijo ella queriendo devolverle el billete de cien coronas.

Por primera vez hizo él un ademán violento con la cabeza.

—No hablo de ese dinero. Ten la bondad de esforzarte un poco en comprenderme... El dinero que necesitas para vivir, se te enviará a la dirección que indiques.

—Pero ¡Dios mío! —dijo ella confusa—, ¿es que tengo que marcharme? Espero que podré quedarme en la ciudad. ¿Dónde voy a ir?

—Donde quieras. Los niños se quedarán conmigo, ¿verdad? Yo cuidaré de ellos. Sobre este punto puedes estar tranquila. Por lo que a ti toca..., supongo que alquilarás un par de habitaciones. Son tres años; ya sabes, tres años^[2].

Ella estaba aún como petrificada, con el billete rojo en la mano y la vista fija en su marido. Le era imposible coordinar las ideas; pero en lo íntimo de su corazón sentía el goce de verse libre. No decía nada, y él quiso terminar para que no se notase la emoción que le embargaba.

—Y ahora, gracias, Hanka, por... —No pudo seguir, y se limitó a tenderle la mano, que ella cogió—. Nos volveremos a ver todavía, pero quiero darte ahora las gracias, pues nuestra comunidad de vida ya se ha disuelto... El dinero se te enviará mensualmente.

A continuación se puso el sombrero y se fue hacia la puerta.

Ella le siguió con los ojos. ¿Era aquel Andrés?

—Sí, sí —dijo ella—. Ya veo que quieres irte; no te detengo, no. Hagamos lo que tú dices... Por lo demás, no sé lo que digo... —Y su voz comenzó a temblar de pronto.

Con manos trémulas, Tidemand abrió la puerta, e hizo pasar a Hanka delante. Luego esta se quedó atrás, y él subió primero la escalera; al llegar al descansillo, esperó a que ella subiera; abrió la puerta con su llave y la hizo pasar. Cuando Hanka hubo entrado, Tidemand dijo con voz velada:

—Entonces, buenas noches.

Y volvió a bajar la escalera, encerrándose en el despacho. Se puso ante la ventana con las manos atrás, mirando a la calle, sin ver nada. Ella había hecho lo que era de esperar;

no había vacilado. Oyó lo que él le dijo, y luego: «Hagamos lo que tú quieras». No había vacilado, no. Pero tampoco había gritado de júbilo, y esa delicadeza tenía que agradecérsela. Siempre había sido discreta Hanka. Precisamente allí mismo estaba Hanka, Hanka...; en cambio, ahora estaría llena de gozo. ¿Y por qué no? Se habían realizado sus deseos..., y los dos niños estarían durmiendo. Eran tan chiquitos...; pero, en fin, ya se encargaría él de darles de comer y de beber. Su vida no se había acabado aún; un poco viejo sí estaba; su cabello era cada vez más gris, pero aún tenía vida por delante...

Se separó de la ventana y se fue al pupitre, y allí, erguido, trabajó con libros y papeles hasta que fue día claro.

Hanka se pasó dos días buscando en vano a Irgens. Había corrido a él para comunicarle la noticia de su gran dicha, de su libertad, finalmente lograda, pero no le halló en casa. La puerta de su habitación estaba siempre cerrada. Llamaba y no le respondían. Tampoco le encontraba en los restaurantes. Al fin, tuvo que escribirle pidiéndole hora para hablar con él de una cosa muy satisfactoria.

Pero en aquellos dos días, en aquellos dos largos días de espera, en que no podía hacer nada, se había evaporado un tanto su alegría por el divorcio. Se había dicho y repetido que, al fin, quedaba deshecho el matrimonio, y el pensamiento se había habituado tanto a esta idea, que ya no hacía latir el corazón con ritmo apresurado. Quedaba separada del marido, es cierto, pero el lazo que los unió no fue nunca muy estrecho. La diferencia no era suficiente para regocijarse duraderamente.

Agréguese a esto que ahora, ya divorciada y a punto de abandonar el hogar a cada momento, se había adueñado de ella un sentimiento de melancolía, una sombra de preocupación, cierta ternura; su dicha no había aumentado. Súbitamente su corazón se agitaba tembloroso en un nuevo sentimiento, cuando los niños charlaban con ella o tendían hacia ella los brazos. La última noche se había levantado para contemplarlos, mientras dormían. Allí estaban cada uno en su camita. Habían bajado el embozo de modo que aparecían desnudos hasta los brazos; pero, no obstante, dormían bien y movían brazos y dedos en sueños. ¡Cómo se estremeció su corazón a la vista de aquellos niños rosados y de aquellas camisitas! Los arropó cuidadosamente y se fue con la cabeza hundida en el pecho, poseída de callada emoción.

¿Qué haría cuando se marchase de casa? ¿Cómo se arreglaría? Estaba libre, pero tenía que esperar tres años para volver a casarse, y entretanto necesitaba alquilar una habitación. ¿Cómo pagar el alquiler de todos los meses? ¿Hacer compras? Y durante aquellos días nadie que la aconsejase. Irgens, Dios sabe por dónde andaba. A su marido no le había vuelto a ver.

Se fue hacia casa de Irgens; él la ayudaría y la aconsejaría. Era magnífico que al fin hubiera terminado aquella violencia diaria, aquel descontento profundo que habría arrastrado un mes tras otro desde qué, gracias al contacto con la «peña», había conocido una nueva vida. Ahora estaba libre, libre en plena juventud. Deseaba ardientemente que Irgens participara de aquella gran alegría. ¡Habían hablado tantas veces del divorcio en

horas tranquilas, estando a solas...!

Finalmente, encontró a Irgens en su casa.

Hanka comenzó, desde luego, a comunicarle la noticia. Refirió en qué circunstancias Tidemand había cedido, repitiendo las palabras de su esposo y ponderando su grandeza de ánimo. Mientras hablaba, observaba la cara de Irgens, y sus ojos chispeaban. Irgens no exteriorizaba una alegría extraordinaria: se sonreía, decía de vez en cuando «sí» o «¡ah!», y al final le preguntó si estaba contenta. ¿Conque se había divorciado? ¡Vaya, vaya! Había hecho bien; no tenía sentido pasarse la vida atormentada... Pero seguía sentado en la silla y hablaba con gran reposo del asunto.

Hanka se llenó de angustiosos presentimientos; su corazón empezó a latir apresurado.

—No pareces estar muy contento, Irgens —dijo ella.

Él volvió a sonreírse.

—¿Contento? ¡Claro que sí! ¡Naturalmente! ¿Crees que no estoy contento? Tanto tiempo como llevas deseando la separación, y ¿quieres que yo...? De eso puedes estar segura.

Nada más que lindas palabras, sin pasión ni entusiasmo. Hanka se daba cuenta de que medía sus frases. ¿Qué había pasado? ¿No la quería ya? Su corazón estaba lleno de zozobra e intentó ganar tiempo, sosegarse. Preguntó:

—Pero ¿dónde has estado metido todo este tiempo? Tres veces he venido a verte, y no estabas en casa.

Respondió con precauciones, con cuidado; había sido una casualidad desgraciada; había salido de vez en cuando, pero generalmente estaba en casa. ¿Dónde, si no? En ninguna parte.

No, si ella lo creía, pero... Pausa. Finalmente, ella dio suelta a sus sentimientos, y dijo, respirando anhelosa:

—Pero ¡Dios mío!, Irgens, ahora soy tuya, toda tuya: ya me he separado de mi marido. Y tú te alegras de eso, ¿verdad? Al fin, me voy de casa. Faltan aún tres años, pero...

Hanka se detuvo; vio en la cara de él, que se desviaba, la decisión de afrontar la tormenta. Su espanto creció al ver que él no respondía ni una sola palabra. Sobrevino una nueva pausa.

—No está bien eso, Hanka —comenzó él finalmente—. ¿De modo que tú has

entendido que el día que te divorciases..., que el día que estuvieses divorciada...? Confieso que tomando mis palabras al pie de la letra, tienes razón. Sí, puedo haber dicho algo de eso, es cierto, una vez, e incluso muchas veces...

—Pero, oye —exclamó ella, angustiada—, nunca hemos pensado otra cosa, ¿verdad? ¿No es eso, Irgens? ¡Porque yo tengo que creer que me quieres! ¡Estás hoy tan extraño...!

—Desgraciadamente, las cosas no están exactamente como antes.

Apartaba la vista confuso, y se esforzaba en buscar las palabras.

—No quiero engañarte, Hanka; no estoy tan enamorado de ti como lo estaba. Y no quiero, no puedo ocultártelo.

Hanka comprendió; por lo demás, las palabras eran bien claras. E inclinando calladamente la cabeza, desfallecida, perdida, susurró unas palabras balbucientes;

—Sí, sí, sí, sí, sí; no puedo. Pues está irrevocablemente terminado...

Y se quedó muda y aniquilada.

Súbitamente, volvió la cabeza y se quedó contemplando a Irgens. Intentó sonreír, y dijo en voz baja:

—Pero no podemos terminar así, Irgens. Bien sabes lo que he arriesgado en el juego.

Él movió la cabeza.

—Sí, es triste; pero... ¿sabes en qué pensaba mientras he estado sin responderte? En tu frase «irrevocablemente terminado». En si se podía decir así, en si era la expresión justa. Ya ves que este desenlace no me conmueve. ¡Qué le vamos a hacer!

Y como si quisiese aprovechar la ocasión, prosiguió:

—¿Dices que has venido tres veces a verme, sin encontrarme en casa? Bueno, pues, de dos veces, ya lo sabía. Tengo que decírtelo, para que comprendas bien la situación. Estaba aquí sentado, oyendo cómo llamabas a la puerta, y no he abierto. Ahora comprenderás que la cosa es seria... Pero, querida Hanka, ¿qué culpa tengo yo? No te entristezcas... ¿Me comprendes, verdad, si te digo que nuestras relaciones me humillaban un tanto? Tomar dinero tuyo me deprimía profundamente, y yo me dije: «¡Esto te lleva cuesta abajo...!». ¿Comprendes que un hombre de mi carácter...? Soy orgulloso; no sé si esto es un vicio o una virtud; pero no puedo remediarlo...

Pausa.

—Sí, sí —dijo ella mecánicamente—, sí, sí.

Y se puso en pie, para irse. Sus ojos estaban rígidos; la vista, velada.

Pero él necesitaba explicarse bien; no podía marcharse con una falsa impresión; tenía que exponer razones, para no parecer ridículo. Y habló mucho, explicándolo todo con la mayor habilidad, como si estuviese ya preparado para el evento. En suma, una porción de nimiedades; pero para él tenían importancia los menores detalles. Había empezado a darse cuenta de que no estaban hechos el uno para el otro. Ella le estimaba, sin duda, incluso mucho más de lo que merecía; pero acaso no le comprendía del todo; no es que se lo reprochase, pero... Ella decía que estaba orgullosa de él; que se sentía muy orgullosa de que en la calle las mujeres se volviesen al verle pasar. ¡Bien! Pero acaso no estimase en todo su valor su personalidad; acaso no estuviese enteramente penetrada de la idea de que él no era un hombre corriente. No estaba orgullosa, en primer término, por lo que él hubiera dicho, o pensado, o escrito; pero había notado que las mujeres lo miraban en la calle.

Y las mujeres podían mirar a cualquiera, a un teniente o a un tendero. Incluso le había regalado un bastón, para que pareciese bien en la calle...

—No, no, Irgens —interrumpió ella—. No era por eso; no era por eso...

Bueno, acaso no, puesto que ella lo decía... Él había tenido esa impresión. Y había pensado que podía pasar sin bastón..., pues bastón lo llevaban hasta aquellos dos corderos esquilados que andaban con Ojén. En suma, el bastón lo había regalado... Pero había aún otras cosas, otras nimiedades. Ella quería ir a la ópera, y él no podía acompañarla; pues ella iba, prescindiendo de su compañía. Traía un vestido claro, de lana, y siempre que estaban juntos el traje de él se llenaba de lana. Ella no lo había notado nunca. Tenía que estarse cepillando un buen rato; parecía como si se hubiera acostado vestido; y, sin embargo, ¿lo había notado alguna vez? Y él se decía: «¿Cómo no lo ve, cómo no lo nota?». Así se habían ido acumulando detalles, y al fin había llegado a sentir verdadera antipatía por ella. No veía más que sus faltas. Cosas sin importancia; sí: nimiedades. Hace poco tiempo tenía los labios agrietados, de manera que no podía reírse, y eso también le había producido un efecto desagradable. ¡Por Dios, no fuera a creer que se lo reprochaba! ¿Qué iba a hacer ella? Pero... Hasta llegó a temer sus visitas. Podía creerlo. Cada vez que la oía llamar a la puerta sufría lo indecible. Quería que lo supiese, para que se diera cuenta...

—Pero, querida Hanka, no sé si te habré entristecido más con esta confesión. Yo la creo necesaria; era preciso que vieras que tenía mis razones, que no hablaba por hablar. Pero no lo tomes tan a pechos, querida; no te dejes abatir así; te estoy profundamente agradecido.

Y no te olvidaré nunca; ya sabes que, a pesar de todo, te quiero, y que lo presiento. Dime que lo soportarás resignada, y quedo contento...

Se detuvo. Sin duda tenía pensado lo que había de decir, y por eso había mencionado tan exactamente tantos detalles. Y cuando hubo terminado se quedó pensando,

por si se le había olvidado algo.

Ella le había escuchado sin moverse, completamente abrumada. Sus presentimientos no la habían engañado: se había, acabado todo. Delante de sí tenía a aquel hombre, que había acumulado tan tristemente todas aquellas pequeñeces, a ver si encontraba una justificación, aunque fuese mínima. Ya no podía pedirle consejo; probablemente le diría que leyese los anuncios de los periódicos para encontrar habitación, o que buscase un mozo. ¡Cómo se había perdido! La imagen de aquel hombre se apagaba en su alma, se alejaba, le veía allá al fondo del cuarto. Allí lo tenía, con su camisa de seda y su pelo bien peinado. Hasta le había echado en cara lo de los labios.

Sentíase tan abatida, que ni siquiera tuvo ánimo para levantarse en seguida; era como si se hubiera quedado hueca; la única ilusión que había intentado mantener se había desplomado lamentablemente.

Se oyeron pasos en la escalera, y aunque no recordaba si la puerta había quedado abierta o cerrada, no se movió; los pasos se alejaron hacia arriba.

—Querida Hanka —dijo Irgens, buscando consolarla de algún modo—, debías tomarlo en serio y escribir la novela de que hemos hablado. Lo harías muy bien, y yo releería con el mayor placer el manuscrito. Eso te distraería. Ya sabes que puedes contar conmigo.

En efecto, alguna vez había pensado en escribir una novela. ¿Por qué no? ¡Ahora que escribían tantas mujeres! Ya en una ocasión se le había ocurrido la idea de que ahora le tocaba a ella. ¡Y cómo la habían animado! Pero, afortunadamente, no había vuelto a pensar en semejante cosa.

—¿No contestas, Hanka?

—Sí, sí —replicó ella, ausente—; hay algo en lo que dices.

De pronto, se levantó. ¿Qué haría? Lo mejor sería irse a casa. Si hubiera tenido padres, acaso se fuese en su busca; pero no los tenía, y, por decirlo así, no los había tenido nunca. Tenía que irse a casa de Tidemand...

Y con una sonrisa expirante le tendió la mano a Irgens, y se despidió.

Él se sintió tan aliviado con la tranquilidad de Hanka, que estrechó calurosamente su mano. ¡Era una mujer admirable, que tomaba las cosas como había que tomarlas! Ni una convulsión, ni un reproche amargo: una sonrisa y un adiós. Y para animarla un poco, empezó a hablar, principalmente de sus planes literarios. Ya le enviaría su nuevo libro. Y debía seguir pensando en la novela... Y para probar que su amistad no se había roto, le recordó su promesa de hablar con Gregersen para que escribiese algo sobre sus libros en el periódico; pues él era demasiado orgulloso para pedirselo personalmente a Gregersen...

—Sí —respondió ella con una sonrisa helada—; he hablado con él. Recuerdo claramente haber hablado con él de algo de eso.

Y sin mirar a derecha ni a izquierda, se fue hacia la puerta. Pero apenas hubo salido, se volvió sin decir palabra. Se puso ante el espejo que colgaba entre ambas ventanas, y comenzó a arreglarse.

Se quitó el sombrero, y se alisó un poco el pelo; luego se pasó el pañuelo por la boca. Él la miraba con asombro. Bien estaba la grandeza de ánimo y no dejarse abatir por el dolor; pero esta superioridad no tenía nada de fina. Él había supuesto que el rompimiento le llegaría muy hondo, y allí estaba haciendo su *toilette* con el mayor cuidado del mundo. No podía estimar aquella frialdad, que le ofendía, que le ofendía en lo más íntimo, y, muy dolido, le dijo que él estaba aún allí, cosa que parecía haber olvidado por entero.

Ella no replicó nada. Pero cuando se apartó del espejo se quedó un momento parada en medio de la habitación y, con la vista fija en los zapatos de Irgens, dijo en tono cansado e indiferente:

—Pero ¿no comprendes que has muerto completamente para mí?

Más abajo, en la calle, al resplandor de la luz y en la confusión de gente y de carruajes, perdió el dominio sobre sí misma, y rompió a sollozar. Se echó el velo por la cara, y tomó por las callejas laterales para esconderse. Caminaba muy aprisa, encorvada, deshecha, y se doblaban sus rodillas desfallecidas. ¿Qué hacer en aquella oscuridad que la envolvía? Siguió andando, dejó la. Acera, y caminaba por medio de la calle murmurando y llorando. ¿Podía irse a casa? ¿Y si encontraba cerrada la puerta? Habían pasado dos días, y acaso Andrés había perdido la paciencia. Tenía que apresurarse; si se apresuraba, acaso encontrase la puerta abierta.

Cada vez que sacaba el pañuelo tocaba una carta que traía en el bolsillo; era el sobre con el billete de cien coronas... ¡Si tuviese alguien que la acogiese, aunque sólo fuese una buena amiga! Pero de los conocidos de la «peña» no quería ver a ninguno. No, no; ya tenía bastante. ¡Día tras día viéndolos y oyéndolos! No, no volvería a poner allí los pies. Y ¿no podría ir a pedirle consejo a Ole Henriksen? No, no era posible...

A aquella hora, Andrés estaría trabajando en su despacho; no le había vuelto a ver en los dos últimos días; sin duda estaba muy ocupado. ¡Y había aceptado las cien coronas, sabiendo que estaba arruinado! ¿Cómo no habría pensado en ello antes? Cien coronas le había pedido, y él: «Sí, sí; ven al despacho, que no llevo dinero encima». Y había abierto el armario, y le había dado las cien coronas, a pesar de que no tenía dinero.

¡Perdona, Andrés!

Su pelo se había vuelto más gris, y tenía aspecto de no haber dormido; pero ni una queja; sereno y dueño de sí había hablado. Ella le había admirado profundamente, como si le hubiese visto por primera vez... No, no se quedaría con el billete. ¡Ojalá no se lo hubiese

pedido! ¿Le perdonaría acaso Andrés si se lo devolvía? ¡Ah, si lo hiciera! ¿Le molestaría entrando ahora en el despacho? Procuraría terminar pronto...

Hanka se secó los ojos bajo el velo, y prosiguió su camino. Al llegar al despacho de su marido, estuvo a punto de retroceder. ¿Y si le señalaba la puerta? Y acaso se diera cuenta de dónde venía. No, no; eso no...

La mecanógrafa le dijo que Tidemand estaba en el despacho.

Llamó y escuchó. Adelante. Hanka entró en silencio. Él estaba escribiendo en el pupitre, y al verla entrar, alzó la cabeza; en seguida dejó a un lado la pluma.

—Perdona si te molesto —dijo ella apresuradamente.

—No, no; ¿qué has de molestar? —replicó él.

Tenía ante sí un montón de cartas, y se mantenía erguido y serio; un brazo se apoyaba en el pupitre. No, no estaba muy gris, y sus ojos no tenían ya aire cansado.

Hanka sacó el billete, y dijo:

—Venía a devolvértelo. Perdóname que te pidiera dinero cuando tú mismo lo necesitas; no se me había ocurrido. ¡Qué mal hice en aceptarlo!

—¡Por Dios! —dijo él, mirándola sorprendido—. Guárdate el dinero. Cien coronas más o menos no importan.

—No, ten la bondad... Te ruego que lo aceptes.

—Bueno; si no sabes qué hacer de ello... Gracias...

¡Y le daba las gracias! ¡Qué alearía la suya de poder darle el dinero! Sofocó la emoción, y le dio el billete. Estaba tan confusa, que le dio también las gracias.

Hanka se quedó en pie, y al ver que: él se disponía a coger de nuevo la pluma, dijo con timidez, esbozando una sonrisa:

—Perdóname que tarde tanto... ¡Es tan difícil encontrar habitación!...

Pero no pudo contenerse más; la voz se le extinguió, y tuvo que volverse y sacar el pañuelo.

—No hay prisa alguna —dijo él—. Puedes tomarte el tiempo que gustes,

—¡Oh, gracias, gracias! Si lo permites...

—¿Si lo permito? No te entiendo. No he sido yo el que... Yo sólo quiero ayudarte a realizar tus deseos.

Hanka temió haberle molestado, y se apresuró a decir:

—Bien, bien. Tampoco quería decir... Bueno, te estoy molestando; perdóname.

Y salió rápidamente.

CAPITULO XX

Tidemand no había tenido muchas horas de sosiego después de su desgracia. Se pasaba el día trabajando; le envolvía un torbellino de papeles, cuentas, letras, acciones, y poco a poco iba poniéndolo todo en orden. Ole Henriksen le había prestado su ayuda a la primera indicación, le había pagado el precio de la casa de campo, se había hecho cargo de alguno de sus negocios en el extranjero; ahora había un poco más de holgura.

Se vio claro que la casa Tidemand, a pesar de sus muchas sucursales y de la extensión de sus operaciones, no tenía una fortuna sólida; la gente no había oído nunca hablar de un negocio de centeno en las proporciones de aquel en que Andrés Tidemand se había precipitado; pasada la cosa, todo el mundo decía que había sido una especulación insensata, y se le compadecía o se le censuraba, según soplaste el viento. Pero Tidemand dejaba que el estrépito siguiera su curso, y trabajaba y calculaba sin un momento de reposo. Sin duda tenía en los almacenes una excesiva cantidad de centeno, que había comprado a muy alto precio; pero centeno es centeno, y sin arredrarse iba vendiendo al precio del día, perdiendo dinero con plena tranquilidad. La desventura no le había abatido.

Ahora había tenido que resistir el último choque con la casa americana, y para ello tuvo que recurrir al auxilio de Ole Henriksen; más tarde, ya procuraría arreglárselas solo. Su idea era reducir el negocio, volver a sus principios e ir subiendo poco a poco. Ya saldría; en su cabeza había aún planes, pues no en vano era comerciante desde niño.

Tidemand cogió una porción de papeles, y se fue a ver a Ole. Era lunes; ambos habían despachado por la mañana su correo, y ahora no tenían nada que hacer. Luego tenía que ir al banco, que cerraba a las cinco.

Tan pronto como apareció en la puerta, Ole puso a un lado la pluma, y salió a su encuentro. Cada vez que se veían seguía siendo una fiesta: se traía vino y cigarros; no había cambiado nada. Tidemand no quería molestar, y hasta se ofreció para echar una mano si hacía falta. Pero Ole replicó que no tenía nada urgente que despachar.

Tidemand venía con papeles, como siempre. Empezaba a hacerse un tanto desvergonzado, y a la primera ocasión venía...

Ole le interrumpió, riendo:

—No te olvides de disculparte cada vez que vengas.

—En lo futuro espero venir con menos frecuencia; ahora, a Dios gracias, me veré libre de América.

Ole firmó y dijo:

—¿Y cómo va?

—Todo igual

—¿Tu mujer no se ha marchado todavía?

—No, todavía no; parece que no es fácil encontrar habitación. Bien; no corre prisa; ya encontrará algo... Pero oye: ¿dónde está Ágata?

—No lo sé exactamente. Se fue de paseo; vino Irgens a buscarla, y se fueron.

Pausa.

—Supongo que habrás abandonado la idea de limitar tu negocio —dijo Ole—; ya veo que conservas toda tu gente.

—No, no he abandonado la idea, ni la abandonaré tampoco. Me veo obligado a conservar mi gente por algún tiempo, no podía ponerlos sin más en la calle; había que darles tiempo para buscarse una colocación. Pero se van a ir en seguida; no me quedo más que con un empleado en el despacho.

—Te lo repito: es dudoso que aciertes en ese punto, Andrés. No es que pretenda darte lecciones. Pero si uno se encoge, pierde el crédito y se expone a que le den de lado. Así es la vida.

Tidemand meditó un momento.

—Sí —respondió—. Mi crédito no es ahora muy grande; pero puesto que no he engañado a nadie, acaso logre volver a ponerme a flote. Lo de la limitación está decidido; quiero tener pocas cosas entre manos por una temporada; volver a empezar, como quien dice; concentrarme en pocos negocios. Tengo el presentimiento de que este es el buen camino. Antes tenía un negocio de mayores proporciones, para toda la familia; ahora es tan sólo para los niños y para mí; pero espero que seguirá teniendo la misma solidez de antes.

Continuaron hablando de negocios; Tidemand había hecho moler una gran partida de centeno, para facilitar el despacho; ahora la venta era más rápida; perdía, claro está; pero siempre ingresaba dinero en caja. En cerrar, ya ni pensaba; además, tenía un proyecto que empezaba a dibujarse; pero hasta que estuviese maduro no valía la pena de hablar de él. No estaba uno metido hasta los codos en negocios sin que de cuando en cuando se le ocurriese una modesta idea. De pronto dijo:

—Si supiera que no te molestaba, te hablaría de una cosa que se refiere a ti... Perdóname que te lo diga; pero yo sé algunas cosas... Irgens... No debías dejar a Ágata ir de paseo tantas veces. Ágata pasea con él muy a menudo; si fueras tú también, no

importaba. El paseo en sí no tiene nada de particular; pero... Esa es mi opinión, chico; no te enfades porque te lo haya dicho.

Ole se le quedó mirando boquiabierto, y luego, rompiendo a reír, dijo:

—Pero ¿adónde vas a parar, querido Andrés? ¿De modo que empiezas a desconfiar de la gente?

Tidemand le interrumpió:

—He de advertirte, Ole, que no ha sido nunca costumbre mía ocuparme de murmuraciones —dijo muy serio.

Pausa. Ole seguía mirándole fijamente. ¿Qué le pasaba a Tidemand? Sus ojos relampagueaban coléricos, y hablaba por sacudidas bruscas. ¿Murmuraciones? Ciertamente que no. Tidemand no se ocupaba de murmuraciones; pero en aquel momento estaba completamente loco.

—Lejos de mi ánimo pretender arrojar sombras sobre nadie —dijo—. No es que me dé cuidado Ágata; ya sabrá lo que tiene que hacer, si llega el caso; pero, sin embargo... Bueno; no lo tomes a mal; ya no hablaré más del asunto.

—En el fondo, tienes razón —asintió Ole—. Esos paseos pueden dar lugar a hablillas si se repiten demasiado. No me había fijado en ello hasta ahora; pero ya que lo dices... Gracias, Andrés. En la primera oportunidad, le haré una indicación a Ágata.

Y ya no se habló más del asunto; la conversación volvió a parar a la situación de Tidemand. ¿Cómo vivía ahora? ¿Seguía yendo a comer al restaurante?

Por ahora, sí. ¿Qué iba a hacer? Tenía que comer en el restaurante durante algún tiempo, pues si no la murmuración se cebaría cruelmente en Hanka. La gente diría que era culpa de ella, pues ahora se veía que, apenas ida su mujer, Tidemand tomaba una cocinera y se quedaba juiciosamente en casa. La calumnia era insaciable, y Hanka no tenía muchos amigos. No; él no daría el menor alimento, no...

—Hace un par de días estuvo a verme en el despacho —refirió—. Creí que lo que llamaba a mi puerta sería una factura más, alguna letra, y era ella. No hace más que un par de días. ¿Sabes qué quería? Venía a traerme cien coronas que había ahorrado. Claro que, en realidad, era mi propio dinero lo que me traía; pero hubiera podido quedarse con él... Por lo demás, los últimos días no sale de casa; eso me maravilla; no lo entiendo; pero la muchacha dice que come arriba en su habitación. Además, trabaja; siempre está ocupada en algo.

—Oye, Andrés: no me maravillaría que se arreglasen aún las cosas. Es posible que tu mujer no se vaya.

Tidemand midió a su amigo con la vista.

—¿Y puedes creer eso? Por lo demás, ¿no eras tú el que decías que yo no era un guante que se pudiese coger y tirar a capricho? Pues yo pienso lo que tú pensabas entonces. La cuestión no se ha presentado, es cierto. Pero si se presentase, no he soportado en vano largos tormentos. Yo me decidí a devolverle su libertad, y ella aceptó. Al verme pobre me apresuré a cortar el lazo que nos unía: «Ahora no puedo sostenerte en el tren de vida que yo deseara, Hanka; no puedo, pues, tomar por más tiempo la responsabilidad de retenerte: eres libre».

Y ella dijo que sí sin vacilar. Claro que no podía esperar otra cosa; no lo digo por eso; pero no obsta para que hayamos terminado para siempre. Ni ella piensa volver, ni yo que vuelva. Ella evita el verme, lo que me alegra mucho... De todos modos, lo del dinero es un rasgo que tengo que agradecerle.

Pero en aquel momento Tidemand se levantó de pronto y se despidió, diciendo que le urgía irse al banco.

Ole se quedó en pie ante el pupitre. La suerte de Tidemand le había dado en qué pensar. Y Ágata, ¿cómo no venía? Había prometido volver dentro de una hora, y llevaba fuera más de dos. Sin duda, el paseo en sí no era nada malo; pero... (en esto tenía razón Tidemand), pero Tidemand había dicho: «¡Yo sé ciertas cosas!». ¿Qué quería decir con eso? De pronto, Ole vio luz. ¿Sería acaso Irgens el que había destruido la dicha de Tidemand? ¿Quién sabe! No se hablaba de eso; Ole no había oído ni una palabra: ¡estaba tan habituado a ver a Hanka tan pronto con uno como con otro de los miembros de la «peña»! Y estaba por encima de las murmuraciones. Pero podía ser perfectamente Irgens. ¿Una corbata roja? ¿No trajo un tiempo una corbata roja?

Ahora comprendió también Ole por qué Tidemand hablaba con cierta entonación de lo peligrosas que podían resultar algunas excursiones. Ágata comenzaba a aburrirse en el despacho, a querer salir de paseo en agradable compañía. No es que hubiera motivos de recelo. El propio Tidemand decía que Ágata sabría lo que tenía que hacer, si llegaba el caso. No; Ágata no le daba cuidado; sería injusto dejar caer una sombra sobre ella. Pero, sin embargo, estos paseos podían dar lugar a habladurías... ¿No le había dicho un día que lamentaba que no fuese poeta? «¡Qué lástima que no seas poeta, Ole!», había dicho. Ahora que luego había explicado de un modo tan encantador que no era más que una broma... No, Ágata era una niña; era la pura inocencia. Ahora que estos paseos con Irgens podían suspenderse de cuando en cuando...

Aún tardó otra hora entera en volver Ágata. Su cara respiraba fresca y color, y sus ojos resplandecían. Como siempre que venía con Irgens, se arrojó en seguida al cuello de Ole. Ole recobró en seguida la alegría. ¿Cómo iba a entristecerla? Se limitó a pedirle que, por él, estuviera más tiempo en casa; no podía soportar que estuviese tanto tiempo fuera; no pensaba más que en ella.

Ágata escuchó en silencio, y prometió tenerlo en cuenta. Sí, tenía razón.

—Y si hubiera de pedirte otra cosa todavía, sería esto: ¿quieres salir algo menos con Irgens, sólo algo menos? No pienso nada malo al decir esto, Ágata; pero con alguna menor frecuencia, para que las gentes no tengan de qué hablar. Irgens es amigo mío, y yo lo soy suyo, pero... Vamos, no tomes demasiado a pecho esto que te digo.

Entonces ella cogió la cabeza de Ole con ambas manos, acercó la cara a la suya, le miró a los ojos, y preguntó:

—¿Es que no crees que te quiero, Ole?

Él se quedó desconcertado; la tenía demasiado cerca; vaciló; retrocedió un paso.

—¡Por Dios, Ágata! ¡Si no dudo de tu cariño, si no te hago ningún reproche! No has entendido lo que te dije: es por la gente, sólo por la gente. Pero ha sido una tontería mía decírtelo; vas a empezar a cavilar sobre ello; a lo mejor, no quieres salir más con Irgens. Deja las cosas tal como estaban: no rompas con él. Es un hombre de mucho valer, y tú debes reconocerlo así.

Y en cuanto a lo que te he dicho... ¡no he dicho nada, nada! ¿Está bien así?

Pero ella sintió la necesidad de explicarse. Salía con Irgens con el mismo gusto que con otro cualquiera: porque hoy había dado la casualidad de encontrarlo. Lo admiraba, es cierto; no podía negarlo; pero no era ella sola. Además, tenía compasión de él, porque se había quedado sin la pensión. Le daba lástima, y nada más, absolutamente nada más.

—¡Basta! —exclamó Ole—. ¿Es que acaso has creído?... Nada; que todo siga como antes; no hablemos más de eso.

Luego pasó a tratar de la fecha de la boda; había que ir pensando en ponerse de acuerdo; ahora tenía que hacer el viaje a Inglaterra, pues estaba dispuesto, por su parte. Lo mejor sería que ella se fuese a casa mientras él estaba fuera, y, cuando lo tuviese todo preparado, subiría a buscarla. Y, después de la boda, volverían a la ciudad. Para un viaje de novios probablemente no tendría tiempo hasta la primavera próxima.

Ágata se sonreía, encantada, y asintió a todo. Se había producido en ella un deseo vago y singular. Hubiera preferido quedarse donde estaba hasta que él volviese de Inglaterra; entonces podían irse ambos a Torahus. Ella misma no sabía cómo se le había presentado este pensamiento secreto, y además no era tan fuerte que valiera la pena de mencionarlo: que se hiciera todo según la voluntad de Ole. Le instó para que se apresurase a emprender el viaje a Inglaterra. Sus ojos respiraban franqueza e inocencia; había posado un brazo sobre el hombro de él mientras hablaba; con el otro se apoyaba en el pupitre.

¡Y él había querido hacerle una indicación! Tenía razón Tidemand: ya sabía lo que tenía que hacer, si llegaba el caso.

CAPITULO XXI

Pasó más de una semana sin que Irgens se dejase ver. De pronto, una tarde apareció en el despacho de Ole. Hacía un tiempo despejado; pero soplaba el viento, levantando polvaredas en los valles. Dudaba de que Ágata quisiera salir con semejante tiempo, y por eso dijo:

—Hoy sopla un viento magnífico, y quisiera llevarla a usted a lo alto de los cerros. Probablemente, no habrá visto usted un espectáculo semejante; el polvo flota Sobre la ciudad como si fuese humo.

Por complacer a Irgens, Ole asintió, y además porque quería hacer ver a Ágata que no le contrariaba...

Y Ágata aceptó el paseo.

—Hace una eternidad que no la he visto —dijo Irgens.

—Sí —repuso ella—. Ahora estoy todo el día en casa, trabajando. Dentro de poco, me iré a mi tierra.

—¿Cómo? —preguntó Irgens presuroso, deteniéndose.

—Así es. Regresaré pronto; pero...

Siguieron caminando. Irgens se había quedado pensativo.

—Oiga usted —dijo de pronto—. Hace demasiado viento. Ni siquiera nos vemos el uno al otro. Mejor iríamos al parque de Palacio. Conozco un sitio...

—Como usted quiera —respondió ella.

Y, en efecto, encontraron un lugar amparado del viento y por donde no pasaba nadie.

Irgens dijo, tras una pausa bastante larga:

—Confieso que no era mi intento llevarla hasta la cima de las montañas. Tenía miedo de que no me acompañase, y por eso lo dije. Necesitaba volver a verla.

Pausa.

—¿Conque sí? ¡Bah! Ya no me asombran las cosas que usted hace.

—Piense usted que ya hace diez días que no la he visto; ¡nada menos que diez días!

—No soy yo sola la culpable... ¡Bueno, no hablemos de eso! —se apresuró a añadir Ágata—. Pero dígame por qué me habla en ese tono. No está bien. Ya le he dicho que no podía ser. Quisiera que fuésemos amigos, pero...

—Pero nada más que amigos... Ya entiendo. Sólo que para el que sufre no es suficiente. Claro que usted no sabe ni ha sabido nunca lo que es eso. Por pasar una hora con usted, daría gustoso muchos años de vida.

—¡Bueno, bueno! Cállese, ya es tarde; ya lo sabe. ¿A qué hablar de eso? Para hacernos sufrir a los dos.

Pero él respondió decidido y rotundo:

—¡No; no es tarde!

Ella le miró y se puso en pie; él se levantó asimismo. Siguieron adelante sumidos en sus propios pensamientos; sin saber lo que hacían, daban vueltas por el parque; no miraban a las gentes con quienes se cruzaban, y no saludaban a nadie. Finalmente, volvieron al mismo sitio, y se sentaron.

—¿Se ha fijado que andamos en círculo? —dijo él—. Así giro yo en derredor de usted.

—Oiga usted, Irgens —dijo ella con los ojos húmedos—. Es la última vez que salgo con usted. ¡Déjeme tranquila!

Pero precisamente en el instante en que él iba a responderle desbordante de pasión, pasó alguien por delante del banco. Era una mujer sola, que traía una rama en la mano, con la que se golpeaba, al andar, en la falda. Venía muy despacio; era joven. Irgens la saludó, incorporándose en el banco y quitándose el sombrero.

—¿Quién es? —preguntó Ágata.

—Una hija de mi patrona —respondió él—. Decía usted que la dejase tranquila... Lo procuraré...

Pero Ágata quería saber más detalles acerca de aquella mujer. ¿Vivía en su casa? ¿Qué hacía? ¿Qué clase de persona era su patrona?

Irgens fue respondiendo a todas sus preguntas. Ágata se extrañaba de que la mujer se hubiera ruborizado, de que Irgens la hubiese saludado tan reverencialmente; no sabía que Irgens pagaba saludando así en la calle a sus patronos.

—Es bonita; pero tiene muchas pecas —dijo Ágata—. Está muy mona cuando se pone colorada, ¿verdad?

Irgens respondió que sí, que era muy mona, pero que no tenía hoyuelos: no había más que una persona que los tuviera.

Ágata le arrojó una mirada rápida. La voz y las palabras de Irgens habían dado en el blanco; Ágata cerró los ojos. Un instante después sintió que se inclinaba hacia ella y que la besaba. Callaron ambos; después apareció toda la inquietud de Ágata, que se sumió en un delicioso goce.

Nadie vino a estorbarles; el viento parecía haberse calmado, y soplaba levemente a través del parque. Finalmente, pasó un hombre, y se soltaron. Ágata se levantó y rompió a andar; sólo entonces se dio cuenta de lo ocurrido; brotaron lágrimas de sus ojos, y murmuró, asustada:

—¡Qué he hecho, Dios mío, qué he hecho!

Y ocurrió lo de la otra vez. Irgens quiso decir algo, quería hablar, atenuar el golpe. Aquello había ocurrido porque tenía que ocurrir, porque la amaba apasionadamente; y debía comprender que no era una broma de su parte, y su aspecto no era ciertamente de broma.

Pero Ágata no le oía; no hacía sino repetir frases de desesperación, y maquinalmente tomó el camino de la ciudad. Parecía tener prisa por volver a casa.

—Ágata, escúchame...

Ella le interrumpió bruscamente:

—¡Calle usted, cállese!

Y él calló.

Al salir del parque el viento le arrancó a Ágata el sombrero de la cabeza; quiso cogerlo, pero no pudo, y por encima del muro voló al parque, e Irgens corrió tras él, cogiéndolo al fin junto a un árbol. Ella estuvo un momento inactiva, mirándole; luego corrió también detrás del sombrero, y cuando se encontraba debajo del árbol su confusión casi había desaparecido. Irgens le entregó el sombrero y ella le dio las gracias. Estaba completamente avergonzada.

Luego siguieron.

A causa del viento, Ágata se volvió un momento y vio a Coldewin que venía detrás como escondiéndose, y tomó por otro sendero. Sintió un estremecimiento. ¿Les habría visto en el parque? Lo llamó, pero no le hizo caso; entonces, sin decir una palabra a Irgens, se

fue tras él, sujetándose el sombrero. Al fin lo alcanzó. ¡Cómo había tenido que correr!

Él se paró y saludó como acostumbraba hacerlo, con torpeza y conmovido de pies a cabeza. Iba miserablemente vestido.

—Oiga usted: haga el favor de no espiarme —dijo ella jadeante y con voz enronquecida. Y se le plantó delante, colérica, puerilmente colérica de haber tenido que esforzarse tanto para hacerle detenerse.

Coldewin abrió la boca, pero no acertó a articular ni una palabra; no sabía qué hacer.

—¿Lo ha oído usted?

—Sí, sí... ¿Ha estado usted enferma? Hace dos semanas que no sale usted de casa... No; yo no sé nada...

Sus palabras, atropelladas y temblorosas, conmovieron a Ágata; próxima al llanto, interiormente humillada, cambió radicalmente de tono:

—¡Perdón, querido Coldewin!

Le pedía perdón.

Coldewin no supo qué replicar y dijo unas vaguedades inconexas:

—¿Perdón? No; no se hable de eso... Pero ¿por qué llora usted? Si yo no la hubiera encontrado...

—No; si precisamente quería encontrarme con usted. Pienso siempre en usted, pero no le veo nunca; algunas veces siento grandes deseos de verlo.

—No hablemos de eso. Ya sabe usted que hemos liquidado. Le deseo las mayores dichas.

Había recobrado la serenidad y hasta comenzó a hablar de algunas cosas indiferentes. ¡Qué tormenta más terrible! Dios sabe lo que sería de los barcos que andaban por el mar...

Ella le escuchaba y respondía; su serenidad la calmó y dijo en voz baja:

—¿De manera que no se ha ido usted a casa? No le pido que venga a vernos; ya sé que es inútil. Tanto Ole como yo nos hubiéramos alegrado muchísimo de que nos hubiera acompañado a una excursión en balandro; pero no hubo manera de encontrarlo.

—Sí; ya he hablado después con el señor Henriksen y le he explicado que aquel domingo estaba convidado a comer en otra parte... ¿Está usted bien?

—Bien, gracias. Y a usted, ¿cómo le va?

—Me parece que hace tiempo que no la he visto... Creo que en el último tiempo no salía usted a diario.

—No; ahora estoy muy aplicada y no salgo. Por lo demás, me voy en seguida a casa.

Y otra vez le acometió la zozobra. ¡Si este hombre lo hubiera visto todo! Todo lo tranquila que pudo preguntó, para saber si había estado en el parque:

—Vea usted cómo se inclinan las copas de los árboles. Pero allá arriba se está muy bien, ¿verdad?

—¿En el parque? No he estado allí... Pero veo que su acompañante la está esperando. Tiene usted que irse. Es Irgens, ¿verdad?

... ¡Gracias a Dios! Estaba salvada; Coldewin no había estado en el parque. No oyó otra cosa, ni respondía a otra cosa. Pero Irgens, cansado de esperar, se acercaba, a pesar de lo cual ella no se volvió. Siguió preguntándole a Coldewin:

—¿De manera que ha hablado usted con Ole de la excursión? ¿Cómo no me ha dicho nada?

—No se habrá acordado. Tiene que tener muchas cosas en la cabeza, muchas cosas. El negocio es complicadísimo; en una ocasión me dio una idea de él. ¡Magnífico! Se le puede perdonar perfectamente que se olvide de pequeñeces de este género. No sé cómo se lo diga a usted, pero le aseguro que la quiere más y mejor que nadie. No lo olvide usted. Necesitaba decírselo.

Estas palabras penetraron en el corazón de Ágata; por un momento flotó ante sus ojos la imagen de su prometido, y exclamó arrebatada:

—¿Verdad que sí? Si viera usted qué bueno es conmigo. Cuando pienso en todo esto... Voy, voy en seguida —le dijo a Irgens, haciéndole señas de que iba—. ¿Cuándo le vuelvo a ver, Coldewin? Pronto, ¿verdad? Bueno; adiós.

Le dio la mano y se fue.

De pronto le entró prisa; le pidió perdón a Irgens por haberle hecho esperar y rompió a caminar muy aprisa.

—¡Qué prisa tiene usted! —dijo él.

—Sí; ya debía estar en casa. ¡Uf! ¡Qué viento!

—¡Ágata!

Ella le miró; había oído el temblor de su voz y se estremeció todo su cuerpo. No, no podía mostrarse por más tiempo más serena de lo que estaba; sus ojos medio se cerraron; se acercó mucho a él, brazo contra brazo.

Él le prodigó unos calificativos cariñosos, y ella respondió, entregándose:

—Déjeme un poco de tiempo para mí. ¡Qué quiere usted que haga! Le querré más si ahora me deja tranquila.

Él guardó silencio.

Fueron adentrándose en la ciudad; al final de una calle vieron la casa de Ole. Para Ágata fue como si despertase. ¿Qué había dicho? ¿Había prometido algo? No, no, nada. Y apartando de él los ojos, dijo:

—Lo que ha ocurrido hoy... Me ha besado usted. ¡Le aseguro que lo siento! Si viera usted cómo me duele...

—Fije usted misma la pena —dijo él apasionadamente.

—No; no puedo castigarle, pero aquí está mi mano en prenda de que se lo digo a Ole si osa usted repetir algo semejante.

Y le tendió la mano.

Él la tomó, oprimiéndola; al mismo tiempo se inclinó sobre ella y la besó repetidas veces, casi delante de su propia ventana; y con la cabeza ardiendo, logró al fin Ágata abrir la puerta y echar a correr escalera arriba.

CAPITULO XXII

Ole Henriksen recibió un telegrama que apresuró su viaje a Londres. Durante veinticuatro horas trabajó como un esclavo para quedar libre: escribió y dio órdenes, fue a los bancos, hizo recomendaciones al personal y le dio las instrucciones necesarias al primer dependiente que había de quedar al frente del negocio durante su ausencia. Ágata le acompañaba en todos sus pasos, fiel y melancólica, sofocando su emoción; no le decía nada para no distraerle, pero le miraba tiernamente con ojos húmedos. Habían convenido en que al día siguiente saldría para su casa.

El viejo Henriksen asistía silencioso y tranquilo a los acontecimientos; veía que su hijo necesitaba apresurarse; a cada momento venía un mensajero que traía noticias del barco. Por fin llegó el último recado; en tres cuartos de hora el vapor estaría listo para zarpar. Ole había terminado también y se despidió. Ágata, con el sombrero y el abrigo puestos, iba a acompañarle hasta el muelle.

En el último instante apareció Ojén en el umbral. Durante las últimas semanas su nerviosidad había urdido nuevas maneras de atormentarle; no podía contar más que por números pares: dos, cuatro, seis; se había agenciado un traje oscuro con botones claros, que resaltaban mucho, y esto le proporcionaba algún alivio. Y luego el cordoncito rojo que colgaba de los lentes. ¡Qué terrible cosa aquel cordón negro, invisible, de antes! Si no se le veía, ¿podía uno estar seguro de llevar lentes? Constantemente le sobrecogía la idea de haberse dejado en casa los lentes. Ahora sabía al fin que los llevaba; el cordoncito rojo le había devuelto el sosiego...

Ojén llegaba sin poder apenas respirar. Se excusó repetidas veces. ¿Estorbaba?

—Me han dicho que te marchabas, Ole —dijo—. Acabo de saberlo ahora, en la calle, y me ha dejado yerto. Mi situación es terrible. A pesar de todos mis esfuerzos no puedo ganar un céntimo. Aquí me tienes que no soy capaz de terminar mi nuevo libro. No debía hablar tan francamente, lo comprendo; Milde me lo decía hoy: «No hables de eso; pones en la picota a toda Noruega y a su comportamiento contigo». Pero ¿qué voy a hacer? Si puedes sacarme de este infierno, hazlo, Ole... Si es que puedes darme esa cantidad.

Ole hizo ademán de sacar las llaves del bolsillo y se fue a la caja de caudales. Pero ya le había dado las llaves a su padre. Se impacientó un poco y pensó que Ojén podía haber llegado un momento antes. Ojén no pestañeaba. ¿Cuánto le hacía falta?... ¡Bueno! Ole le dijo a su padre que le entregase la cantidad.

El viejo abrió, en efecto, la caja y sacó el dinero, pero quería instrucciones precisas, y empezó a preguntar. ¿Dónde había que registrar la cantidad? Para acabar pronto, Ole tuvo

que contar por sí mismo el dinero.

Ojén dijo apresuradamente:

—Voy a darte recibo. ¿Dónde hay una pluma? Una pluma nueva; no puedo escribir más que con plumas nuevas.

—Bueno; ya me lo darás más adelante.

—Es que no quisiera irme sin firmártelo... Yo soy un hombre honrado.

—¡Por Dios, Ojén; eso no hay necesidad de decirlo!... Bueno, adiós otra vez.

Entonces Ojén sacó del bolsillo un papel y dijo:

—Ole, esta es mi última poesía. Una composición de ambiente egipcio. Se me figura que no está mal y quiero darte una copia, pues me has ayudado siempre como un amigo. Aquí la tienes; toma... ¡Por Dios! Si es un placer para mí.

Por fin pudo marcharse; Ágata le acompañaba.

—¿Has visto la alegría de Ojén por poderme dar esta poesía? —dijo—. ¡Lástima de hombre! ¡Con el magnífico talento que tiene! Siento haberme mostrado impaciente... Pero me congratula pensar que me ha encontrado a tiempo... ¿En qué estás pensando, Ágata?

Ella replico muy bajo:

—En nada. Quisiera verte ya de vuelta, Ole.

—¡Bah! No voy más que a Londres —repuso él conmovido—. Estáte tranquila; no estaré fuera mucho tiempo.

Le pasó un brazo por la cintura y le acarició la mano, calle arriba, mientras le decía: «¡Mujercita, mi mujercita adorada!». De pronto pitó la sirena de un vapor. Ole miró el reloj; sólo le quedaba un cuarto de hora y tenía que decir adiós a Tidemand.

Apenas entró, dijo:

—Me voy a Londres. Tengo que pedirte un favor, Andrés. Vete de cuando en cuando por casa por si al viejo se le ocurre algo.

—Descuida —respondió Tidemand—. ¿No quiere usted sentarse, señorita? ¿No se irá usted todavía?

—Me marcho mañana —replicó Ágata.

En esto Ole echó la vista sobre las últimas cotizaciones. El centeno comenzaba a subir; felicitó a su amigo, estrechándole calurosamente la mano. En efecto: el centeno subía un poco, porque la cosecha rusa no conseguía levantar francamente el mercado; el alza era pequeña, pero para la gran cantidad que tenía Tidemand significaba mucho.

—No van mal las cosas, no —dijo alegremente—, y eso tengo que agradeceréte a ti principalmente. Sí, sí. Pero si las señales no engañan, no perderás nada en ello. —Y refirió que estaba metido en un negocio de pinos para la explotación, para un astillero de Bilbao—. Pero ya te contaré detalles cuando vuelvas. Feliz viaje, Ole.

—Y si ocurriera esto —dijo este—, no dejes de telegrafiarne.

Tidemand acompañó a la pareja hasta la puerta. Tanto Ole como Ágata estaban conmovidos. Luego se asomó a la ventana y les dijo adiós con la mano, e inmediatamente volvió a sentarse a trabajar con sus libros y sus papeles.

Pasó un cuarto de hora. Vio pasar a Ágata, que volvía sola del muelle. Ole se había ido.

Tidemand dio unos paseos por el despacho murmurando, calculando todas las posibilidades del negocio de pinos. Luego sus pensamientos comenzaron a ocuparse, de Hanka y de la separación. Dios sabía a qué esperaba su mujer; no se había mudado aún; se mantenía callada y escondida en el segundo piso, y se pasaba el día cosiéndoles vestiditos a los niños. Un día la encontró en la escalera, pero no habían hablado.

¿En qué pensaba? Él no quería echarla, pero a 1 larga la situación era insostenible. Y lo más singular es que ahora ya no iba a los restaurantes, sino que comía en casa a diario. A lo mejor es que no tendría dinero; un día le había enviado con la muchacha un par de billetes de cien coronas, pero con eso no podía vivir eternamente. ¿No sería que carecía de dinero y no quería decir nada? Miró en un almanaque de bolsillo y vio que ya había transcurrido más de un mes desde su rompimiento. ¿Qué le iba a quedar de aquel puñado de dinero? Además, seguramente que les había comprado cosas a los niños.

Tidemand se sintió de pronto hondamente conmovido. ¡No; eso no! A Hanka no le faltaría nunca nada; todavía no estaba completamente arruinado. Reunió todo el dinero de que podía disponer, salió del despacho y subió al segundo tan intempestivamente... venía tan sólo a traerle... *Tecoba*. Eran las cuatro.

Llamó, y le respondieron que entrase. Entró. Hanka estaba a la mesa, disponiéndose a empezar a comer. Al verle dio un bote.

—¡Cómo!... Yo creía que era la muchacha —balbució ella.

Su cara se veló con un rojo intenso, y bajó los ojos desconcertada. Luego comenzó a arreglar nerviosa la habitación, a poner papeles; sobre las comidas, a mover las sillas, repitiendo maquinalmente: «Esto está tan desordenado...; yo no esperaba... no sabía...».

Tidemand le pidió que le excusase de haberse presentado tan intempestivamente...; venía tan sólo a traerle... Tenía que habersele acabado el dinero hacía tiempo, y él, naturalmente, no podía consentirlo. Aquí le traía una pequeñez... Y puso un sobre encima de la mesa.

Ella se negó a aceptar el dinero. No lo necesitaba; tenía aún dinero. Y le mostró intactas las últimas doscientas coronas, casi empeñada en devolvérselas.

Él la miró asombrado. ¿Conservaría sus sortijas? No; en la mano izquierda ya no tenía ninguna. ¿Qué había hecho de ellas?

Frunció el entrecejo e inquirió:

—¿Dónde has dejado tu sortija, Hanka?

—No es la que tú me regalaste —repuso ella precipitadamente—. Esa la tengo; mírala. La otra no importa nada.

—No me figuraba que te hubieses visto forzada a nada semejante —replicó él—; si no hace tiempo...

—No me he visto forzada, Andrés; lo he hecho por propio impulso. No; no me he visto forzada. Tengo dinero, mucho dinero... Pero lo esencial es que tu sortija la conservo.

—Que sea una sortija u otra... Yo deseo que conserves todas tus cosas. No creas que mi situación sea tan apurada porque haya tenido que despedir alguna gente.

Ella dejó caer abatida la cabeza; él se quedó mirando por la ventana; al volverse notó que Hanka le miraba de soslayo; su mirada franca y sincera descansaba sobre él; se quedó desconcertado, tosió nerviosamente y apartó la vista. No; no podía plantear ahora la cuestión de la marcha; que se quedase aún si le placía. Sólo quería convencerla de que renunciase a aquella manía singular de servirse a sí misma.

—No me lo tomes a mal, pero debías... Aunque sólo fuera por ti misma.

—Sí; tienes razón —interrumpió ella para que no siguiese—. Ya lo sé; pasan los días y no acabo de irme. Te agradezco con toda mi alma que no te impacientes; te debo gratitud por cada día que puedo permanecer aquí...

Ante esto él olvidó lo que quería decirle para no reparar más que en sus palabras.

—No te comprendo. Ya tienes lo que deseabas. Ya no encuentras obstáculos en tu camino. Puedes recobrar tu nombre de soltera; yo no te retengo.

—Ya lo sé —replicó ella.

Se levantó, dio un paso hacia él e involuntariamente le tendió la mano; viendo que él no la cogía, la dejó caer, ruborosa y abatida. Luego se sentó desfallecida.

—No, no me retienes, Andrés, y, sin embargo, quisiera preguntarte si puedo quedarme aquí... algún tiempo más, muy poco tiempo. Sería muy de otro modo que antes; lo siento; se ha realizado un gran cambio en mí... y en ti también. No acierto a decirte lo que quisiera.

Él se sintió extrañamente conmovido. ¿Qué significaba todo aquello? Sintió que su firmeza vacilaba; se abrochó la americana y se irguió. No; no se dejaría conmover. ¿Habría sido vano el tormento de tantos días foscos y tantas noches interminables? No podía ser. Pero ¿qué le diría? Su aparición había sobreexcitado a Hanka.

—Tranquilízate, Hanka. Estás muy excitada; no sabes tú misma lo que dices.

Ella sintió que una esperanza loca y deliciosa inundaba su pecho.

—No lo creas —exclamó—. Me doy perfectamente cuenta de cuánto digo. ¡Oh! ¡Si pudieses olvidar lo que he sido! ¡Si quisieras tener piedad de mí esta vez, esta vez sola! ¡Acógeme, acógeme! Hace un mes que te ansío; te seguía con los ojos, escondida detrás de los visillos, cuando salías a la calle. Te conocí por primera vez durante la excursión en barco. ¿Te acuerdas? Allí te vi por primera vez. Hasta entonces no te había visto nunca. Ibas de pie al timón; tu figura destacaba sobre el fondo del cielo; tu cabello comenzaba a grisear. Al verte me conmoví tanto, que te pregunté si tenías frío, sólo para que me hablastes... Y luego, durante todo este tiempo, sólo te he visto a ti, a ti solo; tengo ya veinticuatro años y nunca había sentido nada semejante. Castígame como quieras, pero no me echés de tu lado. Siento una alegría tan grande de verme aquí...

Y sin detenerse siguió así diciendo las más singulares palabras, poseída de una excitación tal, que casi no podía articular. Se levantó sonriendo en medio de sus lágrimas y prorrumpió en gritos jubilosos.

—¡Calla, calla! —exclamó él de pronto con los ojos velados de lágrimas. Volvió la cara, y al pensar que no podía dominarse, se le crisparon los puños. Quedóse un momento pensativo, buscando palabras—. Tú has sabido siempre convencerme de lo que querías. Yo no tengo la facilidad de palabra que tenéis vosotras... Perdóname, no quería ofenderte. Pero si te figuras que voy a ocupar el puesto de otro..., si es eso lo que crees... ¿Quieres nombrarme sustituto, Hanka? No sé lo que quieres. ¿Deseas volver a mí? ¿Por qué quieres volver? Pero no; no quiero saberlo. Vete y sé dichosa si puedes.

—Sí; tiene razón en todo y yo misma me he dicho que era imposible. Pues, a pesar de eso, he querido suplicártelo. Te he sido infiel a ti y a los otros; sí; no hay nada que...

—Creo que podemos poner término a esta escena; necesitas sosegarte, Hanka.

Tidemand se encaminó a la puerta. Ella le siguió con los ojos desorbitados.

—¡Castígame! —gritó—. Ten compasión de mí, te lo suplico. No sabes cómo te lo agradecería. No te vayas aún; no veo más que a ti; ¡te quiero! ¡No me rechaces, Andrés; no me rechaces del todo! No te impacientes porque te retengo; nunca he sentido tanto miedo a quedarme sola; óyeme un momento sólo... Sí, te he sido infiel; ya sé que no hay esperanza para mí... Pero si quisieras...; sólo como prueba...; di, di...; no, no, ¡te vas!

—Hubo un tiempo en que no era a mí a quien buscabas en tus momentos de angustia.

—Sí, pero ahora... no quiero a nadie más que a ti. ¡Oh, si pudiera ser tuya, Andrés!

Pausa.

Él abrió la puerta. Ella permanecía en pie; pidiéndole con los ojos una respuesta.

—¿Por qué me miras de ese modo? ¿Adónde quieres llevarme? —exclamó él ya en el umbral para irse—. Vuelve en ti y no pienses semejantes desatinos. Durante estos últimos años has ido siempre a buscar consuelo a otra parte, has encontrado a otros a quien dirigirte; yo no era bastante rico para lo que tú apetecías. Pero tampoco soy bastante mísero para convertirme ahora en tu paño de lágrimas. Trataré de hacer cuanto pueda por los niños; no puedes pedirme más.

Ella entonces cedió, y al verle marchar, tendió hacia él en silencio sus manos juntas y allí quedó inmóvil. Oyó sus pasos, primero, en la antesala, y luego, por la escalera; se quedó parado un momento abajo en el vestíbulo, como si pensase adónde iba a ir. Hanka corrió presurosa hacia la ventana, pero a poco sintió que entraba en el despacho. Luego quedó todo en silencio.

Se ha extinguido la esperanza, alimentada ingenuamente día tras día durante un mes. ¿Y cómo iba a ser de otro modo? No, no; lo que pretendía era imposible. Se había ido; había oído lo que tenía que decir y se había ido; no quería que ella continuase más tiempo viviendo con los niños...

Al día siguiente Hanka se fue de su casa. Alquiló una habitación que había visto anunciada en un periódico: cualquiera, la primera que se ofreció. Se fue por la mañana. Tidemand había salido; besó a los niños y lloró copiosamente; luego metió sus llaves en un sobre y escribió una carta a su marido; al volver a casa Tidemand encontró las llaves de armarios y cajones, y hasta la llave de la puerta de la calle. Y al lado de las llaves unas líneas de despedida sin amargura, sin quejas; cada palabra era una expresión de agradecimiento, una súplica de perdón... «Adiós, pues, pensaré en ti con gratitud todos los días...».

Tidemand volvió a salir. Anduvo recorriendo calles, llegó hasta el muelle y volvió, un par de horas después, por el mismo camino. Miró el reloj. Era la una. En aquel momento se tropezó casualmente a Coldewin, que se le acercó para preguntarle, luego de saludarle:

—Perdone usted. ¿No es el señor Irgens el que va por allí? Aquel del traje gris.

—¿Dónde? —preguntó Tidemand distraído—. Sí, eso parece; acaso sea él. —Y bajó los ojos mirando el pavimento.

—¿Y la mujer que le acompaña? Va con una mujer; ¿no es Ágata?

—¿Una mujer? Sí, también me parece que es Ágata.

—Pero si iba a marcharse hoy. Yo tenía entendido... Será que habrá cambiado de opinión.

—Sí, sin duda es que no se ha ido.

Coldewin le miró sorprendido y se dio cuenta de que había sido importuno. Tidemand estaba preocupado con las propias cavilaciones. En vista de esto saludó cortésmente y pidió que le perdonase si le había molestado.

Tidemand continuó su camino.

CAPITULO XXIII

No, Ágata no se marchó en seguida, como había determinado. Se acordó de que tenía que comprar cosas para llevárselas a sus hermanitos; no podía irse con las manos vacías, y encontrar los regalos apropiados significaba tiempo. Además, era muy entretenido recorrer tiendas y mirar escaparates. Se pasó la tarde en esta tarea, y sólo allá a las seis, cuando ya había terminado, se encontró a Irgens en la calle. Él le cogió los paquetes y se puso a su lado. Luego tomaron un coche y se fueron hacia los alrededores. Era una tarde clara y tibia.

No, no debía irse al día siguiente. ¿Qué objeto tenía? Un día más o menos no importaba nada. E Irgens se lo dijo sinceramente; no andaba muy bien de dinero; si no, la hubiera acompañado. No, no en el mismo compartimento, pero sí en el mismo tren, para estar cerca de ella hasta el último instante. Pero era demasiado pobre para eso.

Ágata lo escuchaba compungida. ¡Era una vergüenza que un hombre como aquel lo pasase tan mal! Claro que no le hubiera permitido acompañarle; no, no era por eso. ¡Qué impresión le produjo que tan sinceramente le confesase su situación!

—Por lo demás, no sé hasta cuándo tengo la vida aquí asegurada —dijo sonriendo—. ¿Le ha contado a mi amigo Ole que estuve atrevido con usted?

—Todavía no es tarde —replicó ella.

No, no le había contado nada; no era tan niña como para eso. Y, además, ahora se marchaba a casa y todo había terminado.

Mandaron parar al cochero y se bajaron del carruaje. Siguieron a pie charlando, riendo y bromeando; él le pidió que olvidase su imprudencia de antes, pero con ello no quería decir que la hubiese olvidado ni que quisiese olvidarla. Estaba muy tranquilo y no decía la menor inconveniencia.

—Yo la quiero —confesó él—, aunque comprendo que es inútil. Pero tengo una cosa que es mi vida y en la que no manda nadie: mi pluma. Le haré de cuando en cuando una poesía, pero no lo debe usted tomar a mal. ¡Bah! El tiempo lo remedia todo, y dentro de cien años ya no quedará ni rastro.

—No está en mi mano remediar nada —respondió ella.

—¡Quién sabe!... Según como usted lo mire... En todo caso, es usted la única persona que podría remediar algo. —Y a seguido le preguntó—: Hace poco me pidió usted

que le dejase tiempo. ¿A qué se refería? ¿O no eran más que palabras?

—Sí.

Siguieron andando, y llegaron a una pradera. Irgens se puso a hablar con interés de los lejanos bosques azules, de las colinas, de un trabajador que un poco más lejos se encorvaba sobre la tierra. Ágata se sentía agradecida; veía que Irgens hacía lo posible por contenerse, que procuraba no inquietarla. Hasta dijo con una sonrisa apagada que, si ella se lo permitía, iba a escribir un par de líneas que se le habían ocurrido de momento; pero que no lo tomase por afectación.

E Irgens apuntó las dos líneas.

Ella miraba por encima del hombro, y sonriente y curiosa le pidió que le enseñase lo que escribía.

—¡Con mucho gusto! Por lo demás, no es nada, puede usted verlo. Hasta que me vaya a casa y me siente a cavilar sobre ello no sale nada. Necesito estar solo.

—¿Y no tiene usted nada que leerme?

—No, no tengo nada. Además, no me gusta leer cosas mías; no se las leo a nadie; es otra cosa que me repugna; otros lo hacen; ¡allá ellos!

Y ella le dio la razón.

—¿Sabe usted una cosa? —dijo él—. Ahora, teniéndola a usted tan cerca de mí, con su cabeza casi apoyada en mi hombro, en lo íntimo de mi corazón pedía al cielo que se estuviese así quieta, y por eso me resistí tanto tiempo a enseñarle lo que había escrito.

—Irgens —dijo ella súbitamente con voz velada—. ¿Qué pasaría si dijera que sí?

Pausa. Se quedaron mirando el uno al otro.

—Pasaría que... que usted tendría que decirle que no al otro.

—Claro... Pero ya es demasiado tarde. Ni pensar en ello. Sin embargo, si puede consolarle a usted... No es usted el único a quien duele... Yo también le tengo a usted en mucho, pero...

Esta respuesta la recibió él muy lindamente; le *cogió* la mano y la estrechó en silencio con una mirada gozosa, y la soltó en seguida.

Siguieron adelante; nunca habían estado tan cerca uno del otro. Así llegaron a una verja; un obrero que trabajaba al pie de ella alzó la vista y se quitó la gorra. Se encontraron ante una puerta, y luego de mirarse un rato, sin decir palabra se volvieron.

Volvieron a subir al coche. Irgens tenía en sus brazos todos los paquetitos y no se movía; ella estaba conmovida ante su reserva forzada; hasta se había atado las manos, y cuando Irgens volvió a rogarle que no se marchase al día siguiente, al fin prometió quedarse.

Pero al llegar el momento de pagar el coche, él revolvió en vano sus bolsillos: no encontraba dinero y acabó por pedirle que pagase al cochero. Ella lo hizo con el mayor goce; no se había dado cuenta, y sintió no haberlo previsto. Se alegró como una niña de poder meter mano en el bolsillo y pagar el coche.

Al día siguiente se encontraron ya por la mañana. Pasearon por el muelle, charlando a media voz, mientras en los pechos de ambos palpitaba la agitación contenida, que asomaba tiernamente a los ojos; se miraban sonrientes y se rozaban. Y cuando Irgens vio a Coldewin espiando en una esquina, no le dijo a ella una palabra, para no inquietarla, sino que se limitó a observar.

—Es lástima que no seamos dos obreros; todo el mundo nos mira, no nos dejan en paz en ninguna parte. Mi destino no es llevar una existencia anónima, pero la notoriedad tiene sus inconvenientes.

Y una vez más ella le dio la razón. Recordó que hasta en el campo un trabajador se había quitado la gorra; seguramente había conocido a Irgens; hasta en las afueras de la ciudad sabían quién era.

Hablaron de que al anoecer se verían en Grand; ella hacía tiempo que no había ido; últimamente salía muy poco. De pronto él dijo:

—Mejor será que subamos a mi cuarto. Allí podemos hablar con toda comodidad.

—Pero ¿podemos hacer eso? —preguntó ella.

—Claro que sí. ¿Por qué no? A la luz del día.

Subirían sencillamente, sin ceremonia alguna. Y luego él conservaría eternamente el recuerdo de que ella había estado allí.

Ágata, vacilando entre la alegría y el temor, lo acompañó.

CAPÍTULO XXIV

Milde y Gregersen iban calle abajo; salían de una bodega; era época de vendimia y caminaban hacia Grand. Hablaban del retrato de Paulsberg pintado por Milde, que había sido adquirido por el Museo Nacional; de la última borrachera estrepitosa de Norem; de Hanka, que se había separado de su marido. ¿Qué otra cosa podía esperarse? Bastante tiempo había soportado a aquel tendero. Los dos amigos se preguntaron mutuamente por la dirección de Hanka para visitarla y darle la enhorabuena; que supiese que podía contar con sus simpatías; pero ninguno sabía sus señas.

También se ocuparon, como es natural, de la situación. Y la situación era que el Storthing se había disuelto sin resolver nada. *Las Noticias*, como de costumbre, había sostenido alternativamente los dos puntos de vista opuestos.

—¿Qué vamos a hacer con nuestro ejército! —decía Gregersen con seriedad y convicción—. Tenemos que esperar a que llegue el momento.

—Sí —asintió Milde—; no nos queda otro recurso.

Entraron en Grand, donde estaba Ojén explicando a sus acompañantes perennes, los dos poetas de la cabeza rapada, sus nuevos proyectos literarios, tres o cuatro poemas en prosa; una ciudad dormida, cúpulas, la torre de Babel, un texto bíblico. ¡Fijaos qué tema: la torre de Babel! ¡Sólo la arquitectura! Y con un movimiento nervioso Ojén dibujó una espiral por encima de su cabeza.

—Demasiado precipitado el gesto —le interrumpió Gregersen—. ¿Te figuras que la torre de Babel es como un muelle de reloj? No, hay que imaginársela así: una espiral en potente sosiego. —Y Gregersen trazó en el aire algunos círculos enormes.

Al poco rato llegaron Paulsberg y su mujer, y se juntaron dos mesas; pagaba Milde, que tenía aún dinero de la primera mitad de la pensión. Paulsberg no pudo con tenerse y cayó en seguida sobre Gregersen a causa del último artículo de *Las Noticias*. Hacía poco tiempo, el periódico se había mostrado de acuerdo con las ideas expuestas en un artículo suyo. ¿Cómo era posible que cambiase así de criterio? Pronto las personas honradas tendrían que avergonzarse de poner su pluma al servicio del periódico. Paulsberg estaba sinceramente irritado y exponía su manera de ver con palabras contundentes.

Gregersen callaba. Sólo objetó tímidamente que *Las Noticias* había expuesto sus razones en el número de hoy...

—¿Razones? ¿Qué razones? —Paulsberg quería hacerle ver lo que eran tales

razones—. ¡Camarero, *Las Noticias* de hoy!

Y mientras esperaban el periódico, Milde se mostró conforme en que las razones no valían nada. Hablaban de la frontera oriental, del aumento de los efectivos, hasta de la intervención de otras potencias.

—Y, sin embargo, no hace un cuarto de hora, Milde era de la misma opinión que *Las Noticias* —dijo Gregersen.

Paulsberg había comenzado a leer punto por punto el artículo: leía en voz baja y con maligna intención, y de cuando en cuando levantaba la vista. ¿No era deliciosamente cómico que un periódico como *Las Noticias* hablase de responsabilidad? El artículo era pasto arrojado a los suscriptores. Y tiró a un lado el periódico. La desvergüenza tenía un límite. Adulando constantemente al populacho se rebajaba el nivel del país. No tenía inconveniente en ir mañana a *Las Noticias* y decirlo así.

Calló y se hizo el silencio. Pocas veces se había oído a Paulsberg hablar tanto de una tirada; todos le miraban; hasta los clientes de las mesas próximas que bebían cerveza, estiraban el cuello para escuchar. Todos conocían a Paulsberg y era de gran interés saber lo que pensaba. ¡De manera que Paulsberg no estaba conforme con *Las Noticias*! ¡Un hombre honrado ya no podía escribir en el periódico!

Pero también al pobre periodista le habían hecho mella las palabras de Paulsberg, y se reconocía de acuerdo en principio con él. ¿Quién duda que la honradez tiene también sus exigencias? Claro que no había sido obra suya aquel último cambio de frente de *Las Noticias*; pero, como redactor, le cabía cierta responsabilidad.

—Es muy probable —continuó Paulsberg, con la misma seriedad— que si esta vez se hubieran mantenido unánimes ciertos hombres y ciertos periódicos, el Storthing hubiera hecho algo antes de disolverse. Pero ciertos hombres y ciertos periódicos estiman demasiado sus intereses personales. Habría que vestirse de duelo para que el país se diera cuenta de lo que se ha perdido. Y los que principalmente sufriremos las consecuencias somos nosotros los jóvenes.

Nuevo silencio. Todos meditaban sobre lo que habían oído. Y las facciones de Paulsberg expresaban en aquel momento el efecto profundo que le había producido la conducta de los periódicos y del Parlamento; había olvidado su postura habitual, la cabeza baja y el rostro pensativo, que tanto efecto hacía a los que le veían; ahora era un hombre indignado, profundamente herido, que levantaba la cabeza y explayaba el dolor de su corazón. Sólo tras una larga pausa se atrevió Milde a catar su vaso; los tres poetas en prosa se habían quedado rígidos. Pero el bullicioso periodista no pudo contener más su alegría; señaló un anuncio inserto en *Las Noticias*, y leyó riéndose: «Se desea una muchacha que quiera compartir la habitación con alguien». ¡Je, je! Una muchacha que quiera compartir la habitación con alguien.

—Gregersen, no olvide que hay señoras —dijo la señora Paulsberg, riéndose

igualmente.

Con esto se acabó la seriedad: todos comenzaron a hablar animadamente, y hasta Ojén se atrevió a felicitar a Paulsberg porque el Museo había adquirido su retrato. Era casi equivalente al ingreso en la Academia. Y no es que fuera prematuro, no.

Trajeron más vino; Gregersen convidaba con esplendidez y chocaba su vaso con el de todos. Gregersen fue recobrando poco a poco el buen humor; iba haciendo cada vez más calor; el aire era irrespirable: una mezcla de todos los olores posibles...

En aquel momento, el desmedrado Ojén intentó volver a hablar de poesía. Milde echó una ojeada a Paulsberg, que torció el gesto; sin duda no estaba en situación de escuchar las opiniones poéticas de Ojén.

Entonces Milde dijo resueltamente que poesía, no; que era preferible hablar del canal de Suez.

Ojén se sintió extraordinariamente ofendido; si no hubieran estado presentes sus dos discípulos se hubiera reído y la cosa no hubiera tenido trascendencia. En presencia de ellos no podía callarse, y respondió violentamente. Milde tenía el don extraordinario de ser único a tiempo y a destiempo. ¿Quién le había preguntado su opinión sobre Baudelaire?

Milde le replicó decidido, pues sabía que Paulsberg le cubría las espaldas, y se produjo una de las querellas ordinarias, pero más abierta y más brutal que de *costumbre*. Ahora no estaba allí Hanka, que aplacaba las furias, y se pronunciaron palabras duras y claras, sobre cuya significación no cabían interpretaciones, y Milde acabó diciendo que la poesía de Ojén era enteramente chifladura *baudeleriana*. A lo cual Ojén no replicó, si] que dio con el vaso reciamente en la mesa, pagó y fue. Sus dos acompañantes le siguieron.

—No lo puedo soportar con sus poemas en prosa —dijo Milde para disculparse—. No comprendo cómo puede hablar de las insulseces que escribe estando a su lado un hombre como Paulsberg. Pero ya lo calmaré, con que le dé un golpe en el hombro y le diga que siento que no le hayan dado a él la pensión... —en esto se acordó de Hanka—. Echo de menos a Hanka; ha desaparecido completamente; nadie sabe su dirección. Ya sabréis que al fin se ha separado de su marido. Ha alquilado una habitación y Tidemand le pasa cierta cantidad mensual.

—Me está usted dando con los pies constantemente, señora Paulsberg.

—No sea usted cínico.

—Digo la verdad. Me está tropezando con los pies por debajo de la mesa. Y no es que yo sea en principio enemigo de los puntapiés de las mujeres hermosas, de ningún modo...

Gregersen se echó a reír a carcajadas sobre su propia ocurrencia. Y en seguida

abordó su tema favorito: el vicio que reinaba por doquier. ¿Verdad que no se podía vivir entre tanta corrupción? Y se reía de todo corazón, gozoso y satisfecho.

Y Paulsberg, que llevaba largo rato sin hablar y veía que había estado injusto con su amigo, tan servicial, haciéndole responsable de la política de *Las Noticias*, se echó a reír, encantado de que Gregersen pudiera divertirse así.

Chocó su vaso con el del periodista, y le dijo:

—Supongo que habrás comprendido que en mis ataques a *Las Noticias* no me refería a ti.

Gregersen, que en aquel momento estaba satisfecho y borracho, lo entendía todo; le dio a Paulsberg en el hombro y lo llamó «mi querido amigo», «mi mejor amigo». ¿Por quién lo tomaba?

Entonces Paulsberg se lo llevó a un rincón, y le dijo:

—Oye, viejo amigo; hace poco se publicó en un periódico alemán una crítica elogiosa de mi libro *El perdón de los pecados*. ¿No podías intercalarlo en *Las Noticias*? Me harías un gran servicio.

Gregersen prometió hacer: todo lo posible; por él no había de quedar. Claro que se publicaría.

Volvieron a su sitio, pero Milde, que había estado oído avizor, se enteró de lo que hablaban; estaba seguro de no haber oído mal: Paulsberg quería que se publicase en *Las Noticias* la crítica alemana de su libro.

Paulsberg había hecho lo que tenía que hacer y quiso irse a casa. Pero Milde fue bastante ingenuo para protestar. ¿Irse tan pronto? No, no estaba bien.

Paulsberg se sonrió tranquilamente.

—Parece mentira que no me conozcas —dijo—. Cuando digo una cosa es que la pienso.

Milde hubiera debido saberlo, pero no obstante se obstinó en retener a Paulsberg. Fue inútil. Paulsberg no se dejó convencer; era tarde; tenía que hacer: un par de revistas querían colaboraciones suyas.

Al salir Paulsberg y su mujer se tropezaron en la puerta con tres personas que les hicieron volverse: eran Grande y Norem, y Coldewin, que venía con ellos.

La señora Grande, no; a la señora Grande no se la veía nunca con su marido.

Los tres traían una conversación de la calle que continuaron apenas hubieron tomado asiento y después de saludar a los amigos. El que hablaba era principalmente Coldewin. El abogado refirió que lo había encontrado en la calle de Lágrimas, y que Coldewin le había contado que se iba mañana en el tren de la noche. Había conseguido un puesto de profesor particular allá arriba, en el Norte. Lo había hecho venir a *fuera* de insistencia —dijo el abogado— y por el camino se encontraron a Norem.

Coldewin habló también del Storthing y de la situación actual; volvió a acusar a la juventud, que no se movía, ni había sabido responder a las insensateces del Poder. ¡Qué juventud más degenerada la de hoy!

—¡Qué! ¿Van mal las cosas para nosotros otra vez? —preguntó Milde en voz baja.

Y Paulsberg contestó riendo después de vaciar su vaso:

—Tenéis que tomarlo con paciencia. Pero vámonos a casa, Nicolina. Yo no lo soporto.

Y Paulsberg y su mujer abandonaron el local.

CAPÍTULO XXV

Coldewin se había sentado a alguna distancia; estaba bastante desastrado; traía el mismo traje con que había llegado en primavera y no se había afeitado la barba ni cortado el pelo. El traje estaba totalmente deteriorado y ni siquiera tenía botones.

Sin embargo, el periodista le invitó a que se acercase. ¿Qué quería tomar? ¿Cerveza, nada más? Bueno; como gustase.

—Coldewin va a abandonarnos pronto —dijo el abogado.

—Puede ser que se marche mañana, pero hoy vamos a beber un vaso juntos. Siéntese aquí, Coldewin; aquí tiene usted sitio.

—¿Y tú, Norem? ¿Qué haces? —dijo Milde—. ¿No te da vergüenza? El otro día te han recogido en mitad de la calle.

—Bueno, ¿y qué? —replicó Norem.

—Sí, está bien; pero...

Coldewin echó una ojeada indiferente al café. El pobre profesor no tenía aspecto de haberlo pasado muy bien en la ciudad; había enflaquecido lamentablemente y debajo de sus ojos brillantes había sombras azules. Bebió con avidez un vaso y hasta dijo que hacía tiempo no le había sabido tan bien la cerveza.

—Pero volviendo a nuestra conversación —dijo el abogado—, no puede decirse ligeramente que sea tan lamentable el estado de la joven Noruega.

—No —replicó Coldewin—, no debe decirse ligeramente. Hay que procurar ahondar hasta lo más profundo, hasta ¡a raíz de las cosas...!

—¿Y qué?

—Y lo que hay en la raíz de nuestra situación actual es la creencia supersticiosa en una fuerza que ya no poseemos. Salvo la vida comercial floreciente, lo demás va cuesta abajo. Pero nos satisfacemos un poco; hace diez o quince años, hablábamos fuerte, y entonces teníamos derecho a hacerlo, y continuamos usando el mismo lenguaje sin el menor motivo. Ahora mismo, el Storthing se ha disuelto cobardemente sin hacer nada. ¿Nos hubiéramos conformado con esto hace diez o quince años? Nuestra fuerza y nuestra valentía son sólo teóricas, nos emborrachamos con palabras y no obramos. Hemos tenido

nuestra pequeña edad de oro, pero ha pasado. Sólo queda en pie nuestra vida económica.

—¿Qué cosas sabe usted, amigo! —interrumpió el periodista.

Pero Milde le dijo en voz baja:

—¿Por qué no lo dejas que siga? Cree lo que dice; mira cómo tiembla: en nuestro tiempo es un verdadero fenómeno.

De pronto, preguntó el abogado:

—¿Ha leído usted la última poesía de Ojén?

—No —dijo Coldewin.

—Magnífica: una cosa egipcia. Recuerdo este trozo: «En este mar de arena solitario no se oye más que la lluvia de arena incesante que azota mi sombrero, y el ruido seco de las rodillas de los camellos»... Y luego el pasaje aquel en la tumba: el polvo, la momia. Es lástima que no lo haya usted oído.

—Me acuerdo de él; le conocí en Torahus; volví a verle el diecisiete de mayo; nos saludamos. Me dijo que estaba muy nervioso y que iba a acostarse. Estaría cansado.

—Claro —replicó el periodista—. Ojén es un hombre muy singular. Cuando está cansado, se acuesta.

—Pero el último libro de Irgens sí que lo habrá leído usted.

—Sí; he leído el último libro de Irgens. ¿Por qué me lo pregunta?

—Por nada —replicó el abogado—. No comprendo cómo puede usted tener tan mala opinión de nuestra juventud conociendo sus trabajos. Hay escritores de altura...

—Y dale con los escritores; siempre han de salir nuestros escritores. ¡Cómo si lo importante fuese contar con un par de personas que escriban! En primer lugar hay que saber de qué rango es su literatura...

—De primer orden.

—Pero ¿por qué no se ha de hablar más que de nuestros literatos? En nuestro círculo hay un hombre que perdió hace poco mucho dinero en un negocio de centeno. Mala suerte. Bueno; ¿pero sabéis lo que hace ahora? Pues está creando un nuevo producto de exportación: está fabricando brea...

—Yo confieso que sé poco de nuestra vida comercial, pero...

—Lo que pasa, señor abogado es que tiene usted poca simpatía por ella. ¡Aquí no hay más que literatos y poetas! Aquí está Irgens, aquí está Ojén. Y en los cafés, cuando ellos hablan, todo el mundo se calla. ¡Chist! ¡Qué habla el poeta! Y en sus casas lo mismo: ¡Silencio!

¡El poeta está escribiendo! Las gentes los conocen de lejos y se descubren, y los periódicos le comunican a la nación que el escritor Paulsberg se ha ido a hacer una excursión a Honefos. En resumen...

Gregersen no pudo contenerse; él mismo había insertado la noticia de aquella excursión.

—Tiene usted la manía de decir impertinencias; parece que no puede usted decir otra cosa.

—No comprendo por qué te exaltas, Gregersen —dijo Milde—; el propio Paulsberg ha dicho que lo oyéramos con paciencia.

Pausa.

—En resumen —prosiguió Coldewin—: Los escritores jóvenes no pueden quejarse del acatamiento que se les presta. Pero luego falta saber si son merecedores de él. No lo sé. Acaso no les conozca a todos. Pero ¿hay realmente uno que deje en segundo término a los demás? ¿O es todo poesía mediocre de esquimales? Quiero descontar...

—Oiga usted, amigo —volvió a exclamar Gregersen.

—Un momento y termino... Quiero descontarles la última poesía egipcia de Ojén; el resto, lo conozco en su mayoría. Y me parece que ninguna de esas producciones asombra a las otras: todo es del mismo nivel...

—Si fuera verdad, sería triste —dijo el abogado.

—Muy triste, extraordinariamente triste —dijo Coldewin, y prosiguió—: No hay remedio, no. No podemos olvidar que un tiempo teníamos motivos para hablar alto y seguimos empleando el mismo tono. Nuestros escritores son genios: los traducen al alemán. Entretanto, el Storthing se disuelve sin atreverse a abordar un conflicto que conmueve al país. Pero ¿qué importa? Aquí están nuestros jóvenes genios literarios.

Al fin, Gregersen tomó la palabra:

—Oiga usted, amigo: no me acuerdo de su nombre: ¿conoce usted la historia de Vinje y las patatas? Siempre que le oigo hablar me acuerdo de ella. Usted es increíblemente ingenuo y viene usted con cosas que cree nuevas y que ya hace tiempo las tenemos olvidadas. Puntos de vista de autodidacto... Vinje era también un autodidacto. No lo sabrá usted, pero era autodidacto. Un día empezó a cavilar sobre el círculo que se formaba en una

patata nueva al cortarla por la mitad. Del campo sabrá usted al menos que en primavera puede haber una figura violeta en las patatas. Pero esto le chocó de tal modo a Vinje que se puso a escribir sobre ello una monografía matemática. Creyendo haber hecho un gran descubrimiento se la dio a leer a Feamley. Pero Feamley le dijo: «Muy bien; ha resuelto usted el problema». Sólo que ya lo sabían miles de años antes. ¡Hace dos mil años lo sabían! Y siempre que le oigo a usted, pienso en la historia. No lo tome a mal.

Pausa.

—No, no lo tomo a mal —repuso Coldewin—. Pero si le he entendido bien, resulta que somos de la misma opinión. No le digo nada que usted no sepa ya, ¿no es eso?

Gregersen movió vivamente la cabeza y se volvió hacia Milde:

—¡Este hombre es imposible! —Luego bebió un trago y tomó a hablar con Coldewin, gritando más de lo conveniente—: Pero ¿no comprende usted, hombre de Dios, que sus opiniones, las opiniones de un autodidacto son ridículas? Usted cree que lo que dice es nuevo; para nosotros es viejísimo: lo conocemos y nos reímos de ello... ¡No quiero seguir hablando con usted!

Y Gregersen se levantó violentamente.

—¿Pagas? —le preguntó Milde.

—Sí; ¿pero te vas?

—Me voy; en primer lugar tengo que ir al periódico, y en segundo lugar, ya he oído bastante. ¡Y en tercero y en duodécimo lugar, ya he oído bastante! ¡Adiós!

Y con paso vacilante salió del local para dirigirse a la redacción.

Dieron las seis. Los tres que habían quedado en la mesa permanecieron un momento silenciosos. Coldewin llevó la mano a un botón, como si quiera abrocharse la americana, y en vista de que no había botón se puso a mirar a la calle para distraer la atención. Luego dijo:

—Ya va siendo tarde.

—Sí; ¿pero no quería usted irse también? —le interrumpió el abogado—. ¡Cerveza, mozo...! Bueno; vamos a ver si llegamos a una inteligencia. El que nos quita a nuestros poetas es como si nos borrara del mapa, pues ellos son los que nos hacen ser lo que somos.

Milde asintió. Ellos eran los que nos daban a conocer en el extranjero. ¿Poesía esquimal? ¿Qué había querido decir con eso? Por lo demás, él, Milde, no era un fanático, y podía escuchar todas las opiniones.

—No está bien que pongamos en nuestros escritores nuestra representación —dijo Coldewin—. Pero el fundamento de eso está en que en los últimos años nos hemos hecho poco exigentes y nos satisfacemos con nada. ¿Poesía esquimal? Sí; la frase es algo fuerte, claro está; no quería decirlo con tanta crudeza. Pero ¿no es significativa la satisfacción con que nuestros escritores tratan las cosas más nimias? Ahí están Paulsberg, Ojén e Irgens; no dicen —es un ejemplo—: El mundo está de tal manera; la existencia no tiene sólo un aspecto, sino infinitos aspectos, y en mi propio corazón hay profundidades a las que nunca he descendido. Huyen de las cosas grandes y escriben sobre la Iglesia y el Estado, y la hipoteca sobre coronas fundidas de reyes y arena egipcia.

Y con esta modestia de los temas contrasta lo suntuoso del tono. Hablan como si fuesen a inaugurar una nueva era de cultura; su modestia degenera en alarde de perfección, en patética, fruncen el entrecejo y parecen enajenados y poseídos como si oliesen sangre de cristianos. Pero el elogio crece desmesurado y acaba por perder todo pudor; los escritores no son talentos dignos de leerse; no: son gente que ejerce una gran influencia en la vida espiritual de la época, que sumerge a Europa en hondas cavilaciones. ¿Cómo hemos, pues, de extrañarnos de que ellos se crean con derecho a la admiración de los demás? En noches tranquilas, a solas consigo mismos, acaso se sonrían; es posible que en las horas solitarias se miren al espejo. Entre los antiguos romanos había sujetos a quienes se llamaban augures. Eran hombres sabios y profundos que explicaban el vuelo de los pájaros. Pues bien; esos augures no podían tropezarse sin reírse.

El abogado contradijo:

—No conoce usted bastante a nuestros escritores, no los conoce usted.

—Aquí, en la ciudad, he tratado de conocer un poco su vida; no es tan escondida que no permita adivinarla un poco, y hasta por cierto motivo la he seguido cuidadosamente; por el mismo motivo que hace que hoy hable acaso con acritud. He visto, he visto un poco. Y más de una vez he preguntado: ¿Tan pobres estamos de ideales? ¿Hemos perdido ya el orgullo de exigir? ¡Nueva tierra! ¡Tierra pálida, vil arcilla! Yo desearía que las gentes dejasen de considerar como una vida ejemplar la vida de los escritores con sus intrigas y sus luchas mezquinas. Yo no soy amigo de Irgens, ni él mío, y, sin embargo, reconozco que se le ha tratado injustamente. ¿Quién es el que se le pone enfrente? ¿Un colega, acaso un escritor que disimuladamente realiza trabajos de zapa? No lo sé; pero sé que nuestros-escritores llevan una vida mezquina; pequeños y amargados, tienen celos de la dicha de los demás, y no pueden disimular su envidia. Luego, cuando llegan a cierta edad y han escrito unos libros, se indignan porque el país no les suministra las sumas que necesitan para vivir, y se lamentan: ¡ahí tenéis cómo trata Noruega a sus grandes hombres! Y de tal modo se han trastocado nuestras ideas que creemos que en efecto los escritores están por encima de todo. ¡Cuánto mejor merecían la pensión los periodistas que trabajan incesantemente! ¡Cuánto más digno de consideración es el periodista honrado, que con su trabajo diario se gana la vida para sí y para los suyos, que estos poetas que hacen un librito de versos y luego se dedican a intrigar para obtener una pensión!

Entretanto, Norem el actor estaba hundido en su silla, sus párpados se cerraban y

chupaba cansado e indolente su cigarro. Finalmente se puso en pie, empujó el «bock» vacío, y dijo:

—Si realmente tienes intención de convidarnos a algo, páganos un vaso de vino.

Y en efecto, se trajo el vino.

En el mismo momento se abrió la puerta del café y entraron Irgens y Ágata. Estuvieron un momento parados en la puerta mirando en derredor; Ágata no mostraba la menor inquietud, pero, al divisar a Coldewin, dio de pronto dos pasos apresurados hacia él, se sonrió y abrió la boca para saludarle, pero luego se contuvo. Coldewin se quedó con la vista clavada en ella y se llevó maquinalmente la mano a los botones de la americana, pero no se movió.

Todo aquello pasó en brevísimos instantes.

Ágata e Irgens se acercaron a la mesa, y luego de saludar se sentaron. Ágata le dio la mano a Coldewin. Milde les preguntó qué querían tomar.

—Llegáis demasiado tarde —dijo riendo—. Deberíais haber venido antes; ahora ya ha terminado la función. Coldewin nos ha entretenido mucho.

Irgens alzó la vista, le arrojó a Coldewin una rápida ojeada y dijo mientras encendía un cigarro:

—Creo haber disfrutado ya una vez de la conversación del señor Coldewin; por ahora tengo bastante.

Sólo con trabajo lograba Irgens contener su antipatía. Veía hoy por segunda vez a Coldewin; le había visto largo tiempo parado en la calle delante de su casa y no había podido salir con Ágata hasta que desapareció. Un azar afortunado había hecho pasar por allí al abogado; si no, Coldewin hubiera seguido allí, como un espía, teniendo sitiada a la pareja.

Coldewin estaba confuso, jugaba inquieto con la tapa de su «bock», y miraba al suelo.

—Sí, Irgens, esta tarde habéis recibido lo vuestro los literatos —prosiguió Milde—. ¿Crees acaso que bastaba con lo del otro día en el Tívoli? Aquello eran palabras afectuosas, pura miel, comparado con lo de hoy. No traéis nada nuevo al mundo; tenéis la mala costumbre de envidiaros unos a otros y de tenderos lazos arteros. ¿Qué te parece el retrato?

Irgens se encogió de hombros.

Ágata no decía nada; seguía ya a uno, ya a otro con la mirada, y alzaba los ojos, sonriente y despreocupada, hacia Irgens.

—Bueno —dijo el abogado—; Coldewin estuvo claro, pero ha hecho resaltar la injusticia de que no se hable de las poesías de Irgens. Eso lo has oído tú también, Milde.

—Pero no era eso en son de defensa del señor Irgens —exclamó de repente Coldewin con voz clara y penetrante—. Sólo era para mostrar cómo proceden unos con otros los señores escritores.

Pausa. Coldewin bebió distraído un sorbo de cerveza; su mano temblaba. El abogado miraba asombrado su transformación. ¿De dónde había sacado aquella voz y aquel tono?

—Bueno; será lo que sea —dijo el abogado, conciliador—. Pero en todo caso usted ha dicho cosas que no piensa en serio. Les echa usted en cara a los escritores sus celos y envidias; pero este es un vicio que se encuentra en todas las clases. Yo lo veo en mi profesión.

Coldewin replicó a esto breve, y sin duelo que, sin embargo, en ninguna profesión este vicio adquiriría las proporciones que entre los escritores. Sirviera de ejemplo el auxilio que los comerciantes se prestaban unos a otros en situaciones apuradas. ¡Qué diferencia con lo que ocurría con los escritores!

—En recompensa nos ocupamos de los escritores y discutimos sobre su último libro, mejor o peor, siendo así que actualmente son los comerciantes los que más merecen nuestra estimación. Ellos son los que han hecho de Noruega una nación comercial, un país de exportación. Y, sin embargo, los privilegiados han de ser los escritores. ¿Por qué? Un escritor puede no pagar, puede deber veinte mil coronas. A un comerciante que hiciese lo que ellos hacen se le denunciaría por estafa. Pero cuando se trata de un escritor las gentes se limitan a comentar en privado el engaño y encuentran delicioso que llegue a deber las veinte mil coronas...

Milde dio un golpe en la mesa con su «bock», y dijo:

—Bueno hombre: creo que ya ha hablado usted bastante.

El pintor pareció haber perdido la paciencia. Mientras había estado solo con el abogado y el actor no había protestado lo más mínimo, y hasta le habían entretenido las amargas acusaciones de Coldewin; pero tan pronto como llegó un escritor, comenzó a indignarse. Pues era una de las excelentes prácticas de Milde hablar siempre con las espaldas guardadas.

Coldewin le miro.

—¿Lo cree usted así? —dijo.

—Sí, lo creo.

Coldewin había hablado indudablemente con intención; sus palabras llevaban una

dirección determinada, y todos se dieron cuenta de ello. Irgens se mordía de cuando en cuando el bigote.

En aquel momento, hasta Norem prestó atención; comprendió que algo pasaba ante sus cansados ojos y empezó a mezclarse en la contienda, a tronar contra la moral de los comerciantes: la moral más corrompida de la tierra, basada en la explotación; una moral puramente judía. ¿Es decoroso ser usurero? A él que no le vinieran con esas monsergas; ya sabría contestar si llegaba el caso. ¡Conque moral de comerciantes! La moral más corrompida de la tierra...

Entretanto, el abogado hablaba con Irgens y Ágata, y les refería cómo había encontrado a Coldewin.

—Me lo tropecé hace un rato allá por tu barrio, Irgens, en la calle de Lágrimas, debajo de tus ventanas precisamente. Allí estaba parado y me lo traje.

Ágata preguntó en voz baja con ojos muy abiertos y expresión asustada:

—¿Le encontró usted en la calle de Lágrimas? ¿Oyes, Irgens? Debajo de tus ventanas. ¡Dios me ampare!

Adivinó en seguida que algo se tramaba. Coldewin la miraba con mucha atención fijamente a la cara, esforzándose en que notase que la miraba.

Norem, en tanto, seguía formulando preguntas imposibles:

—¡Conque sí! ¿Es decir, que el mundo estaba corrompido porque se interesaba por el arte y la literatura?

—Oiga usted, viejo. Deje usted el arte en su sitio y siga su camino. ¡Ja, ja! ¿Conque hombres y mujeres están totalmente corrompidos?...

Coldewin aprovechó inmediatamente la ocasión para contestar. No se dirigió a Norem y hasta desvió de él su mirada, pero dijo lo que tenía que decir hablando para todos. No era exacto decir que hombres y mujeres estuviesen corrompidos, pero sí que habían llegado a cierto grado de frivolidad y vacío; eran degenerados y pequeños. Nueva tierra, tierra pálida, sin tierra densa y fructífera. La juventud tiene la sangre helada, y no es capaz de grandes arrebatos ni de grandes pasiones. ¿Y las mujeres? ¿Qué se había hecho de su altanera mirada de antes? Aquella mirada era algo grande y delicado, pero no se la veía ya. Las mujeres no distinguían ya lo mediocre de lo superior; un par de míseros versos o una novela trabajosamente compuesta las sumían en la mayor admiración. La mujer había perdido su sencillez rica y amable, la fuerza de la pasión, la admiración por el hombre único, su héroe, su dios; se había hecho golosa, cogía de todo un poco y daba a todos la mirada entera. El amor era para la mujer el nombre de un sentimiento extinguido sobre el cual había leído cosas y del que había hablado inclusive; pero no lo sentía como un vendaval arrollador que la hiciera caer de rodillas, sino como un soplo suave, como un

sonido apagado. Y el mal no tiene remedio. Hoy aún vivíamos de la herencia de pasadas generaciones. Sólo el comercio conservaba el pulso recio. Sólo en él había vida y hervor. Había que tributarle gratitud, pues de él vendría la renovación.

Estas últimas palabras acabaron de indignar a Milde, quien sacó del bolsillo un billete de diez coronas, se lo tiró a Coldewin por encima de la mesa y dijo furioso:

—¡Ahí tiene usted su dinero! Acuérdesse usted. Me prestó en una ocasión diez coronas y se me había olvidado hasta hoy. Supongo que ahora comprenderá usted que puede marcharse.

Coldewin enrojeció vivamente, pero tomó el billete.

—No me da usted las gracias muy cortésmente por el préstamo —dijo.

—Y ¿quién le ha dicho a usted que yo era un hombre cortés? Lo principal es que ha recibido su dinero y que podemos esperar vernos libres de usted.

—Sí, gracias; necesito mi dinero: no me quedaba nada —replicó Coldewin, y se puso a envolver el billete en un trozo de periódico. La manera de cogerlo indicaba ya lo torpe que era y su poca costumbre de manejar dinero. Pero de pronto alzó la cabeza, y mirando a Milde dijo:

—Por lo demás, no creía que me devolviese usted este dinero.

Milde tuvo un raptó de cólera, pero luego se aplomó; la ofensa no le hizo saltar, murmuró una respuesta y en seguida eludió el choque, diciendo que no tenía ánimo de ser descortés, y que pedía perdón; estaba excitado, pero en suma...

Entonces, Norem, que estaba sentado indiferente y ebrio como de costumbre, no pudo mantenerse serio por más tiempo; no vio más que el aspecto cómico de la escena y exclamó riéndose:

—Pero ¿hasta a este le has pedido dinero, Milde? ¡Qué gracioso! No hay nadie que se libre de un sablazo tuyo. Eres único. ¡Ja, ja, ja! ¿A este también?

Coldewin se levantó.

En el mismo instante se levantó también Ágata y corrió hacia él. Cogió su mano, presa de extraña emoción, y llevándole a la ventana comenzó a susurrarle no sé qué cosas. Se sentaron en una mesa donde no había nadie, y ella dijo:

—Es verdad: hablaba usted para mí, lo he entendido; tiene usted razón, Coldewin, la tiene usted. Pero ya verá cómo cambian las cosas. Dice usted que no puedo; pues sí que puedo. ¡Ya lo verá usted! Sólo ahora me doy cuenta de todo. No se enfade usted conmigo, querido Coldewin; espero que no estará usted enfadado. Aunque he sido tan mala...

Ágata lloraba con los ojos secos; completamente desconcertada no levantaba la vista del suelo y hablaba incesantemente. Él decía de cuando en cuando una palabra, asentía, movía la cabeza cuando aparecía demasiado desconfiada y la llamaba, confuso, Ágata, querida Ágata. Siguieron sentados; Ágata fue calmándose, inclinó la cabeza a un lado y escuchaba atentamente cuando él hablaba. No debía creer que todo lo que había dicho se refería a ella; de ningún modo. Ciertamente que había pensado en ella; ¡pero, a Dios gracias, se había equivocado! Tampoco había querido hacerle daño, sino tan sólo ponerla un poco en guardia: ella era muy joven y él, como de más edad, comprendía a qué peligros estaba expuesta. Pero ¡por Dios!, que no se entristeciera.

Continuaron hablando. Irgens se impacientó y se puso en pie bostezando y estirando los brazos para indicar que quería irse; pero, de pronto, se le ocurrió que había olvidado algo y se fue muy de prisa al «buffet», donde pidió café tostado, que metió en una bolsa de papel.

Milde pagó la cuenta, manejando el dinero con mucha soltura, y se levantó igualmente. Se despidió de los amigos y se marchó. Al poco tiempo se le vio a través de la ventana de Grand, que saludaba a una mujer con la que se iba a poco por una calleja: la mujer traía un largo boa que a veces se enroscaba al brazo de Milde.

Ágata y Coldewin seguían en su sitio.

—Podía usted acompañarme a casa —dijo ella—. Aguarde un momento; voy sólo...

Se fue hacia la mesa de Irgens, cogió su abrigo e hizo ademán de irse.

—¿Se va usted? —preguntó él, muy asombrado.

—Sí; no quiero oír más, Irgens —replicó ella—. Hasta otro rato.

—¿Que no quiere usted oír más? ¿Quiere que la acompañe a casa?

—No. Y otro día, mañana, tampoco. No; es necesario acabar.

Le tendió la mano y le dio las gracias, indiferente. Miraba incesantemente hacia Coldewin y se impacientaba porque Irgens la retenía.

—Recuerde lo que me prometió para mañana —dijo Irgens cuando ella se iba.

CAPÍTULO XXVI

Ágata y Coldewin se fueron juntos calle arriba. Él no le dijo que pensaba irse, cosa que ella no sabía. Ágata se sentía dichosa yendo con Coldewin, el hombre que repelía a los demás con sus imposibles peroratas. Iba muy pegadita a él; su corazón temblaba en el pecho.

—Perdone, Coldewin —dijo ella—. Perdóneme por todo: por lo de ahora y por lo de antes. ¿Quiere usted? Hace poco no me hubiera atrevido; pero, sólo con verle, he recobrado la confianza. Nunca me dirige usted el menor reproche. Y no crea usted; hoy no he hecho nada malo... Ya sabe usted lo que quiero decir. —Y le miró a los ojos.

—No tengo nada que perdonarle —respondió él.

—Sí; tiene usted muchas cosas que perdonarme —repitió ella insistente—. No lo entiendo. Mire usted: ¿puede creer que ahora sólo pienso en la época en que paseábamos por los bosques de Torahus; cuando salíamos al mar?

—¿Se marcha usted pronto, Ágata?

—Sí, me marcharé, créame, hoy no he hecho nada malo; pero me arrepiento de todo... ¡Usted evoca en mí tantos recuerdos! Una vez fue usted a buscarme a la cabaña del guarda para llevarme a casa. Me había echado de menos, dijo usted. Me parece estar oyéndole. —Calló un momento. De pronto le miró, sonriente, y le dijo—: Ya hace mucho tiempo que no se ha cortado usted el pelo.

—Sí; me lo voy a cortar.

—Pero la barba, no —exclamó ella—. La barba, no; es magnífica.

A lo que él replicó en tono indiferente.

—¿Le parece así? No; ya está demasiado gris.

Pausa. Luego ella prosiguió:

—Sí, tiene usted razón en todo lo que ha dicho. Llamadas azules, sin verdadero orgullo. No soy tan tonta que no le haya entendido.

—Pero, querida Ágata —exclamó él desesperado—: No era por usted. No lo decía por usted. Y, además, me equivocaba, me equivocaba totalmente; ahora lo veo. A Dios

gracias usted es muy distinta. Pero oiga usted, Ágata: prométame que tendrá cuidado; ¿quiere usted? A mí no me importa lo más mínimo, ya lo comprendo; pero ha caído usted entre una gente... Créame, no es gente para usted. También la señora de Tidemand cayó entre ellas.

Ella se le quedó mirando inquisitiva.

—Creo que estoy obligado a decírselo —prosiguió Coldewin—. ¡Hasta Hanka, que era una de las pocas personas de verdadera dignidad en el círculo! ¡Un escritor la extravió!

—¡Ah...! ¿Sí? —dijo Ágata—. Bueno; a mí no me importan lo más mínimo los escritores, puede usted creerme. Ahora, ni siquiera me acuerdo de ellos.

Y súbitamente cogió el brazo de Coldewin y se acercó a él.

Él se quedó casi confuso y retrasó el paso; ella se dio cuenta y, sonriéndose, le dijo mientras le soltaba;

—No; esto no debía hacerlo.

—No —dijo él a su vez—; no debe usted hacerlo.

—No, no. Pero le veo tan pocas veces, Coldewin. —Y bajó los ojos.

—Oiga usted: ¿qué va usted a hacer en su casa? ¿Estudiar o qué? Y diga: ¿tiene usted noticias de su prometido?

—Todavía no. Es demasiado pronto. ¿Teme usted acaso que le pueda suceder algo en el viaje? ¿Lo pregunta usted por eso, Coldewin?

Ante la puerta de ella se quedaron parados, y al rato se despidieron. Ella comenzó a subir vacilante la escalera.

De pronto se volvió; bajó a la calle, y profundamente emocionada le dijo en voz baja:

—¡Si viera usted cómo le quiero ahora!... Y gracias por lo de hoy.

Y dicho esto volvió a subir apresuradamente.

Coldewin se quedó un instante parado. Seguían percibiéndose los pasos de Ágata en la escalera; de pronto se extinguieron. Entonces se fue y subió lentamente calle arriba. No veía ni oía nada.

Instintivamente se había encaminado hacia la taberna donde solía comer. Entró y pidió la comida. Estaba hambriento y tragó cuanto le pusieron por delante, como si llevase

ya mucho tiempo sin comer; ni del pan dejó el menor rastro. Cuando hubo terminado sacó su billete de diez coronas y pagó; al mismo tiempo se tocó en un bolsillo del chaleco unas monedas de plata, la pequeña suma que había reservado para pagar el billete del ferrocarril.

Al día siguiente, a eso de las cinco, se encaminó Ágata hacia el muelle, en el mismo sitio del día anterior. Irgens estaba ya allí esperándola.

Ella se fue hacia él rápidamente y dijo:

—Vengo sólo para decirle... No vengo a estar con usted; no tengo tiempo para hablar con usted. Pero no quise hacerle esperar.

—Oiga usted, Ágata —respondió él prontamente—; no me venga usted ahora con historias.

—No vuelvo a ir a su habitación. ¿Lo oye? Nunca. Me han abierto los ojos. ¿Por qué no se lleva usted a Hanka? Diga: ¿por qué?

Estaba pálida y hablaba con mucha excitación.

—¿Hanka? —preguntó él desconcertado.

—Claro que sí; lo sé todo; me he enterado... Toda la noche he estado pensando en ello; váyase, váyase en busca de Hanka.

Él se aproximó a ella.

—Hanka no existe para mí desde que la conozco a usted. ¡No existe en absoluto! Hace semanas que no la veo; no sé ni siquiera dónde vive.

—Eso no importa —replicó ella—. Vaya usted a buscarla... Bueno, iré un ratito con usted. No voy con usted hasta su casa: sólo un ratito.

Y echaron a andar. Ágata se había tranquilizado.

—Le dije que había estado pensando en ello toda la noche —prosiguió—. Eso no es verdad, naturalmente. Quería decir todo el día. No, tampoco todo el día... Pero ¿no le da a usted vergüenza? ¿Mujeres casadas? No se defiende usted con mucho calor.

—Ya sé que es inútil.

—No, es que la quiere usted. —Y como él callara, añadió imperiosa—: Podía decirme al menos si la quería.

—A quien quiero es a usted —respondió él—. Le aseguro que no miento. La quiero a usted, Ágata, y a nadie más. Haga usted conmigo lo que quiera.

Esto lo dijo sin mirarla, con los ojos fijos en el suelo; un par de veces se retorció convulsivamente las manos. Ágata sintió que su emoción era sincera, y ablandada repuso:

—Sí, Irgens, sí; le creo a usted... Pero no voy hasta su casa; hasta su casa no llego.

Pausa.

—¿Le han abierto los ojos? —dijo él luego pensativo—. ¿Quién la ha predispuesto así contra mí? ¿Es acaso ese...? Sin duda ha sido su maestro, que me tiene antipatía. Ese imbécil...

—No le permito que injurie a Coldewin. ¿Lo oye usted bien?

—Bueno, bueno; esta noche se marcha y quedamos libres de él.

Ella se detuvo.

—¿Se marcha esta noche?

—Sí.

¿Conque Coldewin se iba? Y no le había dicho una palabra. Irgens tuvo que explicar cómo lo sabía.

La noticia de esta marcha la preocupó de tal modo que no tenía oídos para nada más; y cuando sintió en su brazo la presión leve de la mano de Irgens se apartó mecánicamente. Así caminando llegaron frente a la casa de Irgens. Al verse allí ella retrocedió súbitamente, y dijo que no un par de veces, mientras le miraba embebida en sus ojos. Pero él suplicó insistentemente, y al fin la cogió de un brazo y se la llevó adentro.

La puerta se cerró tras ellos...

En la esquina de la calle, Coldewin espiaba y vio toda la escena. Cuando desapareció la pareja, salió de su observatorio, llegó hasta la puerta y se estuvo allí un rato rígido y con la cabeza hacia delante, como en ademán de escuchar. Estaba completamente transformado, su cara estaba contorsionada y se sonreía con una sonrisa muerta; se sentó en la escalera y esperó.

Pasó una hora; sonó un reloj a lo lejos; faltaba todavía un buen rato para la salida del tren. Otra media hora; al fin sonaron pasos en la escalera. Salió primero Irgens, y Coldewin permaneció inmóvil en la penumbra. Luego apareció Ágata, que súbitamente dio un grito. En el mismo instante Coldewin se levantó y se fue. Salió dando tumbos como si estuviera bebido y desapareció a la vuelta de la primera esquina; sonreía como petrificado.

Se fue directamente hacia la estación. Sacó el billete y entró en el andén. A poco llegó un mozo que traía su maleta. Es verdad, casi la había olvidado. «¡Póngala allí, en ese

departamento vacío!». Luego subió él. En seguida se dejó caer totalmente desfallecido. Se puso a sollozar en un rincón y su cuerpo flaco temblaba estremecido. Al cabo de unos instantes sacó su cartera, cogió una cinta de seda con los colores nacionales noruegos y se puso a rasgarla lentamente, entre sollozos. Al terminar se quedó mirando los pedazos que tenía en una mano. En aquel momento pitó el tren y se puso en movimiento. Coldewin se asomó a la ventanilla y abrió la mano.

Y los pedazos de la cinta volaron para caer esparcidos por el suelo, donde podía pisarlos todo el que pasase.

CAPÍTULO XXVII

Todavía tardó Ágata unos días en irse. Irgens no la retuvo en vano; la suerte le colmó de dicha; ahora recogía el fruto de todos sus esfuerzos. Ágata se pasaba el día a su lado. Estaba enamoradísima de él y no le dejaba ni a sol ni a sombra.

E iban pasando días.

Al fin llegó un telegrama de Ole que hizo despertar a Ágata del delicioso sueño en que estaba sumida. El telegrama había estado en Torahus y llegaba con mucho retraso. Ole estaba en Londres.

¿Qué iba a pasar? Ole estaba en Londres, es cierto; pero no estaba aquí, y Ágata apenas recordaba su cara: unos ojos azules y grandes y un mechón de pelo en la frente, que se echaba atrás de continuo. Cuando pensaba en él veíalo en lontananza, como en un tiempo pasado. ¡Cuánto, cuánto tiempo hacía que se había ido!

Pero al llegar el telegrama despertaron sus sentimientos por el ausente, la invadió la antigua alegría, la conciencia dichosa de poseer el corazón de aquel hombre; le llamó susurrante y le suplicó que viniese, ruborosa y anhelante. No, no había ninguno como él; no atropellaba a nadie, caminaba sereno y honrado y la quería. «¡Mujercita! ¡Mujercita mía!», decía con frecuencia aun en mitad del trabajo. ¿Y la confianza que la invadía cuando se apoyaba en su pecho? ¿Y aquella manera infantil con que en medio de un cálculo complicado, se levantaba y se reía por cualquier cosa? Tampoco lo había olvidado.

Hizo rápidamente el equipaje, decidida a irse de cualquier modo. La tarde de su marcha le dijo adiós a Irgens, un largo adiós que la destrozó. ¡Era suya y Ole tendría que resignarse! Estaba decidida a romper el compromiso tan pronto como regresase Ole. ¿Qué diría cuando leyese su carta y se encontrase en ella el anillo devuelto? Le dolía no poder estar a su lado para consolarle. Tenía que herirle desde lejos. ¡Qué pena acabar así!

Irgens estuvo afectuosísimo con ella y la mantuvo firme; la separación no duraría mucho; si no podía ser de otro modo iría a verla andando. Además ella podía volver a la ciudad; no era una pobre; poseía hasta un balandro de recreo. ¡Un balandro de recreo! ¿Qué más podía pedir? La chanza hizo reír a Ágata, que se sintió aliviada.

La puerta estaba cerrada; no venía de la calle el menor ruido. Ágata podía percibir los latidos de su corazón; se despidió.

El propio Irgens había dicho que no la acompañaría a la estación; la cosa podía dar motivo a habladurías; la ciudad era pequeña y él demasiado conocido, por desgracia. Pero

se escribirían todos los días, dijo Ágata resignada. Sin eso no podría resistir.

Tidemand era el único amigo que sabía que se marchaba Ágata, y la acompañó a la estación. Había ido por la tarde a hacer su visita cotidiana al despacho de Henriksen. Al salir, se encontró a Ágata en la puerta, dispuesta para el viaje. Tidemand la acompañó. Había llovido y la calle estaba sucia, muy sucia. Ágata dijo dos veces: «¡Qué día más triste!».

Pero no volvió a lamentarse, y caminaba ligera como una niña formalita que no quiere pararse en la calle. El sombrero de viaje le sentaba bien, la hacía aún más joven y al andar cobraba colores su cara.

Hablaron poco. Ágata dijo tan sólo:

—Ha sido usted muy amable molestándose en acompañarme; si no, hubiera tenido que ir sola.

Tidemand vio que se esforzaba en ocultar su emoción; se sonreía, pero sus ojos estaban húmedos.

Él se sonrió también y replicó, para consolarla, que debía estar muy contenta de dejar esta suciedad e irse a respirar el aire puro del campo.

Además, no tardaría mucho en volver.

Y ella replicó que, en efecto, no tardaría mucho.

Estas palabras indiferentes fueron las únicas que cambiaron. Estaban de pie en el andén, había empezado a llover, las gotas pegaban recio en la techumbre de cristal y el tren estaba formado. Ágata subió a un coche y le tendió, la mano a Tidemand. Y, sintiendo de pronto un vivo anhelo de perdón, de condescendencia benévola, le dijo a aquel hombre, que casi era un desconocido para ella:

—Adiós... Y no piense usted mal de mí. —Y su cara se ruborizó vivamente.

—Por Dios, niña querida... —replicó él asombrado.

Y no dijo más.

Cuando el tren se puso en marcha asomó a la ventanilla su carita clara y encantadora y comenzó a decir adiós con la cabeza; sus ojos estaban húmedos y pugnaba por no llorar. No apartaba la vista de Tidemand, y al alejarse, empezó a agitar el pañuelo.

¡Qué curiosa muchacha! Era la única persona a quien conocía en el andén, y por eso le decía adiós con el pañuelo. Esta sencilla prueba de afecto conmovió a Tidemand, que comenzó también a agitar el pañuelo hasta que el tren se perdió a lo lejos. ¿Que no pensase

mal de ella? No, no pensaba mal, y si alguna vez lo había hecho, no volvería a hacerlo. ¡Con qué afecto le había dicho adiós, a él, casi un desconocido! Se lo contaría a Ole, que se alegraría mucho...

Tidemand se encaminó al almacén. Tenía la cabeza llena de asuntos comerciales y olvidaba todo lo otro. Sus negocios comenzaban a prosperar; ya no le negaban crédito. Su casa era como un animal que hubiese caído desvanecido y comenzara a moverse y recobrar fuerzas.

Cuando hubo pasado revista a su almacén, y después de dar algunas órdenes, se encaminó a un restaurante, donde acostumbraba comer. Era ya tarde, y comió de prisa, sin hablar con nadie. Cavilaba sobre un nuevo proyecto. Enviaba brea a España, el centeno había alcanzado un precio considerable y vendía de su provisión: sus negocios se extendían por todas partes: ahora le tocaba el turno a aquello, en Torahus. ¿Y el proyecto de combinarlo con la fabricación de brea? No estaba mal, y si Ole seguía insistiendo, no se opondría. Hasta había hablado del asunto con un ingeniero, que lo encontraba muy factible. Por su parte, no podía entrar en el negocio; necesitaba trabajar esforzadamente para sí y para sus hijos; pero no podía menos de pensar de vez en cuando en la empresa.

Tidemand se dirigió a su casa. Llovía recio y uniforme.

Pocos pasos antes de llegar se paró de pronto y se ocultó en un portal. En la calle, pegada a la ventana de su despacho, estaba su mujer, a pesar de que llovía con gran ímpetu. Miraba, alternativamente, a la ventana del despacho y a una ventana del segundo piso, a la que correspondía a su habitación. Ya la había visto otra vez y la había llamado en voz baja por su nombre; pero ella se había alejado rápidamente sin contestar. Esto fue hacía tres semanas, al anochecer de un domingo.

Quiso presentarse de improviso e hizo un movimiento pero crujió su impermeable, lo que hizo que ella mirara tímidamente y se quedara un momento quieta y desconcertada. Un instante tan sólo. En seguida se fue. Él estuvo quieto hasta que la perdió de vista.

CAPÍTULO XXVIII

Una semana después, regresó Ole. Venía inquieto; no había recibido contestación de Ágata, a pesar de haberle teleografiado repetidamente, y no sabía nada de ella. Por eso había apresurado la vuelta todo lo posible. Pero estaba tan lejos de adivinar lo que le aguardaba, que la última tarde que pasó en Londres le compró un regalo: un coche para el caballito que en Torahus tenía Ágata.

Al llegar a casa, se encontró con la carta de Ágata: la sortija estaba envuelta en un papel de seda.

Ole leyó la carta sin comprenderla apenas. Sólo sus manos comenzaron a temblar y se desorbitaron sus ojos. Cerró la puerta del despacho y volvió a leer la carta: era sencilla y clara, y no se podía sacar más que lo que en ella se decía: «Te devuelvo tu libertad». Además, allí estaba la sortija cuidadosamente envuelta en papel de seda. No había manera de sentir incertidumbre sobre la significación de una carta tan clara.

Ole se pasó horas enteras paseando por el despacho; puso la carta sobre el pupitre; paseó arriba y abajo con las manos cruzadas a la espalda; volvió a coger la carta y la releó. Estaba «libre».

No debía creer que había dejado de quererle —decía Ágata—: Pensaba en él tanto como antes, y hasta más aún, pues le pedía perdón mil veces al día. Pero ya no podía ser suya tal como debiera serlo. No se había entregado la primera vez, y sin resistencia, no; bien lo sabía Dios; no le quería más que a él, ni quería ser de otro más que de él. Pero había ido demasiado lejos y sólo le rogaba que la juzgase con benevolencia, aunque no lo merecía. Le suplicaba que olvidase el mal que podía haberle hecho y que no se apenara, pues no era digna de su dolor. Luego le decía adiós, dándole gracias por todo; también le devolvía la sortija, pero no por ofenderle, sino porque aquella era la costumbre.

La carta estaba fechada dos veces: arriba y abajo; sin duda no se había fijado en el detalle. Estaba escrita con la letra grande y pueril de Ágata, y redactada con una torpeza conmovedora: había dos tachaduras.

Había entendido bien, pues. Y, además, ¡allí estaba la sortija! ¡Claro! ¿Quién era él? No era ningún hombre eminente, conocido en todo el país, ni un genio a quien se pudiese amar ardientemente; no era más que un hombre sencillo y trabajador: un comerciante. No debía haberse hecho la ilusión de que podía conservar el corazón de Ágata. Ya veía cómo se había equivocado. Es cierto: trabajaba día y noche en sus negocios; pero eso no era bastante para cautivar ningún corazón de muchacha. Ahora comprendía por qué no recibía contestación a los telegramas... Había ido demasiado lejos y le decía adiós, y amaba a otro.

¿Qué hacer? Sí; amaba a otro. Sin duda, era Irgens el que había tenido mejor fortuna que él. ¡Era natural! Parecía más seductor, más ricamente dotado y tenía en su favor la popularidad del nombre. Tidemand tenía razón: las excursiones a las islas eran peligrosas y los paseos eran también peligrosos. Tidemand tenía experiencia. Pero era ya demasiado tarde para pensar en ello, y, además, un amor que podía extinguirse en una excursión, no era muy fuerte.

De pronto, el pobre hombre se siente poseído de cólera; empieza a dar zancadas cada vez con mayor violencia y se le congestiona la cara. ¡Había ido demasiado lejos! Aquel era el premio a la pureza de su amor por ella. Dos años a sus plantas, prestándole dinero a su miserable amante. Sus libros podían probar cómo el rendido amante de Ágata se había visto constantemente en apuros de diez coronas, unas veces; de cincuenta otras. Y él había tenido la delicadeza de apartar el libro para que Ágata no pudiese ver la cuenta del señor poeta, por respeto al gran hombre. ¡Buena pareja! Él digno de ella. ¡Gran tema para una de sus poesías!

No; no tendría demasiada pena por Ágata. Ella no podría soportarlo; le robaría el sueño. ¡Qué sensibilidad más delicada! Pero ¿quién había dicho que le dolería?

Se equivocaba Ágata: había estado a sus plantas, pero no había lamido sus zapatos. No; que no llorase pensando que podía caer enfermo. ¡Rompía el compromiso y le devolvía la sortija! ¿Y qué? ¿Era eso, acaso, su sentencia de muerte? Pero era extraño que se hubiese llevado la sortija a Torahus. Podía haberla dejado en su despacho y se ahorrraba los gastos del franqueo. No, señorita Ágata: no se muere del corazón por haber llevado unas calabazas. Además de que le había hecho un favor, no quería tener nada que ver con gente como ella; él quería ser toda su vida un hombre honrado. «¡Adiós, adiós! Vete con tu elegante seductor, y que no vuelva a oír hablar de vosotros».

Excitado, se retorció las manos y comenzó a recorrer el despacho con largos pasos convulsos. Pero se vengaría: a la señorita le tiraría la sortija a la cara para poner término a la comedia. Se paró, se arrancó la sortija del dedo y la metió en un sobre. Escribió la dirección con grandes letras brutales.

En aquel momento llamaron a la puerta y guardó la carta en un cajón.

Era un dependiente, que venía a recordarle que ya era la hora. ¿Podían cerrar el comercio?

Sí. ¡No faltaba más! Y salió del despacho.

No; nadie podría decir que un engaño tan villano le habría abatido. Mostraría a la gente que se había quedado perfectamente tranquilo. Se le ocurrió ir a «Grand» y festejar su llegada invitando a cerveza. ¡Eso estará bien! No; no pensaba rehuir el trato de gentes. Tenía un revólver en el despacho: ¿es que se le había ocurrido utilizarlo? En absoluto, no; sólo un instante recordó que lo tenía allí. A Dios gracias, aún no estaba cansado de la vida...

Se dirigió a «Grand».

Se sentó al lado de la puerta y pidió un *bock*. Al poco rato sintió un golpe en el hombro; alzó la cabeza; era Milde.

—Viejo amigo —exclamó Milde—. ¿Aquí te estás sentado sin decir palabra? ¡Bien venido! Vente a la ventana; allí estamos varios.

Ole le acompañó, en efecto, a la ventana. Allí estaban Ojén, Norem y Gregersen, cada cual con un vaso de vino a medio vaciar delante de sí. Ojén dio un salto, y dijo alegremente:

—Bien venido, querido Ole. Cuánto me alegro de verte; te he echado mucho de menos. Mañana iré a verte para saludarte; tengo que hablar contigo de un asunto.

Gregersen le tendió indiferente un dedo. Ole lo cogió, se sentó y llamó al cantarero para que le trajese un *bock*.

—¡Cómo! ¿Bebes cerveza? —preguntó Milde, asombrado.

—Nada de cerveza en una hora como esta. ¡Bebamos vino!

—Bebed lo que queráis; yo no tomaré más que este *bock*.

En el mismo instante llegó también Irgens, y Milde le gritó:

—Ole bebe cerveza; pero nosotros no queremos, ¿verdad? ¿A ti, qué te parece?

Irgens no se desconcertó ni lo más mínimo al verse cara a cara con Ole; le saludó con la cabeza, murmuró algo así como «bien venido», y luego se sentó como si tal cosa.

Ole lo miró con detención y notó que los puños no estaban limpios; su traje tampoco andaba muy allá.

Milde repitió su pregunta: ¿Verdad que había que beber vino? Ole quería tomar cerveza; pero eso era demasiado ordinario, especialmente celebrándose como se celebraba una doble fiesta.

—¿Una doble fiesta? —preguntó Gregersen.

—Sí, una doble fiesta. En primer lugar, el regreso de Ole, que es, me apresuro a decirlo, lo más importante. Pero, además, hoy he sido expulsado de mi estudio, y eso también es, a su modo, una fiesta. Ya veis qué cosas ocurren. Llegó la mujer y me pidió dinero. «¿Dinero?», dije yo. Bueno, y así sucesivamente. Pero el final fue que me desahució, dándome un plazo brevísimo: un par de horas. Es verdad que ya me había mandado irme un mes antes; pero... Por eso creo que está puesto en razón beber vino. Pues

Ole no es hombre que eche cuentas cuando bebemos.

—No; ¿qué me importa eso? —asintió Ole.

Entonces Irgens cogió la botella vacía que estaba sobre la mesa: leyó con desconfianza la etiqueta, y dijo:

—¿Qué es esto? Bueno, amigos; si ha de ser vino, que sea al menos un vino que se pueda beber.

Y trajeron el vino.

Por lo demás, Irgens estaba de excelente humor, y contó que hoy había trabajado con fortuna: había escrito una poesía, un par de versos que sonreían como muchachas. Pero aquello era una excepción: su poesía de ahora no era sonriente, ni debía serlo tampoco.

Tampoco su colega Ojén estaba melancólico. No tenía, es cierto, mucho dinero ni mucha hacienda; pero se conformaba con poco y había personas de buena voluntad que le ayudaban; sería injusto si no lo reconociese. Pero hoy había una circunstancia que en medio de su pobreza le había regocijado: un coleccionador de autógrafos danés habíale escrito pidiéndole el suyo. La cosa no tenía gran importancia, pero mostraba al menos que el mundo no le olvidaba por entero. Al decir esto, Ojén paseó su vista por los concurrentes, y sus ojos respiraban nobleza y sinceridad.

Reinaba la mayor animación en el concurso; se chocaban los vasos y todos se sentían alegres y satisfechos. El primero en irse fue Irgens; luego Ojén dio las buenas noches y se marchó asimismo. Ole se quedó hasta que se hubo ido el último; ya no quedaba más que Norem, que, como de costumbre, se había dormido.

Ole había escuchado las conversaciones de los demás, interviniendo acá y allá con una palabra. Estaba tranquilo y cansado; la excitación había cedido ya; se había adueñado de él un sentimiento de amarga repugnancia que le hacía indiferente a todo. Aquí se había estado con una porción de hombres bebidos, entre los cuales se hallaba Irgens, regocijándose acaso de su victoria, y no se había levantado, yéndose por su camino.

Finalmente, pagó y se dispuso a salir.

El camarero le detuvo.

—Perdone usted —dijo—. El vino...

—¿Qué vino? Yo no he tomado más que un *bock* de cerveza.

—Pero el vino ha quedado sin pagar.

—¿De modo que esos señores no han pagado el vino?

Por un momento se le subió a la cabeza una rabia frenética, y estuvo a punto de decir que enviasen la cuenta a Torahus, donde la pagarían.

Al fin no dijo nada, limitándose a observar:

—Yo no he bebido vino ninguno; pero, en fin, puedo pagarlo.

Y sacó la cartera.

El camarero comenzó entonces a charlar, a hacer comentarios sobre las varias clases de parroquianos. Había algunos a quienes no se podía perder de vista; de lo contrario, se iban sin pagar sus consumiciones. No es que fuera este el caso, no, ni mucho menos. Los literatos y los poetas eran honrados a carta cabal; con ellos no había peligro. Él los conocía bien; los había estudiado, y había aprendido a servirlos a satisfacción suya. El camarero tenía que tener en cuenta las cualidades de cada uno de estos señores al servirlos; así no tenía nada de particular que se marchasen sin pagar; ¡tenían la cabeza llena de tantas cosas! ¡Estudiaban y cavilaban demasiado! Pero siempre había alguien que pagase por ellos con gusto: bastaba citar a...

Ole pagó y se fue.

Pero ¿qué iba a hacer en casa? ¿Meterse en la cama y dormir? ¡Si pudiese! A bordo había dormido mal y acababa de llegar de viaje; pero, no obstante, quería esperar todo lo posible antes de meterse en la cama, pues no creía que se durmiese tan pronto. Buscó las calles más oscuras, donde le parecía estar más solo; a la vuelta de una esquina, en dirección a la muralla, se encontró a Tidemand, que estaba parado mirando hacia arriba a una casa de enfrente. Se contemplaron asombrados. Ole se acercó.

—Salí a dar un paseo y pasé por aquí casualmente —dijo Tidemand, confuso aún, antes de saludar—. Pero gracias a Dios que has vuelto, Ole. Bien venido.

Ole sonrió con una sonrisa cansada, y dijo:

—Bien hallado, Andrés.

Siguieron andando. Tidemand no salía de su sorpresa. Nunca le había ocurrido nada semejante; no tenía la menor noticia del regreso de Ole. Por lo demás, en casa todo iba bien; él había ido por allí a ayudar al viejo, según lo prometido.

—Tu novia se fue —dijo—. Fui con ella a la estación. Tengo que contártelo, tienes una novia encantadora. Estaba de pie asomada a la ventanilla, un poco conmovida de tener que marcharse, y al decirme adiós tenía los ojos húmedos. Pero cuando el tren se puso en marcha, va, saca el pañuelo y empieza a agitarlo; sólo por haberla acompañado a la estación. ¡Si vieras qué bien lo hacía!

—Ya no somos novios —dijo Ole con voz sorda.

Ole se metió en el despacho. Era ya muy tarde. Había pasado largo rato con Tidemand y se lo había contado todo. Ahora iba a escribirles a los padres de Ágata una carta respetuosa y digna, sin el menor reproche. Era su último deber.

Luego que la hubo terminado volvió a leer la carta de Ágata. Quería rasgarla y quemarla, pero era al fin una carta de ella, la última; le había escrito, y al hacerlo había pensado en él. La carta era para él solo; no era para nadie más; acaso se la hubiera escrito por la noche, cuando todos estaban acostados.

Sacó la sortija del papel en que estaba envuelta, y antes de guardarla la consideró largamente. Sintió su cólera de antes y deseó retirar todas las palabras ofensivas que le había dirigido.

—Adiós, Ágata, adiós...

Y puso la última carta de Ágata junto con las demás que de ella tenía.

CAPITULO XXIX

Ole comenzó a trabajar de nuevo en los negocios; se pasaba el día en el despacho, aun cuando propiamente no tenía quehacer. ¿Por qué lo hacía? Se desmejoraba; trabajaba demasiado; su mirada era cada vez más apagada y más ausente. Se pasaba semanas enteras sin salir a la calle. Nadie podría decir que el fracaso amoroso le había abatido; se ocupaba como antes de los negocios y lo pasaba bien.

Se desmejoraba, enflaquecía a ojos vistas, sí. Pero esto provenía del trabajo, exclusivamente del trabajo; quizá trabajase con exceso. A nadie se le podía ocurrir que viniese de algo que no fuese el trabajo. Al volver de Inglaterra se encontró con que las cosas estaban un poco desconcertadas; así se lo dijo a Coldewin. Pero lo más difícil ya estaba hecho, y ahora ya podía tomarlo con más tranquilidad, y podía salir, divertirse, ver las cosas que había que ver. Los teatros empezaban a abrirse; pronto se inauguraría el circo. No, no era hombre que se dejase abatir.

Y se llevaba a Tidemand a todas partes: al teatro, a la Ópera. Por las tardes daban largos paseos y hablaban de todo lo referente al aserradero que querían establecer. Luego querían dedicarse también a fabricar brea. El proyecto les ocupaba mucho, y Ole era el más entusiasmado con él. Tomaba la vida con tal ardimiento, que nadie podía pensar que le preocupase el fracaso; jamás hablaba de Ágata; para él, como si hubiese muerto.

Pero seguía enflaqueciendo y con la mirada apagada. Acabó por echarle la culpa al viaje: había pasado mucho frío a bordo. Pero pronto estaría repuesto; era cuestión de tiempo.

—¿Cómo te va? —le dijo Tidemand al llegar.

—¿A mí? Muy bien —replicó Ole—. ¿Y a ti?

Tidemand también se las iba arreglando. Últimamente había tomado una cocinera y volvía a comer en su casa, después de dos años de no hacerlo. La comida era triste, el comedor era demasiado grande, y las sillas estaban vacías, pero las niñas llenaban la casa de jubilosa algarabía. A veces las oía desde el despacho. A veces le molestaban, interrumpiéndole en el trabajo; entonces subía con cualquier pretexto, y luego volvía tranquilamente a la tarea... A Tidemand le salían bien las cosas; todo comenzaba a presentar buen cariz.

—¿Sabes una cosa? —le dijo Ole—. En Inglaterra debe de haber mercado para el queso noruego. Cuando estuve allí hablé con varias casas; tiene que ser queso blanco, queso de cabras. ¿Y quién me impide fabricar el llamado queso de Normandía?

Aquello era lo que había cavilado el hombre lleno de preocupaciones: que en Inglaterra debía de haber mercado para el queso noruego. Y en seguida explicó un poco febrilmente que había pensado en una explotación en gran escala, a la suiza: un rebaño de cinco mil cabras allá arriba.

—Pero ¿y el transporte, el transporte desde la montaña? —objetó Tidemand.

Ole le interrumpió.

El transporte, es cierto. Pero el transporte no iba a ser un obstáculo eterno. Alguna vez tenían que abrirse caminos. Y, además, podía tenderse un cable, por medio del cual se efectuaría el transporte. La cosa no era irrealizable, no. Y, una vez la mercancía en la carretera, el problema estaba resuelto.

Tidemand escuchaba a su amigo y le observaba. Hablaba con gran convicción y parecía estar ocupado exclusivamente por el pensamiento; pero al poco tiempo preguntó por las hijas de Tidemand, a pesar de que este acababa de hablarle de ellas. Ole Henriksen, el más ecuánime y ponderado de los amigos, había perdido algo de su tranquilidad.

Comenzaron a hablar de los amigos de la «peña». Grande era miembro de la comisión extraparlamentaria del sufragio y estaba muy satisfecho con ello. Se lo había dicho a Tidemand, añadiendo que acaso implantasen el sufragio universal. El afortunado Milde había recibido un encargo importante: el de ilustrar con caricaturas *El Crepúsculo de Noruega* de Welhaven. Milde haría seguramente algo notable.

Todo esto lo refería Tidemand. Ole le escuchaba distraído. No se mencionó a Irgens.

Al irse a casa, Tidemand entró casualmente en la tienda de un cliente suyo. Entró, se fue hacia el mostrador y saludó al dueño, que estaba escribiendo en la caja. En el mismo instante vio a su mujer de pie ante el mostrador; tenía una porción de paquetes delante de sí.

Desde aquella tarde de lluvia no había vuelto a verla. Por una feliz coincidencia había visto un día su anillo en el escaparate de un joyero; lo había comprado y se lo había remitido a Hanka. Ella le había dado las gracias con palabras conmovidas en una tarjeta postal, añadiendo que ya no necesitaría volver a venderlo.

Iba con un vestido negro bastante usado que no producía buena impresión; de pronto se le ocurrió a Tidemand que no tendría dinero, que pasaría privaciones. ¿Por qué llevaba, si no, un vestido tan gastado? Eso no podía ser; había ido enviándole cada vez mayores sumas de dinero; a Dios gracias, estaba en condiciones de hacerlo. Al principio, cuando andaba escaso de dinero, no le enviaba grandes sumas; lo lamentaba bastante, y en las cartas le escribía pidiéndole que le disculpase. Ella respondía dándole las gracias y diciendo que era mucho dinero, que no necesitaba tanto. Todavía le quedaba mucho, podía creerlo.

Entonces ¿por qué traía vestidos tan gastados?

Ella había vuelto la cabeza; había reconocido la voz de su marido cuando este, al entrar, saludó al dueño. Estuvieron un segundo inmóviles mirándose.

Él se quedó confuso y la saludó sonriendo, lo mismo que había saludado antes al dueño, y ella respondió al saludo ruborizándose súbitamente.

—Gracias, ya está bien —le dijo Hanka bajando la voz al dependiente—. El resto ya me lo dará usted otra vez.

Pagó rápidamente lo que había comprado y reunió los paquetes. Tidemand seguía con la vista sus movimientos. Salió con la cabeza baja y la vista fija en el suelo. Al llegar a la puerta, en su desconcierto, se le cayó un paquete, y Tidemand corrió a recogerlo; tropezaron al agacharse ambos, y ella balbució muy avergonzada: «¡Gracias, gracias!». Su pecho palpitaba anheloso; alzó los ojos hacia él y desapareció por la puerta. Tidemand se quedó parado; sin saber lo que hacía, cerró la puerta tras ella.

CAPITULO XXX

Y pasaron los días; la ciudad estaba tranquila, todo respiraba sosiego.

Irgens seguía siendo el hombre a propósito para despertar el asombro y convertirse en foco de la general atención. Durante una temporada tuvo un aspecto bastante decaído; se veía abrumado de deudas, no ganaba dinero y nadie le daba nada. El otoño no encontraba a Irgens en situación muy floreciente; hasta se vio obligado a usar dos trajes del año anterior.

Pero de pronto sorprendió a sus conocidos apareciendo en el paseo, renovado de pies a cabeza, con un magnífico traje de invierno y los bolsillos repletos de dinero; volvía a ser el antiguo Irgens, el único. Las gentes le miraban encantadas; aquel diablo de chico eclipsaba a todo el mundo. ¿Qué mina de diamantes había encontrado? ¡Oh, no era lerdo, no; sabía lo que se hacía! Su patrona, la de Lágrimas, 5, lo había despedido, al fin lo había despedido; pero ¿qué importaba aquello? Inmediatamente había alquilado una magnífica habitación en un barrio elegante. No podía ya soportar más aquella habitación destartada, con aquella entrada infecta; le quitaba toda la respiración; para trabajar había que vivir en un ambiente confortable; ahora estaba decorosamente instalado, La semana anterior había vuelto Ágata, que iba a pasar una temporada en la ciudad; su presencia hizo que Irgens se transformase en un hombre nuevo.

¡Cómo lucía la vieja ciudad al llegar Ágata!

Habían ya decidido casarse la primavera próxima, pensando en la pensión de este año. Era de suponer que, al fin, le dieran aquella miserable pensión, particularmente cuando constituía una familia y publicaba un nuevo tomo de poesías. Nadie necesitaba el dinero tanto como él, y no iban a dejarle morirse de hambre. Para que no se le escapase, Irgens se puso de acuerdo con Grande, el abogado, que lo había recomendado personalmente en el Ministerio. Irgens no quiso ir él mismo a ver al ministro; esto le repugnaba y le parecía humillante. Ahora que Grande podía hacerlo si lo creía conveniente. «Ya conoces mi situación —le había dicho Irgens—; no dispongo de grandes medios, y si hablas con el ministro te lo agradeceré. Pero yo, por mi parte, no me muevo». Ciertamente que Irgens despreciaba interiormente a Grande; pero el abogado comenzaba a figurar; era miembro de una comisión regia, y hasta le habían publicado una interviú en *Las Noticias*. No dejaba de tener influencia, lo que se notaba ya en su comportamiento y maneras; no se dejaba abordar en la calle por cualquiera.

Cuando Tidemand le refirió a Ole Henriksen que había visto a Ágata en la calle, Ole se estremeció violentamente. Pero se repuso rápidamente y dijo sonriendo:

—A mí eso no me importa, querido amigo. Que se esté aquí cuanto quiera; no tengo

nada en contra suya. Tengo muchas cosas en que pensar.

Y se esforzó en volver al tema de conversación anterior, a la nueva partida de brea que embarcaba Tidemand, y repitió un par de veces:

—Asegúrate bien, que eso no daña.

Estaba un poco nervioso, pero se fue tranquilizando poco a poco.

Bebieron un vaso de vino como en otros tiempos y se encontraron animados y contentos; sin darse cuenta, se les pasaron las horas agradablemente entretenidos, y, al marcharse Tidemand, Ole dijo lleno de gratitud:

—Te agradezco que vengas por aquí, y más teniendo tanto que hacer como tienes. Oye —prosiguió—, esta noche es la función de despedida; vamos a ir, te lo ruego.

Y parecía como si realmente aquel hombre serio de los ojos claros tuviese los mayores deseos de ir a la Ópera. Hasta llegó a decir que llevaba varios días pensando en ello.

Convinieron en ir, y Ole quedó encargado de sacar las localidades.

Apenas hubo salido Tidemand, Ole telefoneó pidiéndolas; deseaba tres butacas segundas: 9, 11 y 13. El número 11 se lo llevaría a Hanka, que se alegraría mucho de ir a la ópera; antes no perdía función. Por el camino se frotaba las manos; Hanka tendría el número 11 y se sentaría en medio. Él se quedaba con el 13, el número de la mala suerte, un número muy apropiado para él...

Sentía tal impaciencia, que cada vez apresuraba más el paso; pensando en los otros olvidaba sus propios cuidados. De él no había que hablar; había liquidado ya su pena, se había sobrepuesto a ella. ¿Le había conmovido acaso extraordinariamente la noticia de que Ágata estaba en la ciudad? De ningún modo; nadie había notado lo más mínimo.

Y seguía caminando. Conocía perfectamente las señas de Hanka, pues este otoño la había acompañado varias veces hasta la puerta de su casa cuando venía a verle secretamente para informarse de los niños. Además, el día que llegó de Inglaterra había encontrado a Tidemand debajo de sus ventanas. ¡Cómo pensaban uno en otro! En cambio, él estaba del otro lado, y ya no pensaba gran cosa...

Pero cuando preguntó le dijeron que Hanka estaba fuera; se había ido a la casa de campo y no regresaría hasta el día siguiente.

Ole lo oyó perfectamente, pero de pronto no entendió. ¿A la casa de campo? ¿A qué casa de campo? A la casa de campo de la señora, a la de Tidemand.

¡Ah, claro! A casa de Tidemand. Naturalmente. Ole miró el reloj. Ya no tenía

tiempo de avisarla para que volviese; era demasiado tarde. Además, ¿qué iba a aducir para que volviese inmediatamente a la ciudad? Quería sorprenderla, lo mismo que a su marido. Bueno; su plan se había malogrado, se había convertido en humo. ¡Hasta cuando trabajaba por el bien ajeno le salían mal las cosas!

Dio la vuelta hacia su casa.

¡A la casa de campo! ¡Cómo recorría los lugares que recordaban el pasado! No había podido resistir más el deseo de ver la casa de campo, a pesar de que las hojas habían caído hacía mucho tiempo y el jardín presentaba un aspecto desolado. Le pediría la llave al guarda para encerrarse en la casa. Allí hubiera debido pasar el verano Ágata si las cosas no se hubieran torcido. Pero eso no tenía nada que ver con la cuestión... La cosa era que Hanka no estaba en la ciudad, y, por consiguiente, no podía ir con ella a la ópera.

Ole estaba cansado y desilusionado. En su abatimiento, le refirió a Tidemand su propósito; su intención era buena; le daba lástima de ambos. Se fue en busca de Tidemand.

—Tenemos que ir solos al teatro —le dijo—. Había sacado una tercera butaca para tu mujer.

Tidemand mudó de color.

—¿De veras? —se limitó a decir.

—Quería que estuviera entre nosotros dos... Acaso hubiera debido advertírselo antes, pero... Y resulta que está fuera y no vuelve hasta mañana.

—¿De veras? —repitió Tidemand.

—No te habrá parecido mal... ¡Si supieras, Andrés! Tu mujer ha estado a verme muchas veces en estos últimos meses y a preguntarme por ti y por las niñas...

—Está bien.

—¿Cómo?

—Te digo que está bien. ¿Por qué me cuentas todo eso?

Entonces estalló la cólera de Ole, que acercó su cara a la de Tidemand y le dijo con furia y voz sorda:

—¿Sabes una cosa? Que no conoces tu propio bien. No. Acabarás por llevarla a la tumba. Y haces todo lo posible por seguir el mismo camino. ¿Crees que no lo veo? Está bien, está bien... ¿Está bien que anochecido llegue hasta mi casa para preguntarme anhelante por ti y por las niñas? ¿Crees que me informaba por curiosidad mía de cómo os iba a ti y a los tuyos? ¿Por quién lo hubiera hecho sino por ella? Por mí puedes irte al

diablo, ¿sabes? No ves nada, no ves cómo palidece y se apena por ti. La he visto algunas noches parada ante la puerta de tu despacho. Lloraba amargamente y les tiraba besos con las manos a las niñas, y luego ha subido la escalera hasta la puerta del piso para tocar la manilla de la puerta que tú habrías tocado al salir; eran las buenas noches que te daba. Lo he visto varias veces desde la esquina. Claro que dirás también a esto «está bien», pues tienes seco el corazón. Bueno, no quiero decir precisamente que tengas seco el corazón —corrigió arrepentido al ver la cara de disgusto de Tidemand—. No tomes a pecho lo que te he dicho; no quería hacerte daño. No era mi intención molestarte. Pero ya debías conocerme...

—Yo no quiero llevarla a la tumba —dijo Tidemand con voz trémula—. La he dejado en libertad, como pedía...

—Pero de eso ya hace mucho tiempo; ahora está arrepentida y quiere volver.

—¡Ojalá fuera así! Pero yo también he pensado en ello, y se me hace difícil olvidarlo todo; es más de lo que tú sabes. He luchado todo lo posible para recobrar el sosiego; que no les falte nada a las niñas, pensaba; lo demás es igual. Pero no he olvidado a Hanka ni un solo día. He pensado también, como tú, que quería pedirle de rodillas que volviese. Pero ¿cómo volvería? ¿Cómo volvería? Ella misma me lo ha dicho... No es nada malo; pero, sin embargo, no creas que es algo muy malo; no crearás eso de Hanka. Pero al pensar en lo pasado me resultaba difícil. Y tampoco es seguro que Hanka desee volver; no comprendo cómo puedes saberlo. Pero, en todo caso, ha pasado entre nosotros más de lo que tú sabes.

—Ahora veo que no debía haberme mezclado en este asunto —dijo Ole—. Pero, en todo caso, piensa en ello, acuérdate. Y perdóname lo que te he dicho, lo retiro todo. De algún tiempo a esta parte me he vuelto muy violento, no comprendo por qué... Pero, repito, acuérdate de lo dicho. Lo que digo es; os conozco a los dos... Bueno, adiós... ¡Ah, es verdad, la ópera! ¿Estarás preparado dentro de una hora?

—Una cosa —dijo Tidemand—. ¿Ha preguntado por las niñas? Ahí tienes, ahí tienes... ¿Dentro de una hora dices? Desde luego.

CAPITULO XXXI

Unos días más tarde, estaba Ole Henriksen en el despacho, abajo, en el almacén. Serían las tres de la tarde; el día era claro y bonancible; en el puerto reinaba la vida habitual.

Ole se asomó a la ventana. Un enorme barco carbonero se deslizaba suavemente en el puerto; no se veían más que barcos, mástiles y velas. De pronto, Ole se estremeció; el balandro *Ágata* había desaparecido. Abrió bien los ojos. ¿Qué significa eso? Entre los cientos de mástiles que llenan el aire no hay ninguno que tenga un remate dorado. ¿Cómo es posible?

Cogió el sombrero, dispuesto a averiguar inmediatamente lo que ocurría, pero en la puerta se detuvo; volvió a su sitio, abismó la cabeza en las manos y se sumergió en prolijas cavilaciones. Propiamente, el balandro no era suyo, pertenecía a *Ágata*; lo había recibido legalmente y tenía en su poder los documentos que acreditaban la cesión. Estos papeles no los había devuelto con el anillo; sin duda los había olvidado... ¡Quién sabe! En todo caso, puesto que el balandro no era suyo, que estuviera donde fuese. ¿Y si lo hubieran robado? Tampoco le importaba.

Ole cogió la pluma y se puso a trabajar, pero a los dos minutos volvió a dejarla. ¡Allí, en el sofá, había estado sentada cosiendo los almohadones rojos para el camarote! Cosía con tal entusiasmo, que apenas alzaba la vista. ¡Y qué deliciosos eran los almohadones, tan chiquitines!

Allí, allí había estado, le parecía verla aún... Y volvió a escribir un rato.

Luego abrió violentamente la puerta y gritó hacia el almacén que el balandro *Ágata* había desaparecido. ¡Era una cosa inexplicable!

Pero un dependiente refirió que por la mañana se lo habían llevado dos hombres que veían de parte de un abogado. Ahora estaba hacia el lado de la Fortaleza.

Ole preguntó de parte de qué abogado.

No lo había preguntado el dependiente.

A Ole le entró una gran curiosidad; cierto que el balandro no era suyo; pero ¿qué iba a tener que ver *Ágata* con un abogado? Sin duda se trataba de una mala inteligencia. E inmediatamente Ole se encaminó al muelle de la Fortaleza, donde se estuvo unas horas haciendo averiguaciones.

Cuando al fin logró saber quién era el abogado, se dirigió a su despacho.

Se encontró con un hombre poco más o menos de su edad, sentado en una mesa y escribiendo.

Ole formuló un par de preguntas precavidas.

Era cierto, sí; el balandro iba a venderse. El comprador había incluso dado ya mil coronas de señal. Allí tenía los documentos. Los había traído Irgens, el poeta Irgens. ¿Tenía algo que alegar en contra el señor Henriksen?

No, no, de ningún modo. En absoluto, nada.

El abogado extremaba su cortesía; seguramente estaba al cabo de la calle, pero su rostro no dejaba transparentar nada. ¿Cuánto podría valer el barco?... Pues, sí, Irgens había venido a verle y le había rogado que se encargase de la venta del barco. Tenía dificultades monetarias; necesitaba el dinero aprisa..., y había que ayudar a los hombres de talento. ¡Desgraciadamente, en Noruega, los hombres de talento no vivían en la opulencia! Pero una vez más insistía en preguntarle al señor Henriksen si tenía el más leve reparo que oponer; en tal caso la venta quedaría anulada.

A su vez, Ole repitió que no tenía ningún reparo que oponer. Había venido a informarse por pura curiosidad. El balandro estaba amarrado delante de su almacén y había desaparecido de pronto; le inspiraba curiosidad saber qué había sido de él. Pura curiosidad, repitió. Por lo demás, mil perdones... ¡No faltaba más! De ningún modo. Tenía el mayor gusto...

Ole salió...

Ahora comprendía cómo se las había arreglado Irgens para transformarse completamente y para tomar aquella habitación en un barrio elegante. Toda la ciudad se maravillaba de tal cambio, sin saber de dónde le había venido tan inesperada ayuda. Pero ¿cómo había hecho, Ágata semejante cosa? ¿Había perdido ya toda noción de delicadeza? Pero, después de todo, la cosa era natural; lo que era de ella le pertenecía también a él; compartían amorosamente su haber; nada podía objetarse contra esto. ¡Allá ella! Que siguiese los dictados de su corazón. Quería matricularse en la Escuela de Artes y Oficios, y era natural que necesitase dinero y que quisiese hacer dinero del balandro. No se la podía censurar porque quisiese reponer el ajuar deteriorado de su prometido. Por el contrario, la honraba grandemente... Ahora, a lo mejor, ni siquiera sabía que se había vendido el balandro: es posible que hubiera olvidado balandro y papeles. ¿Quién podía saberlo? Lo que es seguro es que Ágata no hubiera vendido el balandro con ánimo de sacar dinero para ella sola; no, la conocía. Era para ayudar a otro. Y esto era lo importante.

Vio a Ágata claramente en su imaginación: el cabello claro, la nariz, los hoyuelos; el 7 de diciembre cumpliría diecinueve años. Diecinueve, sí... Bien: que se vaya el balandro: ¿para qué sirve ya? Le hubiera gustado salvar los almohadoncitos rojos, pero era ya

demasiado tarde.

Volvió al despacho, pero no le fue posible trabajar; se paraba a cada momento, con la mirada perdida en el vacío; sus pensamientos estaban en otra parte. ¿Y si comprase el balandro? ¿Le parecería mal a Ágata? Acaso lo tomase como venganza o censura; era preferible, sí; él y Ágata habían terminado para siempre, y no quería que le tomaran por un insensato que recogía reliquias suyas. ¿Qué tenía que ver con su balandro?

Cerró el despacho a la hora habitual y salió a la calle. Los faroles lucían, el tiempo seguía en bonanza. Al pasar por delante de la casa de Tidemand vio luz y quiso entrar, pero al llegar a la puerta cambió de pensamiento. Acaso su amigo tendría un trabajo urgente. Siguió su camino.

Transcurrió una hora y otra; Ole seguía andando en un estado de sorda indiferencia, de cansancio, casi con los ojos cerrados. Pasó por delante del parque, le dio la vuelta y subió al cerro. Había una oscuridad completa; pero no obstante, se sentó un momento en un peldaño de la escalera. Luego miró al reloj. Eran las doce. Volvió a bajar lentamente camino de la ciudad. Su cabeza estaba completamente vacía; apenas había en ella ni sombra de una idea.

Bajó por el lado del Tívoli. ¡Lo que había andado!

¡Cansado como estaba, por la noche dormiría al menos! De pronto, al llegar frente a un restaurante, se paró, y luego retrocedió unos pasos: cuatro o seis pasos. Sus ojos se clavaron fascinados en la puerta del restaurante. Ante ella había un coche.

Lo que le había hecho pararse en seco era haber percibido dentro del local la voz de Ágata; al cabo de un instante salieron a la calle ella e Irgens. Ágata venía detrás, andando con trabajo, y se detuvo en la escalera.

—¡Vamos, acaba pronto! —dijo Irgens.

—Espere usted un momento, señor Irgens —dijo el cochero—. La señorita no está arreglada todavía.

—¿Me conoce usted? —preguntó Irgens, sorprendido.

—¡Cómo no le iba a conocer!

—¡Te conoce, te conoce! —gritó Ágata, y bajó corriendo la escalera.

No se había puesto aún el abrigo, que se le cayó al suelo. Sus ojos estaban apagados. De pronto se echó a reír ruidosamente.

—Ese antipático de Gregersen me ha dado un puntapié en la pantorrilla —dijo—. Estoy segura de que sangra; estoy segura... ¿Cuándo publicas otro libro, Irgens?... ¿Has

visto? El cochero te conoce.

—Estás borracha —le dijo Irgens, ayudándola a subir al coche.

Ágata llevaba torcido el sombrero, forcejeaba en vano para ponerse el abrigo y hablaba sin cesar.

—No, no estoy borracha; un poquitín alegre nada más... ¿Quieres mirar a ver si mi pierna sangra? Siento correr la sangre, y me duele un poco, pero eso no importa. ¿Borracha, dices? Tuya es la culpa: hago todo lo que tú quieres... con el mayor gusto, claro está... ¡Ja, ja! Me río cada vez que pienso en ese repugnante Gregersen. Me dijo que escribiría su mejor artículo sobre mí si pudiera verme sangrar con sus propios ojos. Pero a ti sí puedo enseñártela... Era un vino atroz; se me ha subido a la cabeza. Y luego los pitillos, tantos pitillos...

—¡En marcha, cochero! —gritó Irgens.

El cochero arrancó.

Ole se quedó viendo partir al coche; le temblaban las rodillas; sin darse cuenta se llevó al pecho la mano convulsa.

¡Ágata! ¡Qué habían hecho de ella! ¡Ágata, Ágata querida!

Ole se sentó allí como petrificado. Pasó bastante tiempo; comenzaron a apagar los faroles; se hizo oscuro; un guardia le dio en el hombro y le dijo que no podía dormirse allí. Levantó la cabeza. Sí, sí, se iba: buenas noches; gracias.

Y se fue calle abajo dando tumbos.

Llegó a casa a eso de las dos y se encerró en el despacho, encendió luz, y maquinalmente colgó el sombrero en la percha; estaba pálido como un muerto. Pasó como una hora; dio unos paseos por el despacho y luego se sentó a escribir cartas, documentos, breves líneas de trazo firme en varios papeles, que metió en sobres y cerró. Miró el reloj: eran las tres y media. Mecánicamente le dio cuerda. Después salió a la calle con una carta para Tidemand en la mano y la echó en el buzón; al volver sacó las cartas de Ágata y desató el paquete.

No leyó ninguna, sino que las fue echando, una tras otra, en la chimenea, viéndolas arder; sólo la última, la que tenía dentro la sortija, la sacó del sobre y la consideró un momento; luego la echó también al fuego.

El reloj de pared dio las cuatro; sonó la sirena de un barco. Ole se levantó y se apartó de la chimenea. Su cara expresaba un dolor espantoso, las facciones contraídas, y las venas de las sienes hinchadas. Luego abrió lentamente uno de los cajones del pupitre.

Por la mañana encontraron muerto a Ole Henriksen. Se había pegado un tiro. La lámpara ardía sobre la mesa; había sobre ella algunas cartas selladas. Tenía en la boca el mango de un cuchillo, que costó gran trabajo arrancarle.

En la carta de Tidemand le pedía perdón por no despedirse de él, dándole las gracias por todo. Se había acabado todo; no volvería a verle; estaba enfermo. Le rogaba que se quedase con la casa de campo, como recuerdo suyo. «Espero que la podrás utilizar mejor que yo, querido amigo —escribía—. Es tuya, querido amigo; recíbela de mi mano. Hanka se alegrará al saberlo; salúdala. ¡Adiós! Y si Ágata se viese apurada, ayúdala. La vi esta noche; ella a mí, no; pero me consta que su corazón es puro. No tengo sosiego para escribirte una carta como debiera ser. Sólo veo una cosa ante mí, y eso lo haré dentro de media hora. Adiós, pues, Andrés. Has sido leal conmigo desde la escuela; lo recuerdo ahora todo y por eso te dirijo estas líneas y te digo adiós. No puedo explicarme bien; pero tú me comprendes».

El retrato que tenía de Ágata fue hallado intacto en su cartera; acaso no se había acordado de quemarlo. También se había olvidado de enviar los dos telegramas que había escrito por la tarde antes de salir: se encontraron en uno de los bolsillos. Era verdad: sólo veía una cosa ante sí.

CAPITULO XXXII

Había entrado ya septiembre; hacía fresco, el cielo estaba alto y limpio. La ciudad brillaba muy linda, sin polvo y sin suciedad. Las montañas en derredor aún no tenían nieve.

En la ciudad iban sucediéndose los acontecimientos; el interés despertado por la muerte de Ole Henriksen no duró mucho; el tiro que sonó en el despacho del comerciante no tuvo gran eco; pronto pasaron días y semanas sobre el suceso, y ya nadie se ocupaba de él. El único que no lo olvidaba era Tidemand.

Tidemand tenía mucho que hacer; la primera temporada tuvo que ayudar al padre de Ole: el viejo no quería retirarse; asoció al primer dependiente y persistió, sin dejarse abatir, al frente del negocio.

Tidemand desplegaba una incesante actividad. Su centeno comenzaba desaparecer; iba vendiéndolo cada vez a mejor precio. A medida que se acercaba el invierno subía el centeno, aminorando su pérdida. En los últimos tiempos había tenido que volver a admitir sus antiguos dependientes.

Había terminado el trabajo de aquel día. Antes de ponerse a otra cosa encendió un cigarro, y se puso a cavilar. Sería a eso de las cuatro de la tarde. Se estuvo un momento inmóvil en un sillón, y luego se asomó a la ventana y se quedó mirando a la calle.

De pronto llamaron a la puerta y entró su mujer. Hanka saludó y preguntó si estorbaba; era sólo un momento...

Traía un velo por la cara.

Tidemand tiró el cigarro. Hacía mucho tiempo que no veía a su mujer, mucho tiempo; una noche en la calle, había creído reconocerla en una señora con el mismo paso majestuoso. La siguió apresuradamente, pero no era ella. No había manera de verla. No se hubiera opuesto nunca, nunca, a que viniese, y ella lo sabía pero no quería venir. Al parecer, les había olvidado definitivamente a él y a sus hijas. Y cuando algunas noches salía de casa, porque se sentía abandonado y solitario, al pasar por delante de la casa de Hanka, veía a veces luz en la ventana, pero a ella nunca. Ni siquiera había tenido la fortuna de ver su sombra en la cortina. ¿Dónde se metía? Le había enviado dos veces dinero para saber de ella.

Y de pronto la tenía delante de sí, a dos pasos. Inconscientemente inició el ademán habitual de abrocharse el botón de la americana.

—¿Eres tú, Hanka? —dijo él.

—Sí, yo soy —respondió ella en voz baja—. Tenía... quería...

Y de pronto empezó a revolver en el bolsillo, sacó un fajo de billetes y los puso encima de la mesa. Sus manos estaban trémulas, confundió los billetes, se le cayeron algunos, se bajó a cogerlos, y dijo muy confusa:

—¡Querido amigo, tómalos! Es dinero que yo he gastado..., que yo he gastado indignamente; permíteme que no te diga en qué: es demasiado indigno. Era mayor cantidad, pero no he podido aguardar más; era más dinero, otro tanto, pero no he tenido paciencia y he venido... Tómalos; sé bueno. El resto te lo iré dando con el tiempo; pero hoy era preciso que viniera...

Él la interrumpió perplejo y desesperado:

—¡Pero es posible, Hanka...! ¡Siempre has de volver al dinero! ¿Para qué ahorras dinero para mí? No comprendo cómo puede alegrarte eso; tengo dinero bastante, el negocio marcha de nuevo, voy muy bien, no necesito nada.

—Pero este dinero es otra cosa —exclamó ella angustiada—. Te lo devuelvo por mí misma. Además, a ti te lo debo; lo he ido ahorrando de lo que tú me enviabas. Si no hubiera tenido este pequeño consuelo, no hubiera podido soportarlo. Y lo que falta no llega a la mitad; he echado la cuenta: es una cuarta parte. Más adelante te lo daré. ¡Dame la alegría de aceptarlo! ¡No sabes hasta qué punto me avergüenza!

De pronto comprendió Tidemand por qué Hanka tenía tal empeño en darle el dinero. Lo tomó y le dio las gracias. No se le ocurrió sino decir que era mucho dinero. ¿No le haría falta? Él lo tomaba como préstamo o como depósito. Pero, de todos modos, no podía ser más oportuno; podía ocurrir que, en efecto, necesitase dinero, si había de decir la verdad...

La cara de Tidemand no le hizo traición, y, observando a su mujer, vio que se estremecía de gozo; sus ojos brillaban a través del velo, y dijo:

—¿De veras que sí? ¡Dios mío! Me haces completamente... Gracias por aceptármelo.

¡Esta voz! Era la voz de los primeros días felices, cuando ella estaba henchida de agradecimiento por algo. Tidemand se había acercado a su mujer, pero volvió a retroceder, dominado por la proximidad, por la figura, por la mirada intensa bajo el velo. Bajó la mirada al suelo.

—¿Estás bien? —dijo ella—. ¿Y las niñas?

—Bien; todos estamos muy bien. ¿Y tú?

—No he vuelto a oír nada de vosotros. Hubiera esperado hasta juntar todo el dinero. Mientras vivió Ole, pude soportarlo; Ole me hablaba de todos vosotros. Pero luego me faltó y entonces perdí por completo la paciencia. Ayer estuve a la puerta; pero no me atreví a entrar...

Tidemand pensó que debía invitarla a ver a las niñas.

—¿No quieres subir un momento, Hanka? —preguntó—. Nos darías un alegrón a todos. No sé cómo andará aquello, pero...

—¡Oh, sí; muchas gracias! ¿Me dejas? Pensaba pedirte. ¿Me reconocerán? Las oigo correr... ¡Oh, gracias; mil gracias! —Y le tendió la mano.

Él la cogió, y dijo:

—Subo en seguida; precisamente ahora no tengo nada que hacer. Supongo que te quedarás un rato. Ahora que no sé qué aspecto tendrá la casa... Bueno; aquí tienes la llave, para que no necesites llamar. Pero ten cuidado con los zapatos de las niñas, si los coges. No te rías, no...

Salió Hanka. Tidemand le abrió la puerta y la acompañó hasta la escalera, regresando luego al despacho. ¡Y se había pasado meses y meses atormentada con el dinero! Lo había contado todos los días, ansiosa de reunir la suma total. ¡Si él lo hubiera adivinado! ¡Qué estúpido era por no haberlo adivinado! Por eso traía un vestido viejo; por eso había vendido la sortija.

Tidemand se sentó, pero no se puso a trabajar. En aquel sitio había estado ella; hoy traía puesto un vestido negro de terciopelo; pero su cara no la había visto, sólo un poco de cuello. ¿Subiría ya? No se oía correr a las niñas. ¿Se habrían sentado en sus rodillas? ¡Si al menos tuvieran puestos los vestiditos rojos!

Extrañamente conmovido subió la escalera, y al llegar a la habitación donde estaba su mujer hasta llamó a la puerta.

Hanka se puso en pie al verle.

Se había quitado el velo y se ruborizó vivamente. Ahora comprendió Tidemand por qué su mujer tenía velo; su rostro mostraba duras huellas de los dolores y angustias soportados en la soledad. ¡Y eso sólo en las pocas semanas que hablan transcurrido desde la muerte de Ole! Juana e Ida estaban junto a su madre y la tenían asida del vestido; de pronto no la habían reconocido, la miraban asombradas y se estaban muy calladitas.

—No me reconocen —dijo Hanka, sentándose—. Se lo he preguntado y no me conocen.

—Sí, sí; yo sí te conozco —palmoteo Juana.

Y al mismo tiempo trepó al regazo de su madre; Ida siguió su ejemplo.

Tidemand las miraba conmovido.

—Vamos, niñas —dijo—; dejad en paz a mamá.

Pero eso era lo que justamente no querían las niñas. Mamá traía unas sortijas tan bonitas, y, además, en el vestido unos botones muy curiosos, de los que se podía tirar. Y comenzaron a charlar sobre el tema de los botones. Luego echaron de ver el alfiler de mamá, que también les sugirió algunas consideraciones.

—Ponías en el suelo, si te cansan —dijo Tidemand.

—No, no; déjalas estar —respondió ella.

Comenzaron a hablar de Ole, mencionando a Ágata. Tidemand se proponía tomar cuenta de ella; Ole se lo había encargado, y no se olvidaba de ella. En aquel momento entró la niñera para llevarse las niñas a comer y acostarlas después.

Pero las chiquillas se resistían y la madre tuvo que ir con ellas y entrar en el dormitorio para calmarlas. Miró en derredor; todo estaba como antes: las dos camitas, las almohaditas blancas, los libros de estampas, los juguetes. Luego que se acostaron tuvo que cantarles una canción; no querían dormirse, cada una había cogido una de sus manos y no se cansaban de charlar con ella.

Tidemand estuvo un rato contemplando conmovido aquel espectáculo; luego se volvió rápidamente y salió.

Al cabo de media hora volvió Hanka a la sala.

—Ya se han dormido —dijo.

—Quería decirte una cosa... Estaremos aquí muy bien —dijo Tidemand—. Si quisieras cenar... No sé lo que habrá preparado, pero se me ha ocurrido que...

Ella le miró, ruborizada como una niña.

Dijo:

—Me quedo, sí.

Después de cenar volvieron a la sala, y Hanka dijo de pronto:

—Andrés: no creas que he venido para hacer las paces. Es que no podía aguantar más sin veros a alguno.

—Eso he pensado yo también, y por ello me he alegrado de que vinieras. Las niñas no quieren separarse de ti.

—Ni por un momento he pensado en volver a pedirte lo que en otra ocasión te pedí; ya sé que todo ha pasado. Y no podría volver tampoco; cada vez que me mirases, sentiría... ya lo sé; no podríamos soportarlo ninguno de los dos. Pero acaso podría venir alguna vez, de vez en cuando...

Tidemand bajó la cabeza; su secreta esperanza se aparró. Hanka no quería volver; aquello se había acabado. Estos meses habían hecho que cambiase su corazón. No hacía mucho tiempo que le quería, ella misma lo había dicho...; la noche antes de su marcha.

—Ven, Hanka; ven todos los días —dijo él—. No vienes a verme a mí. Vienes...

Ella bajó los ojos.

—Sí, vengo a verte a ti. ¡Desgraciadamente! Hasta ahora no había sabido lo que era estar completamente poseída por un hombre. Pienso en ti constantemente. Te veo en todas partes. Desde aquella excursión en el balandro quedé como deslumbrada por ti. No debía decirlo; pero muchas veces, sola en mi cuarto..., he pasado noches en vela pensando en ti. Hasta que perdiste el dinero iban mal las cosas, pero entonces te elevaste por encima de todos los demás hombres; no olvidaré nunca aquel día que ibas al timón. Antes de eso te había olvidado, me había olvidado de mí misma; hace mucho tiempo, me parece como si hiciera muchos años, y entonces no eras lo que eres: ahora no puedo olvidarte, Andrés. Era dichosa con sólo verte en la calle, y te he visto muchas más veces de lo que tú te fisuras. Un día nos encontramos en una tienda: tú acaso lo hayas olvidado, pero yo lo recuerdo perfectamente. Me recogiste un paquete, y estaba tan confusa que no sé ni cómo llegué a casa, y eso que ni siquiera me hablaste. He sido severamente castigada; pero...

—¡Pero entonces no ha acabado todo, Hanka! —exclamó Tidemand.

Se había puesto en pie y la miraba trémulo. ¡Cómo resplandecía aquella mujer! Sus ojos, verdes, eran dorados a la luz de la lámpara; su pecho se movía agitado. También ella se puso en pie.

—Sí; pero... Tú no puedes quererme ya. No; no quiero, Andrés; no quiero. Si te quisiera menos, acaso... No puedes olvidar lo pasado, es imposible.

Y cogió su abrigo y su sombrero.

—¡No te vayas, no te vayas! —dijo él, suplicante—. No recuerdo nada de lo pasado, nada: la culpa de que te fueras ha sido mía. ¡Escúchame! Ni un sólo día he logrado borrar de mi pensamiento. ¿Te acuerdas de nuestra dicha en los primeros tiempos, hace ya muchos años? Pasábamos el día juntos; salíamos solos en coche; hacíamos muchas visitas; recibíamos muchos huéspedes, y en nuestra casa había siempre luz y alegría. ¿No te acuerdas? Pero a la noche, cansados de todo, nos íbamos a tu cuarto para estar solos. Y tú

decías que querías beber un vaso conmigo y reías y bebíamos, a pesar de que estabas tan cansada que apenas podías desnudarte. ¡Qué tiempos, Hanka! Hace ya tres años; cuatro acaso... Tu cuarto está exactamente como estaba. ¿Quieres verlo? No se ha tocado nada, y si quieres quedarte... Yo tengo esta noche mucho que hacer; en el despacho me esperan un montón de cartas que contestar. Pero tu cuarto está tal como lo dejaste; convéncete.

Él había abierto la puerta. Hanka le siguió y miró: había luz encendida; luego entró. ¡Cómo era posible que su marido, después de lo pasado...! Pero había dicho que sí, que podía quedarse. Hanka se había quedado inmóvil, helada de dicha, sin hablar. Sus ojos se encontraron: él la estrechó en sus brazos y la besó como la primera vez, hacía tres años. Hanka cerró los ojos y él sintió en su cuello la presión del brazo de su mujer.

CAPITULO XXXIII

Amanece el día.

Y despierta la ciudad; los martillos entonan su canto sonoro en los talleres, por las calles ruedan lentamente las carretas de los campesinos. En los mercados se congregan hombres y mercancías; se abren los comercios; el ruido ensordece, y una niña pequeña, con mirada de bestia, sube y baja escaleras con los periódicos y con el perro.

La historia de todos los días.

A eso de las doce se reúnen en la «esquina» unos cuantos hombres jóvenes y dichosos que tienen medios para hacer lo que les viene en gana; entre ellos están algunos de la «peña»: Milde, Norem y Ojén. Hace frío; se arropan en los abrigos. Están abismados en sus pensamientos y no hablan. Ni siquiera la aparición de Irgens, que viene del mejor humor, y elegante como el primero, anima la conversación. Es demasiado temprano y hace demasiado frío; dentro de un par de horas será otra cosa. Ojén había explicado su nuevo poema en prosa. *La ciudad dormida*. Iba por la mitad; había empezado a escribir en papel de color y le resultaba muy bien. «Figuraos —decía— el grave y profundo reposo que pesa sobre una ciudad dormida: se percibe su respiración como se percibiría un salto de agua a diez kilómetros. Pasan horas, pasa una eternidad, y de pronto despierta la bestia y empieza a desperezar sus miembros. ¿Verdad que puede salir algo de aquí?».

Milde respondió que, en efecto, con un poco de suerte podían salir muchas cosas, pues Milde vuelve a estar en excelentes relaciones con Ojén. Milde sigue trabajando en sus caricaturas para *El Crepúsculo de Noruega*. Había hecho algunas muy graciosas de las cuales la infortunada poesía salía muy malparada. El editor esperaba mucho de la empresa.

Norem no decía palabra.

De pronto apareció Paulsberg calle abajo, acompañado de Gregersen. El grupo se agranda y los transeúntes lo miran con respeto; no se reúnen a todas horas tantas notabilidades. La literatura reina en toda la acera. Hay algunos que buscan un pretexto y dan la vuelta para contemplar a los seis grandes hombres. Milde llama también la atención con el nuevo traje.

Gregersen recorre de arriba abajo el flamante temo, y dice:

—¿A que no lo has pagado todavía?

Pero Milde no oye; su atención está fija en otra parte: en un coche que viene al paso

calle arriba. El coche en sí no tenía nada de chocante; lo único raro estaba en que fuese al paso. El coche iba ocupado por una señora, por una señora desconocida para Milde, que conocía toda la ciudad. Pregunta a los demás si la conocen, y Paulsberg y Ojén se calan a un tiempo el monóculo y los seis la miran; todo en vano: ninguno la conoce.

La señora era extraordinariamente gruesa y estaba majestuosamente arrellanada en el asiento, con la cabeza muy erguida. Una cinta roja, que traía en el sombrero, le colgaba hasta la espalda. Sólo algunas personas de edad parecían conocerla y la saludaban; ella respondía con gran indiferencia, desde el coche, a los saludos.

Precisamente en el momento en que pasaba por delante de la «esquina», Paulsberg se dio una palmada en la frente, y dijo sonriendo:

—¡Pero si es Liberia, la mujer de Grande!

Los demás la reconocieron también entonces. Sí; era Liberia, la antes tan alegre Liberia. Gregersen la había besado, incluso, un diecisiete de mayo. Hacía mucho, mucho tiempo.

—Sí; es Liberia —dijo—. ¡Qué gruesa se ha puesto! Ni siquiera la he reconocido; y, realmente, debía haberla saludado.

También los demás debían haberlo hecho; la conocían todos. Pero Milde se consoló a sí mismo y a los otros, diciendo:

—¿Quién la iba a reconocer de un año para otro? No sale nunca; no se la ve en ninguna parte; no se mezcla en nada; se pasa la vida en su casa, alimentándose. Yo también hubiera debido saludarla, pero... La cosa no me preocupa mucho.

A Irgens se le ocurrió de pronto una idea terrible. No la había saludado y la señora de Grande era capaz de tomárselo a mal. Podía cambiar la opinión de su marido con respecto a la pensión. Todos sabían que tenía gran influencia sobre el marido.

—¡Adiós! —dijo Irgens de pronto, y se fue calle arriba. Anduvo apresuradamente; dio un rodeo. Afortunadamente el coche iba muy despacio; así, que le dio tiempo para meterse por una transversal y salirle al encuentro. Cuando llegó el coche, la saludó con un saludo profundo, quitándose, reverente, el sombrero. La señora le respondió majestuosa.

Liberia atravesó al mismo paso la ciudad. La gente no se cansaba de preguntarse quién era. ¡Qué curiosidad! Sí; era Liberia Grande, casada con Grande, de la ilustre familia de los Grande; entretanto, Liberia seguía majestuosa en el coche, y daba su raro, rarísimo paseo matinal. No es que el coche tuviese nada de singular; lo único raro era que fuese al paso. Pero su velo rojo no era muy moderno: resultaba un poco chillón; y las gentes jóvenes que estaban al tanto de la moda, se sonreían del velo rojo. Pero algunos sospechaban que la pobre señora iba en el coche con una idea orgullosa: suponían que había salido de casa con el propósito de hacerse notar, como si en lo íntimo repitiese: ¡Aquí estoy yo!

Y no puede negarse que algo en su aspecto confirmaba la sospecha.

Pero la extrañeza llegó a su colmo cuando se vio que daba orden al cochero de que parase delante del «Storthing». ¿Qué tenía que hacer? ¿Qué tenía que hacer en el «Storthing»? La Cámara estaba cerrada. ¿Estaba loca la buena señora? Sin embargo, las personas de edad que conocían a Liberia sabían que su marido formaba parte de una comisión liberal del «Storthing», en un salón al que había que entrar por la parte de atrás. ¿Tenía algo de particular que visitase a su marido? Sin duda tendría algo que decirle, y, además, para las pocas veces que se la veía en la calle...

Liberia se bajó del carruaje y dio orden al cochero de que esperase; subió la escalera lenta y trabajosamente; su velo rojo caía apagado sobre su espalda y la brisa lo hacía ondular levemente. Luego desapareció en el interior del edificio...

A las dos de la tarde la animación de la ciudad había alcanzado el grado máximo. Por todas partes reinaba un gran movimiento; las gentes paseaban, charlaban, compraban y vendían. Las máquinas trabajaban incesantes. En el muelle sonaban las sirenas de los vapores, ondulaban las banderas, subían y bajaban las velas. Aquí y allá echaba el ancla un barco y rechinaban con estrépito las cadenas. Cada vez había más vida.

El barco de Tidemand, cargado de brea, estaba dispuesto para partir y había ido a verlo, junto con Hanka. Allí estaban ambos cogidos del brazo. A cada momento se miraban a los ojos, que respiraban alegría y juventud. Frente a ellos se alzaba el esplendor del puerto. Cuando el barco comenzó a deslizarse, Tidemand agitó el sombrero y Hanka el pañuelo. A poco se perdió en la lejanía.

—¿Nos vamos? —preguntó Tidemand, inclinándose sobre ella.

Y ella replicó asida fuertemente a él:

—Cuando quieras.

Pero en el mismo momento entraba en el puerto un enorme vapor, echando un humo espeso por la chimenea. También este vapor traía a bordo mercancías para Tidemand; lo había esperado durante los dos últimos días. Su goce aumentó al verlo llegar en este momento, y dijo:

—Hanka: ahí, a bordo, tenemos mercancías.

—¿Tenemos? —dijo ella solamente. Y al levantar los ojos hacia él, sintió Tidemand que un temblor cariñoso estremecía el brazo de su mujer.

Luego se fueron a casa.

FIN



KNUT HAMSUN (1859-1952), seudónimo de Knut Pedersen, es uno de los escritores noruegos más afamados. Su obra, que le valió el premio Nobel de Literatura en 1920, es considerada una de las más influyentes en la novela del siglo XX.

Fue hijo de una antigua familia campesina y su apellido era Pedersen. Llevó una existencia nómada, en cuyo transcurso ejerció las profesiones más diversas: aprendiz de zapatero en Bodö, y luego, siempre en la Noruega septentrional, carbonero, maestro de escuela, picapedrero, obrero de carreteras, empleado comercial, vendedor ambulante y escribiente de un puesto de policía. Intentó además, pero sin éxito, el periodismo.

A *Hambre* siguieron una trilogía dramática influida por Nietzsche: *A las puertas del Reino* (1895), *El juego de la vida* (1896) y *Ocaso* (1898); la colección de composiciones líricas: *El coro salvaje* (1904), y novelas, cuentos y varios relatos de viajes y de episodios de la existencia vivida, siempre en relación con el tema desarrollado en *Hambre* (1890), *Pan* (1894), *Siesta* (1897), *Victoria* (1898), *Un país de ensueño* (1903), *Un vagabundo toca con sordina* (1909), *Hombres de hoy* (1913), *Bendición de la tierra* (1917), etc. En 1920 fue galardonado con el Premio Nobel.

Aunque en la caracterización psicológica de sus personajes, nuestro autor revela haber aprendido mucho de Dostoievski y Mark Twain, su naturalismo místico presenta posiblemente la expresión más original y elevada de la poesía noruega después de Ibsen. El mejor de sus libros, *Pan* (1894), aparece invadido por el sentimiento panteísta de la naturaleza; en *Los frutos de la tierra*, en cambio, se da este, con un carácter religioso, en la figura del aventurero Isak, gigantesco dominador y casi divinidad ctónica, situado sobre el fondo de la fecunda tierra de la cual ha surgido.

En los libros siguientes, Hamsun, ya padre de familia y hacendado, volvió a sus misantrópicos sarcasmos y a sus paradojas falaces, que, sin embargo, dejan vislumbrar siempre una excepcional intuición psicológica, sobre todo al presentar los vicios más

detestados por el autor: la presunción y el dogmatismo, como en *Mujeres en la fuente* (1920) y *Último capítulo* (1923). En sus últimas novelas, *Vagabundos* (1928), *Augusto* (1930), *La vida continúa* (1934), *El círculo se ha cerrado* (1937), reaparece el tema principal: la antítesis naturaleza-cultura, que culmina en una especie de mito del nómada, reivindicador de un individualismo anárquico y de un ingenuo idealismo ante los progresos del materialismo en la civilización moderna.

Conservador e incluso arrogantemente antidemocrático y germanófilo en la primera y segunda guerras mundiales, Hamsun fue sometido a proceso al terminar la última, desposeído de sus bienes por sentencia de un tribunal noruego y declarado enfermo mental. En 1949 apareció el diario escrito durante su reclusión: *Por senderos donde crece la hierba*.

Notas

^[1] El 17 de mayo de 1814 se concedió a Noruega la Constitución libre. <<

^[2] Según la legislación noruega, los cónyuges divorciado no pueden volver a casarse hasta los tres años. <<